

7339

Buy 1847

HISTORIA

DE LA MONARQUÍA

EN EUROPA

POR

FRANCIS LACOMBE.

TOMO CUARTO.

BARCELONA:

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1860.

REVOLV

16



16

7339

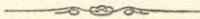
L47+125

Dep. Hist. 7
6916

LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCION INSTRUCTIVA.



HISTORIA

DE LA MONARQUÍA EN EUROPA.



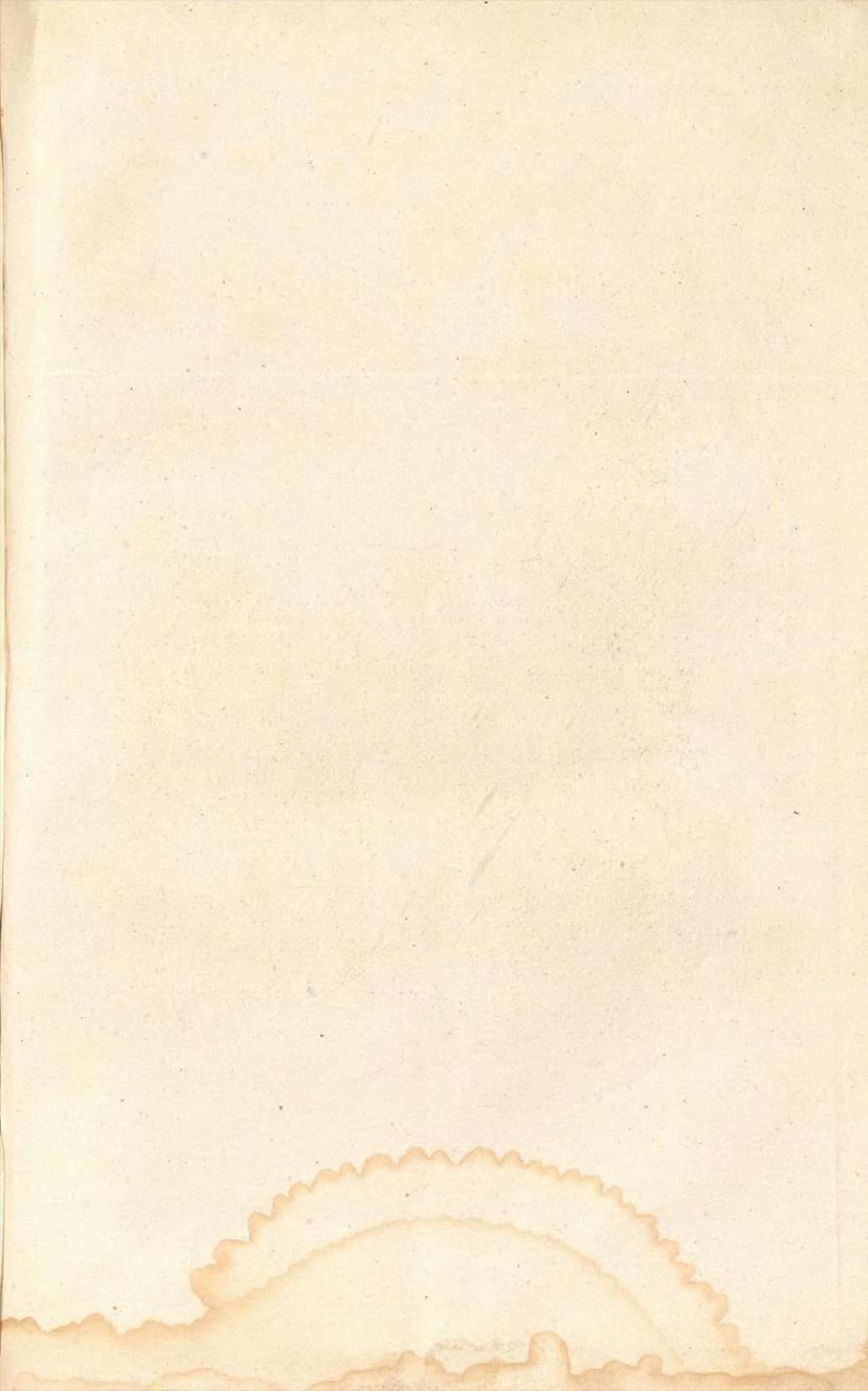
LA MARAVILLA

REVISTA DE

REGION INSTRUCTIVA

DE

DE LA MONARQUIA EN EUROPA





REVOCAION DE LA LEY SÁLICA

N.º 733 til. Me.

HISTORIA

MONARQUÍA EN EUROPA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.

DE FRANCISCO LACRUZE.

POR D. JOAQUIN GIBERT.

TOMO OCTAVO

MADRID:

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, L. VICTORIA, Y

HABANA

D. J. Y. SEABRINO, SOCIEDAD, SA.

D. CARLOS TOST, C. MELANDEZ, Y CA.

MONTE

LIBRERÍA NETA, C. DE S. JUAN, 10.

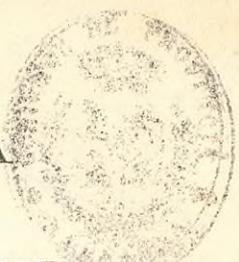
BARCELONA:

LIBRERÍA DE LA PAZ, CALLE VILLOVIEJA, 10.



REVOCACION DE LA LEY SALICA

N.º 733 lib.º Mo.



HISTORIA
DE LA
MONARQUÍA EN EUROPA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR

M. FRANCIS LACOMBE,

traducida

POR D. JOAQUIN GIBERT.

TOMO CUARTO.

*Los editores
P. P. Q. Mig. de M. y G.
Manuel de M.*

MADRID:

B. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9.

D. EMILIO FONT, C. RELADORES, 42 Y 44.

HABANA:

MONTEVIDEO:

D. J. F. TURBIANO, OBRAPIA, 445.

LIBRERÍA NUEVA, C. DEL 25 DE MAYO.

BARCELONA:

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1860.

HISTORIA

DE LA

MONARQUÍA EN EUROPA.

TOMO CUARTO.

CAPÍTULO XXVIII.

La Europa monárquica humillada por la Francia republicana.

SUMARIO.

Consideraciones generales acerca de la revolucion francesa.—Antagonismo absoluto del partido del derecho divino y del partido del derecho humano.—Origen de esta excision y cuál debe ser su fin.—Caracteres distintivos de estos dos partidos.—El uno pretende constituir cada sociedad bajo la forma de una monarquía, creando una teocracia general de los estados; el otro pretende constituir cada sociedad bajo la forma de una república, creando una confederacion general de los estados.—Cada uno de ellos expresa un principio de verdad, pero no la verdad.—Tratan de fundar su dominacion exclusiva, y esto forma el carácter siniestro de la revolucion.—El antagonismo de los dos partidos es el resultado de un error.—Únicamente la verdad puede reconciliarlos, y esto formará el carácter providencial de la revolucion francesa.—Este indefinido ideal explica el celo que la nacion despliega para ella, y no para los odiosos acontecimientos que tuvieron lugar en su nombre.—Situacion de la casa real de Francia respecto de todas las demás casas reales de Europa, antes y durante la revolucion.—Las monarquías europeas y la república francesa.—Primera coalicion.—Los reyes del Mediodía quieren restaurar el trono de San Luis; pero los del Norte quieren repartirse la Francia.—Guerra civil y guerra extranjera.—Faltas de la coalicion.—Formidable actitud de

la Convencion.—Los realistas de Francia desdennan á los reyes de Europa.—Los convencionales se proscriben recíprocamente á fin de que ninguno de ellos pueda usurpar la dictadura.—El 9 de termidor.—Los convencionales piensan en restablecer la monarquía con Luis XVII.—Las dificultades de esta restauracion provienen de sus mismos crímenes.—La Junta de salvacion pública trata contradictoriamente con Charette, con el rey de Prusia y con el de España.—Paz de Basilea.—Muerte de Luis XVII.—La Convencion, fuerte con sus alianzas en Europa, con sus conquistas y con sus principios, no quiere restablecer la monarquía.—Luis XVIII es proclamado rey de Francia en Belleville, cuartel general de la Vendée.—Proclamacion de Verona.—Luis XVIII pide á la Inglaterra un navío para trasladarse á la Vendée.—El conde de Artois con una flota en las costas del Bajo Poitou.—El almirante Bridport no le deja desembarcar.—Esto salva á la república.—Pichegru quiere desempeñar el papel de Monck.—Constitucion del año III.—Asesinatos del 43 de vendimiario.—El Directorio en lucha con la revolucion y con la contra-revolucion.—Campanas de Bonaparte en Italia.—Sus victorias y sus tratados de paz.—Pichegru, jefe de la mayoría realista de las asambleas.—Barras se pone de acuerdo con Bonaparte para dar el golpe de Estado del 48 de fructidor.—Tratado de Campo-Formio.—Congreso de Rastadt.—Expedicion de Egipto.—Segunda coalicion.—Pablo I, emperador de Rusia, y Francisco II, emperador de Austria.—Reveses de la Francia.—Explosion del jacobinismo.—Sucesivos golpes de Estado.—Bonaparte regresa de Egipto.—El 48 de brumario.—Todas las monarquías de Europa se ven humilladas por la república francesa.

La revolucion francesa fué en el siglo XVIII, ó es aun en el dia, relativamente á cada estado, monarquía particular, lo que la reforma luterana fué en el siglo XVI, y lo que aun es en el dia, relativamente á la Iglesia, monarquía universal. Estos dos acontecimientos, consecuencia uno de otro, señalan en la historia dos épocas perfectamente distintas. La primera expresa el antagonismo relativo del partido del derecho divino y del partido del derecho humano, teniendo cada uno de ellos una existencia legal en cada sociedad; y la segunda expresa el antagonismo absoluto de estos partidos que, desconociendo su comun destino y no teniendo conciencia de su recíproca indestructibilidad,

quieren destruirse por medios tan violentos como bárbaros, con el solo fin de establecer su soberanía exclusiva, especialmente en Francia y generalmente en todas las naciones civilizadas. De modo que la humanidad no puede ya realizar su propia creacion, segun su fin supremo en la tierra, pues el derecho divino destruye en ella el derecho humano; y por el contrario, puede verificar su propia destruccion, trastornando los designios de Dios sobre el universo, pues el derecho humano destruye á su vez el derecho divino.

Tal es á nuestro entender el carácter siniestro que la revolucion francesa manifiesta en todos sus actos, por carecer de un principio que manifestara su carácter augusto, neutralizando los esfuerzos de los partidos, para favorecer el desarrollo de las sociedades. Exceptuando la Rusia, providencialmente colocada fuera del movimiento revolucionario contemporáneo, todos los estados se encuentran expuestos diariamente á los golpes de las facciones, porque no estando ya de acuerdo la autoridad y la libertad, hace cerca de un siglo, sobre la forma y el fondo del gobierno, no hay quien pueda dominar los acontecimientos, ni las ideas que resultan de su antagonismo. Así es que herida la monarquía europea de una decadencia indefinible y expresando solamente el triunfo provisional de tal ó cual partido en las sociedades, se verá de continuo amenazada en su propia existencia por la república universal, hasta que pueda crear un poder regenerador, cuyo objeto sea expresar el triunfo definitivo de las sociedades sobre los partidos. Pero ¿cómo se establece este poder, sino en virtud de un principio superior á los dos prin-

cipios opuestos que se dividen el mundo, puesto que debe identificar en sí mismo y por sí mismo el derecho divino y el derecho humano, con el objeto de constituir de nuevo la unidad suprema en el seno de la civilización?

El descubrimiento de este principio es pues el problema fundamental de la política moderna.

Para apresurar en lo posible la solución de tan formidable problema, remontémonos al origen de esa excisión necesaria, pero ya fatal, y procuremos designarla un fin providencial. Cosa muy notable, aunque poco notada! el antagonismo de las dos opiniones rivales, y por consiguiente de las dos clases de hechos contradictorios, que mantiene tan cruel incertidumbre entre los pueblos respecto á sus destinos, descansa en el mismo principio de la certidumbre. Su primera manifestación tuvo lugar durante la edad media en que se estableció la distinción decisiva de los nominalistas y de los realistas, por la cual se pudo presentir de un modo vago, si no determinar de un modo cierto, el papel que la razón humana debía desempeñar tarde ó temprano al lado de la fe divina, para establecer la verdad en el teatro de la civilización. Pero esta tendencia mal definida provocó el conflicto de los hechos y de las opiniones, desgraciadamente demasiado bien definido; pues un grupo de hombres pretendió y pretende aun, que siendo la razón humana limitada por su misma naturaleza, y por consiguiente debiendo estar sujeta, no puede elevarse á la verdad sino por medio de la revelación, ó mejor, con el único socorro de la fe divina: al mismo tiempo que otro grupo de hombres, por el contrario, pre-

tendió y pretende aun que, siendo la razon humana por su naturaleza indefinida, y por consiguiente debiendo ser soberana, puede elevarse á la verdad sin la intervencion de la fe divina, ó mejor, con el único esfuerzo de su propia espontaneidad creadora. Transportadas desde el dominio de las determinaciones morales y especulativas al dominio de las determinaciones positivas y prácticas, desde el establecimiento del protestantismo estas dos doctrinas inconciliables no tardaron en aplicarse á todos los objetos de la inteligencia, y dominaron entonces todas las consideraciones políticas, morales, religiosas y científicas del hombre en cada sociedad. Como los partidarios de la una y los partidarios de la otra, se tuvieron siempre á raya, el espíritu humano se inmovilizó en este dualismo, en vez de caminar á la conquista de la unidad, que ya no podia operarse sin la intervencion de una doctrina superior, á la cual las dos doctrinas inferiores quedaran por fin subordinadas.

Nada favorecia pues el desarrollo de la verdad propiamente llamada; pero todo favorecia el desarrollo del error. Por un lado solo se admitió en teoría la experiencia ó la induccion empírica, y en práctica la investigacion del interés terrestre, considerado como único bien moral, esto es, el único triunfo de la voluntad humana; y por otro lado solo se admitió en teoría la revelacion ó la induccion teológica, y en práctica la investigacion del interés celestial, considerado como el único bien moral, esto es, el único triunfo de la voluntad divina. Estos dos partidos heterogéneos invadieron alternativamente la Iglesia y el Estado, para establecer

en ambos su suprema dominacion, procediendo á la exclusion el uno del otro. Desde que el dogma del libre exámen, principio exclusivo del protestantismo, se sentó en la Iglesia y contra la Iglesia, en frente del dogma de la sumision, principio exclusivo del catolicismo, debió suceder que el dogma republicano de la exclusiva soberanía del pueblo, expresivo de la individualizacion de la autoridad soberana en cada uno de los miembros de la sociedad política, se sentaria á su vez en el Estado y contra el Estado, en frente del dogma monárquico de la soberanía del rey, expresivo de la universalidad de la autoridad soberana en un solo miembro de la sociedad política.

La era protestante tuvo por objeto fundar el establecimiento legal de estos dos grandes partidos, por medio de su propia oposicion, que habia llegado á ser inherente á la razon del hombre, y en cierto modo el elemento vital de las sociedades que condujo con frecuencia á las mas encarnizadas luchas. Efectivamente, uno de estos partidos quiso al principio constituir tal ó cual sociedad, y despues todas las sociedades, bajo la forma de una república, establecer entre ellas una confederacion general de los estados en su completa independencia individual, y garantizar los destinos de la humanidad, dando libre curso á su perfeccion indefinida, á fin de que pudiera satisfacer completamente sus intereses materiales, presentados como su supremo bien en la tierra; y el otro partido quiso constituir todas las sociedades bajo la forma de una monarquía, establecer entre ellas una teocracia de los estados en su completa dependencia de la ley

divina, y asegurar los destinos de la humanidad, dándole el medio de expiar su pecado original, á fin de que por medio de la gracia de Dios pueda satisfacer completamente sus intereses morales, ó mas bien, volver á hallar la inmortalidad, que es su supremo bien en el cielo (1). Aunque estos dos partidos no tuvieran mas que un valor intrínseco relativo, por cuanto expresaban, uno el derecho divino, y otro el derecho humano, esto es, dos principios de verdad, pero no la verdad misma, no dejaron de obrar en el seno de cada sociedad como si cada uno de ellos hubiera poseído exclusivamente un valor intrínseco absoluto. Así es que desconociendo la necesidad de su doble cooperacion y de su doble existencia, no tardaron en adquirir una tendencia á destruirse uno á otro, para crearse una dominacion exclusiva por el interés de la civilizacion general (á lo menos así se lo imaginaban), y solo consiguieron realizar el mayor triunfo de la barbarie.

Esa terrible catástrofe se llevó á cabo en Francia, donde el antagonismo absoluto de los dos partidos inauguró el actual período revolucionario, con la sangrienta exclusion legal de la soberanía divina, y con la sangrienta introduccion legal de la soberanía humana en los estados. Nada mas siniestro á la verdad que semejante tendencia, pues si llegára á prevalecer en Europa, bajo cualquiera forma gubernamental que fuera, y sobre todo si llegase á ser permanente, no solo seria imposible impedir la ruina de tal ó cual

[1] Hoéné Wronski, véanse todas sus obras filosóficas.

pueblo, sí que también garantizar el bienestar de las sociedades. Reemplazando en adelante la realidad con la utopía, lo verdadero con lo falso, la virtud con el crimen, la razón con la demencia, la creación con la destrucción, y Dios con el Destino; el espíritu revolucionario rompería, en efecto, tiaras, coronas, diademas, todas las insignias del orden, para reinar solo en medio del caos; y sus leyes políticas, negación de las leyes morales, sentarían el establecimiento absoluto de la inmoralidad, para borrar las últimas huellas del cristianismo, que sienta el establecimiento absoluto de la moralidad en la tierra.

Pero este carácter siniestro de la Revolución francesa no pudiera ser, á los ojos de la Europa, por donde fatalmente se ha extendido, lo mismo que á los ojos de la misma Francia, mas que una abominable desfiguración de su carácter providencial, por algunos hombres cuyas perversas resoluciones han neutralizado la sublime misión de todo un pueblo; pues teniendo la nación francesa la convicción de la impotencia total en que se encontraban los dos grandes partidos europeos como partidos, de fijar por sí mismos la verdadera ciencia del Estado; y aun mas teniendo el presentimiento del verdadero genio organizador que se ha manifestado en todas partes, había comprendido la necesidad de establecer por sí sola una nueva forma de gobierno, hacer expresar á este un principio superior á los dos principios del derecho humano y del derecho divino, en abierta guerra hace ya tres siglos, y borrar de este modo todo vestigio de dualismo, para constituir de nuevo la unidad suprema, ó

mas bien, para operar la regeneracion completa de la humanidad. La importancia de esta revolucion consistia en que los partidos, comprendiendo por fin la imposibilidad en que se encontraban de fundar su propia soberanía, solo porque permanecería siempre relativa, habian de abdicar para siempre sus pretensiones exclusivas, sobreponerse ellos mismos á sus tendencias contradictorias, y obrar de concierto para fundar una soberanía absoluta. Pero lejos de resignarse á hacer esta abdicacion, indispensable para constituir un nuevo órden de cosas, continuaron por el contrario su siniestra lucha; y uno de ellos aprovechó su triunfo transitorio para constituir un estado de anarquía que queria hacer definitivo. Esta fué la obra de las sectas filosóficas y materialistas, las cuales, habiendo resuelto labrar la disolucion general de las sociedades, quitándoles la facultad del Bien, tomaron de las sociedades paganas una antigua máxima de libertad política, esto es, la facultad del Mal, y con el nombre de libertad revolucionaria, la dieron á la Francia como la expresion sacramental de la mision que esta se proponia cumplir entre las civilizaciones cristianas. Así es que la revolucion francesa tuvo desde su origen, lo mismo que la reforma luterana, dos fines muy diferentes, esto es: un fin *sagrado*, y un fin *satánico*. El primero, que aun no hemos alcanzado, expresa el descubrimiento por la Francia del principio superior que lleva consigo; y el segundo, que se ha alcanzado desde luego, expresa la produccion por la Francia de los monstruosos actos en cuya virtud trastorna hace cerca de un siglo todas las condiciones metafísicas y físicas

de las sociedades. Ah! es verdad que nuestra heróica patria se figuraba poder realizar la regeneracion positiva de todos los estados, aun que se hubiese ya verificado su destruccion moral.

Felizmente para la Europa y aun para la Francia, la Providencia ha repartido las altas cargas de la humanidad entre todos los pueblos del mundo, los cuales contribuyen de este modo, esto es, cada uno en su esfera de accion particular, al progreso universal. A la misma hora en que aquí todo se derrumbaba, todo se reconstituia en otras partes. Mientras la Francia, buscando el verdadero poder político, se perdía en medio de las mas sangrientas catástrofes, la Alemania encontraba el verdadero saber filosófico para la felicidad del género humano! Así es que, dice Hoëné Wronski, con aquella reforma de la filosofia tal como se realizó en Alemania durante la revolucion francesa, á medida que desaparecian en Francia todas las grandes verdades filosóficas y religiosas, y que la humanidad iba á sumirse en el caos de la filosofia revolucionaria de aquel país, volvian á aparecer en Germania con nuevo brillo y sobre bases indestructibles. La filosofia especulativa y práctica, y por consiguiente las ciencias y la poesia, el Derecho y el Estado, la Religion y la Iglesia, en aquel momento tan crítico para la humanidad, se establecieron en Alemania sobre cimientos firmísimos y en direcciones saludables é indefinidas. Aquel país llegó de este modo á ser el fundador de la verdadera filosofia, que en vano se buscaba hacia largo tiempo; y por fin ofreció, cuando se consumó la Revolucion francesa por

la extincion de toda verdad filosófica, un poco de luz inextinguible para iluminar á todo el género humano y preservarle en adelante contra todas las tentativas ó errores parecidos que quisieran arrebatarle lo mas precioso y mas sagrado que posee: LA VERDAD (1).»

La Alemania llenó noblemente su vocacion, desarrollando el verdadero saber que ha creado; mientras que la Francia destruye uno tras otro todos sus gobiernos, cualesquiera que sean, porque en las disposiciones intelectuales que manifiesta de un siglo á esta parte no puede cumplir su vocacion, constituyendo el verdadero poder que debe crear. Efectivamente, la libertad revolucionaria que en ella se preconiza con tanto énfasis es compatible con todas las formas del despotismo político, civil ó militar; pero es incompatible con todos los principios de autoridad. Para mayor desgracia, los hombres, cuya malhadada direccion acepta ó sufre alternativamente la sociedad francesa, son hombres de partido, en vez de serlo de Estado. Rechazando sistemáticamente los conocimientos teóricos, sin los cuales no puede haber sino rutina, ceguera y fatalidad en la práctica, ¿pueden acaso comprender la necesidad de una filosofía superior que les permitiera subordinar en todos sus actos los dos principios del derecho divino y del derecho humano á un principio político supremo; ó mejor, resolver el problema social á fin de reunir los partidos en torno de un poder regenerador? Es evidente que

(1) *El destino de la Francia, de la Alemania y de la Rusia.*

no. Por eso solo saben proponer un fin quimérico á este noble país cuyo fin positivo ignoran, y por consiguiente perpetuar en él la necesidad de las revoluciones. En efecto, la nacion, íntimamente persuadida de que conoce mejor que sus jefes todas las cuestiones relativas á la constitucion del Estado, se halla moralmente obligada á obrar de continuo, ya contra un despotismo llamado conservador que se funda en la libertad revolucionaria, ya contra una monarquía que se rodea de instituciones republicanas, ya contra una república que se rodea con instituciones monárquicas; ya, en fin, contra cualquiera otra combinacion política que exprese el triunfo accidental de un hombre ó de un partido, pues todo, forma y fondo, todo es mentira en el gobierno, donde todo debe ser verdad.

Para encontrar la expresion de esta verdad cuyo presentimiento tiene la nacion, pero que no puede aun definir, busca la Francia en medio de sus interminables revoluciones la forma suprema del poder; el verdadero poder, es inseparable del verdadero saber; el uno es la consecuencia del otro, y esto es precisamente lo que constituye el peligro de la crisis actual, puesto que los gobernantes temen tan poco ir á remolque de los gobernados, que ellos mismos invocan el sufragio universal como un medio de creacion gubernamental, cuando no es mas que un medio de destruccion solo porque expresa la sujecion de la ciencia, siempre individual, y la soberanía de la ignorancia, siempre colectiva.

Dejemos hablar á un gran pensador: «Cuando el hecho

brutal, dice M. A. S. de Montferrier, acaba de demostrar tan cruelmente á nuestros estadistas la inutilidad de sus doctrinas, ¿por qué singular aberracion del entendimiento han llegado á presentar, como solucion de las dificultades que nos rodean por todas partes, un «llamamiento al pueblo» para resolver con la mayoría de votos, la cuestion de MONARQUÍA Ó REPÚBLICA? Pero cualquiera que sea la respuesta de la mayoría, ¿en virtud de qué principio será esa decision moralmente obligatoria para la minoría? Aquí está el verdadero problema, pues siempre son las minorías las que derriban los gobiernos. Por otra parte, establecer el número de los sufragios como criterio de la verdad política, ¿no es negar la realidad de los principios que constituyen la fuerza de los distintos partidos? ¿no es negar toda verdad? Ved, pues, á dónde hemos llegado: ahí teneis la gran ciencia del siglo de las luces! Para distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo justo de lo injusto, contemos los votos! Contemos los votos, y si una mayoría ignorante y corrompida contesta COMUNISMO á vuestra pregunta de «Monarquía ó República,» doblemos la cerviz y sometámonos... someternos! No, mil veces no, pues la mayoría no tiene mas derechos que los que la dá la razon; ni destruirá el principio republicano pidiendo la monarquía, ni destruirá el principio monárquico estableciendo la república (1).»

Estos dos principios son, en efecto, absolutamente indes-

(1) *Moniteur parisien*, 26 de octubre de 1851.

tructibles, solo porque expresan el derecho divino y el derecho humano, ó la autoridad y la libertad: bases condicionales de los partidos, pero bases incondicionales de las sociedades. La permanencia en Francia del estado revolucionario debe resultar de la falsa direccion que les imprimen, toda vez que el dualismo de las opiniones, necesario al desarrollo moral y material del mundo civilizado, no puede ser por sí mismo la negacion de la unidad; pero si el siniestro antagonismo del derecho divino y del derecho humano es el resultado de un error, nos bastará descubrir la verdad para operar entre ellos una saludable reconciliacion. Esforcémonos para obtener este resultado eminentemente civilizador, y entonces ya no verá la Europa vencedores ni vencidos entre los hijos de la gran nacion, reconciliados ya para siempre en el seno de su madre. No llevaremos ya á las gemonías (1) á hombres que poco antes proclamábamos salvadores de la sociedad. Dios no dirá ya de nosotros en su justa cólera: «Ellos han reinado, pero yo no les he enviado; ellos han establecido príncipes, pero yo no les he conocido!» Y los mismos reyes, que han debido combatir ó neutralizar las fatales tendencias de la revolucion francesa para poner á cubierto los intereses supremos de sus pueblos, comprenderán por fin que deben favorecer su tendencia providencial, porque la Francia habrá revelado al mundo la existencia del principio superior que lleva en sí, á fin de que el hombre y el Estado puedan verificar su propia creacion

(1) Gemonías era el sitio que los antiguos destinaban para suplicio de los reos, y para exponer sus cadáveres.

(El Trad.)

en la tierra, despues de haber querido verificar en eierto modo su propia destruccion.

Tal será en la historia, guardémonos de dudarlo, el significado moral y positivo de la revolucion francesa, que fué abominable, bárbara y sangrienta en su orígen, y cuyo fin, mas ó menos inmediato, debe reconciliar nuestra patria con todo el género humano. Sabemos pues ahora cuáles fueron los motivos secretos, pero verdaderos, que animaron á la Francia y la hicieron desplegar tanto celo y energía durante sus crueles vicisitudes. Una nacion respetable como es (y por cierto no creemos que nadie la dispute semejante título), penetrada de su alta mision, apesar de que no sepa definirla de un modo claro y preciso, puede entusiasmarse con frecuencia por falsas ideas, pero jamás por acontecimientos tan odiosos como aquellos cuya relacion vamos á continuar. Casi todos los hombres eminentes de aquella época lo han reconocido con Mallet du Pan: «Se están realizando, decia, dos revoluciones: la una moral, en los entendimientos que ella ha llenado de verdades y de semi-verdades, cuyo fundamento quedará; la otra, infame y bárbara, será la mas fácil de extirpar, en cuanto la fuerza caiga de sus manos (1).»

Las implacables divisiones del partido conservador, la emigracion de la nobleza, y sobre todo la actitud que tomaron los reyes de Europa respecto de la Francia revolucionaria, habian facilitado el triunfo del partido republicano sobre la ruina de nuestra sociedad monárquica. La casa de

(1) *Memorias y correspondencias*, publicadas por M. A. Sayons. Tom. II, página 482.

Borbon se habia encumbrado mucho sobre las demás casas soberanas, para que fuera de ellas amada. El emperador de Alemania solo veia un rival en el rey de Francia, porque este favorecia la oposicion del pueblo de los Países Bajos y la de los principes del Imperio hácia su gobierno. El rey de Prusia, protector del estatuderato de la casa de Orange, solo veia en él un adversario, porque Luis XVI era el protector del partido republicano de Holanda. Y su natural antagonista, el rey de Inglaterra, vencido tambien en el mismo terreno, temia dejar pronto de ser victorioso en los mares, porque el tratado de los pabellones neutrales, el pacto de familia, y los esfuerzos combinados de las marinas francesa, española y holandesa, podian fijar la superioridad marítima de la Francia en su propia superioridad continental. Así es que el rey de Francia no era tan solo el regulador de los poderes en Europa, sino el conservador de las nacionalidades cuya necesaria independencia defendia contra el Austria, la Prusia y la Rusia, que anhelaban llevar á cabo la destruccion de la Polonia.

Cuanto mas fuerte era la monarquía francesa en el exterior, donde contenia el movimiento del Norte acelerando el del Mediodía, tanto mas debian buscar las monarquías europeas la ocasion de hacerla lo mas débil posible en el interior, base de su accion universal. Este era al principio de las turbulencias revolucionarias el único objeto del gabinete de Lóndres, cuyos numerosos agentes fomentaban en París el antagonismo de la rama segunda de los Borbones contra la rama principal, aunque esto pudiera acarrear la

destruccion de la casa de Francia por medio de una division dinástica, y el antagonismo republicano de las asambleas contra la córte, aunque esto pudiera acarrear la destruccion de la Francia de Luis XIV en la persona de Luis XVI, por medio de un regicidio! Cualesquiera que fuesen los desastres que de ello resultaran para el mundo civilizado, la historia de Francia tendria su episodio abominable y sangriento como la historia de Inglaterra; y el gobierno inglés tomaria sobre la Europa un ascendiente político tanto mas considerable, cuanto mas profunda fuera la caida del gobierno francés. En efecto, desde que los principios democráticos han invadido el ejército francés, en el cual la espada, símbolo del mando, únicamente pertenecia á la nobleza, muchos oficiales emigran espontáneamente, ó son lanzados de las filas por sus propios soldados; de modo que la Francia militar queda disuelta al mismo tiempo que la Francia monárquica. Habiendo perdido la nacion su fuerza aristocrática sin haber aun encontrado la fuerza cimentada en la igualdad, falta inmediatamente al mundo como faltó á sí misma. De lo que resulta que el Austria puede oprimir impunemente á los Países Bajos, que la Inglaterra y la Prusia restablecen el estatuderato en Holanda; y que la Rusia, la Prusia y el Austria preparan un segundo desmembramiento de la Polonia, que probablemente será el último, si los destructores de ese pueblo quieren entenderse con los del rey de Francia.

Pero ninguna reconciliacion parece posible entre los soberanos de Europa que debieran haber cifrado su salvacion

y su gloria en la conservacion de todas las nacionalidades, y los convencionales de Francia, que fundan su salvacion y su gloria en la disolucion de todos los estados (1). Puesto que la revolucion francesa, en vez de permanecer local, aspira á llegar á ser universal; puesto que se trata de saber si las coronas reales van á *trocarse en gorros colorados*; puesto que la Convencion nacional se considera en fin, segun las palabras de Danton, como «el gran comité de insurreccion del género humano,» cada monarca tiene razon en considerarse absolutamente responsable del porvenir de la humanidad, desde ahora en lucha con la barbarie. A esa confederacion de hombres que pretende derribar todos los tronos, despues de decapitar la monarquía, que proclama un derecho público salvaje, absurdo, incompatible con la obediencia á las leyes, base de todo órden social, y declara la guerra á todos los gobiernos, porque no puede vivir en paz con uno solo; los soberanos de la Europa deben oponer una coalicion general de los pueblos, y de ellos mismos. El emperador de Alemania, el Imperio, los reyes de Inglaterra, España, Cerdeña, Nápoles, y el estatuder de Holanda, se levantan en efecto para apagar aquel foco de anarquía que puede incendiar el continente; pero la emperatriz de Rusia, los reyes de Dinamarca, Suecia, Portugal y la Suiza, no atienden á esa lucha, de la cual depende la conservacion ó la ruina total de la civilizacion. Por otra parte, como los príncipes coligados no tienen los mismos principios,

(1) Mallet du Pan, *Memorias*. Tom. II, pág. 287.

no pueden obrar por un interés comun. Los del Mediodía, antiguos aliados de Luis XVI, quieren restablecer el trono de San Luis, mientras los del Norte, antiguos adversarios de la Francia, desean hacerla caer en el lazo en que han cogido la Polonia. Ya parece que los acontecimientos militares confirman sus siniestras esperanzas. La Convencion nacional, obligada á resistir á la guerra civil y á la extranjera, no puede rechazar los ejércitos de la Europa, que pasan á un tiempo el Rhin, los Alpes y los Pirineos, contener á la heroica Vendée, ni subyugar todas las ciudades del Mediodía, que á imitacion de los pueblos rurales del Oeste, adoptan la monarquía y proclaman á Luis XVII, atendido á que no sabe aun si debe adoptar la república federativa de los girondinos ó la república una é indivisible de los jacobinos. Dumouriez, el vencedor del Argone, pero el vencido de Nerwinde, confia cortar el nudo gubernamental con su espada. Léjos de combatir al príncipe de Coburgo, firma un armisticio que le permitirá dirigir sus soldados á París, donde destruirá la Convencion para reemplazar la revolucion republicana con una revolucion monárquica en beneficio de la casa de Orleans, esto es, para dispersar á los jacobinos y reunir á todos los partidos al rededor de una monarquía sin partido. Este quimérico plan debia fracasar; pues desmoralizado el ejército á consecuencia de recientes derrotas, no podia desempeñar un papel en el Estado, sino despues de haber conquistado la opinion á copia de victorias.

La defeccion de Dumouriez ocasiona la derrota del par-

tido girondino y el triunfo del partido jacobino. Una guerra civil republicana estalla al lado de la guerra civil realista, y en frente de la guerra monárquica extranjera. Si esta hubiera dado la mano á aquella; si los reyes aliados hubiesen declarado que no trataban de atacar la independencia ni la libertad del pueblo francés; que solo deseaban sustraerle á una odiosa tiranía, y que tratarían de la paz cuando él mismo hubiera restablecido su propia monarquía, la república habría perecido. Pero se mostraron mucho mas enemigos de la Francia que de la Convencion (1). En vez de marchar sobre ella á grandes jornadas para llegar á los muros de París antes que la dividida asamblea pudiera triunfar de su propia debilidad, los príncipes coligados, desconociendo sus verdaderos intereses, la dejaron tiempo para fortificarse y vencer á los contra-revolucionarios, esto es, la guerra civil, despues que hubo declarado al *Gobierno revolucionario hasta la paz*. Este acto echaba abajo todos los principios de la Constitucion que establecian el régimen puro de la muchedumbre (2); pero la Convencion nunca hubiera podido hacer frente á tantos enemigos, si no se hubiese apropiado la dictadura. Abandonando la administracion del país al club de los *jacobinos*, á fin de que imprimiera una sola direccion á todas las asambleas populares, centralizó su accion política en el seno de dos comités, el de *salvacion pública* y el

(1) Véanse las *Memorias y correspondencias de Mallet du Pan para servir á la historia de la revolucion francesa*. M. A. Sayons las ha coleccionado y ordenado con una rara sagacidad de historiador.

(2) M. Mignet, *Hist. de la Revol. franc.* Tom. II, pág. 11.

de *seguridad general*; ordenó el arresto inmediato de todos los sospechosos; hizo decapitar á la reina María Antonieta, á la princesa Isabel y al duque de Orleans, á los sacerdotes, á los realistas y á los girondinos; en una palabra, á todo aquel que habia manifestado una opinion contraria á la suya, ya en la formacion de la república, ya en la disolucion de la monarquía, y prosiguió por último su obra sangrienta, horrible y espantosa, pero gigantesca, decretando que todo ciudadano debia caminar á la victoria ó al cadalso!

Los enemigos interiores de la Convencion obedecen mas al deber que al terrorismo. Antes de ser realistas ó republicanos, son franceses, y creen «que las potencias no tienen mas objeto que arruinar á la Francia, desmembrarla y saquear sus ciudades y aldeas; que su interés por las desgracias de la familia real no es mas que hipocresía, y que sin distincion de monarquía ni de república, es á la misma Francia y no á la Francia anárquica á quien hacen la guerra (1).» Así es que las cuestiones de partido desaparecen ante la cuestion de patriotismo. Trátase del territorio, de la nacion, y no de los principios que están en contradiccion en la razon del hombre. Todos los partidos corren á las fronteras; pero ningun aliado se atreve ya á marchar hácia París. Se ha verificado un gran cambio en las ideas, pues la Convencion era destructible en la primera campaña, porque los reyes de Europa podian aun hacer considerar sus propios derechos como idénticos á los del pueblo de

(1) Mallet du Pan, *Memorias*. Tom. II, pág. 27.

Francia; pero es indestructible en la segunda, porque la Convencion puede en adelante hacer considerar los derechos del pueblo de Francia como incompatibles con los de los reyes de Europa.

Un solo hombre, Carnot, miembro de la Junta de salvacion pública, dirige un millon doscientas mil bayonetas contra la Coalicion. Despues de haber estudiado los planes de Condé, Turena, Louvois, Maillebois, Belle-Isle y de los generales mas ilustres de la antigua Francia, da á la nueva Francia un irresistible empuje, y trasforma la guerra lenta, que conviene á los príncipes, en una guerra impetuosa, que conviene á nuestros soldados. La Convencion pretende salvar la república con los brazos de los realistas; Carnot pretende salvarla con el genio militar de la monarquía. Nuestras masas nacionales chocan, dividen, y destruyen los ejércitos enemigos. Las victorias que estos alcanzan sobre Europa hacen olvidar á la Francia las innumerables derrotas materiales y morales que sufre en sí misma. Cuando la Convencion nada tuvo que temer de los soberanos aliados, debió temerlo todo de sus propios miembros: soberanos divididos, cuyo cetro era el cadalso, y cuyo ministro era el verdugo. Su dictadura colectiva se habia trasformado poco á poco en una dictadura individual que Robespierre habia usurpado. Todo aquel que adquiria un ascendiente señalado en la asamblea, en la comuna, ó en el club de los jacobinos, era á sus ojos un pretendiente rival y debia por lo tanto ponerse *fuera de la ley*, esto es, debia ser guillotinado. Ese exterminio sistemático de los *pretendientes á la dic-*

tadura duró hasta el 9 de termidor (27 de julio de 1794). Fecha memorable! pues expresa la muerte del terror con Robespierre y el nacimiento de la reacción con el partido monárquico. Mientras Robespierre dispuso de la existencia de los miembros de la Convención, fué el lazo de esta asamblea, agobiada con el yugo de la servidumbre común, y su terrible unidad; pero desde el momento en que la Convención hubo anonadado á ese hombre feroz, para recobrar su propia independencia, fué presa del fraccionamiento de las opiniones contradictorias, lo que hizo inevitable su disolución. Entonces cada convencional se ocupó tanto más de su pasado, cuanto menos podía contar con su futuro. Ya la prensa y la palabra rompian sus cadenas, y vengadoras, implacables, denunciaban los votos sangrientos, las leyes perversas y las ejecuciones bárbaras al tribunal de la humanidad. Para no verse devorado por aquella crisis, el partido termidoriano trató de dominarla. Los tribunales terroristas se cerraron, se abrieron las cárceles, y se rompió la guillotina. Todas estas concesiones, perfectamente acogidas por los *moderados*, excitaron la ira de los *furiosos* (*enragés*); y la Convención no pudo desarmar á la reacción ultra-revolucionaria, hasta después de armar á la reacción contra-revolucionaria, ya preponderante, si no en el Estado, á lo menos en la sociedad.

Esta nueva situación era favorable á los antiguos girondinos, que, disgustados de la república y partidarios secretos de la monarquía, no volvian á tomar su puesto oficial en la Convención, sino para restablecer el trono. «En su

consecuencia se convino generalmente en la necesidad que habia de llegar á una forma de gobierno menos terrible que el de una asamblea, en la cual la faccion que usurpa su despotismo puede de un dia á otro mandar la minoría al cadalso. Pero acordes sobre este punto, no lo están de modo alguno acerca de los medios de conseguirlo, ni respecto á la naturaleza del régimen que debe sustituir al del momento (1).» Los convencionales desean nada menos que abdicar su formidable poder en manos de Luis XVII, rey menor que tienen prisionero, y de colocarle ellos mismos la corona en la frente, con tal que les garanticen vida y bienes, por medio de una de aquellas capitulaciones que trascribe la historia, para manifestar el modo con que concluyen las revoluciones y empiezan las restauraciones. Desgraciadamente «las dificultades de este problema, ligan á pesar suyo con la república á los revolucionarios que estuviesen tentados de abolirla. Si sus manos insensatas y criminales no se hubiesen ensangrentado en la reina y en madama Isabel, cualquiera de estas dos princesas con quien la Convencion hubiese capitulado hubiera servido para terminar las dificultades de la regencia; pero temen conferirle á los príncipes hermanos de Luis XVI, y por otra parte no saben con quién reemplazarles. El mismo principio de temor y de odio contra los príncipes emigrados, divide tambien á los republicanos indecisos sobre la eleccion de un rey. Los unos quieren al jóven huérfano, que consu-

(1) Mallet du Pan, *Memorias*. Tom. II, pág. 425.—*Situacion de los partidos y del espíritu público en Francia desde la caida de Robespierre.*

me su existencia en la torre del Temple; los otros al duque de Orleans, que se ha retirado en Suiza, príncipe, que sin participar de los vicios y de los crímenes de su padre, ha servido al partido popular hasta la muerte del rey, y que habiendo manifestado públicamente su adhesión á la constitucion de 1791, es mucho menos temido de los republicanos, los cuales por el contrario tienen gran confianza en él. Por último, muchos piensan en cambiar la dinastía y en dar el trono á un extranjero (1).»

En tanto que las facciones están tratando con sus respectivos candidatos, la Junta de salvacion pública trata directamente con Charette, general de la Vendée militar, y único hombre, que despues de haber negociado la paz entre los republicanos y los realistas, puede negociar la capitulacion de los convencionales con el duque de Provenza, á quien reconocen el título de regente (febrero de 1795). Conforme con este tratado, Luis XVII será entregado con su hermana el 13 de junio siguiente á una escolta de vendeanos que los conducirán al campo de Charette; la religion católica y la monarquía serán restablecidas antes del 4.º de julio (2). Esta pacificacion interior hace prever una pacificacion exterior, pues los reyes de Europa dirán sin duda á los convencionales, como el general de la Vendée: Guerra contra la república; paz con la monarquía. Pero confiando poco la Junta de salvacion pública en el regente, concibió la *idea*, para seducir al rey de Prusia, de es-

(1) Mallet du Pan. *Vid. sup.* Tom. II, pág. 122.

(2) Cretineau-Joly. *Hist. de la Vendée milit.* Tom. II, pág. 320.

tablecer en Francia «un estatuderato en la persona del duque de Brunswick (1) y de la indemnizacion tomada en la secularizacion de los bienes eclesiásticos, como en Alemania. Federico Guillermo abandona inmediatamente la causa de la monarquía europea y firma la paz de Basilea (5 de abril), reconociendo con ese acto la república francesa, tal como se ha definido ella misma en sus principios y en sus actos, á pesar de estar estos en contradiccion con los de todos los gobiernos, y con los principios de todos los estados; suscribiendo á la completa destruccion del derecho público y sancionando en definitiva la sangrienta destruccion de la soberanía de los reyes por la soberanía de los pueblos, esto es, su propia deposicion como monarca! Aquello fué un funesto presagio para la Europa y para la Francia, cuya suerte estaba mas comprometida que nunca. La Convencion regicida sucumbia á pesar de las victorias de sus ejércitos; un monarca la levanta á pesar de no obligarle á ello sus derrotas. A la paz exterior debe suceder otra guerra civil, porque la mala accion del gabinete de Berlin, cuyo objeto es consolidar el gobierno republicano, no puede impedir la reaccion de toda la sociedad francesa, cuyo objeto es restaurar el gobierno monárquico. Pero entonces muere Luis XVII (8 de junio de 1795); y los girondinos, que deseaban aun realizar la abolicion de la república, despues de haber obtenido las convenientes garantías conservando algun puesto en el consejo de regencia, no piensan ya en

(1) M. Capéfigue, *Monarquía y política de las dos ramas de la casa de Borbon.* Tom. I, pág. 351.

restablecer la monarquía, ahora que han introducido los hechos consumados y sus principios revolucionarios en el derecho europeo.

Firmando Federico Guillermo III la paz de Basilea, impidió la ruina de la república francesa, mientras Carlos IV, nieto de Luis XIV, firmando el mismo tratado (22 de junio), no impidió la ruina de la monarquía española. Habiendo hecho causa comun con la Convencion declaró la guerra á la Gran Bretaña, con la esperanza de colocar á un infante de España en el trono de Francia (1). Godoy fué nombrado príncipe de la paz, grande de España de primera clase y capitan general, sobreponiéndole al mismo Cid, en recompensa de una accion que iba á precipitar á su país en una extremada decadencia. La Convencion triunfaba sola en todas partes. Reuniendo la Bélgica á la Francia, sujetando á la Holanda, destruyendo el estatuderato anglo-prusiano del príncipe de Orange, levantando la república bátava, y volviendo á seguir los planes diplomáticos de la casa de Borbon, iba siendo, como lo habian sido los príncipes franceses, el árbitro de los poderes de Europa. A consecuencia de una artificiosa nueva esparcida en la dieta de Ratisbona y en el Imperio, se consideraba tanto mas inmediata la paz general, cuanto que la Convencion dejaba que se llevase á cabo á su vista la destruccion de la Polonia, para que se la perdonara

(1) Deseáramos saber en qué documentos ha encontrado el autor revelado este pensamiento de D. Carlos IV, pues debemos confesar nuestra ignorancia; hasta ahora no hemos tenido noticia de semejante proyecto.

la destrucción de la monarquía francesa; y entonces todo el mundo esperaba ver que todos los reyes de la tierra, sin excepción, reconocerían un gobierno, que ni siquiera reconocía al Rey del cielo!

Los realistas emigrados, no esperando ya cosa alguna de los monarcas, «batidos, escarnecidos y odiados (1),» lo esperaban todo de su patria, la cual trataba de sustraerse á las desdichas que le ocasionaba la república, tentando el restablecimiento de la monarquía. Pues aunque el heredero del trono en el orden legítimo hubiese sido proclamado rey de Francia en Belleville, cuartel general de la Vendée, con el nombre de Luis XVIII (26 de junio de 1796), no era considerado en Francia, ni en Europa, en medio de aquel gran desorden que derribaba hombres y cosas, principios é instituciones, sino como un pretendiente cuyos derechos no podían sin duda destruirse moralmente, pero que necesitaban ser reconocidos positivamente y aceptados para que existieran por sí mismos. Para conseguirlo publicó Luis XVIII el «manifiesto de Verona,» en el que prometía «una amnistía general en favor de los primeros revolucionarios,» sin explicarse ni á cerca del antiguo régimen, que era imposible restablecer, ni respecto al nuevo, que era necesario definir. Esto fué sumamente funesto á su causa, porque al parecer creía que los fundadores de la república, contentos con haber obtenido ya garantías para sus personas, restablecerían espontáneamente la monarquía, dando el trono al hermano

(1) Mallet du Pan, *Memorias*, Tom. II, pág. 280.

del rey que habian guillotinado, y porque al parecer ignoraba que la gran mayoría de los franceses habia tomado parte, no en los actos sangrientos de la revolucion, imputables únicamente á algunos individuos, sino en el desarrollo de sus principios populares, que no creía incompatibles con la forma del gobierno real. Así es que el perdón que ofrecia el jefe legítimo de la monarquía cuando no tenia medio alguno de restablecerla, humillaba tanto mas á nuestra pundonorosa nacion, cuanto que esta se consideraba como la única que podia reedificar el trono. Cierto que Luis XVIII hubiera querido reconquistar su reino á la manera de Enrique IV, sabiendo muy bien que, «si se quedaba atrás, si no empleaba su cabeza y su brazo para subir al trono, perderia toda consideracion personal.» Pero si bien se expresaba en estos términos, los partes confidenciales que dirigia al duque de Harcourt, su embajador en Lóndres, solo probaban su impotencia. «Si se llegara á creer que por mi voluntad, añadía, no me he reunido á mis fieles súbditos, mi reinado fuera mas desgraciado que el de Enrique III. Qué me queda pues? la Vendée! quién puede conducirme á ella? el rey de Inglaterra! insistid de nuevo sobre este artículo. Decid á los ministros en mi nombre que les pido mi trono ó mi sepulcro: la Providencia decidirá.»

La Inglaterra no podia acceder á los deseos del monarca pretendiente, sin reconocerle como rey de Francia: compromiso grave, que ninguna potencia se atrevia á contraer en un momento tan crítico. Negóse un navío á Luis XVIII, pero se ofreció una flota al conde de Artois, «que tremolaba

entonces el estandarte de la constitucion, fatalmente olvidado algunos meses antes en el manifiesto de Verona (1).» Esta expedición fué dirigida hácia las costas del Bajo-Poitou por el almirante Bridport, á quien el gobierno británico habia dado órden de impedir el desembarco del príncipe francés. Segun Napoleon: «La república estaba perdida, si los ingleses hubiesen dejado tomar tierra en el suelo patrio al conde de Artois (2).» En efecto, la nacion entera y parte del ejército se hubieran declarado abiertamente por la monarquía. Pichegrú, el mas popular de los generales desde que habia conquistado la Holanda, queria desempeñar el papel de Monck, antes que otro soldado pudiera ejecutar el de Cromwell. Pero como no existia ningun centro de opiniones ni de doctrinas, los realistas, anulándose ellos mismos con sus divisiones, permanecieron en el estado de partido en vez de pasar al estado de sociedad. De esto resultó que los convencionales regicidas no se atrevieron á dirigir su capitulacion á Luis XVIII, ni á reconocerle como á heredero legítimo de la corona, esto es, no se determinaron á fijar el destino de la monarquía, porque el monarca-pretendiente no habia fijado su futura suerte. Así es que proclamaron la constitucion del año III, que, al paso que preparaba una transicion mas ó menos inmediata de la monarquía múltiple del directorio, á la monarquía unitaria, les permitia, sin embargo, ofrecer el trono á otros príncipes bastante poderosos para protegerles contra

(1) M. Villemain, *Recuerdos contemporáneos de historia y literatura*, pág. 81.

(2) *Memorias*. Tom. VI, pág. 278 y siguientes.

la malevolencia general de las personas honradas, y aun organizar la república, de modo que adquiriesen la benevolencia universal. En su consecuencia decretaron que las dos terceras partes de la Convencion pasasen á ser miembros del «Consejo de los Quinientos y del Consejo de los Ancianos.» Como semejante acto era ilegal, atendido á que destruía el principio de la soberanía del pueblo, base fundamental del Estado, la resistencia armada de las secciones de París era legítima. La Convencion iba á ser destruida por el espíritu público, aunque hubiese verificado una siniestra reconciliacion con el jacobinismo y el ejército, y aunque Barras hubiese desnudado la espada, sin la intervencion de un general que ametralló al pueblo soberano con su artillería. Bonaparte nació para la historia en medio de aquella horrorosa carnicería. Su metralla *solemnizó el 6 de octubre de 1795* (13 de vendimiario, año III) la libre y unánime promulgacion de la constitucion (4). Cinco directores regicidas se encargaron del poder ejecutivo, despues de haber jurado odio eterno á la monarquía; los convencionales conservaron el poder legislativo; en seguida la Convencion declaró que *su mision estaba terminada*, porque acababa de instituir una fiesta conmemorativa del 21 de enero, á fin de asociar moralmente á toda la nacion francesa á sus propios crímenes, y porque se perpetuara con otro nombre para poner su sangriento pasado al abrigo de las reacciones del porvenir!

(4) Mallet du Pan, *Memorias*. Tom. III, pág. 420.

Este fué el pensamiento exclusivo del directorio, que queria crearse un partido explotando los principios y los intereses contradictorios de la sociedad. Pero en vano trató de oponer los propietarios de los bienes nacionales y las clases enriquecidas á consecuencia de la revolucion, á los propietarios y á las clases que esta habia empobrecido; cansadas de considerarse adversarias unas de otras, léjos de atacarse mútuamente, procuraban, por el contrario, defendirse contra el partido jacobino, que era su comun enemigo. La oposicion fué general mientras el gobierno se apoyó en esta faccion comunista y terrorista. El directorio debió castigar á los cómplices de Baboeuf, para no sucumbir. Perseguidos los realistas en su propia existencia por leyes de proscripcion, no pensaban en aquel momento en derribar la república, pero todos pensaban en restablecer la monarquía. Los directores, que al parecer disponian de los acontecimientos, no podian cambiar el curso de las ideas contra-revolucionarias; pues una extraordinaria sed de placeres, de órden y de seguridad reemplazaba la horrible sed de sangre, de desórden y de terror. Considerada la revolucion por todos los partidos existentes como una crisis accidental y pasajera cuyo desenlace era necesario precipitar, fué preciso que el directorio, gobierno de bancarrota, creára para salvarse el partido militar que debia destruirle. Moreau, sucesor de Pichegrú, sacó contribuciones de guerra á los aliados y á los enemigos de la república; Hoche hizo caer las armas de las manos de la Vendée. Así debia ser. Despues de la muerte sucesiva de Cathelineau, Bon-

champs, Elbée, La Rochejaquelein, Talmont, Lescure, Charette y Stofflet, genios de un género enteramente nuevo, los vendeanos solo combatian por el antiguo régimen. Y nadie en Francia tenia interés en restablecer la monarquía de los tres órdenes, fundada en los derechos privilegiados del clero, de la nobleza y de los parlamentos, al pasó que la Francia entera estaba interesada en restablecer la monarquía de todos, fundada en el derecho comun. La Vandée fué vencida y desarmada, porque era «tan imposible reconstituir el antiguo régimen, como edificar San Pedro de Roma con el polvo de los caminos (1).»

Pero los destinos de la Francia y aun los de Europa se debatian entonces en la Italia, donde Bonaparte rompía la coalicion en tres combates, imponía una humillante paz al rey de Cerdeña, continuaba la guerra con el emperador de Austria, destruía todos sus ejércitos, dejaba vivir entre los estados la Santa Sede, el reino de Nápoles, la república de Génova, el ducado de Parma y el de Módena, que podía destruir con una plumada ó con una estocada; extinguía la república de Venecia, que sin duda alguna debiera haber dejado vivir como nacionalidad; cerraba el pasado de la Europa y se abría personalmente el porvenir, hablando del ejército para atemorizar al directorio, del mismo modo que los primeros jefes de la revolucion francesa hablaban del pueblo para asustar al rey. Por lo demás, todos los partidos celebraban la gloria del capitán que «á los veinte y seis años

(1) Carta de Mallet du Pan al abate de Pradt. (*Mem.* Tom. II, pág. 142.)

habia arrojado de Italia á cinco ejércitos extranjeros, conquistado la paz en el camino de Viena, negociado con tanta habilidad como vencido, humillado á los reyes, y honrado al Papa, fundado una república allende los Alpes, y por último, ilustrado la de Francia, libre ó no, pero colmada de victorias (1).» Cuando la revolucion francesa subia al Capitolio con Bonaparte, Pichegrú trataba de precipitarla de la roca Tarpeya. Presidente del consejo de los *Quinientos*, y jefe de una imponente mayoría realista en París, considerábase bastante fuerte para restablecer la monarquía, á pesar de que la debilidad y las divisiones de sus partidarios solo hicieran posible la república. Barras se puso inmediatamente de acuerdo con Bonaparte, quien en adelante no debia permitir que se presentase un nuevo Monck, porque confiaba llegar á ser un nuevo Cromwell. El general del ejército de Italia envia á Augereau, su lugarteniente, con esta corta alocucion, dictada por él á sus soldados: «Temblad! realistas! temblad! vuestras iniquidades están contadas, y su premio está en la punta de nuestras bayonetas.» Pichegrú acepta el reto. «Ya que se quiere que montemos á caballo, dice al directorio, *montarémos.*» Pero como no tenia algunos millones para distribuir, ni un sistema de ideas á propósito para reunir las diferentes fracciones del partido monárquico, nadie le sostuvo. Las bayonetas de Augereau triunfaron de las opiniones de Pichegrú (18 de fructidor año V, —4 de setiembre de 1797). Fueron deportados dos di-

(1) Villemain, *Recuerdos contemporáneos de historia y literatura*, páginas 86-87.

rectores, cincuenta y tres individuos pertenecientes al consejo de los Quinientos y al de los Ancianos, ciento cincuenta y tres escritores, periodistas y otros: anuláronse las elecciones de cuarenta y ocho departamentos; decretóse que todos los realistas fuesen fusilados en el Campo de Marte, si *hablaban* aun de cualquiera clase de monarquía, y la dictadura civil preparó la senda á la dictadura militar.

Después de este golpe de Estado, Francisco II, que habia firmado ya los preliminares de Leoben (18 de abril de 1797), tuvo que entablar las últimas negociaciones pacíficas. La república francesa, árbitra de la guerra y de la paz, iba por fin á ocupar un puesto en el concierto de las monarquías europeas. Su victorioso general ofrecia al emperador de Alemania, Venecia, la Istria y la Dalmacia para obtener el Adigio, Mantua, Maguncia y las islas Jónicas. Todos los caminos de Italia quedaban abiertos al Austria; pero la Francia, no contenta con encerrarse en unos *límites naturales*, se rodeaba de pequeñas repúblicas subordinadas á la suya, que al mismo tiempo la servian de garantía contra las monarquías. A pesar de todas las concesiones que se hacian al emperador, este, jefe moral de la Europa conservadora como representante de la exclusion del derecho humano por el derecho divino en la soberanía, no podia admitir un sistema de equilibrio que establecia la superioridad de la Francia revolucionaria, expresando la exclusion del derecho divino por el derecho humano en la soberanía. Así es que Cobentzel, plenipotenciario de Francisco II, lo rechazó con viveza, corriendo el riesgo de irritar el orgullo del plenipotenciario

de la revolucion. «General, dijo, la Francia juzgará á un negociador asaz temerario para sacrificar los intereses de su país al de su ambicion personal.» Bonaparte cogió un jarro de porcelana, y tirándole contra el suelo lo hizo mil pedazos, y en seguida contestó: «La guerra queda declarada. Pero no olvidéis que antes de concluirse el otoño, yo romperé vuestra monarquía, del mismo modo que he roto esta porcelana.» Fué preciso ceder, y se firmó el tratado de Campo-Formio (17 de octubre de 1797). Apesar de que este tratado no secundaba en ningun concepto los votos del directorio, Talleyrand le presentó á Bonaparte, diciendo: «Aquí teneis al vencedor de Italia y al pacificador del continente.» Aquella paz no debía ser mas que una tregua, pues el emperador habia tratado para sus estados hereditarios y no para el Imperio, cuyos destinos se debatian en el congreso de Rastadt (1). El directorio deseaba enviar allí á Bonaparte, pero este prefirió abandonar el Occidente, tumba de pequeñas notabilidades, y pasar á Oriente, «cuna de grandes acontecimientos.»

El vencedor de las monarquías europeas se alejaba de la república francesa en el mismo momento en que la Gran Bretaña operaba una reconciliacion entre el Austria y la Rusia. Debíase, pues, prever una segunda coalicion, mucho mas formidable que la primera, porque borraría todas las divisiones del Norte y del Mediodía reuniéndolas en el mis-

(1) Schoell, *Manual del congreso de Rastadt*.—Eggers, *Briefe über die Auflösung des Rastadten congress.*

mo sistema político. Los reyes coligados hubieran dominado la situación general, si hubiesen subordinado sus actos á los verdaderos principios conservadores, los cuales les permitían aun dirigir la reacción de los pueblos de Europa contra la Francia revolucionaria. Pero los príncipes confederados amenazaban no solo á nuestros republicanos, sí que también la existencia de las nacionalidades, atendido á que el emperador de Alemania, como rey de Austria, los reyes de España, Nápoles y el directorio, codiciaban á la vez las posesiones del Papa. Un ejército francés entró en Roma, derribó la monarquía pontificia y proclamó la república romana, mientras el embajador de su majestad católica instaba á Pío VI, para que abandonase mas de la mitad de sus estados á la república francesa, la cual prometía erigir un pequeño reino italiano para el duque de Parma, y para que, no viviendo ya como príncipe temporal, se considerase bastante feliz con ser el último Papa que muriese en la silla de San Pedro. A pesar de su capitulación, el Sumo Pontífice, después de haber sido declarado prisionero, fué arrebatado de la capital del mundo católico, y trasladado de población en población hasta Valence.

La república romana se encontró desde aquel momento inclusa en el sistema de independencia nominal y de vasallaje efectivo, del cual la república cisalpina procuró en vano salir, y en el que se hizo entrar á las repúblicas bávara y helvética. Estos distintos acontecimientos preparaban el rompimiento del congreso de Rastadt; pues dueño el directorio de Roma y de la Suiza, dos puestos militares de

la mayor importancia, ya no deseaba la paz (1); y ligada secretamente el Austria con la Inglaterra y la Rusia, deseaba mas que nunca la guerra. Al abrirse el congreso, la Francia exigia solamente la orilla izquierda del Rhin: ahora exige además la orilla derecha para destruir el cuerpo germánico, como ha destruido el Piamonte, cuya existencia, como estado intermedio entre la república francesa y la república cisalpina, excitaba la codicia del directorio. La destruccion del reino de Cerdeña acarrea instantáneamente la del reino de las Dos Sicilias. Carlos Manuel VI se retira á Cerdeña despues de una humillante abdicacion, y se proclama la república en Turin; Fernando IV se retira á Sicilia despues de pelear honrosamente, y la república partenopea se proclama en Nápoles. Pero el congreso de Rastadt no se cierra hasta que ha disuelto el cuerpo germánico, preparando así la destruccion de su antigua constitucion, que era el eje del equilibrio político entre los diferentes estados de Europa. El antagonismo del Austria y de la Prusia ha sido tan perseverante en aquella asamblea, que el gabinete de Viena forma el proyecto de apoderarse de los papeles de la legacion francesa, para saber hasta qué punto el gabinete de Berlin se encuentra comprometido con el directorio. Unos soldados austriacos atacan á los plenipotenciarios franceses, hieren á uno y matan á dos, y se apoderan de sus bagajes. Esta es la señal de una guerra tanto

(1) Véase el conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tomo VI, cap. XXIII.—Este tomo contiene revelaciones sumamente importantes.

mas encarnizada, cuanto que las tentativas de paz vienen á estrellarse en aquella odiosa violacion del derecho de gentes. El directorio ha destruido la primera coalicion en Italia; Pablo I, emperador de Rusia y jefe de la segunda coalicion, quiere levantar todas las monarquías de Europa, derribando la república francesa en el mismo suelo en que obtuvo sus mayores triunfos.

El emperador de Alemania, el Austria, el Imperio, la Inglaterra, el rey de las Dos Sicilias, el de Portugal y el Gran Señor, que confía vengar la invasion del Egipto con la invasion de la Francia, marchan al lado del Czar. La revolucion y la contra-revolucion, el Norte y el Mediodía, están en frente uno de otro. Joubert debe contener á los austro-rusos al otro lado de los Alpes; y Moreau á los anglo-rusos al otro lado del Rhin. Pero uno y otro son considerados mas bien como espadas de solucion interior que de solucion exterior; pues la dictadura civil, creada en Francia á consecuencia de un golpe de Estado, será destruida por otro golpe de Estado que establecerá la dictadura militar. Joubert muere en Novi (15 de agosto de 1799); y Moreau, vencido en Holanda, salvará sin duda alguna el ejército de Italia. En todas partes nuestros soldados tocan retirada; en todas partes los reyes de la coalicion persiguen la revolucion hasta su propio territorio que van á invadir. El peligro es tan eminente, que el nuevo directorio, producto de las elecciones jacobinas, retrocede á la política feroz de la antigua Junta de Salvacion pública. Las banderas de la república son veladas con una gasa negra; los

directores, imitando lo que en otra ocasion habia hecho la Convencion, declaran que «la patria está en peligro!» mientras que los consejos proclaman la ley de los rehenes, establecen un empréstito forzoso de cien millones sobre los ricos, y decretan otras medidas extraordinarias para obrar con un golpe de Estado contra el del 22 de floreal, sustituyendo con la «república de los iguales la república de los directores,» á quienes el pueblo llama irónicamente «reyes de Francia y de Navarra.» En fin, Brune bate al enemigo en Berghem, y Massena lo derrota completamente en Zurich. Los rusos acusan á los austriacos de traicion, y quieren separarse de ellos; pero dos dias de derrotas no borrarán cinco meses de victorias, si el gabinete de San Petersburgo y el de Viena permanecen unidos. Pablo I deseaba que todos los reyes destronados por los ejércitos republicanos fuesen repuestos en su soberanía, en seguida de verificada la conquista; pero, á pesar de que todos los estados de Italia se hubiesen reconquistado á la revolucion, no habiendo Francisco II, que se presentaba como vengador y restaurador de la monarquía, restablecido un solo monarca en su trono, daba lugar á que se creyese que solo obraba por su cuenta. Así es que no excitó ninguna de aquellas manifestaciones nacionales que pueden asegurar el triunfo de las intervenciones extranjeras. El egoismo del emperador de Alemania, fatal á los soberanos confederados, no salvaba á la Francia, puesto que este noble país solo se libraba de la invasion extranjera de los reyes sufriendo la invasion interior de los jacobinos. Por otra parte,

como sus numerosas tentativas de restauracion monárquica no habian conducido sino á reacciones republicanas, no tenia ya confianza en los partidos ni en los hombres, desde que Joubert habia dejado de existir, que Moreau se habia eclipsado, que Pichegrú era proscrito y que Bonaparte, ocupado sin duda en Oriente, parecia perdido para el Occidente.

Pero este hombre, que fué á su vez el orgullo, la esperanza, la admiracion y el espanto de la humanidad, habia desembarcado en Frejus y se encaminaba á París. Todas las facciones salen á su encuentro; porque el protagonista del 18 de fructidor y el ametrallador del 13 de vendimiario debe ocasionar una revolucion en la Revolucion. Los realistas son los únicos que no le halagan, porque deben producir una restauracion de la autoridad monárquica, no contra la revolucion, sino sobre la revolucion. Debiendo Bonaparte contar con todos, oculta su ambicion personal. Aunque en este Sila de la política moderna se puede ver en el dia mas que un Mario, entonces solo se veia en el general de la república á un simple soldado-ciudadano. Antes de que le dejasen tomar el poder, hubo de dar garantías á los teóricos de la libertad política y aun al ejército, el cual no habria destruido la tiranía de las asambleas para crear la tiranía de un hombre, cualquiera que este fuese. A nuestros soldados se les podia hacer siempre asaltar las murallas de las ciudades y de las capitales; pero jamás se les hubiera podido reducir á desempeñar el triste papel de pretorianos; pues sabian que si Bonaparte, jefe militar de la Francia libre,

era la expresion de la gloria militar, despues de haber vestido la púrpura teñida con la sangre del pueblo, al estilo de los Césares, ya no hubiera sido mas que la expresion de su deshonor!

Quando rodeado de bayonetas se presentó en el consejo de los Quinientos, todos los diputados exclamaron: «Abajo el dictador! fuera de la ley el tirano!» Bonaparte se retiró, porque los soldados no querian obrar contra la asamblea. Luciano Bonaparte, que no sin temor la presidia, fué á decir á los granaderos «que una minoría de asesinos habia levantado sus puñales contra el general y oprimia la asamblea.» Esta odiosa calumnia no produjo efecto alguno. Desnudando entonces la espada, «Luciano jura atravesar con ella el corazon de Bonaparte si burlase las esperanzas de los republicanos, y si alguna vez atentase á la libertad (1).» El entusiasmo que con facilidad se enseñoorea de las cabezas francesas, se apodera de la tropa, y el cuerpo legislativo sucumbe. La constitucion «promulgada por los cañones de Bonaparte, y cuya infraccion acarreó la pena de muerte durante cuatro años, cae bajo el sable del mismo general, y quizás de los mismos soldados que á balazos la habian inculcado en las blandas cabezas de los pacíficos habitantes de París (2).» El gobierno consular reemplaza al gobierno dictatorial. Sesenta y un representantes quedan eliminados ó desterrados; pero se indulta á todos los proscritos de fructidor, excepto Pichegrú y Willot; dase libertad á todos los

(1) Gohier, *Memorias*. Tom. I, pág. 210.

(2) Mallet du Pan, *Memorias*. Tom. II, pág. 420.

rehenes que tenían presos; y la Francia, con la convicción de que Bonaparte hubiera podido tomar su corona, de que ha preferido restituírsela con brillantez, y de que quedará soberano-súbdito de un pueblo rey, acepta con júbilo una autoridad establecida por medio de la violencia, bajo pretexto de asegurar su propia libertad, porque no se la impone el sacrificio de su dignidad.

Como el destino de la Europa es en adelante opuesto al destino de la Francia, el advenimiento de Bonaparte, si no al trono, á lo menos al poder supremo, expresa el triunfo de la república francesa y la derrota de las monarquías europeas. Con el primer cónsul la soberanía absoluta del pueblo, esto es, el derecho humano, exclusivo é ilimitado, va á encontrar efectivamente su apoteosis, mientras que la soberanía absoluta de los reyes, esto es, el derecho divino, exclusivo é ilimitado, va á encontrar su eclipse. Desde el momento en que la república ofrece igual seguridad á todos los partidos, lo mismo amigos que enemigos de esta forma de gobierno, la monarquía ya solo es una idea fugaz para toda la sociedad. Así es que los príncipes, que no han comprendido el fin de su propia existencia de soberanos, puesto que léjos de combatir la revolucion en su parte fatal ó incompatible con las leyes morales, bases eternas de los estados, y de protegerla en su parte providencial ó compatible con el reinado de la justicia, supremo ideal del género humano, habiéndola por el contrario combatido en la parte providencial y protegido en la fatal; los príncipes, decimos, se verán forzados á sancionar

sucesivamente todas sus vias de hecho y todos sus principios, á pesar de que envuelven su misma muerte como soberanos. Pues no habiendo sabido hacerla transitoria, interviniendo como mediadores entre la estirpe real de Francia y la sociedad francesa para cimentar su nueva alianza, la cual habria salvado al mundo, la han hecho permanente, llegando á ser los enemigos lo mismo de una que de otra, sin calcular que este formidable antagonismo de la Europa y de la Francia podia perder, no solo á todas las estirpes reales, sino á todas las sociedades, solo porque se excluian de un modo absoluto.

CAPÍTULO XXIX.

La Francia republicana dicta leyes á la Europa monárquica.

SUMARIO.

Sucesivas trasformaciones de Bonaparte.—Primitiva organizacion del consulado.—Nueva constitucion, cuyo objeto es dar una forma definitiva al principio de la soberanía del pueblo.—Conducta de Bonaparte respecto á los partidos sociales.—Medidas reparadoras.—Después de haber reconciliado á la Francia consigo misma el primer cónsul quiere reconciliarla con la Europa.—Imposibilidad de esta noble tentativa.—Inteligente diplomacia de Bonaparte con el emperador de Rusia.—Nueva campaña de Italia.—Batalla de Marengo.—Reconquista de Italia.—Primeros síntomas de despotismo.—Conspiraciones.—El primer cónsul camina á la dictadura.—Brillante campaña de Moreau.—Batalla de Hohenlinden.—Armisticio.—Tratado de Luneville, origen de todas nuestras desgracias y de todas nuestras glorias.—Este tratado confirma la independenciam de las repúblicas bávara, helvética, cisalpina y liguriense.—El rey de Nápoles se salva; pero el rey de Cerdeña queda sacrificado, á pesar de la intervencion del emperador de Rusia y de la fe jurada por el primer cónsul.—Coalicion de los estados neutrales del Norte contra la Inglaterra.—Muerte de Pablo I, emperador de Rusia, y advenimiento al trono de Alejandro I.—Carácter del nuevo emperador.—El concordato.—Servidumbre general de la Iglesia y del Estado, en los cuales Bonaparte no introduce mas dogma que el de la obediencia pasiva.—El código civil.—Bonaparte no es su autor, pero sí su inspirador.—Avasallamiento por Bonaparte de las cuatro repúblicas, cuya independenciam está garantida por el tratado de Luneville.—Paz de Amiens.—Los ministros ingleses se ven escarnecidos.—Bonaparte pasa á ser cónsul vitalicio.—Recomposicion de la constitucion en beneficio del nuevo dictador.—Secularizacion de los estados eclesiásticos de Alemania.—Bonaparte aspira á la dominacion universal.—La Inglaterra y el primer cónsul.—Guerra de pluma y de tribuna.—Ruptura de la paz de Amiens.—Campamento de Bolonia.—Bonaparte solicita el título de emperador de todos los soberanos.—Admirable contestacion de Luis XVIII y de los príncipes de la casa de Borbon.—Tergiversacion de los diferentes gabinetes.—Reconciliacion de los realistas y de los republicanos.—Comisiones militares.—Jorge Cadoudal y Pichegrú en París.—Su arresto y el de Moreau.—Rapto y asesinato del duque de Enghien.—

Siniestro aspecto de París y de Europa.—Manejos de Bonaparte para preparar su advenimiento al Imperio.—Senado consulto de 18 de mayo de 1804.—Reyes de Europa que dan su adhesion, y reyes que la niegan.—Consagracion de Napoleón por el Papa.—Napoleon y Pitt.—Preludios de una guerra general.

Ahora no debemos hablar de Bonaparte como mas adelante hablaremos de Napoleon; pues en estos dos nombres, aunque pertenezcan al mismo personaje, hay no solo personalidades políticas muy diferentes, como son el folletinista jacobino, el general de la Convencion, el vencedor de Italia, el cónsul, el emperador, el dictador de la Europa, el prisionero de Santa Elena y el comentador de sus mismas obras (1); sino tambien muchas revoluciones distintas, que hacen de él verdaderamente el Proteo de la historia moderna. Este hombre algunas veces fatal y otras providencial, lo mismo que la revolucion, de la cual fué el Hércules, y no el Edipo, nació en Ajaccio un año despues que la república de Génova cedió la Córcega á la monarquía francesa (15 de agosto de 1769). Desde su infancia hizo contra la Europa, que habia tolerado el tráfico de un pueblo por

(1) Véase: M. Thiers, *Historia del consulado y del imperio*.—M. Armand Le-febvre, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el consulado y el Imperio*.—Napoleon, *Memorias*.—Las Cases, *Memorial de Santa Helena*.—Bignon, *Historia de Francia desde el 18 de brumario*.—*Memorias y correspondencia de José*.—Baillleul, *Historia de Napoleon, estudios acerca de las causas de su elevacion y de su caída*.—M. Martin (de Gray), *Historia de Napoleon*.—M. Kermoy-san, *Napoleon, coleccion por órden cronológico de sus cartas, proclamas, boletines, discursos acerca de las materias civiles y políticas, etc.*—Hudson Lowe, *Historia del cautiverio de Napoleon en Santa Helena*.—M. L. de Carné, *el Consulado, el Imperio y sus historiadores* (*Revista de ambos mundos* del 15 de febrero, y del 1.º y 15 de marzo de 1854).

otro pueblo, y contra Francia que lo habia aprovechado, el mismo juramento que Anibal. Aun no se pensaba en destronar á Luis XVI, y ya Bonaparte pensaba en destronar á todos los reyes. Si no publicó el libro en que pretendia probar (1788) que la autoridad de que gozaban los monarcas en los doce reinos de Europa era usurpada, á lo menos publicó (1793) un folleto titulado: *Cena de Beaucaire*, en el que pretendia probar que la autoridad de que Robespierre y los hombres del Terror gozaban en la república francesa, era completamente legítima. Las balas del 43 de vendimiario fueron en este concepto la última expresion de sus primeras ideas. Pero habiendo llegado á los veinte y seis años á ser general en jefe del ejército de Italia, Bonaparte ya no quiso ser el instrumento de las facciones, porque ya conocia su insuficiencia y por otra parte podia bastarse á sí mismo. Combinando entonces en el silencio del estudio ó en el estruendo de las batallas todos los elementos de una grandeza indefinible, procuraba identificarse con la Francia, para que la Francia deseara identificarse con su persona. El mando militar no era á sus ojos sino el noviciado del mando político. Despues de regenerarse de modo que el hombre antiguo habia cedido su puesto al hombre nuevo, pudo presentar en sí mismo una inteligencia capaz de regenerar las sociedades.

El golpe de Estado del 18 de brumario acaba de realizarse. Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducos, nombrados cónsules, componen el gobierno provisional; y dos comisiones legislativas en las cuales figuran los principales miembros

de los dos consejos suspendidos, pero no disueltos, después de la escena de Saint-Cloud, están encargadas de redactar la constitución que servirá de base legal al gobierno definitivo. Los tres nuevos cónsules pasan á instalarse en el palacio de Luxemburgo, residencia oficial de los antiguos directores. *¿Quién os presidirá?* pregunta Sieyes.—*¿No veis,* contesta Roger Ducos, *que quien preside es el general?* Al día siguiente decia Sieyes á los hombres á quienes habia arrastrado al golpe de Estado, y de quienes nada habria obtenido si no les hubiese prometido garantías políticas: «Señores, tenemos un amo; Bonaparte lo sabe todo, lo ve todo y lo puede todo.»

Este aserto aun no era exacto, pero pronto debia serlo. Sieyes entraba en el consulado con un proyecto de constitucion muy quimérico para fijar el pensamiento siempre tan positivo de Bonaparte. Ese proyecto pasó al comité constituyente que lo reformó de modo que estableciera un hábil equilibrio entre todos los poderes, bajo la forma de un gobierno representativo: ideal político de la nacion. Se conservaron los tres cónsules por que no se atrevian á crear un jefe único; pero el poder ejecutivo perteneció exclusivamente al primero, y los otros dos solo tuvieron un voto consultivo. Los miembros del senado, del cuerpo legislativo, del tribunal, del departamento y de la comuna, debian elegirse entre los candidatos que la universalidad de los ciudadanos inscribiria en tres listas comprensivas de las notabilidades comunales, departamentales y nacionales. Reservábase la facultad de inscribir por diez años el

nombre de todos aquellos que el pueblo ó el gobierno habia llamado á algun destino público, y cuyos intereses estaban ligados con los principios de la revolucion. A consecuencia del doble derecho del *veto* y de la *aprobacion*, el senado, cuyo deber era vigilar la observancia de la constitucion y proteger la libertad individual contra los abusos de la autoridad pública, pasaba á ser una grande institucion. En cuanto al tribunal, tenia la iniciativa y la discusion de las leyes; pero su sancion pertenecia al cuerpo legislativo. Esa constitucion que parecia dar una forma definitiva al principio de la soberanía del pueblo, organizaba en provecho de los hombres creados por la revolucion cierta clase de aristocracia vitalicia, para hacer enteramente imposible la dictadura de un individuo ó de una asamblea. Pero toda esa armazon de leyes y de libertad sometida á la violenta presion de Bonaparte se vino abajo casi desde el mismo momento de haber aparecido, bajo el peso de su arbitrariedad y despotismo; pues inauguró el gobierno consular suprimiendo la mayor parte de los periódicos, y condenando á la vigilancia de la policia aquellos que debia tolerar.

Habiendo tomado á Cambaceres por segundo cónsul y á Lebrun por tercero, Bonaparte dió el ministerio de relaciones exteriores á Talleyrand, y el de policia á Fouché. Poco le importaba que fueran realistas ó regicidas; pues no se servia de los hombres que habian figurado en los acontecimientos anteriores, sino con objeto de borrar mejor sus ideas. Cuando los autores del 18 de brumario se hubieron repartido los cargos del Estado, como botin de su vic-

toria (1), el primer cónsul presentó la constitucion del año VIII á la sancion del pueblo, diciendo: «La constitucion está fundada en los verdaderos principios del sistema representativo, en los sagrados derechos de la propiedad, de la igualdad y de la libertad. La revolucion francesa está fijada en los principios que la comenzaron; ya está acabada!» Porque era el dueño de la Francia, porque sustituía los hechos á las ideas, porque restablecia el orden legal en los negocios civiles, y porque amalgamaba los hombres que habian pertenecido á los regimenes y posiciones mas opuestos; Bonaparte se figuraba poder cortar el formidable problema de la revolucion que el mundo aun no ha podido resolver: «Qué revolucionario, exclamaba, no tendrá confianza en un orden de cosas en el cual Fouché será ministro? ¿Qué caballero, si ha permanecido francés, no confiará poder vivir en un país donde un Perigord, antiguo obispo de Autun, está en el poder? el uno guarda mi izquierda y el otro mi derecha. Deseo que mi gobierno reuna á todos los franceses. Es una gran senda en la cual todos pueden entrar. El término de la revolucion no puede resultar sino de la cooperacion de todos; y los distintos partidos no pueden ser contenidos y volverse inofensivos unos á otros, sino por medio de una clave bastante fuerte para no ceder á ninguna presion. Lo dije hace muchos años, antes de 1793: la revolucion no terminará sino por medio de un brazo de hierro, hijo de la revolucion, nutrido con las opiniones del

(1) M. Mignet, *Historia de la revolucion francesa*. Tom. I, pág. 285.

siglo y fuerte por el asentimiento nacional que habrá sabido adivinar (1).»

Aprovechando el abatimiento de los partidos, la corrupcion de los individuos y la docilidad de un pueblo amoldado al despotismo, tanto por la Convencion como por el Directorio, esto es, por los dos gobiernos que se habian impuesto la mision de garantir la libertad de todos los pueblos, Bonaparte se encaminó desde el primer dia al trono, haciendo creer á los realistas que queria restablecer la monarquía, y á los republicanos que queria mantener la república. Deseando anular la accion social de estos dos partidos, obró personalmente sobre toda la sociedad. Genio de organizacion mas bien que de institucion, reunió dos cajas de descuentos para formar el banco de Francia, destinado á vivificar el trabajo y el comercio por medio del crédito; reorganizó la administracion departamental con las reminiscencias del antiguo régimen y los principios del nuevo; volvió á constituir el órden judicial sobre las bases de los antiguos parlamentos; y todo varió de espíritu y de forma conforme con su omnímoda voluntad, la cual llegaba á ser una razon de Estado. Al mismo tiempo que reconciliaba la Francia consigo misma, Bonaparte trataba de reconciliarla con la Europa, á pesar de que esta expresara la exclusiva soberanía del derecho divino, y aquella la exclusiva soberanía del derecho humano, y de que momentáneamente fuesen inconciliables por el solo hecho del anta-

(1) *Mem. y corresp. de José.* Tom. I, pág. 81-82.

gonismo absoluto de estos dos principios. Ansioso de terminar la guerra, ofreció la paz á los príncipes coligados, para granjearse mas las simpatías de la nacion. Pero léjos de conformarse con los usos admitidos y seguir las vías diplomáticas, el primer cónsul escribió directamente á los monarcas. El gabinete de Lóndres contestó que el rey no tenia ningun motivo para separarse de las formas usadas en Europa en la correspondencia con los estados extranjeros, por medio de una nota oficial dirigida á Talleyrand, y en la cual declaraba «que mientras en Francia prevaleciera el sistema que habia sumido al país en un abismo de males, y extendido su funesta influencia sobre toda la Europa, y aun sobre las demás partes del mundo, era imposible que se restableciera la paz; que no se podia confiar en las vagas seguridades de intenciones pacíficas, las cuales habian sido profesadas por todos aquellos que alternativamente habian empleado los recursos de la Francia para la destruccion de Europa; que la prenda mas segura y mas natural de un cambio de sistema seria el restablecimiento de una dinastía que por espacio de largos siglos habia conservado la prosperidad interior de la Francia, y la habia hecho considerar en el exterior; que este restablecimiento aseguraria á la Francia el goce tranquilo de su antiguo territorio, y daria á las demás naciones europeas aquella seguridad que en el dia se veian forzadas á buscar por otros medios; que sin embargo, por apetecible que fuera ese acontecimiento, el rey no fijaba en él exclusivamente la posibilidad de una paz duradera; que tan luego como el

monarca viese que la paz podia ser compatible con la seguridad de la Inglaterra, acordaria con sus aliados los medios de alcanzar una paz general (1).»

Las insinuaciones del primer cónsul fueron tan mal acogidas en Viena como lo habian sido en Lóndres, y así debia ser; pues si no podia existir para la Inglaterra ninguna garantía de paz en tanto que la Francia poseyera la Bélgica y dispusiera de la Holanda; á su vez el Austria, que habia recobrado el honor de su pabellon, no podia despues de las victorias del archiduque Carlos humillarse voluntariamente, encerrándose en el tratado de Campo-Formio, que el general Bonaparte le habia impuesto como consecuencia de sus derrotas. Dueña de la Italia reconquistada y disponiendo de todas sus monarquías, del mismo modo que la Francia disponia de las repúblicas, el Austria pretendia disputarla las provincias Rinianas y la Bélgica, últimos restos de la monarquía de Carlos V. Por lo demás, á pesar de la divergencia de opinion que reinaba entre el gabinete de San Petersburgo y el de Viena, se confiaba mantener la conformidad de sus actos. El emperador Francisco II se figuraba que el emperador Pablo I no se separaria de la coalicion, aunque hubiese ordenado á sus soldados que volvieran á sus hogares, porque se esforzaba en excitar el odio del Czar contra la revolucion y en aplacar á copia de concesiones el justo resentimiento que le manifestaba por ciertas ofensas que habian irritado su amor propio. Pero la hábil política

(1) El conde de Garden. *Historia general de los tratados de paz*. Tom. VI, página 216-217.

del primer cónsul frustró los planes de la corte de Viena. Habiendo dejado de existir la union militar del Austria y de la Rusia, que podia entregar á la coalicion todos los destinos del mundo, la Prusia operó casi en el mismo momento entre la Francia y la Rusia una reconciliacion tan decisiva como inesperada.

Despues de multiplicar así las disensiones de la Europa monárquica y sujetado á la república francesa bajo el yugo de su inflexible unidad, Bonaparte atraviesa los Alpes como Anibal, para destruir al Austria en Italia. Una sola victoria alcanzada en los campos de Marengo hace perder al gobierno de Viena el Piamonte, la Lombardía, la Liguria y todos los estados de la Península, excepto Mantua. Apenas la república liguriense ha sido reconstituida de nuevo al lado de la monarquía pontificia, cuando el victorioso hijo de la revolucion entra en París con el título de *Padre de la Patria*. Juzgando entonces que nadie se atreverá á disputarle su derecho al mando, y que todos considerarán la obediencia como un deber, el primer cónsul, que ha fijado ya su residencia en el palacio de las Tullerías, hace adoptar á su comitiva la etiqueta de una corte. Era tan extraño ese modo de representar la república, que se creyó generalmente que se iba á restablecer la antigua monarquía ó á establecer una monarquía nueva. Pero el hombre-revolucion no fué mas que un contra-revolucionario á los ojos de los republicanos, quienes resolvieron asesinarle. Una primera tentativa de asesinato acababa de fracasar; y el pueblo decia que Bonaparte se habia salvado merced á una proteccion del

cielo, cuando estalló la máquina infernal. El primer cónsul, bajo pretexto de castigar á los culpables, reclamó el derecho de deportar segun su voluntad aquellas personas, que aun siendo inocentes, le parecieran sospechosas y someterlas á jueces especiales que él designaria. Una oposicion muy respetable se levantó entre los tribunos contra una jurisprudencia que sancionaba la arbitrariedad; pero los senadores, sumidos en un degradante servilismo, autorizaron todo lo que se quiso. Y el primer cónsul, expresion de la justicia temporal, pudo, como los emperadores de la Roma degenerada, sobreponerse á las leyes para completar su propia tiranía por medio de un simple *Senatus-Consultus*; pues la prensa, con la mordaza de la policia, no tenia siquiera el derecho de recordar á Bonaparte que Dios, que es la expresion de la justicia eterna, se sujetaba á sus propias leyes, á fin de que el hombre fuese libre!

Cuanto mas se rebajaba la Francia en el interior, tanto mas se habia de realzarla en el exterior. Desde la batalla de Marengo, el primer cónsul debatía las condiciones de una paz futura con el emperador Francisco II. El tratado de Campo-Formio serviría de base á las nuevas estipulaciones; pero las indemnizaciones deberian tomarse en Alemania, y no en Italia, donde la casa de Hapsburgo no iba á ejercer ya mas que una influencia muy limitada. El Austria hizo que se llevaran con languidez las negociaciones, para tener tiempo de reparar sus desastres con el oro de la Inglaterra. Los hábiles diplomáticos de Francisco II concluyeron por arrojar la máscara, y Moreau, hábil estratégico,

recibió la órden de emprender de nuevo las operaciones militares. Se vino á las manos en los campos de Hohenlinden. Batido el archiduque Juan, emprendió su retirada en medio de un desórden inexplicable, despues de haber perdido veinte mil hombres, casi toda su artillería y todos sus bagajes; en tanto que el victorioso Moreau avanzó hasta Linz, de donde podia pasar á Viena. Los príncipes de la casa de Austria propusieron inmediatamente el armisticio que poco antes rehusaron; y el vencedor magnánimo con los vencidos suspendió el curso de la guerra, tan pronto como el enemigo hubo consentido en tratar de la paz por separado. Obrando Francisco II como jefe del Imperio germánico y de la casa de Austria, vióse obligado á confirmar las proposiciones hechas en Rastadt por la Junta de salvacion pública, relativamente á las secularizaciones de los principados eclesiásticos, cuyo objeto era indemnizar con las mismas á los príncipes hereditarios que nuestros soldados habian expulsado de sus estados, y extender las cesiones que se le habian impuesto por el tratado de Campo-Formio. Por un lado el Austria ratificaba el abandono de las orillas del Escalda, de las provincias belgas, sin poder adquirir de nuevo la orilla izquierda del Rhin: lo cual permitia á la Francia oprimir al Imperio bajo pretexto de emancipar el mundo; y por el otro cedia Mantua, la Lombardía, todo el valle del Pó, sin conservar cosa alguna al otro lado del Adiger; lo que facilitaba á la Francia emancipar á los estados de Italia, para tenerlos mejor en su dependencia, y oprimir de este modo el mundo por medio de la Italia.

Segun una profunda observacion de M. Armand Lefebvre, el tratado de Luneville debe considerarse «como el origen de todas nuestras desgracias, al mismo tiempo que el de todas nuestras glorias.» Este tratado establece la existencia independiente de las repúblicas cisalpina y liguriense, y la del reino de Etruria, que el primer cónsul ha creado en obsequio del infante D. Luis, hijo del rey de España (1), para destruirlo tarde ó temprano. Pero estos tres gobiernos, apesar de suponerse nacionales, recibiendo de París sus constituciones y sus leyes, sus ministros y sus generales, no existen, á imitacion de la república báltava, sino por la Francia y para la Francia. Pues el emperador de Alemania, habiendo dispuesto de tales territorios y soberanías que no le pertenecian, y disminuido sus estados electivos á fin de aumentar sus estados hereditarios, no ha estipulado cosa alguna á favor del Papa, del rey de Cerdeña, ni del de Nápoles, esto es, de todos aquellos monarcas de que se habia declarado protector. Es verdad que Bonaparte volvió á colocar en el solio Pontificio á Pio VII; pero anonadó la monarquía piemontesa entre la república cisalpina y la liguriense, y solo restableció el reino de Nápoles, apesar de que el emperador de Rusia le hubiese hecho aceptar como base de la paz cinco artículos preliminares, en los que estaba esti-

(1) No se crea que la creacion del reino de Etruria fuese un obsequio que hiciera el primer cónsul al infante D. Luis. Este era duque de Parma, de cuyo estado le despojó el jefe de la república francesa, y en compensacion le cedió el reino de Etruria, que se componia de la Toscana á corta diferencia. Tampoco era hijo del rey que habia entonces en España, sino sobrino de este y casado con una de sus hijas. (El Trad.)

pulado que: «los reyes de las Dos Sicilias y de Cerdeña serian restablecidos en la entera posesion de sus estados (1).» Además, por el tratado de Florencia, exigió Bonaparte la cesion á la Francia de Piombino y de la isla de Elba; que se cerraran todos los puertos de las Dos Sicilias á la Inglaterra, y se mantuviera á las tropas francesas que habian quedado en los Abruzos y en la tierra de Otranto, por todo el tiempo que durase la guerra con la Gran Bretaña y la Turquía. De modo que la dominacion de la Francia en Italia se extendia des de la Saboya á la Calabria; Bonaparte era el árbitro del continente; la revolucion, que poco antes se presentaba como la expresion de un nuevo derecho público y del verdadero espíritu de justicia que se proponia realizar en la tierra, garantizando la independenciam de los pueblos y la conservacion de las nacionalidades, sacrificaba ella misma los pueblos, destruia las nacionalidades, y se hacia cómplice de todas las iniquidades, restableciendo el antiguo derecho público en los diferentes tratados que celebraba. Pero el primer cónsul obraba mas bien en su propio nombre que en el de la Revolucion francesa, atendido á que destruia los estados y monarcas de segundo orden, para crearse monarca de primer orden, despues de haber resucitado el imperio de Occidente. Aunque aquella ambicion, hasta cierto punto ilimitada, debiera ser fatal á todos los pueblos, cuya independenciam y libertad confiscara, y á todos los príncipes á quienes confiscara el cetro y la autori-

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. VI, pág. 357.

dad, el emperador de Rusia no temia favorecerla. Así es que decia á Dumouriez, agente del duque de Orleans: «Poco importa que sea LUIS XVIII, BONAPARTE ú OTRO quien sea rey de Francia; lo esencial, es que haya UNO.»

Este lenguaje tenia tanta mas trascendencia política, cuanto que, interpelado por el gabinete de Berlin acerca de los considerables armamentos que hacia en Lituania y en Wolhynia, Pablo contestó: «Estos ejércitos están destinados á restablecer el equilibrio del poder y el orden social en Europa, y á poner límites á la ambicion de las potencias beligerantes (1).» La Prusia, la Suecia y la Dinamarca, cediendo á las instigaciones de este príncipe, formaron la coalicion del Norte contra la Inglaterra, para cerrarla las bocas del Elba, del Ems y del Weser, bajo pretexto de vengar ciertas violaciones del derecho que garantiza la libertad de la navegacion y la seguridad del comercio de los estados neutrales. Esta guerra marítima proporcionaba una diversion muy favorable á las miras de Bonaparte, á pesar de que el emperador de Rusia, monarca justo y magnánimo, hubiese variado de modo de pensar respecto del primer cónsul, desde que habia concluido la paz continental, sin tener en cuenta ciertos artículos preliminares, por los cuales se habia comprometido á reponer en sus tronos respectivos al rey de las Dos Sicilias y al de Cerdeña, cuyo reino era administrado por cuenta de la Francia. Pero la horrosa catástrofe que terminó la vida del Czar (25 de marzo

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. VI, página 382.

de 1801), fué tan fatal á la coalicion de los estados neutrales, como la destruccion de la escuadra danesa y el bombardeo de Copenhague (2 de abril). Justamente horrorizado el gran duque Alejandro por la noticia del asesinato de su padre, hubiera rehusado la corona si las órdenes de su madre, la emperatriz María Fedorovna, y las instancias de los grandes del Imperio, no le hubiesen obligado á aceptarla. Aquello fué un cambio de reinado y de sistema. Deseando Alejandro I hacer partícipes á sus pueblos de los progresos de la civilizacion, abolió la confiscacion de bienes y la censura de los escritos, disminuyó los impuestos, aumentó la industria, reformó la administracion de justicia, persiguió á los magistrados venales, exigió la unanimidad de los sufragios de los jueces en toda sentencia de muerte, destruyó el tribunal secreto, que entendia esclusivamente de los crímenes políticos, fundó ó reorganizó siete grandes universidades, creó mas de dos mil escuelas primarias, abolió completamente la servidumbre personal en la Estonia, la Livonia y la Curlandia, y principió en lo restante del Imperio la extirpacion gradual y sistemática de ese resto de barbarie que sus sucesores deben terminar.

El carácter moderado del nuevo emperador se manifestó igualmente en sus relaciones con los demás monarcas de Europa, de quienes debia ser alternativamente el aliado, el protector y el vengador. Pablo I habia dado la señal de dos guerras; Alejandro I dió la señal de dos pacificaciones. La una, cuyos artículos se acordaron en el congreso de San Petersburgo (17 de junio de 1801), estableció un nuevo código

marítimo (1); la otra, que fué firmada en París (4 de octubre), reconcilió la Rusia con la Francia y sus aliados (2). Solo la Inglaterra continuaba las hostilidades contra Bonaparte y contra la monarquía española, que continuaba avasallada por la república francesa. Pero el pueblo inglés, á pesar de todas las victorias navales de Nelson, temia sucumbir desastrosamente; pues Bonaparte reunia tropas considerables en el campamento de Bolonia, y esto hacia sospechar que proyectaba una invasion en Inglaterra, la que él indudablemente realizaria del mismo modo que Guillermo el Conquistador. Sin embargo, el primer cónsul queria consolidar su gobierno, mas bien que destruir el del rey Jorge III, por no decir el de Guillermo Pitt, muy convencido de que la paz marítima debia seguir tarde ó temprano á la paz continental, y que la reconciliacion de la Francia republicana con toda la Europa monárquica le permitiria verificar la reconciliacion de la república francesa con la monarquía pontificia; la de un estado particular con la Iglesia universal, la de las leyes políticas, relativas, condicionales, que únicamente establecen en el mundo un órden transitorio, porque son creacion del hombre, con las leyes morales, incondicionales, absolutas, que establecen en el mundo un órden inmutable, porque son creacion de Dios.

«La Francia estaba dividida entre dos cleros, uno de los cuales, dice M. L. de Carné, disponia legalmente de todo el material del culto, y el otro hablaba á todas las concien-

(1) Martens, *Recopilacion de los principales tratados*. Tom. IX, pág. 478.

(2) *Ibid.* Tom. VII, pág. 337.

cias. Las poblaciones se veían acosadas desde la cuna al sepulcro entre los obispos juramentados, sentados en sus sillas, y los obispos desterrados, que diariamente declaraban nulos los actos de los primeros. Prolongándose tan violenta lucha ante la indiferencia zumbona y el cinismo triunfante, pronto hubiera producido una desmoralización popular tan profunda que ninguna sociedad hubiera podido soportarla impunemente.» El concordato entre Pío VII y Bonaparte para el restablecimiento del culto católico se verificó sobre las bases del concordato celebrado entre Francisco I y León X. Los eclesiásticos *constitucionales* retractaron su juramento; los no juramentados dieron su dimisión, y toda huella de dualismo religioso desapareció en el seno de la unidad apostólica. Pero por una parte, el solo anuncio del concordato produjo una reacción en el espíritu revolucionario y anticristiano en el consejo de Estado, en el tribunal, en el cuerpo legislativo, y en todas las clases de la sociedad oficial, en la cual dominaban en cierto modo los obispos casados y los frailes apóstatas; y por otra, un artículo del concordato, que trasformaba á los eclesiásticos en funcionarios del Estado, disgustó al clero regular, porque envilecía el sacerdocio, estableciendo la servidumbre de la Iglesia. Bonaparte sofocó esta doble oposición, eliminando ó deponiendo á tantos tribunos como legisladores, y deportando ó encarcelando mayor número de eclesiásticos, á fin de «probarles, decía, que si se ponía su gorro atravesado, sería preciso que obedecieran á la potestad civil (1).»

(1) Thibaudeau, *Memoria sobre el consulado*, pág. 158.

De este modo el primer cónsul no restablecía la Iglesia en el Estado, sino para obtener la obediencia pasiva de todas las clases de la sociedad; para dar á esta máxima política todo el valor de una máxima religiosa, para subordinar las leyes morales ó divinas á las leyes físicas ó humanas, para hacer coadyuvar á la misma religion, considerada en su principio salvador como la emancipacion del género humano, á un objeto detestable, fatal é impío, esto es, á la opresion de la humanidad.

Despues de haber desterrado la anarquía de la Iglesia y del Estado, Bonaparte quiso restablecer el orden en la familia, base de toda organizacion social. En su consecuencia el comité de legislacion, instituido en el consejo de Estado, tuvo el encargo de formular las bases de un código civil. La mayor parte de los reyes de Francia, y particularmente Carlos VII, Luis XIII y Luis XIV, habian tratado de destruir las innumerables *costumbres* que variaban la legislacion judicial de una provincia á otra, para crear la unidad legislativa en toda la monarquía; pero sus laudables esfuerzos se estrellaron en la constante oposicion de los parlamentos y del clero, cuyos privilegios especiales excluian el derecho comun. Rotos estos obstáculos por la revolucion, fué sumamente fácil al primer cónsul realizar una reforma, que antes del 89 parecia absolutamente impracticable. Cambaceres, Portalis, Bigot, Malleville y Prea-meneu, eminentes jurisconsultos, incluyeron en la legislacion civil todas las conquistas de la libertad y de la igualdad. Bonaparte hizo tambien introducir en ella varias

conquistas de su despotismo; y entre otras, aquella odiosa disposicion por la cual un hijo de diez y ocho años puede sentar plaza de soldado contra la voluntad de su padre. Es verdad que esta disposicion favorecia las miras militares del primer cónsul; y sin duda por eso admitió este tal principio de rebelion en la familia, cuando en el Estado resumia todos los derechos y todos los deberes de los hombres en esta sola palabra: OBEDECED! A pesar de que capítulos enteros del código civil pertenezcan á Pothier ó á Domat, y á pesar del valor personal de los verdaderos legisladores, Bonaparte se apropió su obra. Instituir un nuevo órden civil y político, hacer á los ciudadanos iguales ante la ley y á los hijos ante el padre de familia, concluir la franquicia de la propiedad territorial, reconocer á todos el derecho de estar dentro de los límites impuestos por el interés público; en verdad que habia para tentar la vanidad de un jefe que descaba añadir á tantos otros títulos el de reformador. «Por lo demás, cuando fueron discutidos en el seno del consejo de Estado los diferentes proyectos del código civil, Bonaparte, dice uno de nuestros más dignos magistrados, dió pruebas de una superioridad de inteligencia igual á la que habia desplegado en los campos de batalla. Su parecer prevaleció á menudo como los de la lógica. Pero despues de haber dado al César lo que es del César, reconozcamos que si Napoleon puede ser considerado como uno de los gloriosos autores del código civil, se debe su redaccion y la ciencia que encierra á los hombres de estudio y de meditacion (1).»

(1) M. Hortensio de Saint-Albin, *Diccionario político*.

El tratado de Luneville garantiza la independencia de las repúblicas báltica, helvética, cisalpina y liguriense, como también la facultad á los pueblos de adoptar la forma de gobierno que juzguen conveniente (1). Y sin embargo, con riesgo de romper las negociaciones que se siguen entre la Francia y la Inglaterra, Bonaparte subyuga aquellos estados imponiendo una constitucion á la Holanda, y dando por sí mismo un gobierno á la Suiza; haciéndose proclamar en Lyon «Presidente de la república cisalpina,» trasformada en república italiana; reconstituyendo la Liguria; nombrando un dux para Génova, por un simple decreto, como si hubiese nombrado un prefecto para Pontoise, y reservándose el derecho de designarle todos los miembros del senado. A pesar de que esos multiplicados actos violasen todos los principios de los tratados concluidos y de los que debian concluirse, la Inglaterra firmó la paz de Amiens, que solo debia ser una tregua. Guillermo Pitt, el implacable adversario de la revolucion francesa y de Bonaparte, habia salido del ministerio; pero en él habia «dejado su sombrero, decian, para conservar su puesto.» Los plenipotenciarios ingleses pasaron en silencio todas las disposiciones adoptadas tanto respecto de los reinos de Cerdeña, Nápoles y Etruria, como las relativas á las repúblicas báltica, helvética, italiana y liguriense. Para vencer la obstinacion de *John Bull* (2), que pedia la paz á toda costa, firmaron un tratado tan des-

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tomo VI, pág. 258.

(2) En Inglaterra se da este nombre al populacho. (El Trad.)

ventajoso, que pronto volvió á pedir la guerra. En efecto, la Inglaterra perdía el fruto de sus mas importantes victorias navales, puesto que restituía á la Francia casi todas sus colonias y las de la Holanda, con la isla de Malta; y la Francia, á pesar de sus derrotas navales, quitaba al comercio de la Inglaterra casi toda la Italia, la Bélgica y la Holanda. Un grito general se levantó casi en el mismo momento en la Gran Bretaña contra los ministros, que se retiraron; en Francia, por el contrario, el entusiasmo fué general en favor de Bonaparte, cuyo poder se encontraba de este modo fundado en la fuerza invencible de las armas, y en la mas invencible aun de la opinion. Habiendo los tribunos propuesto que debia darse al primer cónsul «una brillante muestra del reconocimiento nacional,» Cambaceres dijo á los senadores: «Nombradle cónsul vitalicio y estará contento.» No se quiso prorogar su magistratura sino por diez años. Irritado Bonaparte de tal resultado, hizo tomar un acuerdo al segundo y tercer cónsules, á consecuencia del cual se debia someter al pueblo esta cuestion: «¿Napoleon Bonaparte será cónsul durante su vida?» Esta fué la última transaccion entre la utopía republicana y la realidad monárquica. Bonaparte fué nombrado cónsul vitalicio; pero él se nombró cónsul perpétuo, se arrogó el derecho de designar su sucesor, y retocó la constitucion de modo que el senado, el tribunal, el cuerpo legislativo y el consejo de Estado estuviesen llenos de autómatas, de los cuales tendria los hilos. De modo que la Francia, cuya soberanía absoluta se proclamaba, privada en adelante de la tribuna políti-

ca, de la prensa, esto es, de todo lo que expresa la existencia oficial del derecho humano, ó mas bien, la facultad de reconocer en virtud de un libre exámen la justicia de los actos de la autoridad, pasó á ser á consecuencia de aquella depravacion de principios constitutivos la muy humilde súbdita de un grande hombre!

En semejante estado de cosas, solo la gloria podia indemnizar á la Francia desposeida de sí misma, mientras los príncipes desposeidos en Italia y en la orilla izquierda del Rhin para extender nuestras fronteras, iban á ser indemnizados á costa de los principados eclesiásticos secularizados. En tésis general, aquello era una iniquidad manifiesta, puesto que se hacia pagar á unos terceros los gastos de la guerra, aunque en ella no hubiesen tenido parte; pero en tésis particular, la Francia usaba del derecho de conquista con las córtes de Alemania, las cuales desde la paz de Westfalia habian introducido en el derecho público europeo ese principio revolucionario, del cual á su vez la Constituyente hizo salir la expropiacion legal del clero. Todos los estados eclesiásticos, que componian la sexta parte de la Alemania, fueron destruidos; solo algunas ciudades libres sobrevivieron, por la voluntad despótica de Bonaparte, á la destruccion de la antigua constitucion del Imperio, que aseguraba en otro tiempo la existencia independiente de los diversos gobiernos europeos. El emperador de Rusia trató de contrarrestar la influencia del primer cónsul en el seno de la Diputacion imperial, nombrada para repartir las indemnizaciones. Pero Bonaparte supo cautivar á Alejandro; y la se-

cularizacion de la Alemania se llevó á cabo segun sus deseos. La Prusia, á la que se engrandecia en perjuicio del Austria, obtuvo sobre su rival una superioridad garantida por la misma dieta, atendido á que en ella los protestantes tenian doble número de votos del de los católicos. Sin embargo, la monarquía austriaca y la monarquía prusiana pasaban á ser vasallas de la república francesa, que no hacia partícipe á la Inglaterra de las indemnidades, ni de su propia influencia en el continente, porque queria arrogarse el dominio universal!

Todos los estados temian y debian temer por su independencia, y todos los monarcas por su soberanía al ver al primer cónsul subyugar la España y la Holanda; destruir la constitucion germánica, incorporar el Montferrato, la isla de Elba y el Piamonte á la Francia; borrar del mapa de Italia el ducado de Parma; enviar tropas á la república helvética bajo pretexto de una *mediacion* entre el partido unitario y el partido federalista; construir caminos gigantescos al través de los Alpes; abrir de este modo la Italia y la Alemania á sus ejércitos; apoderarse del Valais, con objeto de asegurarse una ancha base de operaciones en aquellas dos comarcas, y decir con voz altanera: «Está reconocido por la Europa que la Italia y la Holanda están á la disposicion de la Francia, lo mismo que la Helvecia.» Semejantes usurpaciones podia tolerarlas el Austria que tanto habia aquel empobrecido, y la Prusia, á la cual tanto habia enriquecido; pero no la Inglaterra, potencia fuerte, altanera é inexpugnable, que se creia desafiada. Ya que Bonaparte, con el fin

de oprimir la Europa, destruye aquellos estados cuya existencia garantiza el tratado de Luneville, el gabinete de Londres no quiere evacuar Malta, cuyo abandono exige el tratado de Amiens, para hacer de aquella isla un centro de reacción de la Europa contra Bonaparte. Los dos antiguos adversarios se amenazan recíprocamente al rededor de su tratado de paz. Addington habla esta vez como Pitt ha obrado siempre. «El estado del continente antes de la paz de Amiens, y solo este estado, dijo.—El tratado de Amiens y solo este tratado,» le contesta Talleyrand. Se irritan de una y otra parte. Bonaparte, que ya no está tan poseído del verdadero entusiasmo de la gloria, toma antes la pluma que la espada. Redacta en el *Monitor* una série de artículos declamatorios en los cuales se entrega el gobierno británico á la execración del género humano, en nombre del mismo gobierno francés; declara que la Inglaterra ha perdido el derecho de tomar parte en los negocios del continente, y presenta á los individuos del gabinete de Londres como mónstruos sanguinarios atormentados por las Furias. Estas indecorosas declamaciones se pierden en medio de un pueblo que se pretende soberano, y al cual no se le reconocen mas derechos que el silencio; pero la prensa inglesa las recoge con toda la vehemencia que puede esperarse de una nacion libre, cuyo deber es repeler los ultrajes de un déspota.

Esa guerra de pluma, emprendida por el primer cónsul en el mismo momento en que manifestaba á lord Whitworth, embajador de Inglaterra, su deseo de mantener la

paz, suscitó pronto una guerra de tribuna. «Fijad la atención en la Francia y en la ambición de Bonaparte! decía lord Grenville. El lacre en que estampasteis el sello británico cuando el tratado de Amiens, apenas se había enfriado, y estaba ya invadido el Piamonte. Parma desaparecía del número de los estados; el príncipe de Orange no ha recibido una verdadera indemnización por la Holanda, que ha pasado completamente á la dominación de Bonaparte; la Suiza ya no tiene libertad; el Austria se halla tan abatida que no sé si podrá levantarse. Nuestros ministros han hecho con los franceses lo mismo que hicieron nuestros antepasados con los sajones y los daneses, que les daban oro con la condición de que se alejaran de nuestras costas; oro que les servía para comprar bajeles y municiones á fin de subyugar más fácilmente á la Inglaterra. Los ministros han cedido la Martinica é iban á ceder Malta, cuando el genio de la Inglaterra se ha despertado.» «No hace mucho tiempo que se decía, exclama Sheridan, que aparecía un vacío en el mapa de Europa, allá donde había estado la Francia. En el día se ve la Francia en todas partes, y solo se ve la Francia. La Italia es su vasalla: la Prusia obedece á su menor movimiento de cabeza; el Portugal yace postrado á sus piés, á la Holanda la tiene sujeta en su mano, y á la Turquía en sus redes.» Despues, habiendo demostrado que la guerra era para Bonaparte una fatal necesidad, porque él es una negación viva de la libertad, el orador prosigue en estos términos: «La situación y la organización de su poder son tales, que debe entrar con sus súbditos en un terrible cambio. Es ne-

cesario que les prometa hacerles amos del mundo, para que consientan en ser sus esclavos; y si tal es su objeto, ¿contra qué potencia debe dirigir sus inquietas miradas, sino contra la Gran Bretaña?»

Bonaparte justifica todos los temores de la Inglaterra, expresándose en sus notas como si no hubiera ya en el mundo político otro derecho que el de su espada. «Si se renovase la guerra del continente, escribe á su embajador en la corte de Windsor, seria la Inglaterra la que nos habria obligado á conquistar la Europa. El primer cónsul solo tiene treinta y tres años; hasta ahora no ha destruido sino estados de segundo orden. ¡Quién sabe el tiempo que necesitaria si se viera obligado á ello, para cambiar de nuevo la faz de la Europa, y resucitar el Imperio de Occidente!»

La violencia de los actos debia seguirse á la violencia de las palabras. Todos «los tratados se han cubierto con una gasa negra.» La Inglaterra, sin prévia declaracion de guerra, embarga los buques franceses y bátavos. Esta odiosa violacion del derecho de gentes provoca una violacion mas odiosa de los derechos de la humanidad. Los ingleses que viajaban por Francia, protegidos por la fe pública, son arrestados en nombre de la razon de estado. Las escuadras de Nelson y de Sidney-Smith siembran la destruccion en todo nuestro litoral, en todas nuestras costas, en las de Holanda, en los puertos de la Italia, en nuestras colonias de las Antillas y en las de las Indias, al mismo tiempo que las armas de Bonaparte invaden casi simultáneamente el Hanover, el reino de Nápoles, la Holanda, el Valais, Roma y la Tosca-

na, sin respetar su neutralidad ni su independencia. Nada hay comparable con aquella encarnizada lucha de dos patriotismos y de dos nacionalidades, una de las cuales es invencible por tierra y otra lo es por mar. El parlamento británico vota en medio de las mayores aclamaciones un levantamiento en masa en los tres reinos; y Bonaparte reúne en los puertos contiguos al campamento de Boloña dos mil trescientos buques ó lanchas cañoneras para trasportar en seis horas ciento cincuenta mil hombres, quince ó veinte mil caballos y tres mil cañones, desde las costas de Francia á las de Inglaterra. El Támesis está cerrado por una cadena de fragatas; pero viene una espesa niebla y un viento favorable: y sobre todo vienen las escuadras francesa, española y holandesa que son aguardadas, y la ciudad de Lóndres nos abrirá pronto sus puertas! *Roma ha abatido á Cartago*, dice Bonaparte, que quiere destruir á la pérfida Albion para erigirse en emperador de Occidente. Si la Inglaterra no consigue salvar su independencia, entregada la Europa á la opresion, no podrá librarse del peligro que se ha esforzado en conjurar durante tres siglos; y la civilizacion general se habrá perdido para siempre, pues no habrá ya naciones distintas, y el mundo entero será desde aquel momento absorbido por un solo hombre!

La Inglaterra no tiene necesidad de hacer comprender á los demás estados la universalidad de los intereses que se encuentran comprometidos en aquella lucha suprema, puesto que Bonaparte inicia á todos en los secretos de su política, anunciándoles los cambios que se propone verificar en las

instituciones de la Francia, y por consiguiente en la constitucion de Europa. No contento con ser á los ojos de la historia el destructor moral de las mas antiguas dinastías, el primer cónsul quiere ser el creador físico de una dinastía nueva, para hacerse igual á los reyes; qué digo? para hacerse rey de los reyes! Seguro de la aprobacion nacional, atendido á que puede obtener el título de emperador á la cabeza de su ejército, por el derecho de la espada y de la fuerza, á pesar del senado; ó bien con el apoyo del senado, á la cabeza del pueblo que le aclamará por entusiasmo y por interés, sino por necesidad, Bonaparte solicita el reconocimiento extranjero, que todos los soberanos de los demás estados deben negarle por necesidad, por interés y por desconfianza. Sin embargo, el rey de Prusia, monarca de creacion reciente, no teme poner su nombre en una capitulacion vergonzosa y mortal para todas las casas soberanas. Así es que promete introducir al nuevo emperador en la familia monárquica europea, con tal que le asegure mayor parte de indemnizaciones é influencia en la familia monárquica alemana. Efectivamente, el gabinete de Berlin abrió activas negociaciones, no solo con todos los soberanos de Europa, sino con Luis XVIII y con todos los príncipes franceses; pues antes de que los monarcas reinantes pudiesen aprobar ó sancionar el establecimiento de una nueva dinastía, cuyos derechos no están aun creados, deben obtener la prévia abdicacion de la antigua dinastía, cuyos derechos son indestructibles.

«La contestacion de Luis XVIII, segun M. de Capefigue,

tiene una admirable dignidad y una extension de formas sin igual. Reconociendo el bien que el general Bonaparte habia hecho á la Francia, el rey declara que se sujetará sin humillacion á los designios de la Providencia respecto á su estirpe, y que dirá como Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor (1)!» Esta declaracion real fué firmada ó aprobada por todos los príncipes de la casa de Borbon, incluso el duque de Orleans, quien supo subir de nuevo de escalon en escalon hasta el punto de donde su padre habia tristemente descendido, y realizar, digámoslo así, su restauracion de príncipe en su propia familia y en la de los reyes, antes de que el curso de los acontecimientos posibilitara la restauracion de la dinastía de los Borbones en el trono de Francia (2).» En cuanto á los soberanos de Europa, invitados á confirmar la exoneracion perpetua de los Borbones, no dieron ninguna respuesta positiva, como si en ciertos casos pudieran firmar la sentencia de muerte política de una familia soberana, que resume todas las demás, ó mas bien, como si pudieran cometer su propio suicidio destruyendo la inviolabilidad del derecho público; como si los principios de la monarquía no tuvieran nada fijo; como si los derechos de un individuo cualquiera debiesen alguna vez oponerse á los derechos legítimos de toda una sociedad; como si la exclusion del derecho humano por el divino no fuera obligatorio para ellos, por el interés de sus mismos

(1) *Tres siglos de la Hist. de Francia. Monarquía y política de las dos casas de la rama de Borbon.* Tom. II, pág. 31.

(2) M. Villemain, *Recuerdos contemporáneos de Hist. y de Liter.* pág. 9-70-71.

súbditos, mientras se proceda contra ellos á la exclusion del derecho divino por el derecho humano, y hasta que por su propia intervencion hayan identificado estos dos principios contradictorios en el seno de la constitucion europea, imprimiendo una direccion unitaria y superior á todo el mundo político, á fin de restablecer la solidaridad recíproca de los pueblos y de los reyes!

Los proyectos dinásticos de Bonaparte alarmaron en Francia al partido realista y al partido republicano, esto es, al derecho divino y al derecho humano; porque despues de ser la afirmacion del uno, pasaba á ser la negacion de los dos. Verificóse inmediatamente una reconciliacion entre ambos, los cuales se pusieron á obrar contra su enemigo comun. La policia del primer cónsul descubrió sus tramas; y unas comisiones militares condenaron con la mayor severidad á algunos individuos, con objeto de aterrorizar á toda la sociedad. Entretanto, habiéndose encontrado en Lóndres Jorge Cadoudal, jefe de los *chuanes* (1), quien habia preferido el ostracismo al perdon de Bonaparte, y el general Pichegrú, que se habia escapado de Cayena, acordaban pasar á París, no para herir traidoramente al primer cónsul, sino para atacarle y atacar á su guardia consular, con un número igual de valientes chuanes, renovando de este modo algo parecido al combate de los treinta bretones contra los treinta caballeros de extranjero blason que dis-

(4) Nombre que se dió á los insurrectos de la Vendée, partidarios de la antigua monarquía francesa.

(El Trad.)

putan la victoria (1).» Llegan á París. Advertido Bonaparte del complot, decreta la pena de muerte contra cualquiera que les dé asilo, porque en ello le vá su propia existencia. Cadoudal, terco como él mismo, permanece en París, y sin las tergiversaciones de Pichegrú, su golpe de mano probablemente hubiera tenido completo éxito. Como quiera que sea, su prision favoreció admirablemente todos los designios del primer cónsul, quien complicó á Moreau en aquella conspiracion realista, temiendo que el ilustre general republicano le impidiera hacerse emperador!

Este pensamiento dominaba entonces todos los actos de Bonaparte. Ascendido poco antes al poder como restaurador del órden social, ahora entregaria antes el mundo enteró á la anarquía que descender de él. Un dia en que se paseaba por los jardines de Ermenonville con Estanislao de Girardin, presidente del tribunal, el primer cónsul se paró delante del sepulcro de J. J. Rousseau y dejó escapar estas memorables palabras: «Mas hubiera valido que ese hombre no hubiese existido.—Y por qué, ciudadano cónsul?—Él es quien preparó la revolucion francesa.—Yo creia, ciudadano cónsul, que no seriais vos quien podria quejarse de la revolucion.—Pues, bien! el tiempo dirá, si hubiera sido mejor para la tranquilidad del mundo que ni Rousseau ni yo hubiéramos existido (2).» Sumamente resentido contra Luis XVIII y los príncipes franceses, porque no

(1) M. Copefigue, *vid sup.* Tom. II, pág. 30.

(2) Estanislao de Girardin, *Discursos y opiniones, diario y recuerdos.* Tomo I, pág. 490.

habian querido abdicar en su favor, Bonaparte hizo arrebatarse al duque de Enghien en el castillo de Ettenheim, situado en el electorado de Baden, y por lo tanto en el imperio germánico, violando de esta suerte todos los principios del derecho de gentes. En vano Cambaceres, antiguo miembro de una asamblea regicida, defendió la causa del augusto prisionero. «¿Desde cuando, le contestó Bonaparte, os habeis hecho tan avaro de la sangre de los Borbones (1)?» La esposa del primer cónsul y su hermano José imploraron la gracia del príncipe; pero Murat, su hermano político, encargado de nombrar la comision militar que debia condenar al duque de Enghien, se contentó con decir á sus amigos, enseñándoles su uniforme: «Bonaparte quiere mancharlo de sangre (2).» A pesar de todo esto, no le faltaron soldados verdugos, que, so capa de jueces, asesinasen al nieto del gran Conde!

En cuanto llegó á noticia de Francia y de la Europa ese asesinato jurídico, lanzaron ambas un grito de indignacion, de espanto y de horror. «Todo tomó en París un aspecto siniestro, dice un miembro del consejo de Estado imperial. Las puertas de la ciudad se cerraron como en los dias de crisis de la revolucion; no se pudo salir de eila desde el anochecer, sino con una autorizacion del gobernador de París.» La violacion del territorio badense y el asesinato

(1) Chateaubriand, *Memorias de ultra-tumba*, IV.—Thibaudeau, *El consulado y el Imperio*. Tom. III, pág. 541.

(2) M. Thiers, *Historia del consulado y del Imperio*. Tom. IV, pág. 600-601.—*Memorias de José*. Tom. I, pág. 98-99.

del duque de Enghien fueron un doble ultraje para cada soberano. El emperador de Rusia y el rey de Suecia protestaron inmediatamente contra estos dos atentados del primer cónsul; pero el emperador de Alemania y el rey de Prusia contemporizaron, y todos los príncipes germánicos disimularon; tal era ya su condescendencia con la voluntad suprema del amo de la Francia, que hicieron de modo «que no se pidiera satisfaccion de un acto arbitrario, que, degradando al Imperio germánico, le presagiaba su destino (1).» Por lo demás, el sepulcro de un Borbon iba á servir de cuna al Imperio francés; pues Bonaparte habia sometido á la deliberacion del consejo de Estado, las tres siguientes preguntas: «El gobierno hereditario, es preferible al gobierno electivo?—Es conveniente en el momento actual establecer el derecho hereditario?—Cómo habria de establecerse el derecho hereditario?» El senado y el tribunal debian resolver este triple problema, por no estar reunido el cuerpo legislativo: lo que indicaba suficientemente la próxima transicion de la dictadura civil á la dictadura militar. Como los grandes funcionarios obraban mas lentamente de lo que deseaba Bonaparte, este les hizo decir en secreto: «Apresuraos á pronunciaros, sino quereis que antes lo haga el ejército: el primer cónsul va á recorrer los campamentos diseminados desde Brest hasta Flandes. Nadie duda ya de que los soldados le saludarán emperador, y de que las aclamaciones del pueblo confirmarán el voto del

(1) El conde de Garden, *Historia de los tratados de paz*. Tomo VIII, página 277.

ejército. ¿Qué pueden hacer los altos cuerpos del Estado, sino sancionar este voto? Fuera pues mas prudente por su parte adelantarse: «Hoy se les consulta, mañana se pasará sin ellos.» Es sobre todo á los hombres de la revolucion á quienes conviene tomar la iniciativa, pues ¿quién está mas interesado en consolidar el poder del primer cónsul y en cerrar toda probabilidad de regreso á los Borbones? El título de cónsul hereditario no puede satisfacer al primer cónsul; «necesita otro que no huela á república: el de emperador es el único digno de él y de la Francia (1).» Al mismo tiempo, Cambaceres, segundo cónsul, decia á Lebrun, tercer cónsul: «Tengo el presentimiento de que lo que se está edificando no será duradero. Hemos hecho la guerra á la Europa para darla repúblicas, hijas de la república francesa; ahora la haremos para darla reyes, hijos ó hermanos del nuestro, y agotada la Francia, concluirá por sucumbir en medio de tan locas empresas (2).»

Reunióse en consejo privado á los grandes funcionarios públicos, y cada cual trató para sí en aquella especie de almoneda de todo un pueblo (3). Bonaparte distribuyó los grandes sueldos, los altos destinos y los brillantes uniformes á cuantos quisieron; pero codicioso de conservar su autoridad absoluta, llevó la mano á su espada, diciendo: «Mientras esta penda de mi cintura, no ten-

(1) Pelet (de la Lozera), *Opiniones de Napoleon*, pág. 59.—Thibaudeau, *El consulado y el Imperio*. Tom. IV, pág. 11.

(2) M. Thiers. *Historia del Consulado y del Imperio*. Tom. V, pág. 73.

(3) Thibaudeau, *El Consulado y el Imperio*. Tom. IV, pág. 27.

dreis ninguna de las libertades por qué suspirais (1). No puede gobernarse sino con la fuerza y por la fuerza; este es á lo menos mi modo de ver, y está enteramente conforme con mis acciones (2).» Al salir de aquella reunion, Cambaceres entró en el senado para comunicarle el senado-consulta orgánico de la constitucion imperial, haciendo de la Francia, que en tiempo de nuestros antiguos reyes habia sido la iniciadora de la libertad en el mundo, no solo la iniciadora de la dictadura militar, sí que tambien «el patrimonio de Bonaparte y de su estirpe (3).» Algunos dias despues el segundo cónsul decia al primero: «El senado ha creido que debia suplicar á V. M. que se dignara acceder á que las disposiciones orgánicas recibiesen desde luego su ejecucion. Para la gloria, así como para la felicidad de la república, proclama en el mismo instante á Napoleon «emperador de los franceses.» Y Bonaparte, que leía á Tácito, podia exclamar como Tiberio: *O homines ad servitudinem paratos* (18 de mayo de 1804).

El establecimiento del Imperio excitó mayor entusiasmo en las tropas que en el pueblo, aunque á este se le dejara, si bien por mera forma, el derecho de admitir ó desechar el título imperial de Bonaparte; y de que se le tratara como á soberano en el mismo momento en que se le despojaba de su soberanía. El emperador de Rusia y el rey de Suecia

(1) Beugnot, *Memorias*.

(2) Estanislao de Girardin, *Vide supra*. Tom. I, pág. 235.

(3) M. Martjn (du Gray), *Historia de Napoleon*. Tom. I, pág. 450.

negaron desde luego su adhesión; el emperador de Alemania no la dió hasta despues que él mismo tomó en pro del sistema político de Europa el título de emperador hereditario, respecto á sus estados independientes. El rey de Prusia, agente del primer cónsul respecto á los demás monarcas, debía apresurarse á saludarle emperador, lo mismo que el rey de España y el de Nápoles. Teniendo al uno avasallado y al otro prisionero, ¿podian menos estos príncipes, á pesar de pertenecer á la casa de Borbon, de reconocer al que queria suplantarla? El rey de Inglaterra nada debía decir á Napoleon, puesto que obraba contra Bonaparte; pero Luis XVIII debía hablar á todo el mundo. En efecto, todos los gabinetes recibieron una *protesta* contra el acto constitutivo del Imperio, y una *declaracion* en la cual, sentando como principio la imposibilidad presente de fundar una nueva dinastía, aun con el despotismo, y la posibilidad futura de una restauracion de la antigua dinastía, el jefe de la casa de Borbon prometia solemnemente á la Francia asegurar un dia los derechos legítimos del pueblo, si la Francia aseguraba los derechos legítimos del rey. La *protesta* se insertó en el *Monitor*, porque en ella defendia el príncipe la causa de la autoridad: la *declaracion* fué denunciada á la policia, solo porque en ella defendia el príncipe la causa de la libertad (1).

Napoleon se habia hecho otorgar el título de emperador por un acto legal de la nacion; pero conocia perfectamente

(1) Véanse estos dos documentos al fin del tomo, notas A y B.

que semejante investidura del poder era ilegal, ó no estaba conforme con las leyes morales, que han sido creadas por Dios, pues que aquella expresaba la negacion del derecho divino por el derecho humano, en vez de expresar la afirmacion del derecho humano por el derecho divino. Por otra parte, aunque la autorizacion formal del pueblo se hubiese manifestado de un modo moralmente legal, habria sido positivamente insuficiente, pues en ningun caso puede reemplazar la autorizacion formal de Dios, que se manifiesta ó debe manifestarse por el reconocimiento espontáneo de todos los soberanos de los demás estados, constituyendo juntos el cuerpo político europeo. Y este reconocimiento unánime era explícitamente negado á Bonaparte! De las dos condiciones esenciales y obligatorias que en la actual situacion de Europa se imponen á todo fundador de dinastía: el consentimiento—no el sufragio—del pueblo que se propone gobernar, y la adhesion de todos los monarcas con quienes se propone ó debe evidentemente proponerse estar en relaciones, puesto que la relacion de toda autoridad se extiende ó debe extenderse sobre todo el mundo político; Napoleon no llenaba ninguna! Por mas que decia á sus legionarios desde la altura del trono, y bajo las banderas de Boloña: «Vosotros, soldados, jurais defender con vuestra vida el honor del nombre francés, vuestra patria y vuestro emperador?» todo cuanto hacia para crear una dinastía bajo el aspecto político ó material, no podia menos de destruirle á él mismo como á dinasta, bajo el concepto espiritual ó moral, á menos que obtuviera de un modo ú otro la sancion divina ó humana

de su autoridad. Deseandó elevarse á tan majestuosa altura, Napoleon, dictador armado, se postra de rodillas ante Pio VII, pontífice desarmado, como si quisiera abdicar la soberanía de la fuerza para tomar posesion de la soberanía del derecho; como si el Papa fuera á los ojos de las sociedades seglares lo que ni aun en otro tiempo era á los de las sociedades eclesiásticas, esto es, el distribuidor de los tronos, el árbitro supremo de todos los monarcas, y por consiguiente el soberano de los soberanos!

Cierto que la monarquía pontificia habia ejercido una dictadura absoluta mientras se trató de realizar el reparto universal de los deberes en la humanidad; pero desde que se trató de llevar á cabo el reparto universal de los derechos en la humanidad, los monarcas particulares se presentaron para desempeñar tan brillante papel, porque la suerte de todos los estados no podia ya depender de un solo hombre, aun cuando este hombre fuera el Vicario de Dios en la tierra. Además, obligado Napoleon á subordinar el derecho á la fuerza, no queria de manera alguna convertirse en hechura del Papa, particularmente ante el pueblo, su supuesto creador. Así es que hizo prevalecer el dominio de la espada sobre el dominio del espíritu, bajo cualquiera forma y en cualquiera lugar en que se manifestara. Cuando el Santo Padre quiso en presencia de Dios y al pié de los altares colocar la corona en la frente de aquel á quien llamaba hijo suyo, Bonaparte, que permanecia aun de rodillas, se levantó bruscamente para arrancarla de sus manos y para manifestar á todo el mundo que no aceptaba el derecho di-

vino si no lo anulaba el derecho humano; no calculando que obrar de aquel modo era negar el pontificado ó la soberanía de todos los siglos, sin consolidar su propio Imperio: soberanía de ayer que quizás no exista mañana!

A la hora en que el jefe de los heraldos gritaba en la iglesia de Nuestra Señora: «El muy glorioso y muy augusto emperador Napoleon, emperador de los franceses, ha sido coronado y entronizado,» una voz terrible resonaba en el Parlamento de Lóndres. Napoleon habia escrito al rey de Inglaterra de modo que pudiera decir al pueblo de Francia: *El imperio es la paz!* pero Guillermo Pitt, el hombre de las coaliciones europeas, le respondia: *El imperio es la guerra!* Ya estos dos grandes adversarios se miden, se conocen y se comprenden (1). El nuevo César cuenta con su grande ejército: el antiguo estadista cuenta con la hacienda de Inglaterra y con los ejércitos de toda la Europa. Napoleon se traslada á Boloña, mientras Pitt va al parlamento á describir la historia del formidable reinado que empieza y cuyo fin no verá: «La guerra! exclama, la guerra es su necesidad, su deber y su porvenir. Por mas que diga, y aun por mas que quiera, su trono no puede permanecer en pié, ni engrandecerse sino por medio de la guerra. La fatalidad de su nacimiento, la de su poder, le encadenan á la victoria, que es su madre. Si la repudia ó la deja olvidada, perece: sea vencido, una sola vez vencido, y cae. Su deseo de paz no pudiera realizarse sin un suicidio; la guerra pues, y per-

(1) M. Philarete Chasles, *William Pitt*. Véase *Francia y Europa*. Pág. 688.

mitámosle jugar el todo por el todo. Démosle la libertad de una elevación que le hará estrellarse en el aire, en lo mas eminente de su carrera. No cedamos á una tregua falsa ó peligrosa para nosotros. La hostilidad de nuestras respectivas posiciones determina el inevitable choque de nuestros imperios. Concederle tiempo equivale á dárselo para preparar sus fuerzas, para aumentar sus medios y activar sus recursos. Si alguna vez se nos ha impuesto algun sacrificio para nuestra salvacion, es ahora; no podemos pararnos sin cejar; hacer alto es caer.

CAPÍTULO XXX.

Los reyes de Europa se ven destronados por
Napoleon, emperador de los franceses.

SUMARIO.

Dictadura de Napoleon, emperador de los franceses.—Catecismo imperial.—Origen de todas las guerras entre la Francia y la Europa, bajo el Imperio.—Viendo Napoleon que no puede ser igual á los reyes, quiere serles superior.—Coalicion de la Inglaterra, de la Rusia, del Austria y de la Suecia contra la Francia napoleónica.—Batalla de Austerlitz.—Tratado de Presburgo entre la Francia y el Austria.—Creacion de los reinos de Baviera y de Wurtemberg.—Napoleon ya no reconoce la Constitucion, ni al emperador de Alemania.—Francisco II, emperador de Alemania, pasa á ser emperador de Austria con el nombre de Francisco I.—Confederacion del Rin.—Napoleon es su protector.—Proyecto de una monarquía universal disfrazada con el nombre de sistema federativo de Europa.—Napoleon notifica á la Europa que los Borbones de Nápoles han cesado de reinar.—Nombra á José Bonaparte rey de las Dos Sicilias, y á Luis Bonaparte rey de Holanda.—Estas dos coronas reales son para ambos coronas de espinas.—Teoría del gobierno escrita por Napoleon.—Esta es aplicable á todos los pueblos que ha conquistado ó que se propone conquistar.—Historia heráldica del reino de las Dos Sicilias.—Napoleon quiere destruir el reino de Prusia para crear otros estados.—Guerra de Francia contra la Prusia y la Rusia.—Batalla de Jena.—Destruccion de la monarquía prusiana, la cual Napoleon divide en cuatro departamentos.—Creacion del reino de Sajonia.—Batallas de Eylau y de Friedland.—Tratados de Tilsitt.—El emperador Alejandro y el emperador Napoleon se dividen el mundo.—Creacion del reino de Westfalia para colocar en aquel trono á Jerónimo Bonaparte.—Fundacion del Gran Ducado de Varsovia.—Napoleon devuelve al rey de Prusia la mitad de sus estados por consideracion al emperador de todas las Rusias.—La reina Luisa Augusta á los piés de Napoleon.—Bloqueo continental.—Napoleon quiere destronar la casa de Borbon que reina en España, y la casa de Braganza que reina en Portugal.—Estado de estos dos reinos.—Tratado de Fontainebleau.—Invasion de España y Portugal.—La córte de Lisboa huye al Brasil.—Napoleon quiere apoderarse de la córte de Madrid.—Sublevacion de Aranjuez.—Abdicacion de Carlos IV.—Advenimiento al trono de Fernando VII.—Napoleon se niega á reconocerle.—Asechanza de Bayona.—Los Borbones de España detenidos en Francia.—José pasa del trono de Nápoles al de España.—Murat pasa al de Nápo-

les.—El pueblo de España declara la guerra á Napoleon.—Aumenta el despotismo en Francia.—Córte plenaria de reyes y príncipes en Erfurth.—Conferencias de Alejandro y Napoleon.—Proposiciones de paz á la Inglaterra que son rechazadas.—Napoleon en España.—La España solicita socorros de todas las monarquías y de todas las repúblicas.—Victorias de los ejércitos franceses.—Sitio y toma de Zaragoza.—Manifiesto de la España contra el tirano de la Europa.—Guerra contra el Austria.—Napoleon se retira á la isla de Lobau.—Batalla de Wagram.—Paz de Schönbrunn.—El Austria ya solo es un estado secundario.—Contestaciones entre Napoleon y Alejandro relativas á la Polonia.—Conflicto religioso.—Los estados de la Iglesia quedan reunidos al Imperio.—Cautiverio de Pio VII en Savona.—Napoleon destruye las murallas de Viena.—Solicita y obtiene la mano de la archiduquesa María Luisa.—El divorcio y el matrimonio.—Nacimiento del rey de Roma.—De la posibilidad de una cuarta dinastía.

El Imperio ha sucedido al Consulado; última ficcion republicana que cae, antes de que la realidad monárquica se halle en estado de levantarse. En el fondo solo hay un sencillo cambio de nombre, puesto que Bonaparte ahora se llama Napoleon, sino para la Europa, á lo menos para la Francia: pero en los principios todo está trastornado; porque despues de sufrir una sangrienta trasformacion desde la monarquía tradicional á la república, operada por las sectas revolucionarias, bajo pretexto de que debia alcanzar el fin de su existencia por sí misma en el gobierno, por medio del gobierno, la nacion francesa acaba de experimentar el cambio desde una especie de república á una especie de monarquía militar, verificado por un solo hombre, bajo pretexto de que aquella no podia por sí misma realizar el fin de su propia existencia. Así es que el Estado se halla dirigido por el capricho de un individuo, el cual opone los supuestos derechos de una personalidad gigantesca á los legítimos derechos de una sociedad. Habiendo el presidente del sena-

do dicho á Napoleon: «Señor, la libertad, las leyes y la paz, estas tres palabras del oráculo, parece que se han reunido de intento para formar vuestra divisa;» Napoleon, que no desea la paz ni las leyes sino en cuanto pueden servir al desarrollo de su despotismo, le hace contestar por el senado: «Toda fuerza debe emanar del poder supremo; el pueblo francés ha cedido al emperador el derecho de *querer* por él.» Tan raro es que el derecho humano exista donde no existe ya el derecho divino!

Sin embargo, Napoleon se titula «emperador de los franceses por la gracia de Dios y por las constituciones del Imperio,» como si por haber obtenido la herencia en su familia en virtud del hecho de su eleccion, hubiese identificado en su persona aquellos dos grandes principios sociales. Pero el pueblo no podia darle sino lo que verdaderamente poseia, esto es, la soberanía exclusiva del derecho humano, y no la soberanía del derecho divino, que pertenecia moralmente y de un modo irrefragable á la casa de Borbon, tanto permaneciendo dentro del Estado, como estando fuera de él. De esto resultaba que so pena de quitar al poder, del cual disponia con tanta energia, el carácter de legalidad que le es siempre necesario, el emperador se veia obligado á fundar su gobierno en la libertad positiva, atendido á que no poseia la verdadera autoridad moral. Fundando pues Napoleon el Imperio en el despotismo, realizó un acto de usurpacion. Apesar de esto, todos los antiguos *descamisados* que estaban revestidos de las mas altas dignidades del Imperio, y casi todos los convencionales que habian decapitado al

rey, se humillaron servilmente ante el dictador. É incapaz la nacion de hacer cosa alguna por sí misma, todo lo dejó hacer á Napoleon. Desde que puede abusar del Estado, quiere igualmente abusar de la Iglesia. Los obispos, léjos de resistirle, se hacen culpables de prevaricacion, exclamando: «El dedo de Dios está aquí: este es el hombre de la diestra del Señor..... le es debida la sumision, por dominar sobre todos; y tambien á sus ministros por ser sus enviados, porque tal es la órden de la Providencia.» Amenazan con *la condenacion ETERNA* (1), á cualquiera que no ame como es debido, á Napoleon y á su dinastía. El pueblo fran-

(1) P.—Cuáles son nuestros deberes particulares con Napoleon I, emperador nuestro?

R.—Debemos particularmente á Napoleon I, emperador nuestro, amor, respeto, obediencia, fidelidad, el servicio militar, los tributos, etc.

P.—¿Por qué estamos obligados á cumplir estos deberes con nuestro emperador?

R.—Porque, colmando Dios á nuestro emperador de dones, tanto en la paz, como en la guerra, le ha establecido soberano nuestro, le ha hecho ministro de su poder, y es *su imagen en la tierra. Honrar y servir á nuestro emperador*, es, pues, honrar y servir al mismo Dios...

P.—¿Qué deberá pensarse de los que faltan á su deber con nuestro emperador?

R.—Segun el apóstol san Pablo, se resistirán *al órden establecido por el mismo Dios, y merecerán la condenacion eterna.*

P.—Los deberes que nos ligan con nuestro emperador, ¿nos ligarán tambien con sus legítimos sucesores, siguiendo el órden establecido por las constituciones del Imperio?

R.—Sin duda, pues leemos en la Sagrada Escritura que Dios, Señor del cielo y de la tierra, por una disposicion de su suprema voluntad, y por su Providencia, *da los imperios, no tan solo á una persona en particular, si que tambien á su familia (Catecismo para el uso de todas las iglesias del imperio francés).*

cés, leonazo que lleva bozal como un perro bien cuidado, deja que se lleve á cabo esa relajacion del derecho divino y del derecho humano; pero todos los reyes y todos los demás pueblos deben resistir con objeto de mantener la pureza de esos dos principios; pues se encuentran en presencia de un enemigo comun y declarado, en atencion á que, tanto unidos como separados, son los representantes del derecho humano y del derecho divino, cuya doble destruccion debe continuar Bonaparte para operar su propia creacion dinástica.

Tal fué el origen de las grandes guerras que hicieron de la era imperial una continua lucha entre la Francia y la Europa, trastornaron la existencia de los verdaderos estados del continente, y destruyeron el antiguo mundo á los golpes del despotismo en provecho de una civilizacion mejor, mientras la paz creara á su vez el mundo nuevo con sus libertades siempre necesarias, aunque alguna vez puedan llegar á ser funestas.

Napoleon debia sobreponerse á las leyes morales y á las leyes políticas universales, en razon á que no contentándose con ser el dictador de la Francia, aspiraba á la dominacion del mundo. Al revés de Carlomagno, que dejaba á cada Estado conquistado sus costumbres, usos, hábitos, leyes y su constitucion propia, no tomando sino su direccion superior, para que esos elementos heterogéneos convergieran á un centro comun, á la unidad moral, señal de vida y progreso; Napoleon no dejaba á las naciones conquistadas su constitucion, ni sus leyes, ni sus hábitos, ni sus usos, ni

sus costumbres, y tomaba su direccion suprema para que esos elementos convergiesen á un centro comun, á la unidad política, ó la uniformidad, señal de decadencia y de muerte! Un nuevo imperio de Occidente, fundado en la extraña combinacion del feudalismo militar y de la igualdad civil, hubiera pues trasformado á todos los pueblos, mas ó menos libres, en otros tantos rebaños de esclavos, y á sus soberanos en otros tantos súbditos. Perdida estaba la Europa y tambien la civilizacion, si Dios hubiese permitido á ese grande hombre realizar su sueño dorado; pues las diferentes naciones, cesando de existir ó pasando á ser pasivas, hubieran tardado mucho en volver á ser bastante activas para contribuir á los destinos generales de la humanidad.

El plagiario imperial se pone á obrar. Carlomagno, rey de Francia, fué hecho emperador en Italia, esto es, jefe temporal de la cristiandad; Napoleon, emperador de los franceses, él mismo se hace rey de Italia, á fin de manifestar á los demás monarcas, reyes ó emperadores, que si aun no es su igual, no tardará en ser su superior, esto es, el jefe del orden político europeo. Los soberanos no pueden, sin rebajar la dignidad real en sus personas, y sin operar ellos mismos la destruccion moral de sus estados, aceptar aquella especie de dominio directo que se atribuye un hombre, á quien niegan el caracter monárquico, porque á sus ojos solo es un afortunado aventurero (1). En su consecuencia, Alejandro I de Rusia, Francisco II de Austria, Jorge III de In-

(1) Pozzo di Borgo decia despues de la batalla de Friedland: «*A la primera derrota el aventurero está perdido.*»

glaterra y Gustavo IV de Suecia se coligan contra Napoleon, que acaba de reunir Génova, Guastalla, Parma y Plasencia al Imperio, despues de erigir en Italia varios tronos para sus parientes, destruyendo y creando de este modo príncipes y principados por un acto de su voluntad particular, sin aguardar á ser por su parte creado príncipe por la autorizacion universal de los reyes. El emperador corre á París esperando que su presencia excitará el entusiasmo general. Pero el pueblo permanece silencioso (1), porque le dan la guerra á pesar de haberle ofrecido la paz. Entonces fué cuando Fouché dijo á Napoleon: «Necessitais otro Marengo, y esto en los primeros meses; todo retardo es mortal.»

El ejército de Inglaterra pasa á ser el ejército de Alemania. El elector de Baviera, el de Baden y el de Wurtemberg se arrojan á los brazos de Napoleon, que viola el territorio neutral de la Prusia para llegar al corazon del territorio enemigo antes de que los rusos hayan establecido sus comunicaciones militares con los austriacos. Un formidable sistema estratégico, en el que el valor, la táctica, la diplomacia, las falsas noticias y la corrupcion funcionan por turno, paraliza al ejército austriaco. Se obtiene sin disparar un tiro la capitulacion del general Marck, quien segun una hermosa frase del conde de Stadion, «tiene sed de vergüenza, así como otro la tiene de gloria.» El archiduque Carlos, que no ha podido sostenerse en Italia, intenta cerrar el paso á doce columnas victoriosas, con un cuerpo de ejército des-

(1) M. Thiers, *Hist. del Consulado y del Imperio*. Tom. VI, pág. 46.

moralizado por la derrota. Los austriacos se retiran; pero los rusos avanzan á marchas forzadas. El emperador Alejandro, que ha llegado á Berlin, hace entrar al rey de Prusia en la coalicion, al mismo tiempo que Napoleon entra en Viena. En esta ciudad sabe el desastre de Trafalgar, pronto compensado por el triunfo de Austerlitz. Francisco II teme por fin el resultado de una guerra desgraciada, abandona á Alejandro I, y va á encontrar á Napoleon en las avanzadas del ejército francés, para obtener una paz tan humillante que Talleyrand exclama: «No mas emperador de Alemania; tres emperadores en Alemania: Francia, Austria y Prusia (1)!»

El tratado de Presburgo no fué un lazo formado entre el Austria y la Francia, sino un yugo impuesto por la Francia al Austria, puesto que esta debió abandonar el Veneciano, la Dalmacia y la Albania al reino de Italia, ó mas bien al imperio francés; y al reino de Baviera el Tirol, el principado de Eichstadt, el obispado de Passau, la ciudad de Augsburgo y varias posesiones hereditarias que dividia entre el reino de Wurtemberg y el gran ducado de Baden; atendido á que debió reconocer estas tres denominaciones nuevamente dadas al margraviato de Baden y á los dos electorados de Wurtemberg y de Baviera, en recompensa de los servicios prestados al enemigo de su patria común. «Pero Francisco II habia hecho la guerra como emperador de Austria y no como jefe del Imperio; no podia pues hacer la paz sino en virtud del primero de estos títulos. No habien-

(1) El conde de Garden, *Hist. gen. de los tratados de paz*. Tom. IX, página 30, nota.

do tomado parte el Imperio en las hostilidades, debía ser extraño á las estipulaciones de la paz. Por lo tanto el jefe del gobierno francés no tenia razon al exigirle concesiones; pues cualquiera que fuese el derecho que la victoria le diera sobre el emperador de Austria, no habia adquirido ninguno sobre el Imperio germánico (1).» Sin embargo, Napoleon operó en él cambios tan considerables en el estado de las personas como en el de las cosas, aunque mantuviera y confirmara la constitucion del Imperio. Bajo este concepto, el título de rey concedido á las casas de Baviera y de Wurtemberg, y el de Gran Duque concedido á la casa de Baden, sin duda atribuan nuevas prerogativas á los príncipes que los habian obtenido; pero no por esto dejaban de depender expresamente del Imperio y del emperador como miembros del cuerpo germánico, cuya cabeza era la casa de Habsburgo-Lorena. Apesar de tan solemne compromiso, seis meses despues Napoleon resolvió destruir todas las antiguas relaciones establecidas entre los príncipes y sus co-estados, crear otros nuevos, sin temor de derogar los derechos de toda soberanía garantidos por los tratados, y de substituir al cuerpo germánico la confederacion del Rhin, cuyo jefe será, con el título de protector. Efectivamente, el gabinete de las Tullerías notificó á la dieta de Ratisbona «que el emperador Napoleon no reconocia ya constitucion, ni emperador de Alemania;» y los príncipes, á quienes habia sido fácil ganar porque temian perder las ventajas adquiridas en

(1) El conde de Garden, *Hist. general de los tratados de paz*. Tom. IX, página 52.

Presburgo, declararon que se separaban del Imperio, que formaban una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, que la suministrarían un contingente de sesenta y tres mil hombres siempre que se les requiriese. De modo que una nueva particion como la de la Polonia se realizó por los miembros de un mismo cuerpo político. La supremacía de la casa de Austria desapareció ante el protectorado de Napoleon, quien empleó las amenazas contra el jefe del Imperio, emperador de Alemania, con el nombre de Francisco II, para hacerle dejar este título y obligarle á tomar el de Francisco I, emperador de Austria. Una dieta, residente en Francfort, debía servir de órgano político á la confederacion, instrumento del poder francés; pero esto no llegó á realizarse, siendo la voluntad del protector la única ley. Entonces Napoleon pudo decir: «Sin arriesgar la suerte de las batallas he reunido provincias enteras á mis estados; he subido al primer trono del mundo; al pié de este trono he hecho venir veinte soberanos para sentarme mas arriba que ellos;» y el archi-canciller de la confederacion, por él nombrado, hubo de exclamar: «Renazca el imperio de Occidente en el emperador Napoleon, tal como fué en tiempo de Carlomagno, compuesto de la Francia, de la Alemania y de la Italia.»

Antes de notificar á la dieta de Ratisbona que el imperio de Alemania ya no existia, Napoleon habia notificado á la Europa que la casa de Borbon cesaba de reinar en las Dos Sicilias, y que destinaba esta corona á su hermano José, para castigar á Fernando IV por haber hecho causa comun con los soberanos coligados. Abandonado este monarca de

los ingleses y de los rusos despues de la batalla de Austerlitz, no pudo defender el reino de Nápoles, pero sí conservar la Sicilia. Apesar de esto, decia Napoleon en el decreto imperial en que instituia la dignidad real de José: «Los pueblos de Nápoles y de Sicilia han caido en nuestro poder por derecho de conquista, y como parte de nuestro imperio (30 de marzo) (1).» Mientras imponia reyes á ciertos reinos, exigia que algunas repúblicas le pidieran reyes. De este modo la república báltava pasó á ser la monarquía de Holanda. Luis Napoleon fué soberano del mismo modo que José Napoleon. Estos príncipes representaron ficticiamente dos estados, pero en realidad solo representaron al emperador.

Los documentos hace poco publicados no dejan la menor duda sobre este particular (2). De ellos tomaremos mu-

(1) Fontanes, presidente del cuerpo legislativo, se expresaba en estos términos para celebrar el advenimiento al trono de Nápoles de José Bonaparte:

«El trono de Nápoles cae, y del fondo de sus ruinas se levanta un grito contra sus aliados, que huyendo le entregan al justo resentimiento del vencedor, irritado por la fe violada. Desdichado de mí, si yo pisoteara la grandeza abatida! Cuanto mas me complazco en contemplar aquellos rasgos de gloria que descienden sobre la cuna de una dinastía nueva, tanto menos pienso en insultar los últimos momentos de las dinastías moribundas. Respeto la majestad real, hasta en sus humillaciones. *La historia está llena de estas grandes catástrofes, en todas partes la fuerza y la habilidad se apoderan de los cetos que dejan caer la debilidad y la imprudencia; y si los caprichos de la fortuna hacen correr las lágrimas de los reyes, á lo menos las de los pueblos se verán enjugadas.*

Mas adelante se verá, que esta revolucion hizo correr torrentes de sangre.

(2) *Memorias y correspondencia política y militar de José*, publicadas, anotadas y puestas en órden por A. Ducasse, ayudante de campo del príncipe Gerónimo. 1854.

chas cosas, porque acaban de explicar la política imperial. Es sabido que la corona de Nápoles fué una corona de espinas para José, y que léjos de restablecer la paz en aquel reino, perpetuó en él la guerra para destruir una dinastía nacional y crear una dinastía extranjera. Es preciso escuchar al emperador de los franceses cuando expone ó impone al rey de Nápoles su teoría gubernamental.

«Haced fusilar sin compasion á los *lazzaroni* que dan puñaladas; solo con un saludable terror impondreis al populacho italiano... Por mas que hagais, tened entendido que no evitareis una insurreccion... No me hablais de los fuertes! si es necesario, mandad construir tres ó cuatro baterías, como yo hice en el Cairo, que puedan arrojar bombas á todos los barrios de Nápoles (Napoleon á José, 6 de marzo).»

«Es preciso establecer en el reino de Nápoles cierto número de familias francesas, las cuales serán investidas con los feudos procedentes de la enajenacion que se haga de algunos dominios de la corona, ó de la desposesion de los que tienen feudos, ó bien de los bienes de los frailes, disminuyendo el número de conventos. A mi modo de ver, vuestra corona careceria de solidez si no tuvieseis en torno vuestro un centenar de generales, coroneles y otros, y oficiales de vuestra casa, poseedores de grandes feudos en los reinos de Nápoles y de Sicilia. Soy de parecer que Bernadotte y Massena deberian fijarse en Nápoles con el título de príncipes, y con grandes rentas que asegurasen el bienestar de su familia. Este medio yo lo adopto para el Piamonte, para la Italia y para Parma; es necesario que entre estos países

y Nápoles se cree la fortuna de tres ó cuatrocientos oficiales franceses, gozando todos de dominios que pasen á sus descendientes por derecho de primogenitura. En pocos años, esa gente se enlazará con las primeras casas, y el trono se hallará consolidado, de modo que pueda pasarse sin un ejército francés, punto á que debe llegarse (*Ibid.* 8 de marzo).»

«Yo he creado seis feudos en vuestro reino (*Ibid.* 31 de marzo).»

«Os encarezco vivamente que establezcáis cuanto antes columnas móviles y comisiones militares (*Ibid.* 11 de abril).»

«Veo con placer que se ha entregado á las llamas un pueblo de insurgentes. Los ejemplos severos son necesarios; juzgo que se habrá permitido el saqueo á la tropa. Así debe tratarse á los pueblos que se rebelan; este es el derecho de la guerra, y un deber que prescribe la política (*Ibid.* 11 de abril).»

«Vos comparáis la adhesión de los franceses á mi persona con la que los napolitanos tienen á la vuestra; esto parece un epígrama. ¿Qué afecto queréis que os profese un pueblo por el cual nada habeis hecho, y en el cual os hallais por derecho de conquista, con cuarenta ó cincuenta mil extranjeros?... Si no tuvieseis un ejército francés, y el ex-rey de Nápoles no tuviese un ejército inglés, ¿cuál de los dos sería el mas fuerte en Nápoles? y á la verdad yo no necesito ningún ejército extranjero para sostenerme en París (*Ibid.* 3 de junio).»

«Cuando seais dueño de la Sicilia, instituid otros tres

feudos... Decidme los títulos que quisierais dar á los duca- dos que teneis en vuestro reino. Esto solo son títulos; lo principal son los bienes que se les asignan. Fuera preciso dotarles con una renta de doscientas mil libras: yo he exigido tambien que los titulares tengan casa en París, porque este es el centro de todo el sistema: quiero tener en París cien fortunas, que se hayan formado con el trono, las únicas que permanecerán considerables, porque son *fideicomisos*, y porque lo que no sea *ellas*, y por efecto del código civil, va á diseminarse.

— «Estableced el código civil en Nápoles; por este medio todo lo que no os sea adicto se destruirá en pocos años, y lo que querais conservar se consolidará. Esta es la gran ventaja del código civil... Este consolida vuestro poder, puesto que segun él todo lo que no es fideicomiso cae, y no quedarán mas casas que las que vos erijais en feudos. Esto es lo que me ha hecho clamar por un código civil, y me ha impelido á establecerlo.

— «Ya que la Calabria se ha rebelado, ¿por qué no tomais la mitad de sus propiedades para repartirlas entre el ejército (*Ibid.* 30 de julio)?

— «Espero saber la cantidad de bienes que habeis confiscado en Calabria y el número de rebeldes de quienes habeis hecho buena justicia: mandad fusilar tres personas por pueblo de los jefes de la rebelion; no tengais mas consideraciones á los eclesiásticos que á los demás (*Ibid.* 6 de agosto).»

— «Yo quisiera que la canalla de Nápoles se rebelara. En

tanto que no hagais un ejemplar, no la sujetareis; todo pueblo conquistado necesita una rebelion; yo veria una rebelion en Nápoles del mismo modo que un padre de familia ve las viruelas en sus hijos (1).»

Con tan atroces principios, Napoleon se figura asegurar la existencia de su familia como dinastía, con el consentimiento de los reyes que destrona y con el reconocimiento de los pueblos que destruye. Pero si obtiene en Francia el honor de que se le compare con Carlomagno, héroe de la humanidad, no puede obtener en Europa mas que la triste gloria de que le coloquen en un puesto inferior al de Atila (2), *azote de Dios*; pues el rey de los hunos inclinó en otro tiempo su espada ante el Sumo Pontífice, y el emperador de los franceses no tardará en levantar la mano sobre él. Si un noble entusiasmo se apodera del francés, viendo á su emperador crear y destruir monarquías para avasallar á las naciones, vencer á todos los soberanos para humillarles dejándoles en la clase de vasallos ó simples dignidades del Imperio; elevar á sus lugartenientes al rango de príncipes para asociarles á su milagrosa fortuna y á sus brillantes destinos; finalmente, distribuir á sus soldados todos los despojos de la Europa con objeto de alimentar el espíritu militar en el país; en contra, debe apoderarse una indignacion, por cierto muy legitima, del austriaco, del alemán, del prusiano, del español, del napolitano y del holandés,

(1) Todas las citas que preceden las tomamos del tomo II de las *Memorias de José*, excepto la última, que hemos tomado de la pág. 436 del tercer tomo.

(2) Con este nombre le designaban los napolitanos y sobre todo los españoles.

viendo á este conquistador que está amenazando la existencia de todos los estados, para asegurar su existencia individual, como dinastía; hollar las mas santas nociones del derecho, de la justicia y de la paz pública, para obtener mayor acrecimiento de territorio, y una superioridad de poder inconmensurable en la guerra, fundada en la injusticia y en la ilegalidad; subordinar todos los principios humanos y divinos á sus propios actos; desafiar á la Providencia y entregar finalmente el mundo á los mas terribles golpes de la fuerza y de la casualidad, para fundar su exaltacion personal en la caida moral y física de la humanidad! En efecto, el fin que Napoleon se proponia por medio de la espada era incompatible, no solo con el de todas las dinastías, sí que tambien con el de todas las nacionalidades, puesto que queria destruir sus monarquías particulares á fin de crear una monarquía universal.

Bonaparte fué grande en lo posible; Napoleon es gigantesco en lo imposible. Por su modo de concebir el Estado, en su calidad de primer cónsul, parecia ser el protector armado de la igualdad civil y de la libertad política; por su modo de concebir el Estado, en su calidad de emperador, se hace por el contrario el protector armado de un feudalismo nuevo, el cual decididamente quiere reunir al antiguo, so pretexto de poner de acuerdo, por el solo hecho de su despotismo, los principios contradictorios del pasado y del futuro. Todo debia ser nuevo en el imperio y en las monarquías que Napoleon pretendia instituir; pero todo lleva el sello de la vetustez. La imitacion histórica ocupa

el puesto de la tradicion (1), y el movimiento militar el del progreso social. Las grandes épocas humanas se resumian antes en un libro, en un sistema, en una idea; Napoleon

(1) «A una revolucion enemiga jurada de la historia, dice M. César Cantu, se siguió el Imperio, en el cual todo fué imitacion: para símbolo el águila con el rayo; en el palacio, los dignatarios militares y civiles, tales como se encuentran en Hincmar; un gran limosnero, como en tiempo de los Capetos, arrojaba puñados de oro al pueblo, etc. (*Hist. de cien años*, Tom. II, pág. 199).» Cuando se trató de dar armas al nuevo reino de Nápoles, Talleyrand redactó la siguiente comunicacion, que puede considerarse como una historia heráldica de las Dos Sicilias.

«S. M. el rey de Nápoles ha deseado conocer las intenciones de S. M. el emperador acerca de las armas que dará al reino de Nápoles, acerca de los colores de su bandera, de los de la escarapela napolitana, y respecto á la librea de su casa.

«El águila imperial puede conservarse en las armas. *Ella recuerda que Nápoles formó parte de los estados del Imperio*, y que la dinastía actual es una rama del tronco imperial de Francia; pero las ramas de las casas soberanas se distinguen generalmente del tronco principal por algunas brisadas en sus armas. Esta diferencia establece mas orden en la genealogía de las varias estirpes reinantes; y si bien son menos esenciales al principio de una dinastía y en los tiempos en que son testigos de la innovacion, porque aun no hay confusion de acontecimientos, llegará un dia en que serán necesarios á la historia.

«El signo diferencial no debe escogerse arbitrariamente: el blason tiene sus reglas, y yo soy de parecer que es preciso conservar las que el uso ha sancionado. *Los hermanos de Luis XVI* tenian en el centro de sus armas un baston colocado en abismo; pero no se puede emplear esta señal en el escudo actual, por ocupar su centro el águila. Las armas de los hermanos mayores de los reyes, ó de los hijos segundos, que no les heredaban, estaban antiguamente coronadas con un *tambel* con tres colgantes. De todas las clases de brisadas, el *tambel de oro* es el que da mas realce. Puede añadirse uno para S. M. el rey de Nápoles, al jefe del escudo imperial.

«Pero las armas de Francia solo prueban el origen de la rama de Nápoles; parece conveniente pues, añadir á ellas las armas del Estado en que reina.

«Nápoles ha variado muchas veces de armas. Ha tenido las de los prínci-

compendia la suya en sus batallas, esto es, en sus victorias; obras maravillosas escritas por un solo hombre con la sangre de todo el mundo. Insaciable de dominacion y de

pes normandos, las de los príncipes de la casa de Suabia, las de la rama de Anjou y las de Aragon. Yo propongo devolverle las de los príncipes normandos, que fundaron aquel reino despues de conquistarlo. Dichas armas recuerdan una época gloriosa de nuestra historia, y establecen entre dos acontecimientos separados por ocho siglos una aproximacion notable.

«Las armas de los príncipes normandos eran *gules, con cara jaquelada de plata y azul*; estas ocuparán la segunda mitad del escudo, y las armas de Francia la primera.

«En otro tiempo las armas de Nápoles las sostenian dos sirenas. Podrian conservarse estos soportes en el nuevo escudo: porque recuerdan una de aquellas tradiciones fabulosas que deben tener un interés local para Nápoles y Sicilia, cuyas costas se dice que habitaban las sirenas. Una de ellas debiera sostener la corona, la cual ha de ser cerrada, como la de todo soberano; la otra tendria en la mano un estandarte con las armas de Jerusalem.

«Los reyes de Nápoles han usado siempre el titulo de reyes de Jerusalem desde que Carlos de Anjou, hijo de Luis IX, siendo rey de Nápoles, recibió de María, princesa de Antioquía, la cesion de todos los derechos que pretendia tener sobre el reino de Jerusalem.

«Las armas que la rama de Anjou-Sicilia ha unido siempre á las suyas, son *de plata, con la cruz potenziada de oro, cantonada con cuatro crucecitas simples tambien de oro*.

«He creido deber apoyar con las precedentes explicaciones la composicion de las armas de Nápoles que tengo el honor de presentar á S. M. Se hallan rodeadas con el manto de gran-electore de Francia y del collar de la órden de la media luna, que Renato de Anjou, rey de Sicilia y de Jerusalem fundó en el siglo XV.

«S. M. el rey de Nápoles considera que su bandera podria ser la misma que la de Francia, sustituyendo el color negro al azul. A cierta distancia el negro y el azul se confunden. El único medio de distinguir los dos pabellones fuera variar la colocacion y combinacion de los colores; pero ya se ha tenido que variar para el pabellon bátavo, que tiene los mismos colores que la Francia, y para el de Italia, que solo se diferencia por la sustitucion del verde al azul.

conquistas, no dejará las armas de la mano mientras permanezca un pueblo libre, en tanto que un rey subsista en pie. Cada paz, mas ó menos particular, llegará á ser, por el modo con que quiera interpretarla ó imponerla á sus aliados y á sus enemigos, una causa de guerra mas ó menos general. Así es que el tratado de Presburgo exige dos tronos reales en el Imperio germánico, porque tambien se propone derribar el trono imperial, y la confederacion germánica rodea al Austria y á la Prusia con tropas francesas ó con vasallos de la Francia, siempre dispuestos á marchar bajo su bandera, porque se propone destruir aquellos estados uno tras otro, ambos á la vez.

Al comunicar al rey Federico Guillermo aquella revolucion que se habia hecho sin contar con él, y por consiguiente contra él, Napoleon habia dicho: «Su Majestad prusiana puede reunir bajo una nueva ley federativa los estados que aun pertenecen al Imperio germánico, «é introducir la dignidad imperial en la casa de Brandeburgo.» Su Majestad

«Tengo el honor de proponer á S. M. que solo emplee en el pabellon de Nápoles el blanco y el negro, y que adopte los mismos colores para la escarapela militar.

«El fondo del uniforme de los batallones provinciales podria ser negro, como lo desea S. M. el rey de Nápoles, atendido á que en varios puntos de su reino se fabrican paños de este color, y á que lo usan ya los montañeses de Nápoles.

«S. M. el rey de Nápoles desea conservar para su casa el fondo de la librea de S. M. el emperador, colocando un galon distinto. El derecho de la librea depende del de las armas; así es que pudiera ser la misma, y para mezclar en ella algo de las armas de Nápoles, el galon pudiera ser *jaquelado de plata y azul.*»

puede, si lo prefiere, formar una federacion de los estados del Norte de la Alemania, que se encuentran mas particularmente colocados en su esfera de autoridad.» Esta línea debia comprender evidentemente la Sajonia, el electorado de Hesse y las ciudades anseáticas; pero el gabinete de París, que codiciaba la posesion de aquellas ciudades, notificó al gabinete de Berlin «que debian permanecer independientes y aisladas de toda confederacion.» Al mismo tiempo ofrecia á la Gran Bretaña restituirla el Hanover, que un tratado garantizaba á la Prusia, en indemnizacion de tres provincias que habia cedido, y daba al gran-ducado de Berg las tres abadías de Elten, Essen y Verden, las cuales se habian dado tambien á la Prusia como indemnizacion por el rescripto de la diputacion del Imperio. A fin de asegurar el resultado de tantas usurpaciones, Napoleon sostenia un ejército francés en el territorio prusiano á costa de este estado y bajo el mismo pié, como si fuera país conquistado; y entonces la opinion general era que queria destruir el reino de su aliado, en razon á que sus mismos agentes diplomáticos se atrevian á escribir en estos términos: «Por poca seguridad que se tenga de que la paz no ha de durar tres años, es preciso abatir la Prusia: este reino ya no tiene mas que algunos años de apariencia.»

Proseguíase pues con ardor la humillacion ó la ruina de una nacionalidad que, ufana con sus gloriosos recuerdos é imaginándose ser aun la primera potencia militar de Europa, debia levantarse en su orgullo, sino en su gloria, para compensar á la Germania de su prolongada y pérfida neu-

tralidad, para procurar libertar á la patria alemana, para oponer en fin el pasado de Federico al porvenir de Napoleón. En efecto, el gabinete de Berlín pidió al de las Tullerías que retirase sus tropas de Alemania; pero Napoleón contestó inmediatamente que era necesario imponer silencio á la Prusia, «la cual se permitía, despues de recibir tantos beneficios, solicitar explicaciones sobre varias infracciones del derecho de gentes... Yo no he provocado á los prusianos, añadia con desprecio; ellos me obligan á volver á pasar el Rhin; yo tengo una cabeza de hierro y no cedo con tanta facilidad. Franceses, vosotros secundareis á vuestro emperador para romper la columna de Rosbach!» Aunque la Prusia, creada hacia un siglo, pudiera ser destruida en una sola jornada, los prusianos quisieron batirse sin aguardar la llegada de los rusos. La Europa se admiró menos de la victoria de Napoleón que de la derrota de Federico Guillermo. Habiéndose apoderado un terror pánico de los prusianos despues de la batalla de Jena, todas las provincias y plazas fuertes quedaron á discrecion de los franceses, que derrocaron la monarquía del Gran Federico mas pronto de lo que habian abatido el imperio de María Teresa. Mientras los generales franceses multiplicaban sus brillantes acciones de un modo verdaderamente heróico, Napoleón multiplicaba sus insultos á los vencidos, sin respetar clase, sexo, hermosura, valor, desgracia, ni aun su propia fama. Pues trataba á la reina Luisa Augusta de *nueva Armida*, despues de tratar á la reina de Nápoles, María Carolina, de *moderna Atalia*, y declaraba «que den-

tro de diez años su familia seria la mas antigua de las casas reinantes de Europa.»

Dividida la Prusia en cuatro departamentos, Napoleon proscribe á todos los que no quieren prestarle juramento de fidelidad, para guardar su fe jurada á los príncipes nacionales. La destruccion de la monarquía prusiana parece tanto mas irrevocable, quanto que el tratado de Posnania (1) sanciona la creacion de la monarquía sajona. Federico Augusto III entra en la confederacion del Rhin, y se consuela con el título de rey de no ser mas que uno de los feudatarios del grande Imperio, y hombre ligado del grande emperador, quien avanza triunfante hasta Varsovia. El opresor de la Europa deja considerarse como á futuro libertador de la Polonia. Los magnates van á pedirle un rey elegido en su propia familia. Pero Napoleon, que ha destruido tantas nacionalidades, no resucitará ni un solo estado. Léjos de dar un soberano á la Polonia, la tomará un ejército que necesita, porque la terquedad de los rusos contrasta la impetuosidad de los franceses. En vano la nieve de Eylau queda enrojecida con la sangre de treinta mil hombres; el combate de Heilsberg en nada ha variado la situacion; pero la batalla de Friedland puede cambiar todos los destinos de Europa; pues no poseyendo ya la casa real de Prusia sino la ciudad de Memel, última plaza del reino, y amenazando el ejército francés las primeras provincias

(1) Conde de Garden, *Hist. de los tratados de paz*. Tom. IX, pág. 230, tomo X, pág. 179.

del imperio moscovita, Alejandro pide una entrevista á Napoleon.

Los dos emperadores conspiran juntos la particion del mundo; el uno tendrá el Norte y el Oriente, y el otro el Occidente y el Mediodía (1). Alejandro no tan solo reconocerá á Napoleon como á emperador de los franceses y rey de Italia, y á José Bonaparte como rey de Nápoles, á Luis Bonaparte como rey de Holanda, á Maximiliano José I como rey de Baviera, á Federico II como rey de Wurtemberg, á Federico Augusto III como rey de Sajonia y como gran duque de Varsovia, y á Gerónimo Bonaparte como rey de Westfalia, cuyo reino se formará con las ruinas de la monarquía prusiana, todo el Hanover y el electorado de Hesse-Cassel; sino tambien la existencia de la confederacion del Rhin. Alejandro hará causa comun con Napoleon. Aprobará la abolicion de la autoridad temporal del Papa, cuyos estados se unirán al reino de Italia, la destitucion de la dinastía de los Borbones en España, y la de la casa de Braganza en Portugal, á fin de que un «príncipe de la familia de Bonaparte cña la corona de estos dos reinos.» Además, Alejandro cerrará la Rusia á la Gran Bretaña. Quitará la Finlandia al reino de Suecia, dejará tomar la Pomerania, bajo pretexto del bloqueo continental, y será mediador entre la Inglaterra y la Francia, al mismo tiempo que Napoleon será mediador entre la Rusia y la Puerta. Si la Turquía no acepta las proposiciones de paz, la Fran-

(1) Véanse los varios tratados de Tilsitt en la grande obra del conde de Garden. Tom. X.

cia y la Rusia la harán la guerra en comun, y se entenderán «para dividírsela. Satisfarán mas bien el amor propio del Austria que su ambicion,» dándole la Bosnia y la Servia; pero la Albania, el Epiro, el Peloponeso, el Atica, la Tesalia y todas las provincias marítimas, las adquirirá la Francia; y la Moldavia, la Valaquia y todas las provincias del Danubio hasta los Balkanes las adquirirá la Rusia, la cual además, «podrá extender sus conquistas tan léjos como lo juzgue conveniente,» en Asia, pero no en Europa; pues Napoleon no quiere que Constantinopla llegue á ser la primera ciudad del imperio moscovita, á pesar de que Alejandro consienta en que Roma sea la segunda del imperio francés. En vano el Czar, siguiendo los designios de Pedro el Grande y de la Gran Catalina, multiplica sus descendencias, entregando el Ebro y el Tajo, para obtener el Bósforo, y dejando tomar ó dar una porcion de reinos, para adquirir *Stambul* (Constantinopla): «Jamás consentiré, exclama Napoleon, en que se lleve á cabo, viviendo yo, la conquista mas brillante que puede imaginarse. Bizancio! Constantinopla! es el imperio del mundo!»

Así como queria apoderarse de casi todos los estados del continente, Napoleon solo ofrecia al Czar las provincias danubianas, «esos dos ojos de la Turquía sobre la Europa,» y la Filandia que era preciso arrancar al valiente sueco, á fin de que la Rusia, vuelta hácia al Oriente, quedara fuera del movimiento europeo y no se volviese hácia el Occidente, sino para recibir algunas impresiones que se repercutiesen por la Suecia. Esta proposicion no era tal que pudiera

satisfacer la ardiente ambicion de la córte de San Petersburgo. Pero mas hábil Alejandro que Napoleon, porque era mas circunspecto en sus actos y palabras, guardóse muy bien de chocar con las ideas quiméricas de semejante adversario, sabiendo que la paz, entre dos emperadores que representaban la antipatía invencible de los pueblos griegos y de los pueblos latinos, esto es, de dos creencias y de dos civilizaciones, no podia ser mas que una suspension de armas. Así es que no se subordinaba en lo presente sino para mejor dominar en lo porvenir. Poco le importaba que la Francia erigiese el reino de Westfalia y el gran ducado de Varsovia sobre las ruinas de la monarquía prusiana, como dos puestos avanzados del Mediodía en el Norte, toda vez que no realizaba una reconstitucion, sino otra particion de la Polonia. Por otra parte, el emperador de los franceses declara formalmente en el preámbulo del tratado, que devuelve al rey de Prusia la mitad de sus estados, «por consideracion al emperador de todas las Rusias.» Y lo odioso de semejante ultraje arrojado á la cabeza de una nacionalidad, cayendo sobre la suya, hará que Alejandro se eleve pronto á los ojos de las demás naciones, y por lo tanto que se presente á los de todos los pueblos como un protector mas ó menos desinteresado, pero bastante poderoso para servir de escudo contra Napoleon.

Ya por el tratado de Tilsitt, á pesar de la ereccion del gran ducado de Varsovia, el altivo conquistador acaba de anudar de nuevo la triple alianza de la Rusia, del Austria y de la Prusia, que su espada habia roto de un modo tan

estrepitoso. Esta liga permanece oculta, pues no puede ser oficial. El secular antagonismo de las casas de Habsburgo y Brandeburgo se ha convertido, pues, en un odio comun contra la Francia. Ambas han caido una tras otra; pero las dos confian levantarse á la vez. Arruinados los prusianos por las contribuciones de guerra, privados de sus fortalezas que los franceses ocupan desde la paz, y reducidos á no tener mas que cierto número de tropas, juran vengar á la reina Luisa Augusta, quien, á pesar de sus ofensas personales, se ha arrojado á los piés de Napoleon, y le ha suplicado con nobleza que dejara vivir la monarquía del Gran Federico, y que acaba de morir devorada por el sentimiento de no haber podido impedir la ruina de su pueblo, ni la humillacion de su dinastía. En todas partes se repiten estas severas palabras del baron de Hardenberg contra el dictador de la Europa: «Es implacable ante el infortunio; no podrá soportar la desgracia con dignidad.» Muerta la sociedad prusiana oficial, digámoslo así, con la muerte de la reina, créase una sociedad prusiana secreta, con el nombre de *Tugend-Bund* (*Liga de la virtud*), con sus hombres de estado, sus poetas, sus filósofos, sus oradores, sus generales y sus soldados, impacientes por sacudir el yugo de la dominacion extranjera, y por recobrar la independencía nacional de toda la Alemania. Pero Napoleon, que está tocando el punto mas culminante del poder imperial, se ocupa mas de la obediencia política de las dinastías creadas, ó por crear, que de la resistencia moral de las nacionalidades destruidas. La paz de Presburgo le habia inspirado el pensa-

miento de fundar una monarquía universal con el nombre de Sistema federativo de Europa ; la paz de Tilsitt le inspira un acto no menos célebre con el nombre de Sistema continental, el cual segun su propia confesion vuelve el mundo, «despues de tantos años de civilizacion, á los principios que caracterizan la barbarie de las primeras edades de las naciones (1).» No pudiendo luchar cuerpo á cuerpo con la Inglaterra, rechaza «el bloqueo ficticio ó sobre el papel» con que aquella potencia ahoga á la Francia, decretando *el bloqueo continental*, con cuyo medio destruirá la libertad en la tierra, so pretexto de reclamar la libertad de los mares. Todo estado europeo, desde la Holanda hasta las islas Jónicas, obligado á prohibir las mercaderías y demás productos ingleses, debia por sí mismo destruir su comercio para vivir en paz con el enemigo de toda independencia nacional. De esto resultó que los pueblos tributarios se insurreccionaron en todos aquellos puntos en que los reyes se habian sometido. Así es que, á pesar del odioso bombardeo de Copenhague, la Inglaterra encontró auxiliares en su implacable lucha, en todos aquellos países donde la Francia habia tenido constantemente aliados.

Luego que las negociaciones oficiales de Tilsitt hubieron sancionado su dominacion mas ó menos indirecta sobre la Europa, Napoleon quiso establecer su dominacion mas ó menos directa sobre la España con arreglo á las negociaciones secretas. Pero la casa reinante, la córte y la villa de

(1) Discurso de Napoleon al senado.

Madrid, estaban divididas en dos partidos: el del rey Carlos IV, esto es, el del príncipe de la paz (D. Manuel Godoy), favorito de la reina María Luisa, que dirigía el gobierno con un objeto de interés personal, y el del príncipe de Asturias, esto es, del duque del Infantado, quien dirigía la oposicion con un objeto de interés nacional. Habiendo obtenido este último del futuro heredero de la corona un nombramiento de jefe de las tropas de Castilla la Nueva, para cuando falleciere su padre, hizo publicar un manifiesto para exponer todas las fechorías del ministro, y suplicaba al rey que separase de su lado á un hombre á quien toda la sociedad repudiaba. Pero Godoy, que entonces estaba negociando con Napoleon la partición del Portugal, no contento con satisfacer su propia ambicion, haciéndose asegurar el Principado de los Algarbes por el tratado de Fontainebleau, satisfacía tambien la de Carlos IV, haciéndole asegurar la integridad de su monarquía de Europa, y haciéndole prometer el título de emperador de las dos Américas, á pesar de que para llevar esto á cabo debiese destronar á su yerno D. Juan VI (regente de Portugal, durante la larguísima enfermedad de doña María I), obligar á su nieto el rey de Etruria (1) á ser rey de la Lusitania septentrional; ó hablando con mas precision, trocar el mas rico país de Italia por el mas pobre de Portugal, y entregar por último la España á Napoleon, que la inundaría con sus tropas, so pretexto de reforzar el ejército del Tajo. Godoy triunfó del

(1) El rey de Etruria era sobrino y no nieto de Carlos IV. (El Trad.)

príncipe de Asturias, á quien odiosamente acusaba de haber querido atentar á la vida del rey; pero la España triunfó de ese ministro, culpable de haber abierto su patria á los extranjeros que se dirigian á Madrid. No contento Napoleon con romper el tratado de Fontainebleau, queria espantar la córte de España como habia espantado la de Lisboa, que se habia retirado en América, para poder exclamar en fin: «La casa de Borbon y la casa de Braganza han cesado de reinar.» Pero viendo el pueblo enemigos en sus propios huéspedes, se arma y se subleva al grito de: «Viva el príncipe de Asturias, muera Godoy!» Este debe su salvacion á quien pasa á ser Fernando VII, despues de la libre y espontánea abdicacion de Carlos IV. Las tramas de Napoleon iban, pues, á abortar, si no hubiese imaginado, dice un ilustre escritor, «no reconocer á Fernando VII, cuya jóven monarquía, deseada por los españoles, seria difícil de destruir, y considerar á Carlos IV, como si siguiera siendo rey, porque su monarquía vieja, gastada y odiosa á los españoles, fuera fácil de echar abajo (1).» Habiendo hecho imposible toda reconciliacion entre padre é hijo, quiso arrogarse el papel de mediador con la calidad de juez, á fin de perderles mas fácilmente uno por otro.

(1) M. Thiers, *Hist. del Consulado y del Imperio*. Tom. VIII. El historiador estadista ha tratado la cuestion de España con nuevos documentos. Deben oirse tambien á dos testigos oculares: D. Pedro Ceballos y D. Juan Escobiz. El uno ha publicado una *Exposicion de los medios empleados por Napoleon para usurpar la corona de España* (Madrid 1808); el otro una *Exposicion de los motivos que determinaron en 1808 á S. M. Católica á pasar á Bayona* (París 1816). Debe leerse igualmente la hermosa obra de Martinez de la Rosa, cuyo título es: *Espíritu del siglo*.

Anuncióse oficialmente á Fernando la entrada de Napoleón en España; y añadióse que era importante que saliese á su encuentro. En vano el pueblo procuró detener á su rey, que se dejó conducir hasta Vitoria, pero que no quiso pasar mas adelante. Napoleón dió la órden para que se le llevase hasta por fuerza á Bayona, donde debia llevarse á cabo la odiosa alevosía. En cuanto el rey de España hubo pisado el territorio de Francia, un simple general le intimó, en nombre del emperador, que abdicase. Fernando VII se negó, aun en presencia de Carlos IV y de María Luisa, quienes consintieron vender uno de los mas hermosos tronos del mundo y sus propios pueblos, porque los consideraban como rebaños humanos (1). Todo lo que se pudo obtener del jóven monarca, fué una renuncia condicional ó relativa de la corona de España en favor de su anciano padre; y aun debia someterse á la aprobacion de las córtes. Napoleón hubo de recurrir á la violencia para arrancarle una renuncia incondicional ó absoluta. «Príncipe, le dijo el emperador, es preciso optar por la *cesion* ó la *muerte*.» Lenguaje terriblemente significativo en boca de un hombre á quien ya se le podian echar en cara las siguientes palabras: «Aun cuando tuviera que sacrificar doscientos mil hombres, no dejaria de conseguir mis fines, y estoy muy léjos de creer

(1) El emperador habia prometido al anciano rey el castillo de Chambord y una pension de siete millones cincuenta mil francos; pero no le dió ni lo uno ni la otra. «Esta circunstancia explica, dice el conde de Garden, por qué Napoleón no tenia razon al quejarse en 1814 de la no ejecucion por los Borbones de las cláusulas del tratado de Fontainebleau *relativas á las sumas prometidas* (Hist. general de los tratados de paz. Tom. IX, pág. 187-188).»

que la conquista de España pueda costar tanto (1)!» El rey Fernando VII quedó cautivo en el castillo de Vincennes; la corona de las Dos Sicilias se dió á Murat, que pretendia la de España; y el trono de España pasó á ser patrimonio de José, que deseaba conservar el de las Dos Sicilias.

Como la casa de Braganza fué destronada antes que la de Borbon, una diputacion de portugueses pasó á Bayona; y Napoleon, despues de haber castigado al Portugal imponiéndole una contribucion de cien millones para el *rescate del reino*, se atrevió á hablarles en estos términos: «Yo no sé lo qué haré de vosotros; esto dependerá de los acontecimientos. ¿Estais en el caso de formar una nacion? ¿Teneis la magnitud necesaria para ello?» Prodigando el insulto á dos nacionalidades, ese hombre va á sublevar á todas las naciones contra su persona. En vano José, falso rey de España, le escribe: «Su Majestad Católica no tiene reino (2)... No tengo á mi favor ni á la gente honrada ni á la canalla. No, señor, vos estais en un error; vuestra gloria se malogrará en España; mi sepulcro, manifestará vuestra impotencia (3).» Afectando Napoleon despreciar á los pueblos del Mediodía, contesta á su hermano: «Los reyes del Norte os han reconocido.» Pero los españoles, que quieren ser li-

(1) Es sabido que Napoleon no pudo conquistar la España, y que la aliosía de Bayona costó seiscientos mil hombres á la humanidad. «Desde el 2 de mayo de 1808 hasta el 10 de abril de 1814, dice M. César Cantu, hubo seis campañas en España. Se puede calcular que perecieron en ella cien mil hombres cada año (*Hist. de cien años*). Tom. II, pág. 250-251.»

(2) *Memorias del rey José*. Tom. V, pág. 34.

(3) *Memorias del rey José*. Tom. IV, pág. 383.

bres, le declaran la guerra en nombre de Fernando VII, que es su prisionero. Sus escritos están acerados como espadas, sus palabras son tan punzantes como puñales: sombrías profecías inspiradas por el Dios de los ejércitos contra el hombre de los ejércitos!

«Que Roma y Nápoles, exclaman los españoles, nos sirvan de testigos. Apelamos á la Alemania y á la Prusia, á la Toscana y á toda la Italia, á la Suiza y á la Holanda, al Portugal y á nuestra España!... ¿Acaso nuestros brazos están reservados para ayudarte en la ejecucion del proyecto que alimentas en secreto de destruir la casa imperial de Austria, rodeada de siglos de gloria? ¿la preparas ya los funerales como á la casa de los Borbones? Tus tratados solo son traiciones; la sed de sangre que te devora es insaciable; tu eres aquel rey de las tinieblas rodeado de nubes de langostas infernales; tú eres aquel que el Apocalipsis ha conocido; tú te llamas Apolion, esto es, el destructor; tú has salido de los abismos del infierno para reinar en la tierra... Tú has llamado á Bayona á la casa de Borbon para sepultar su grandeza. Tú eres semejante al espantoso mónstruo que se levanta para anunciar la horrorosa aproximacion del dia final. He ahí lo que España cree; hé aquí lo que espera.

«Debes saber que un ejemplar castigo puede tardar, pero que alcanza siempre á las grandes fechorías. Debes saber que tus propios guerreros te abandonarán un dia y volverán su espada contra tí. Debes saber que irritadas otras naciones se sublevarán, mientras aguzas tus dientes para destruir la España. Debes saber que el leon de Esdras reina-

rá dos veces como rey; y que el famoso leon de Roncesvalles, dormido hace mucho tiempo, se despertará y se levantará. Este leon es la España; ya se prepara para emprender un combate á muerte, y para llevar en triunfo la cruz como trofeo hasta los confines del mundo. Tiembla, Napoleon! se acerca el momento en que dejarás de ser invencible (1).»

Creyendo Napoleon saber «por experiencia que los países en que hay muchos frailes son fáciles de subyugar,» escribe á José: «Los acontecimientos se suceden con rapidez; es preciso que mis destinos se cumplan.» Entre tanto todo el pueblo español se organiza en guerrillas, á fin de vencer si es posible á nuestras heroicas falanges que han vencido á todos los reyes de Europa. Sus innumerables estandartes solo tienen un lema: *La libertad ó la muerte!* Los padres ofrecen sus hijos á la patria; los bosques se arman lo mismo que las masas: hasta las breñas se trasforman en enemigos; y cada fraile distribuye á millares los puñales que ha bendecido (2). Estas milicias del claustro, que ase-

(1) *Manifiesto á Napoleon*, publicado en Valencia, en 7 de junio de 1808.

(2) Sensible es que una persona tan sensata como el autor, mezcle de vez en cuando en su historia supuestos hechos tan ridículos como falsos. No hay duda que el clero español, y muy particularmente el regular, tomó una parte muy activa en la gloriosa lucha de nuestra independencia. Que á su predicacion, á sus sacrificios, y aun á sus mismos servicios personales, se debió en gran parte la feliz terminacion de aquella lid tan colosal como desigual. Pero es falso que los ministros del altar bendijeran y repartieran á miles los puñales para asesinar. El sacerdote bendecía nuestras banderas y nuestras armas, no para asesinar, sino para pelear por la sagrada causa de la libertad y de la independencia, y dirigia sus preces al Omnipotente para que se dignara concedernos la victoria. No podemos negar que en

sinan por una causa santa, harán pronto renacer la esperanza en todas las córtes.

Ya las dos capitulaciones de Bailen y de Cintra, la una gloriosa y la otra humillante, hacen saber á la Europa que Napoleon, si aun no ha sido vencido, no es invencible. Las *conscriptciones* anticipadas agotan la Francia, en tanto que los alistamientos misteriosos del *Tugend-Bund* vuelven alguna energía á la Alemania; y el grito de patria dado por la España, encuentra mil formidables ecos de un extremo al otro del mundo. Para contener á la Europa, Napoleon se ve precisado á descargar su brazo sobre la cabeza de la Francia. Un nuevo código, por el cual prodiga la muerte, la marca y la odiosa confiscacion, dando por objeto al Estado la iniquidad, en lugar de la justicia, destruye la seguridad del ciudadano, bajo pretexto de crear la del emperador, quien exclama: «El pueblo me ha trasmitido sus poderes; el pueblo soy yo, y aquel no puede tener un interés distinto del mio; contradecirme es atacar en mí todo el interés público.» De este modo la arbitrariedad engendra el descontento, y el descontento engendra doble arbitrariedad.

No bastaba sofocar la murmuracion que en Francia producía el descontento; era necesario sofocar la de los demás estados. Napoleon creyó fascinar á los pueblos dando fun-

medio de aquel entusiasmo se cometieron algunos lamentables excesos, pero, á pesar de que estamos léjos de aprobarlos, no podemos menos de disculparlos, tomando en consideracion de que era un pueblo que vengaba la felonía con que se habia invadido su territorio, y la alevosía con que le habian arrebatado á su monarca.

(El Trad.)

ciones teatrales en las que Talma representara «delante de un concurso de reyes.» Esta reunion de soberanos que se verificó en Erfurth, manifestó el dominio eminente de la Francia imperial y el vasallaje de la Europa monárquica. El jóven César decia á las antiguas majestades, casi con desprecio: «Cuando yo era subteniente.» Conducia á los monarcas vencidos al teatro de sus victorias, que era el de las derrotas de aquellos, para mostrar á cada uno que solo existia por él, en vez de existir por sí mismo. Obsequiaba con festejos á todos, pero solo daba audiencia al emperador de Rusia, porque queria renovar el tratado de Tilsitt. Este último le abandonó la España y el Portugal, á fin de conservar la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia. «Acabamos de hacer beber un vaso de ópio al emperador Alejandro,» decian los generales franceses, «en tanto que duerme iremos á ocuparnos en otra parte.» Efectivamente, este era el objeto de Napoleon, que se burlaba de Alejandro con los que le rodeaban. «Le despreciaba porque le creia sincero: le admiró cuando le creyó solapado. *Es un griego del Bajo Imperio*, decia, *es preciso desconfiar de él.* En Erfurth afectaba Napoleon la audaz falsedad de un soldado victorioso: Alejandro disimulaba como un príncipe hábil: la astucia luchaba contra la audacia; la política del Oriente y la política del Occidente guardaban sus respectivos caracteres (1).»

Una carta fechada en Erfurth y firmada por los dos em-

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. X, pág. 214, nota.

peradores, contiene las proposiciones de paz al rey de Inglaterra. Napoleon quiere manifestar públicamente á la Europa que existe una cordial inteligencia entre él y Alejandro; pero el Czar hace sus gestiones secretas con el gabinete inglés, para tranquilizarle respecto á dicha alianza. Canning redacta una nota, en la cual declara que Su Majestad británica no puede contestar directamente á la carta de Erfurth, porque se encuentra en la imposibilidad de servirse de esta muestra de respeto al emperador de Rusia, «sin reconocer al propio tiempo títulos que Su Majestad no ha reconocido,» esto es, los títulos de Napoleon, emperador de los franceses, que solo es Bonaparte, simple general, á los ojos del rey de Inglaterra. Por otra parte, la paz marítima no puede efectuarse ahora que el gabinete de Lóndres puede tomar parte en la guerra continental en Portugal, y que ofrece su apoyo á la España, donde vá á trasladarse Napoleon con doscientos cincuenta mil combatientes.

La nacion española, privada de una direccion unitaria, cuando se trataba para ella de reconstituir un gobierno y de organizar la defensa del país, se dividió en dos partidos: uno, el del pueblo, que únicamente pensaba en batirse; y otro, el de las córtes, el cual disgustado del pasado nacional por los recuerdos del despotismo, y buscando un nuevo porvenir haciéndose plagiario de los jacobinos franceses, solo pensaba en formar una convencion nacional. De esto resultó que los ejércitos, de los cuales esperaba la nacion una victoria tras otra, tan mal organizados como

mal mandados, experimentaron una derrota tras otra. El partido popular había rehusado al principio el auxilio de los ingleses; pero debió aceptarlo en cuanto Napoleón tuvo expedito el camino de Madrid, porque el de la victoria parecía cerrado á su patriotismo. Sin embargo, en vez de abatirse, instituyó una «Junta suprema de gobierno,» que se reunió en Sevilla, ordenó un levantamiento en masa, y solicitó en un nuevo «manifiesto el apoyo de todas las naciones y repúblicas de Europa (4).»

(4) No podemos pasar sin correccion cuanto manifiesta aquí el autor relativo á nuestra gloriosa guerra de la independencia. En primer lugar la instalacion de la junta suprema de gobierno en Sevilla precedió de mucho tiempo á la reunion de las córtés generales, que por acuerdo de aquella fueron convocadas y se instalaron en la isla de Leon, de donde se trasladaron á Cádiz. Por consiguiente mal puede imp utarse á la division que supone el autor que aquellas promovieron, los desastres que nuestros ejércitos sufrieron en las primeras campañas. Con mayor razon pudieran atribuirse á la desigualdad de fuerzas y á la penuria de recursos que experimentaba la nacion, por la casi absoluta imposibilidad de recoger los impuestos, por ocupar el enemigo por alevosía nuestras principales plazas fuertes, y dominar una gran parte del país con sus formidables ejércitos. Cuando la invasion francesa, la España apenas tenia tropas, porque las mas floridas Napoleón las había hecho pasar á Alemania, y las que guarnecian nuestras fortalezas quedaron prisioneras de las huestes de aquel, cuando con engaño se apoderaron de ellas. Así es que no por division de los ánimos, pues esta en aquel entonces no existia, ni por impericia de los generales, fuimos vencidos en las primeras campañas, sino por las causas que acabamos de apuntar. Tampoco podemos pasar en silencio que las córtés generales y extraordinarias reunidas en Cádiz, compuestas de hombres de ideas mas ó menos avanzadas, pero todos poseidos del mas acendrado patriotismo y de la mas acrisolada lealtad á su monarca, solo pensarau, como dice el autor, *«haciéndose los plagiaros de los jacobinos franceses, en formar una convencion nacional;»* unas córtés que forman una constitucion, que en su artículo 12, dice: La religion de la nacion española es y será perpetuamente la católica,

«Sí, exclamaba, príncipes y naciones del continente, vuestra conservacion está identificada con la nuestra. Ese gran sistema de sujecion continental, del cual los franceses hablan sin cesar, comprende vuestra ruina para su engrandecimiento. No os hagáis ilusiones: la ambicion de Bonaparte ha triunfado ya de la Italia, de la Holanda, de la Suiza, y ha hecho de los estados de la confederacion del Rhin otras tantas provincias de su Imperio. Con las fuerzas de España y Portugal se propone efectuar la destruccion del Austria, y en seguida reunir las fuerzas de la Europa para arrojar al desgraciado Alejandro á los desiertos de la Tartaria. Entonces, y aun únicamente cuando todo se habrá consumado, su ambicion quizás quedará satisfecha. «Las antiguas dinastías desaparecerán;» y él y su familia reinarán despóticamente en las naciones: se establecerá un nuevo sistema feudal mas repugnante que el antiguo, y las luces adquiridas durante tres siglos, la industria y la civilizacion que se han perfeccionado durante este largo período, volverán á sumirse en el caos en que antes yacian.

«Soberanos de Europa, ¿qué debéis pues hacer? Si queréis existir, tomad las armas desde las orillas del Schield hasta el Tíber, desde el Newa hasta el Guadalquivir... No os engaños, los franceses no son invulnerables ni in-

apostólica romana, única verdadera etc.» y que en el 179, dice: «El rey de las Españas es el Sr. D. Fernando VII de Borbon, que actualmente reina,» no podían componerse de jacobinos, ni pudieron pensar en crear una convencion á semejanza de la de Francia. Por último, haremos observar al autor que los partidos políticos apenas se conocieron en España hasta últimos de aquella guerra.

(El Trañ)

vencibles. Los campos de Valencia y de Zaragoza y los montes de Bailen, han hecho patentes al cielo y á la tierra su vergüenza y degradacion. Vosotros, monarcas y habitantes del Continente, imitad nuestra firmeza y perseverancia, y el mundo que se vé amenazado de ser destruido por la brutalidad del mónstruo que combatimos, recobrará al fin el reposo y la independencia.»

La regencia de Portugal, imitando á la junta de Sevilla exclama: «A las armas! Portugueses! á las armas! los peligros de la patria exigen que la nacion entera se levante en masa... Mostrémonos dignos descendientes de aquellos bravos lusitanos que vencieron los ejércitos romanos! Recordemos que nuestros antepasados han arrojado del reino á los árabes endurecidos en la guerra, que llevaron el terror á las costas de África, y que fundaron un vasto imperio en Oriente!»

Portugal, mas feliz que España, porque habia aceptado el auxilio de Inglaterra y porque ningun movimiento particular entorpecía allí el movimiento nacional, pudo resistir con éxito á las tropas francesas que se propusieron invadirlo. Pero si bien Napoleon habia sometido la capital del reino de España, no sucedió así con las capitales de las provincias. La heroica resistencia de Zaragoza eternizará entre los hombres el nombre de Palafox y el patriotismo de aquellos habitantes, que se hicieron matar sobre aquellos muros ó delante de sus propias casas. Habiendo Lannes ofrecido una honrosa capitulacion: «Seguidme, dijo Palafox al parlamentario, á recibir mi respuesta en el templo de la Vir-

gen del Pilar.» Pisan el suelo de la basílica, donde resuena el fúnebre eco de las campanas que doblan; los muros están cubiertos de bayetas negras que las balas han destrozado. Pueblo, soldados, hombres, mujeres y niños están postrados á los piés de la Madre de Jesucristo; un sacerdote anciano es el único que está de pié, delante del altar, celebrando la misa de difuntos para los guerreros que han muerto y para los que han de morir. Entonces José Palafox contesta al parlamentario: «Id y decid á vuestro jefe que nos habeis visto asistir á nuestros funerales.» Estas sublimes palabras son la señal de un encarnizado combate. Zaragoza muere como Sagunto, y como ella se inmortaliza (1).

Un periódico español se atreve á respetar su memoria: Napoleón se irrita, pues solo ve *bandidos* entre los héroes resueltos á llevar *la guerra hasta el puñal!* «Hermano mio, escribe á José, he leído un artículo de la *Gaceta de Madrid*, que refiere la toma de Zaragoza. En él se hace el elogio de los que han defendido aquella ciudad, sin duda para excitar el valor de los de Valencia y de Sevilla. En verdad que esta es una singular política. «Positivamente no hay un francés que no mire con el mayor desprecio á los que han defendido Zaragoza (2).»

(1) Si bien no podemos menos de agradecer á M. Lacombe los términos en que describe la defensa heroica de la inmortal Zaragoza, sentimos vivamente que haga caso omiso de los dos memorables sitios de Gerona, en los cuales no brilló menos el patriotismo y abnegacion de los españoles. Ni la inmortal Gerona, ni su esforzado gobernador el general Alvarez merecian esta omision de tan esclarecido autor.

(El Trad.)

(2) *Memorias de José*. Tom. VI, pág. 73-74.

Mientras tanto, habiendo el partido popular y monárquico neutralizado la acción del partido republicano de las corts, declararon «que la voluntad de la nación era mantener su dinastía y su libertad.» La Junta suprema de gobierno del reino de España publicó «contra el tirano de Europa» (17 de abril de 1809), otro manifiesto (1) que hizo ruido en Europa, pero particularmente en Alemania, donde el *Tugend-Bund* preparaba un grande alzamiento. Para conjurar el emperador de los franceses la tempestad que se formaba sobre su cabeza, escribió al emperador de Austria: «Yo he podido desmembrar la monarquía de Vuestra Majestad, ó á lo menos dejarla menos poderosa; no lo he querido. Lo que es, está conforme con mi deseo; esta es la prueba mas evidente de que nuestras cuentas están saldadas, y que yo nada quiero de ella (2).» Una guerra con el Austria, sin haber avasallado la España, hubiera contrariado los proyectos de Napoleon; en contra, una guerra con la Francia podia favorecer las ideas del gabinete de Viena. Efectivamente, reorganizados secretamente sus ejércitos con la mira de hacer pedazos un día ú otro el humillante tratado de Presburgo, estaban preparados para el combate; y la resurreccion del espíritu germánico ofrecia al emperador de Austria el medio de volver á tomar su antiguo puesto entre los grandes monarcas, presentándose como protector de las nacionalidades. Los patriotas de Alemania, deseosos de resucitar la unidad germánica bajo la

(1) *Memorias de José*. Tom. IV, pág. 73-74.

(2) El conde de Garden. *Hist. gen. de los tratados de paz*. Tom. XII, pág. 47.

supremacía del Austria, hacían votos por Francisco I, porque decían que la libertad de la Europa estaba refugiada en su campo. Había motivo para contar con un levantamiento general en Alemania y en Italia; pero el Tirol fué el único que tuvo el valor que le inspiraran sus opiniones liberales; pues todos los demás estados permanecieron en la inacción. «Cambio sorprendente! dice M. César Cantu; el Austria se encontró á la cabeza de los pueblos sin alianzas de reyes y contando con la energía de las masas, mientras Napoleon marchaba rodeado de una comitiva de reyes aliados, pero teniendo en contra el espíritu popular, y acusando á sus enemigos de recurrir á la insurrección (1).»

Nada mas sorprendente en la historia militar que esa campaña del Austria. Napoleon, siempre extraordinario en la guerra ofensiva, tenía que luchar contra el príncipe Carlos, siempre admirable en la guerra defensiva. Sin embargo, no hubo ninguna de aquellas batallas rápidas, terribles, supremas, en las que el emperador de los franceses pretendía á menudo justificar con la victoria sus miras sobre los pueblos enemigos. Su genio de conquistador no había disminuido, pero el genio del archiduque había acrecido. Los primeros encuentros solo tuvieron un resultado secundario. Napoleon no pudo rechazar al príncipe Carlos al otro lado del Danubio, sino despues de haber dado las cinco batallas consecutivas de Eckmuhl. Por otra parte, el archiduque Juan, que había avanzado hasta el centro de

(1) *Hist. de cien años*, Tom. II, pág. 256-257.

Italia, no retrocedía delante de Eugenio, sino para inquietar al ejército principal : y el archiduque Fernando triunfaba en Polonia. La capitulación de Viena no era tampoco mas que un acontecimiento sin valor , atendido á que el príncipe Carlos podía obligar á Napoleon á rendirse con todas sus tropas entre Essling y Aspern en el paso del Danubio. Otra batalla empezó al rayar el día y solo concluyó por haber sobrevenido la noche y por cansancio ; pero Napoleon verificó su retirada en la isla de Lobau. « Si yo hubiese sido el archiduque , dijo Massena, ningun francés se hubiera escapado para llevar la noticia del desastre. »

La Francia arroja un grito de dolor , y la Alemania uno de alegría, figurándose ambas que « Napoleon será cogido en la ratonera de Lobau. » Los cuerpos de Eugenio y de Macdonald van á salvarle. Para reanimar el valor de sus tropas , el emperador en persona les distribuye una orden del día en la que dice : « Soldados , ese ejército austriaco de Italia, que por un momento manchó mis provincias, destruido por vuestro valor , será un ejemplo de la verdad de esta divisa : « Dio la mi diede , guai à chi la tocca. — Dios me la ha dado , desgraciado de quien la toque (1). » Este lenguaje hace prever una acción inmediata. El combate de Raab « no es mas que una nieta de Marengo ; » pero Napoleon podrá pasar el Danubio, y « la suerte de la monarquía austriaca se decidirá en una sola acción. » Wagram, in-

(1) Algun tiempo despues, Napoleon reprobaba en estos términos una orden del día de José: *Se dice en ella á los soldados que son vencedores; esto es echar á perder las tropas* (Mem. de José. Tom. VI, pág. 375).

mensa hecatombe, no le da una victoria decisiva, pues no habiendo sido derrotado el archiduque Carlos, esta grande accion honra casi lo mismo al vencido que al vencedor. Por otra parte, los austriacos se retiran en buen orden hácia la Bohemia, se les sigue sin hostigarles demasiado, dice un general francés (el duque de Rovigo); y el príncipe Carlos disputa el terreno de posicion en posicion hasta Znaim.

Esperando el emperador Francisco obtener condiciones tanto menos onerosas, cuanto que las pérdidas de hombres habian sido casi iguales, hizo proponer la paz al emperador Napoleon, quien fué bastante prudente para concluir la guerra. En efecto, los pueblos subyugados estaban ardiendo al rededor de sus victoriosas armas; el conquistador se veia rodeado de mil Vendées. Por último, las negociaciones de Altenbourg preludiaron el tratado de Schoenbrünn. Para obligar al Austria á reconocer los últimos cambios verificados en España, en Portugal y en Italia, y á perder sus fronteras defensivas y ofensivas, en una palabra, todo lo que constituia su verdadera importancia, á no ser mas que una potencia de segundo orden, Napoleon amenazó al emperador Francisco con separar sus tres coronas, y colocar al lado del reino austriaco, como enemigos asiduos, dos pequeños reinos, el de Bohemia y el de Hungría, bajo el patronato de la Francia (1). De esto resultó que conforme con sus propias miras, la Carniola fué reunida al reino de Italia, parte del alta Austria al reino de Baviera y toda

(1) M. Villemain, *Recuerdos contemporáneos de historia y de literatura*. página 118.

la Galitzia occidental, con parte de la Galitzia oriental, al reino de Sajonia, ó mejor, al gran ducado de Varsovia.

Estos diversos cambios parecian expresar una revolucion, menos en los hechos que en las ideas políticas de Napoleon, porque separaba las razas germánicas de las razas eslavas, como si hubiese querido reconstituir su distinta nacionalidad. Bien podia atribuírsele este proyecto, cuando no tenia dificultad en decir, corriendo en ello el riesgo de romper la alianza rusa: «La Polonia va á dar lugar á algunas contestaciones; pero el mundo es bastante grande para que podamos arreglarnos en él. El emperador Alejandro contestó inmediatamente: «Si se trata del restablecimiento de la Polonia, el emperador Napoleon se engaña; en este caso el mundo no es bastante grande, porque yo nada quiero.» Y el amo de la Francia hizo declarar al amo de todas las Russias, «que aprobaba que los nombres de Polonia y de polacos desapareciesen de las transacciones políticas, y aun de la historia.» Pero semejante declaracion desvaneció para siempre la esperanza de un pueblo, sin restablecer la cordial inteligencia entre los dos potentados, suponiendo que aquella hubiera alguna vez existido.

Ahora que cree haber avasallado la tierra, Napoleon quiere avasallar el cielo. «Qué insolencia la de los sacerdotes! exclama enfáticamente el gran confiscador de la libertad humana; se reservan en la division la autoridad, la accion sobre la inteligencia, esto es, sobre la parte mas noble del hombre, y pretenden reducirme á no tener accion sino sobre el cuerpo. Para ellos el alma, para mí el cadáver!»

A fin de hacer cesar semejante estado de cosas, ni siquiera respeta al jefe de un estado particular en el jefe de la Iglesia universal; pues á pesar de que el Papa sea el Vicario de Dios en la tierra, ese hombre se atreverá á decirle: «Vos sois soberano, pero yo soy emperador de Roma.» En vano se le ha contestado: «El Sumo Pontífice jamás ha reconocido poder superior al suyo... el emperador de Roma no existe.» Napoleon declara formalmente que, si el pontificado no debía reconocer ningun poder superior, cuando la Europa reconocia varios amos, en el dia debe reconocer el suyo, puesto que la Europa no reconoce mas señor que él.

Todos los reyes se han inclinado ante su fortuna, ó han sido anonadados; el Papa, que aun permanece en pié, deberá pues humillarse como los demás monarcas. En primer lugar pronunciará el divorcio de Gerónimo; pues los Bonapartes, transformados en príncipes, abandonarán á sus mujeres plebeyas para casarse con princesas; en segundo lugar, aunque sea jefe de una sociedad moral, ó mas bien de una religion de paz y de amor, abrazará todas las enemistades del emperador, jefe de un partido político, ó mas bien de un estado fundado en la guerra. Pero despues de defender contra Napoleon la santidad del matrimonio, á imitacion de sus predecesores que la han sostenido contra todos los reyes y todos los emperadores, Pio VII declara que, siendo el padre comun de los fieles, no puede ser el enemigo de nadie. A esta mansedumbre evangélica del Sumo Pontífice, opone el emperador la fuerza brutal. Confiscados los estados de la

Iglesia por un simple decreto, quedan reunidos al Imperio; y el cautiverio del Papa expresa la abolición moral del pontificado. Pío VII bendice á los soldados que le martirizan, porque obedecen una voluntad superior; pero anatematiza á Napoleón porque quita al Vicario de Cristo el puesto eminente que le es necesario para la realización de sus divinos destinos, bajo pretexto de que Roma le es necesaria para la realización de sus destinos humanos.

Inmediatamente la Francia, la Italia y la Bélgica, que manifestaban poco antes tanto afecto á ese hombre, le manifiestan el mismo odio que la España y la Alemania. Los pueblos católicos y los pueblos protestantes se levantan á la vez contra ese excomulgado de la Iglesia, que les excomulga á ellos de su Estado. Víctima la Europa de una comun opresión, conspira para conseguir la caída del comun opresor. El supremo depositario de la fuerza, demasiado tiempo dueño de los acontecimientos, se ve anonadado por un principio: «Ah! exclama, Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter, sin que nadie le contradijera!... Yo encuentro á un sacerdote mas poderoso que yo, porque reina sobre el espíritu, y yo sobre la materia!»

Napoleón no se atrevió á destruir al sucesor de san Pedro como á Sumo Pontífice, después de tenerle prisionero; pero se atrevió á derribar las murallas de Viena, después de ajustar la paz con el Austria, aun que se propusiera casarse con una de sus archiduquesas. Solicitó esta alianza, porque creyó encontrar en la casa de Hapsburgo un principio de estabilidad que no existía en su gobierno. La curia eclesiás-

tica de París anuló el primer matrimonio del emperador, á pesar de que el Papa no autorizaba el segundo. Poco faltó para que los vieneses no se sublevaran al ver partir á María Luisa. La archiduquesa no hubiera debido, en su concepto, dar su mano al conquistador, porque habia derribado los muros de su ciudad y tomado un considerable número de provincias á la monarquía de María Teresa. ¿Cómo «podia creerse, dice el conde de Garden, que se establecia un lazo de afecto y de confianza entre Napoleon y la corte de Viena, cuando esta parecia afectar una frialdad que no estaba en sus hábitos? María Luisa, cuya familia era tan numerosa, venia sola á Francia: ni un hermano, ni un tio la acompañaba. ¿Necesitábase mas para hacer patente que la archiduquesa era inmolada al interés político (1)?»

Aun considerado este matrimonio bajo el punto de vista del interés político, no cambiaba tampoco la situacion de Napoleon respecto á los demás soberanos, ni la de estos respecto á Napoleon. Despues de haberse introducido con altivez en el colegio de los reyes, no por el derecho, sino por la fuerza, ¿podia acaso reinar de otro modo sino excluyendo de un modo directo ó indirecto todas las casas reinantes, para sustituirlas con su propia persona ó su propia casa? ¿y podia seguir reinando, desde que todas las casas reinantes hubieran llegado á ser bastante poderosas para excluir á su vez su casa y su persona? Así, pues, este doble problema presentado á la Europa no quedaba resuelto

(1) *Hist. general de los tratados de paz.* Tom. XII, pág. 148.

solo porque el cardenal Fesch celebraba el matrimonio de Napoleon y de María Luisa en presencia de Dios, á pesar de la protesta del Papa. Por lo demás, el matrimonio de ese hombre dejó á todos descontentos. Por un lado los generales, que ponian á la disposicion del emperador uno ó varios tronos por campaña, y que ya se irritaban de ver que aquel los distribuia entre sus parientes, á pesar de haberse comprado con su sangre, ya no tenian esperanza de figurar en ninguna promocion de reyes; y por otro, los hermanos de Napoleon temblaban por las coronas que les habia dado cuando no tenia hijos, y que les quitaria quizás si Dios le concedia posteridad.

Ya el mundo se postra ante el heredero de su Imperio. Todos los sucesores de Carlomagno se llamaron en otro tiempo «reyes de los romanos;» el futuro emperador de los franceses se llamará para todos desde ahora «rey de Roma:» título espléndido, es verdad; pero que positivamente no expresa mas que dos cosas problemáticas, á saber: la estabilidad del gobierno napoleónico, y la perpetuidad de la dinastía napoleónica!

En verdad, Napoleon lo comprendia perfectamente, puesto que decia, como José de Maistre: «Es preciso saber lo que decidirá el tiempo, al cual llamo el primer ministro de la divinidad en el departamento de las soberanías (1).» «Decrés, preguntaba un dia á su ministro de marina, ¿creeis que mi hijo llegue á reinar?» Otro dia hablando con su madre exclamaba: «Ah! si yo fuese mi nieto!» Ha-

(1) *Cartas y Opúsculos*. Tom. I, pág. 114.

ber mezclado su sangre plebeya con la sangre de las mas antiguas estirpes reales, y no estar seguro de crear una! tormento inconmensurable! duda mas desgarradora que todas las certidumbres! pues por mas que se derriben muchas dinastías bajo pretexto de fundar la suya, jamás se conseguirá sino se toma por principio y por apoyo aquella legitimidad que, si bien se destruye con frecuencia, es siempre indestructible, y sirve ó debe servir de afirmacion al derecho humano y al divino, de los que el emperador era la aterradora negacion!

Cuanto mas contenia al presente, tanto mas sentia escapársele el porvenir. Al principio del Imperio habia dicho: «Ni un solo Borbon debe quedar en el trono.» Y efectivamente, todos los Borbones estaban dispersos en sus prisiones ó en el destierro; y sin embargo, á su alrededor se decia: «Todo esto terminará por un Borbon (Talleyrand).» Las dinastías por él alteradas ó reemplazadas no estaban pues proscritas; las que habia derribado podian pues volverse á levantar, y las que pretendia hacer vivir de su propia inmortalidad no eran pues inmortales. Por otra parte, no basta tener herederos fisicos para fundar una casa soberana; es además necesario tener, si se puede hablar en estos términos, herederos intelectuales y morales. Y como por el modo con que Napoleon concebía el poder, no podia reinar sino por medio de la guerra, esto es, por medio de la destruccion, ni siquiera pudo llevar á cabo su propia creacion, como emperador ó dinasta, en el sentido absoluto de la palabra.

A pesar de todo, ese hombre extraordinario no dejó de proseguir su sueño; y Dios le permitió colocarse fuera de todas las realidades; echar distintas generaciones en un molde idéntico, en el que se entraba ciudadano y del que se salía soldado; sobreponer la novela á la historia y el heroísmo á la tiranía; ser el tipo de los conquistadores; arreglar su vida personal sobre el cadáver de las naciones; oponer la uniformidad de sus gigantescos proyectos, pero limitados, á la infinita variedad de las aspiraciones humanas, y tentar por último lo imposible hasta el punto de hacer lo posible, sino para sí mismo, á lo menos contra sí mismo.

En efecto, la coalicion general que todos los hombres de Estado miraban como una quimera hacia ya veinte años, á causa de las constantes divisiones que existian entre los reyes y los pueblos, llegó á ser una consecuencia natural de su doble y comun opresion. Cuando los soberanos hubieron tomado la libertad por auxiliar, sus súbditos tomaron al punto la autoridad por guia, y desde entonces ya no se confundió por una ni otra parte el mando con el despotismo, ni la sumision con la servidumbre. Napoleon fué vencido por el hecho, él, á quien ningun principio habia podido vencer! Y la Europa entera se lanzó, no sobre la Francia, sino sobre su persona, porque la humanidad, tan pequeña al lado de aquel grande hombre, no podia volver á sus gloriosos y providenciales destinos, en tanto que él no hubiera cumplido su glorioso y fatal destino.

CAPÍTULO XXXI.

Napoleon destronado por los pueblos y por los reyes.

SUMARIO.

Situación general de la Francia respecto á la Europa.—Guerra de la Rusia contra la Suecia.—Revolucion de Suecia.—Abdicacion de Gustavo IV, y advenimiento de Carlos XIII.—Nómbrese á Bernadotte príncipe real de Suecia.—Reunion de varios estados de Europa al imperio francés.—Proyectos de Napoleon contra la Rusia.—Discurso de Napoleon al consejo general del comercio y al embajador de Rusia en 1811.— Toda la poblacion de Francia queda organizada militarmente.—Antes de declarar la guerra al emperador Alejandro, el emperador Napoleon completa el sistema de sus alianzas.—Situacion de los ejércitos franceses y de los ejércitos rusos.—Napoleon en Wilna.—Su *ultimatum* es deshechado por Alejandro.—Paso del Niemen.—Napoleon promete un rey á los polacos y no se atreve á cumplirles la palabra.—Gestion pacífica de Alejandro cerca de Napoleon.—La Rusia entabla negociaciones con la Puerta y con la Suecia.—Conferencias de Alejandro y Bernadotte en Abo.—Permanencia de Napoleon en Vitepsk.—Incertidumbre acerca de la marcha de la expedicion.—Batalla de Esmolenco.—Marcha hácia Moscou.—Batalla de Borodino.—Napoleon en Moscou.—Proclama de Alejandro, que pretende salvar las nacionalidades europeas, despues de haber salvado sus estados.—Abatimiento del grande ejército.—El emperador Napoleon pide la paz al emperador Alejandro.—Armisticio.—Vuelven á emprenderse las hostilidades.—Señal de la retirada.—Conspiracion del general Mallet.—Lenguaje que usa con sus jueces.—Quejas de María Luisa y Napoleon.—Este último quiere combatir á pesar de no tener ejército.—Desastres de la retirada.—Boletín XXIX del grande ejército.—Napoleon en París.—Sus invectivas contra los ideólogos.—Napoleon aumenta su despotismo.—Luis XVIII esparce en Francia una proclama inspirada por el genio de la libertad.—Situado Alejandro en las fronteras de su imperio dá la señal de la libertad general de los pueblos y de los reyes.—Alianza entre la Rusia y la Prusia.—Principio de la campaña de 1813.—Batalla de Lutzen, de Bautzen y de Wurtzchen.—Mediacion del Austria que quiere restablecer el equilibrio de los poderes en Europa.—Congreso de Praga, roto ya antes de abrirse.—Coalicion general contra Napoleon.—Fatales jornadas de Leipsick.—Nuevos desastres.—Declaracion de Francfort.—Napoleon vuelve el Vaticano á Pio VII y la España á

Fernando VII.—Conflicto entre Napoleon y el Cuerpo legislativo.—*Si la Francia exigiese una nueva constitucion, exclama, la diria que BUSCARA OTRO REY.*—Congreso de Chatillon.—Campana de 1814.—Proyecto de los aliados; contraproyecto de Napoleon.—Tratado de Chaumont.—Napoleon acepta el *ultimatum* de los aliados, pero es demasiado tarde.—Los aliados al pié de los muros de París.—Instrucciones de Napoleon á Gerónimo Bonaparte su lugarteniente.—Capitulacion de París.—Entrada de los reyes de Europa en esta capital.—Consejo celebrado para deliberar sobre la formacion de un nuevo gobierno.—Palabras de Alejandro.—La Francia pide el regreso de los Borbones.—Declaracion de los aliados acerca de este particular.—Destitucion de Napoleon y de su familia, pronunciada por el senado conservador, el cual vuelve la corona á Luis XVIII.—Abdicacion de Napoleon.—El conde de Artois firma en París el convenio del 23 de abril.—Entrada de Luis XVIII.—La Carta y el tratado de París.—Consideraciones generales acerca de estos diferentes acontecimientos.

Al salir de la época mas heroica de nuestra historia nacional para entrar en la mas desastrosa, experimentamos una opresion de corazon inexplicable. Despues de haber conocido la suprema satisfaccion de la victoria, era necesario pues que conociéramos tambien todas las amarguras de la derrota! Nuestras águilas se han cernido sobre todas las capitales de Europa; pero los caballos de la Ukrania vendrán dos veces distintas á beber las aguas del Sena! Un nuevo emperador de Occidente, aclamado por nuestros ejércitos republicanos, ha extendido las fronteras de la patria hasta el centro del antiguo imperio de Oriente; pero se verá obligado á devolver una porcion del territorio conquistado por los ejércitos reales de Luis XIV.

Muy léjos de haber Napoleon engrandecido la Francia, la habrá reducido!

Tal ha sido el destino de ese hombre, que se elevó como Carlomagno, y cayó como Carlos XII! En vano la Providencia le prodigó sus avisos, á fin de que volviera á ella

cuando estuvo en lucha con la fatalidad; Napoleon no supo dominarse á sí mismo desde que creyó dominar el universo. Hallándose en la cumbre de la prosperidad, juzgó que era inaccesible al infortunio. Así fué que cuando el movimiento del espíritu humano hácia la independencía que le es necesaria, suscitaba en España los Castaños, los Palafox y las guerrillas; en Italia, el *Carbonarismo*; y en Alemania, el *Tugen-Bund*: por todas partes, en fin, una reaccion favorable á las antiguas dinastías, porque estas se comprometian á asegurar eficazmente los derechos del hombre en cada sociedad, el emperador solo le opuso el movimiento de su pensamiento, ó mejor de su espada, con la cual pretendia fundar nuevas dinastías, para poner á todos los pueblos al nivel de la servidumbre, sin sospechar que un abismo de libertad conduce siempre á un abismo de autoridad!

Cuando estas dos tendencias contradictorias se hubieron desarrollado hasta el punto de dominar toda la vida pública, una lucha á muerte debia verificarse entre la Europa y Napoleon. Es verdad que el emperador nada tenia que temer de la guerra de los reyes, á quienes habia vencido repetidas veces; pero tenia que temerlo todo de la guerra de las naciones, las cuales son invencibles. Sin embargo, creyó que fascinaría con su gloria á las que no oprimiese con la fuerza: y en este concepto la destitucion de Gustavo IV, rey de Suecia, le pareció de buen agüero. Este monarca, menos prudente que magnánimo, habiéndose negado á acceder á la paz de Tilsitt, prosiguió la guerra contra los franceses y contra los rusos, dueños ya de una parte de la Sue-

cia. Por no haber querido conceder cosa alguna á sus súbditos , arruinados y abatidos , ni á sus enemigos triunfantes, Gustavo lo perdió todo, puesto que se vió obligado á abdicar. En vez de dejar el trono á su jóven hijo , que era rey de derecho, la dieta prefirió conferirlo á su anciano tío, que pasó á ser rey de hecho, con el nombre de Carlos XIII. Una monarquía constitucional muy limitada reemplazó al principio á la monarquía absoluta ; despues Carlos XIII firmó la paz con Alejandro y con Napoleon. El primero tomó la Finlandia y las islas de Aland á la Suecia , esto es , un tercio de su territorio y de su poblacion ; y el segundo le tomó la Pomerania. Despues de la muerte del duque Cristian de Augustenbourg, hijo adoptivo del rey, la dieta resolvió designarle un sucesor. Algunos miembros de esta asamblea concibieron el proyecto de elegir al rey de Dinamarca para renovar la antigua union de Colmar, y formar una sola monarquía con los tres reinos escandinavos. Pero la mayoría dió sus sufragios á Bernadotte : único de los mariscales de Napoleon que hubiera sabido dar cierto lustre á su individualidad, en un tiempo en que toda distincion particular se perdia en medio del eclipse general de los caracteres. Un soldado francés llegó, pues, á ser príncipe real de Suecia. La casa de Wasa pierde el trono por no haber hecho la paz con Napoleon ; y Bernadotte lo conservará por haberle hecho la guerra.

Entretanto , pretextando el emperador la necesidad de ampliar el bloqueo continental, de vencer «el mar por medio de la tierra,» y de restablecer el órden en algunos pe-

queños estados , se apropiaba impunemente gran parte de la Europa. Ya el reino de Holanda, destruido casi al mismo tiempo que creado, todos los países situados entre el Elba y el Wesser, Hamburgo, todas las ciudades anseáticas y el Lauenburgo, se encontraban incorporados al Imperio, cuando quiso extender este sistema de reunion hasta el ducado de Oldenburgo , como si buscara un motivo de division entre la Francia y la Rusia. En efecto , hallándose Napoleon en Lubeck, anunció altamente la intencion que tenia de crear allí un arsenal marítimo, por medio del cual dominaría los estados del Norte , despues de haber destruido los del Mediodía. Esto era revelar con mucha imprudencia sus proyectos contra la Rusia, á la cual enlazaba con los nudos de sus alianzas y en los repliegues de sus posiciones estratégicas , con el pensamiento secreto de declararla una guerra imprevista , á fin de destruir la obra de Pedro el Grande, de arrojar esta potencia al Asia, y de dirigirse á Constantinopla, bajo pretexto de ir á buscar la paz, pero en realidad para crear en ella una monarquía napoleónica , que fijase bajo su mano todos los destinos del mundo!

Una vez acordada en su pensamiento tan gigantesca expedicion, los preparativos de ataque se hicieron misteriosamente de un extremo á otro del Imperio. Alejandro, que adivinó el proyecto de Napoleon , hizo tambien inmensos preparativos de defensa. Por lo demás, estos dos emperadores , siendo rivales , desgraciadamente debian convertirse en adversarios. Como la Rusia habia renunciado al sistema continental, despues de la incorporacion del ducado de Ol-

denburgo al imperio francés , Napoleon no tuvo dificultad en expresarse en los siguientes términos delante del consejo general del comercio y de las manufacturas : «Si hice la paz en Tilsitt, fué porque el emperador Alejandro prometió no tener mas comunicacion con los ingleses. Nada me habria impedido entonces ir á Riga , á Moscou y á San Petersburgo. Os lo digo muy alto, señores comerciantes, aquellos de vosotros que tienen negocios pendientes , ó han de retirar fondos, deben hacerlo lo mas pronto posible. El continente quedará cerrado á las importaciones de Inglaterra. Yo permaneceré armado de piés á cabeza, para hacer cumplir mis decretos en el Báltico... «Si yo no fuera mas que rey de Francia,» haria como Luis XIV y Luis XV. «Yo soy emperador del continente.» Es preciso remontarse á Carlomagno para formarse una idea de mi poder.» A pesar de verse provocado , contentóse Alejandro con decir al embajador de Napoleon : «Allá nada hay de amistad para mi Imperio.» La alocucion del 15 de agosto de 1811 al embajador de Rusia , en presencia del cuerpo diplomático y de toda la córte , fué tanto mas significativa , que Napoleon, despues de haber recordado sus triunfos militares en su campaña de Prusia, añadia : «Sea fortuna, sea bizarría de mis tropas , ó sea porque entiendo un poco la profesion, siempre he conseguido victorias en la guerra. *No digo que os batiré, pero sí que nos batiremos.*» Entonces fué cuando Alejandro dijo al embajador de Francia : «Vuestro amo es incomparablemente superior á cuantos han mandado ejércitos ; *pero despues de él veremos.* No tengo ningun general

que oponerle ; jamás seré el agresor ; pero todo lo tengo preparado para una buena y larga resistencia. Yo no quiero la guerra ; pero no enviaré á nadie á París para negociar allí la paz (1).»

Suspensa la Europa entre la esperanza y el temor, contempla los preparativos de aquella lucha suprema que debe fijar su destino. Innumerables alistamientos de hombres para las armas se verifican en el seno de cada sociedad. No siendo suficientes ya á Napoleon las generaciones jóvenes, manantiales de la vida pública, distribuye toda la poblacion francesa en tres clases de soldados, reclutados para la muerte. Los refractarios y los desertores se ven acosados por columnas móviles; se establecieron *garnisaires* (2) en el domicilio de sus padres. No contento Napoleon con completar el sistema de sus ejércitos, completa tambien el de sus alianzas. Habiéndose afiliado casi todos los reyes y todos los pueblos á sus banderas, Napoleon se despide de sus ministros diciéndoles: «Parto; voy á domar á Alejandro. Dos victorias no mas, y estoy en Moscou y luego en San Petersburgo. Desde allí dictaré la paz. Celo, mucho celo! y dentro de tres meses os traeré la paz.» Sale de París con direccion á Dresde, donde el emperador de Austria y los reyes de Prusia, de Baviera, de Westfalia y de Wurtemberg deben aguardarle;

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. XIII, págs. 305-306.

(2) Se llaman así en Francia los soldados que se mandan á casa de los deudores de las contribuciones, ó que no han cumplido algun otro servicio de los que exige el Estado. Son una especie de nuestros apremios militares.

(El Trad.)

y el emperador de Rusia entra majestuosamente en Wilna, donde aguardará el *ultimatum* del emperador de los franceses.

Deslumbrados todos por el presente, creen en el futuro triunfo de Napoleón; con todo algunos estadistas, que tienen el presentimiento del porvenir, se atreven á pronósticarle una derrota próxima. El rey de Westfalia habla de la Alemania, «la cual se propone seguir el ejemplo de España.» «Si la guerra llega á estallar, dice, todas las comarcas situadas entre el Rhin y el Oder serán el foco de una vasta y activa insurrección.» «Repito á Vuestra Majestad, ahora que aun se está á tiempo, prosigue el duque de Vicenza, que esta guerra solo puede tener un resultado funesto para el país; que todas las potencias se levantarán en masa contra una sola; vos os perdeis, señor, y vos sois la Francia.» Pero según la profunda observación de un historiador, Napoleón «había llegado, á copia de prosperidades, á esa clase de enfermedad en que el hombre olvida que tiene semejantes, se aísla, se encierra en sí mismo, y se hace como impenetrable á la luz exterior (1).» Alejandro desechó su *ultimatum* diciendo: «El emperador de los franceses podrá pasar el Niemen, pero jamás firmará un tratado de paz en el territorio de la Rusia... Aun cuando fuera dueño de Moscou, no por esto me creería yo perdido.» Y Napoleón exclamaba con alegría: «Veremos si esta constancia estará á prueba de los acontecimientos (2).»

(1) M. L. Vitet, *Revista contemporánea*, 1.º de febrero de 1854.

(2) M. Villemain, *Recuerdos contemporáneos de historia y literatura*, pág. 488.

De orden suya todos los cuerpos del ejército se ponen á la vez en movimiento. El mismo emperador se adelanta para tomar el mando en jefe, y les dice: «Soldados, la segunda campaña de Polonia ha principiado! La primera terminó en Friedland y en Tilsitt. La Rusia juró alianza eterna á la Francia y guerra á la Inglaterra. En el día viola sus juramentos!... La Rusia es arrastrada por la fatalidad! Sus destinos deben cumplirse... Pasemos el Niemen, llevemos la guerra á su territorio.» Alejandro se dirige igualmente al ejército ruso. «Guerreros, dice, ese ambicioso insaciable ha correspondido con perfidia á nuestra lealtad. Sordo á las proposiciones mas moderadas, viene por sorpresa á invadir nuestros hogares... La sangre de los valientes eslavos corre por vuestras venas. Guerreros, vosotros defendeis la religion, la patria y la independencia! Yo estoy á vuestro lado; Dios está contra el agresor!»

En el momento en que el ejército expedicionario efectua el paso del Niemen, una horrorosa tempestad confundió en cierto modo el cielo con la tierra, como si Dios hubiera querido detener por medio de aquel presagio al hombre que parecia arrastrar tras sí á todo el género humano. Pedro desdeñando Napoleon el choque de los elementos, á los que no manda, entra en los desfiladeros de Wilna, impaciente por ordenar el choque de los ejércitos. Ya percibe la capital de la Polonia rusa, y aun no ha visto al enemigo: «Polacos, dice á los lituanos, vengo para daros un rey y para extender vuestras fronteras. Vuestro reino será mas considerable de lo que lo fué en tiempo de Estanislao. El

Gran Duque de Wurtzburgó será vuestro rey (1).» Estas palabras resuenan hasta en el seno de la dieta que delibera en Varsovia, y de la cual una diputacion se presenta á Napoleon. «Señor! decid una palabra, exclama aquella, decid que *la Polonia existe*, y la Polonia existirá!» Esta palabra el emperador de los franceses no quiere pronunciarla, á pesar de su promesa formal, porque teme descontentar al emperador de Austria, y no teme descontentar á una nacionalidad belicosa, cuya existencia ó no existencia es una cuestion de vida ó muerte para él. Entre tanto Alejandro escribió á Napoleon la siguiente carta: «Si Vuestra Majestad no tiene la intencion de derramar la sangre de los pueblos por una mala inteligencia, y consiente en retirar sus fuerzas del territorio ruso, consideraré lo que ha pasado como si no hubiese sucedido, y aun será posible una reconciliacion entre los dos.» Habiendo Napoleon hecho pedazos la carta de Alejandro, el Czar ya solo se dirigió á la nacion moscovita: «Pueblo ruso, la dice, intrépidos descendientes de los eslavos! no será esta la primera vez que hayais roto los dientes de los tigres y de los leones que se lanzaban sobre vosotros! Unios! llevad la cruz sobre vuestros corazones y el acero en vuestras manos, y ninguna fuerza humana prevalecerá contra vosotros!»

Reúnese en Moscou una asamblea general de la nobleza; el emperador se presenta en ella, decreta un levantamiento en masa, y no sale de Moscou sino para trasladarse á Abo,

(1) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. XIII, pág. 373.

antigua capital de la Finlandia, donde debe tener una conferencia política y diplomática con Bernadotte. Napoleon pudo obtener el auxilio gratuito de la Puerta y de la Suecia cuando estas sostenian una guerra mas ó menos ventajosa contra la Rusia; pero despues del tratado de Bucharest entre la Rusia y la Puerta, y el de San Petersburgo entre la Rusia y la Suecia, importaba á lo menos hacer algunas concesiones á una de estas dos antiguas amigas de la Francia, y aun á ambas, para impedir que hicieran causa comun con el enemigo. Bernadotte pedia la Noruega en compensacion de la Finlandia; pero Napoleon, que le consideraba aun como á su lugarteniente, en vez de considerarle como á príncipe real de Suecia, le contestó que «no compraria un aliado dudoso, á costa de un aliado fiel» como Federico VI, rey de Dinamarca. Mas hábil que el emperador de los franceses, cuyo golpe de mano en Pomerania habia exasperado á la Suecia, el emperador de Rusia prometió á Bernadotte las compensaciones territoriales que deseaba, y se acordó la entrevista de Abo. Alejandro y Bernadotte se pusieron de acuerdo acerca de los medios de resistir á Napoleon, con objeto de sustraer la Europa al yugo que hacia pesar sobre ella. Conforme con los tratados, la Rusia debia suministrar un cuerpo de ejército á la Suecia; pero Bernadotte hizo que aquellas tropas regresaran á su patria. «Príncipe, yo no debo aceptarlo, dijo Alejandro, cómo tendrais la Suecia?—Si sois afortunado, respondió Carlos Juan, siempre la tendré, porque cumplireis vuestras promesas. Si sucumbís, entonces, señor, la Europa quedará avasallada; las co-

ronas estarán marchitas; nadie las llevará sino con el beneplácito de Napoleon. Mas vale labrar un campo que reinar con semejantes condiciones.»

Así, mientras el emperador de Rusia multiplicaba sus ejércitos, adquiría nuevas alianzas y hacia de la independencia de sus estados un medio de restauracion para la libertad de todos los estados europeos, el emperador de los franceses perdía sus aliados, veía disminuir sus tropas, y dudaba de su misma empresa, cuyo objeto era avasallar el mundo. Su prolongada residencia en Wilna descubrió en efecto crueles incertidumbres. El clima, las enfermedades y el hambre, estos tres enemigos que no puede vencer ningún hombre, desalientan á su valiente ejército con mas fuerza que una derrota. Ya no es tiempo de retroceder puesto que el moscovita avanza. Napoleon marcha á su encuentro; y sus generales, que son reyes, le preceden ó le siguen con direccion á Vitepsk. Pronto los dos ejércitos están uno en frente de otro. «Mañana tendremos el sol de Austerlitz!» exclama el emperador, contando por fin con empezar de nuevo el gran juego de las batallas. Toda la noche se pasa en esta ilusion. Cuando amanece, el enemigo, su campamento y aun la misma ciudad han desaparecido como fantasmas. Aquella soledad es aterradora. La posibilidad de poder perderse el grande ejército en medio de aquellos inmensos desiertos, preocupa á Napoleon, quien de pronto solo piensa en salvarlo. «Yo me quedo aquí, dice á su estado mayor; yo quiero reconocer el terreno, reunir y dar descanso á mi ejército, y organizar la Polonia. La

campaña de 1812 ha terminado, la de 1813 nos dará Moscou, y la de 1814 Petersburgo. La guerra de Rusia es una guerra de tres años... nosotros no haremos la locura de Carlos XII... plantemos aquí nuestras águilas!»

Pero Napoleon estaba muy habituado á las conquistas rápidas para perseverar en aquel sistema de guerra lenta. Hombre del Mediodía por excelencia, no podia trasformarse en hombre del Norte, ni cambiar en resoluciones fijas é inalterables sus determinaciones siempre espontáneas y á menudo contradictorias. Apenas se habia detenido, ya estaba impaciente por marchar. «La prueba es inútil, dijo, tenemos aun cerca de tres meses de buen tiempo; menos necesitó para Austerlitz y Tilsitt. Necesitamos una inmensa victoria, una batalla decisiva delante de Moscou, y una toma de Moscou, que sorprendan al mundo.»

Las órdenes para la marcha se han comunicado. El ejército francés, que se dirige á Esmolensko, divisa al ejército ruso. «Por fin les tengo!» exclama el emperador. Vana esperanza! al dia siguiente nada tenia delante. Todos sus esfuerzos se dirigieron entonces contra Esmolensko. La ciudad se tomó por asalto; pero los rusos no la evacuaron hasta despues de haber hecho de ella una vasta hoguera. Segun las expresiones de Napoleon: «En medio de una hermosa noche del mes de agosto, Esmolensko ofrecia á los franceses el espectáculo que ofrece á los habitantes de Nápoles una erupcion del Vesubio (1).»

El grande ejército pasó el Boristhenes para desalojar á

(1) Boletín XIII del grande ejército.

los rusos de las alturas de Walantina. Esta fuerte posición, tomada y reconquistada cuatro veces en la misma batalla, queda en poder de los franceses. «Con semejantes tropas, dice el emperador, se ha de ir al extremo del mundo.» El entusiasmo de la victoria hace despreciar el hambre, el cansancio y todos los horrores de la guerra, con tanto más valor, cuanto que se dirigen á Moscou, la ciudad santa, donde confían encontrar el descanso, la abundancia y la paz. Generales y soldados se adelantan con los ojos abrasados por el polvo y por el sol de agosto, sin encontrar al enemigo, en medio de un país cuyas villas, aldeas, casas de campo y chozas han sido presas de las llamas, las cosechas destruidas, los puentes rotos, y los caminos cortados. Aquella inmensa destrucción es para todos un siniestro presagio. Con todo, se sigue marchando, á pesar de la sed, á pesar del hambre, y á pesar de la lluvia, porque tal es la voluntad del soberano, y porque sobre todo se espera, después de tantos padecimientos, la horrible alegría de una batalla. Estos valientes quedarán satisfechos; pues los mismos rusos, cansados de huir sin cesar delante de los invasores de su patria, quieren combatir bajo la dirección de Koutousow, que ha sido llamado el *Fabio* de la historia moscovita. Los dos ejércitos se hallan uno frente de otro á veinte y cinco leguas de Moscou, y cerca del pueblo de Borodino. Un encuentro particular prepara la acción general. «Señor, dice Caulaincourt, los rusos están inmóviles; es preciso derribarlos.»—«Está bien, contesta Napoleon, mañana tendré mis reservas y mis parques de artillería, y los

derribarémos.» La noche se pasa construyendo reductos; despues, antes de la aurora, se distribuyen las dos siguientes órdenes del dia: «Soldados, exclama el emperador, aquí tenéis aquella batalla que tanto habeis deseado. Ahora la victoria depende de vosotros... Sed los soldados de Austerlitz, de Friedland, de Vitepsk y de Esmolensko, y la mas remota posteridad, hablando de vosotros, diga: Estuvo en aquella gran batalla al pié de los muros [de Moscou!— «Soldados, exclama Koutousow, cumplid vuestro deber; pensad en vuestras mujeres y en vuestros hijos, que reclaman vuestra proteccion. Pensad en vuestro emperador, que os está contemplando; y antes de que el sol de mañana haya desaparecido del horizonte, habeis impreso vuestra fe y vuestra fidelidad en los campos de vuestra patria, con la sangre del agresor y la de sus legiones.»

Por una y otra parte ciento veinte mil hombres toman posicion para el combate; despues la mortandad empieza con furor. Mil doscientas piezas de artillería siembran la muerte en el reducido espacio de media legua. Finalmente, la impetuosidad francesa vá á triunfar de la inmovilidad rusa. El mariscal Ney, seguro de la victoria, y queriendo determinar la derrota del enemigo, pide al emperador el auxilio de todos los escuadrones de la guardia que componen el cuerpo de reserva; pero otro mariscal se acerca á Napoleon y le dice: «Señor, Vuestra Majestad se halla á ochocientas leguas de su capital.»—«Sin embargo, yo lo haria si fuera Borbon y rey de Francia,» contesta el emperador. A pesar de esto, el campo de batalla, sembrado de

ochenta y cuatro mil hombres muertos ó heridos, queda al vencedor; y el vencido perseguido por el ejército francés, marcha en retirada hácia Moscou.

A lo léjos aparecen las gigantescas torres de la ciudad santa. «Moscou! Moscou! la tierra prometida!» dicen nuestros soldados. «Allá está la famosa ciudad!» exclama Napoleon enajenado de júbilo; pero luego añade casi con dolor: «Ya era tiempo!» La retaguardia rusa no habia aun salido de Moscou, cuando entró en ella la vanguardia francesa. En una poblacion de doscientos mil habitantes, solo quedan algunos miles de extranjeros; de modo que Napoleon se ve precisado á confesar que «aquella guerra no se parece á ninguna otra.» Siniestros pensamientos le agitan; pero luego le animan otros sentimientos al contemplar el Kremlin, que es su mas bello trofeo. Durante el dia descansa rodeado de gloria en el trono de Pedro el Grande; por la noche duerme en el lecho de los Czares; pero el enemigo vela y se agita! De repente una luz siniestra aparece, el suelo tiembla! Moscou arde! Moscou queda reducida á cenizas! El conquistador ha perdido su conquista! «Esta es una guerra de exterminio, exclama; esta es una táctica atroz, que no tiene precedente en los anales de la civilizacion!... Iniciar sus mismas ciudades! ah! qué hombres los rusos! Verdaderamente son escitas!»

El emperador de Rusia habia dicho al embajador de Inglaterra despues de la batalla de Borodino: «El sacrificio de Moscou será su consecuencia.» Y luego habia añadido: «No solo, por semejante desastre, sino aun por otros vein-

te, renunciaria á la lucha en que me he empeñado. Antes que ceder, preferiria abandonar la Europa y retirarme en Asia.» En cuanto Napoleon estuvo en Moscou, los rusos exclamaron: «Ya le hemos cogido!» Un hombre de Estado dijo al czar: «Señor, dad gracias á la Providencia, la Rusia se ha salvado!» y Alejandro hizo una proclama en la que se expresaba en estos términos:

«El enemigo ha entrado en Moscou, pero no se abate al gran pueblo de Rusia... El orgulloso conquistador, al apoderarse de aquella ciudad, consideró que ya era dueño absoluto de todo el imperio ruso, y que podria dictarle aquella paz que se le hubiera antojado concedernos. Pero sus esperanzas le han salido fallidas, y no solo no encontrará en aquella ciudad ningun medio para dictarnos la ley, sino hasta ningun medio de subsistir... Nadie pues se entregue al desaliento. Y por otra parte, ¿quién se desalentaria, cuando todos los órdenes del Estado rivalizan en valor y en constancia; cuando el enemigo con los restos de sus ejércitos, que se aniquilan, se ve léjos de su país, aislado en medio de una poblacion numerosa, y rodeado de nuestros ejércitos, uno de los cuales le hostiliza por su frente, en tanto que otros tres se esfuerzan en cortarle la retirada, y en impedir que le lleguen nuevos refuerzos; cuando la España, no solo ha sacudido su yugo, sino que amenaza invadir su territorio; cuando la mayor parte de la Europa, que ha devastado y saqueado, al mismo tiempo que le sirve compélida por la fuerza, observa y aguarda con impaciencia el momento de sustraerse á una dominacion tiránica é

insostenible; cuando su propio país ansía el término de la efusion de la sangre que ha derramado sin mas interés que el de su ambicion?

«En esta miserable situacion del género humano, ¡qué gloria para la nacion que despues de soportar todos los males que la guerra trae consigo, consiga á fuerza de paciencia y de valor, no solo reconquistar para sí una paz sólida é inalterable, sino extender los beneficios de aquella á otras potencias, y aun á aquellas mismas que, á su pesar, le hacen la guerra! Es agradable y conveniente á una nacion virtuosa volver bien por mal. Dios todopoderoso!... reanima el valor y la paciencia de tu fiel pueblo, que combate por la justicia; haz que con tu ayuda triunfe del enemigo, que le anonade, y que salvándose, salve la libertad y la independencia de los reyes y de los reinos.»

Esta proclama, cuyo objeto político era á la vez local y universal, puesto que el emperador Alejandro se presentaba como el libertador de sus estados y de todas las nacionalidades europeas, exaltó el valor de los rusos aumentando el desaliento de los franceses, que pedian la paz ó la retirada, cuando Napoleon hubiera deseado llevar la guerra hasta los muros de San Petersburgo. Obligado á modificar sus planes, el altanero conquistador entabló desde luego negociaciones pacíficas. Pero Koutousow solo aceptó un armisticio particular, bajo pretexto de que no tenia poderes para terminar las hostilidades generales. En Moscou se creia que Alejandro, desalentado por los reveses que habia sufrido, doblaria la cerviz ante la fortuna de Napoleon; pero suce-

dió lo contrario: fué Napoleon quien se inclinó ante Alejandro. Despues de haber aguardado demasiado tiempo, en medio de una perjudicial seguridad, una contestacion favorable del Czar, el emperador se aterroriza de su silencio. Aunque ya no espere dictar las condiciones de la paz, no quiere continuar la guerra. Así es que escribe directamente á San Petersburgo para ofrecer desde Moscou lo que negaba poco antes en Tilsitt y en Erfurth (1). «Quiero la paz, dice al general Lauriston, encargado de este mensaje, y la quiero resueltamente; salvad solo el honor.» Koutou-sow, que habia recibido inmensos refuerzos, y que veia acercarse el invierno, formidable auxiliar de la Rusia, detuvo á Lauriston en las avanzadas, y habiendo el general francés manifestado que la campaña estaba terminada: «Caballero, le contestó el general ruso, estará terminada para vosotros, pero ahora empieza para nosotros.» Efectivamente, habiendo trascrito en la órden del día un decreto imperial por el cual se vituperaba que hubiese concedido una tregua á los invasores de su patria, atacó los cuarteles de Murat y destruyó una parte de nuestra caballería. Entonces se resolvió aquella desastrosa, confusa y lamentable retirada, que devoró el mas hermoso ejército de los tiempos modernos, que condujo la Europa á París, y que hará pesar eternamente sobre la memoria de un solo hombre el anatema de todo el género humano.

El mismo dia en que el emperador salia de Moscou des-

(1) El conde de Garden. *Historia general de los tratados de paz*. Tom. XIII. página 453.

pues de haber dado la orden á su *jóven* guardia de volar el palacio de los antiguos czares, Malet salia de la cárcel, arrastraba consigo á dos generales y á un considerable número de soldados, verificaba un movimiento revolucionario en París anunciando la muerte de Napoleon, y hacia proclamar la *caida* de su dinastía por su mismo senado conservador. Ya el gobernador de la plaza, el ministro y el prefecto de policía estaban presos; se habia creado un gobierno provisional, y el Imperio iba á quedar destruido de un modo definitivo, cuando el general Hulin, jefe del estado mayor, habiendo concebido algunas dudas, dió la orden de apoderarse de aquel otro general, que por medio de una falsa nueva habia producido tan gran trastorno. Malet fué juzgado por una comision militar. «Cuáles son vuestros cómplices? le preguntan.—Toda la Francia, la Europa y vos mismo, si hubiese triunfado.—Acusado, os invito á que os defendais.—Un hombre que se ha alzado para defender los derechos de su país no tiene necesidad de defensa; triunfa ó muere.» En efecto, el general conspirador murió; pero su pensamiento le sobrevivió. Respecto á esto puede decirse que Malet derribó moralmente el Imperio y al emperador. «Esto es el principio del fin, murmuraron en voz baja los antiguos estadistas, á quienes su muerte política hacia esperar una nueva fase de existencia. María Luisa, que se habia visto abandonada hasta de sus mismos cortesanos, decia en muy alta voz: «Me hubieran, pues, dejado volver á Viena!» y Napoleon, cuando recibió todos los detalles de la conspiracion en medio del tristísi-

mo camino que le conducia de Moscou á Esmolensko, exclamó: «Cómo! complots! conspiraciones! ved, pues, de qué pende mi poder! en verdad no está muy seguro, si basta un solo hombre, un detenido para comprometerle! Mi corona está pues muy poco asentada en mi cabeza, si en mi misma capital puede hacerla bambolear un golpe atrevido de tres aventureros! Despues de doce años de gobierno, despues de mi matrimonio y del nacimiento de mi hijo; despues de tantos sentimientos, mi muerte puede ser un medio de revolucion! Y Napoleon II? con que no se pensaba en él?»

Deseando reparar aquella derrota moral por medio de una victoria positiva, Napoleon reunió sus antiguos generales en consejo de guerra, para exponerles un nuevo plan de batalla. Todos callan; solo Ney, que debe ser el héroe de esa horrorosa retirada, se atreve á pronunciar algunas palabras animosas: «Quereis combatir, dice á su soberano, y no teneis ejército.» En vez de tomar la ofensiva, Napoleon conserva la defensiva, y ruega á Koutousow que haga cesar los furioses de una guerra popular. El general enemigo le contesta: «El ardor que pone un pueblo en defender sus hogares contra el extranjero, jamás puede ser excesivo.» Malo-Jaroslavetz, es el teatro de una accion brillante, pero inútil. Koutousow se retira para avanzar mejor; y Napoleon, que se ha adelantado demasiado hácia los cosacos, á la vez vencedor y vencido, se retira para que no le cojan. Los repentinos ataques de los rusos producen el desórden hasta en el centro de nuestras filas, cuya desorganizacion y pérdidas son horrorosas. Todos los diferentes cuerpos se mezclan y

son diezmados en aquella siniestra confusion. El frio es cada dia mas intenso. El invierno del Norte martiriza á los hombres del Mediodía, al mismo tiempo que el hambre. En una sola noche descendiende la temperatura no sé cuántos grados: y el número de soldados que mueren en aquella funesta noche asciende á no sé cuántos miles. ¡Qué presagio para todo el ejército! El que resista al frio, no resistirá al hambre. Cada vivac ofrece el aspecto de un campo santo. Ya no es á Esmolensko sino á Wilna á donde debemos llegar al través de la nieve que hiela hasta las piedras, al través de los hielos que abrasan hasta los árboles, y al través del Beresina, donde nos aguarda el último desastre! Y cuando se hayan pasado esas etapas fúnebres bajo un cielo glacial, de aquel innumerable ejército cuyos pasos hacian temblar la tierra, no quedará siquiera de qué formar un regimiento!

Si el emperador no ha podido salvar el grande ejército, tratará á lo menos de salvar su grande Imperio. Antes de que el Austria se halle en estado de aprovechar semejante derrota, borrando los antiguos recuerdos de Marengo, Austerlitz y Wagram, antes de que la Prusia quiera rehabilitarse como potencia militar y política, reparando las pérdidas morales de Jena y las materiales de Tilsitt; antes de que toda la Europa se levante en fin para reconquistar su independendencia, Napoleon estará de regreso en París, y nuevos ejércitos saldrán del territorio francés, como por milagro, á fin de restablecer el antiguo prestigio de su nombre y de su fortuna. Sin embargo, vese obligado á confesar él mismo á toda la Francia, á la cual sus boletines contaban

aun ayer triunfos verdaderos ó falsos, la desgarradora realidad de una catástrofe sin igual. Nada mas friamente inhumano que ese boletín XXIX, en el que no se encuentra una sola palabra que manifieste el sentimiento que debiera causar la muerte de tantos valientes; ni una sola palabra de consuelo para tantas madres que lloran; ni una sola palabra de esperanza para los que les sobreviven; pero en él se encuentra esta incalificable frase: «La salud de Su Majestad nunca fué mejor!» Las ruidosas felicitaciones de los grandes dignatarios del Imperio hablaron en aquella ocasion menos alto que el silencio del pueblo; desgraciadamente el emperador solo pensaba en sí mismo. Habiendo reunido al consejo de Estado para hacerle oír una larga relacion acerca de la conspiracion de Malet, Napoleon le habla en estos términos: «Cómo! señores, á la primera noticia de mi muerte, por la mera órden de un desconocido, hay oficiales que conducen sus regimientos para forzar las cárceles y apoderarse de las primeras autoridades! Un conserje encierra á los ministros en sus calabozos! Un prefecto de la capital, solo por la exigencia de algunos soldados, se presta á hacer arreglar su gran salon oficial para un acto sedicioso! Mientras la emperatriz, el rey de Roma, mis ministros y todos los poderes del Estado se hallan en la misma capital! Aquí, pues, un hombre lo es todo? Las instituciones y los juramentos no son nada?» Y sigue en este tono dirigiendo invectivas á los *ideólogos*, esto es, á aquellos hombres que han adquirido mayor ó menor reputacion en la ciencia, por la generacion de sus propias ideas, así como

él se ha hecho un nombre extraordinario en la política por la generacion de sus propios actos, porque la mayor parte de ellos conservan en el fondo de su conciencia el amor á la libertad, sin manifestar, sin embargo, odio alguno contra la autoridad. «A la *ideología*, dice, deben atribuirse todas las desgracias de la Francia, pues sondea, para destruirlos, los cimientos de los estados; los *ideólogos* han impedido á su «dinastía echar raíces entre los miembros de su consejo,» no aplicando á su Imperio, nacido ayer para morir mañana, aquel eterno principio de la monarquía: «El rey ha muerto, viva el rey!» Así es que el rey de Roma será coronado; que la nacion prestará juramento al heredero del trono imperial; y que los periódicos, á imitacion de los cuerpos constituidos, no hablarán mas que del dogma de sucesion hereditaria: base de la religion monárquica! Tal es la órden de Napoleon, quien de este modo lleva por sí mismo á cabo la restauracion moral de los Borbones, en el momento en que Luis XVIII prepará su restauracion positiva, escribiendo públicamente al emperador Alejandro, recomendándole todos los franceses que han quedado prisioneros en Rusia, y haciendo distribuir en toda la Francia una proclama en la que promete, como rey, abolir la conscripcion, esto es, el impuesto de sangre, y sustituir con el gobierno representativo y liberal el gobierno despótico.

Alejandro se presenta ya en las fronteras de su Imperio. Desde luego los reyes le consideran como á su salvador, y los pueblos como á su libertador. Estos prorumpen en gritos de venganza contra Napoleon; aquellos están aun inde-

cisos en el silencio de sus consejos, sin osar pronunciarse contra el enemigo de Europa. Toda la Alemania se ha alzado: «El rey y la patria! la libertad ó la muerte!» exclaman en Prusia, Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Hanover. Los mas grandes filósofos se trasforman en soldados para combatir al mas grande de los capitanes. Firmase en Breslau un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Prusia y la Rusia (24 de febrero de 1814). Alejandro se compromete con Federico Guillermo: «A no dejar las armas hasta que la Prusia sea constituida en las proporciones estadísticas, geográficas y financieras que tenia en 1806.» Pero Napoleon, que ha resucitado en cierto modo sus ejércitos, por medio de reclutas, aterra sucesivamente al enemigo en Lutzen, en Batzen y en Wurtzen. Ya se creia derribado al gigante para siempre; y vedle que se levanta con toda su grandeza, siempre afortunado, aun invencible! Pero ya no tiene que luchar contra los gobiernos, sino contra las mismas nacionalidades! Como la Prusia dirige el movimiento belicoso de la Alemania, el Austria debe dirigir su supuesto movimiento pacífico, y hacerse elegir por árbitra entre todas las potencias beligerantes. En su consecuencia Francisco I firma el 27 de junio con Alejandro y Federico Guillermo un tratado de alianza eventual, por el que invita á la Rusia y á la Prusia á negociar la paz con la Francia, por su mediacion, fijando él mismo «las condiciones que ha creido necesarias para el restablecimiento de un estado de equilibrio y de tranquilidad duradera en Europa;» y por el que «se compromete á declarar la guerra á Napoleon, si

el 20 de julio de aquel año no se aceptan aquellas condiciones.»

Ahora bien, Francisco I exigia: 1.º La disolucion del ducado de Varsovia y su particion entre el Austria, la Rusia y la Prusia, «sin ninguna intervencion del gobierno francés; 2.º la cesion á la Prusia de la ciudad de Danzick, y la evacuacion por los franceses de las plazas fuertes prusianas; 3.º la restitucion al Austria de las provincias ilíricas; 4.º el restablecimiento de las ciudades anseáticas, y un arreglo particular, pero eventual, que, cuando la paz general, estableciese la restitucion de los territorios de la Alemania septentrional, invadidos por Napoleon despues de la paz de Presburgo. El emperador de los franceses no puede aceptar la mediacion del de Austria, puesto que tiene por objeto ostensible el «restablecimiento del equilibrio europeo en un tratado futuro,» y por consecuencia inmediata la destruccion de la dominacion napoleónica. Pero el augusto suegro escribe á su yerno: «Se trata de sentar sobre bases inamovibles vuestra dinastía, cuya existencia se halla confundida con la mia!» y Napoleon admite inmediatamente el proyecto de un congreso, en el cual, durante un armisticio, se debe tratar de la paz general con él, con tal que consienta en restablecer el equilibrio entre las fuerzas de agresion de la Francia y la fuerza de resistencia de los demás estados; ó si á ello se niega, deberá prepararse contra él una gran coalicion que generalizará la guerra. Tan espantosa alternativa no conmueve el alma de Napoleon, pues pretende mantener su sistema político en el interior y en

el exterior. Todo ó nada: esta es su divisa. Entre el mundo y él se suscita pues una cuestion de exclusion. Mientras los reyes conferencian, forman alianzas y se garantizan recíprocamente una nueva reconstitucion de sus antiguas monarquías, los pueblos se sublevan para reconstituir sus diferentes nacionalidades, y pasar de este modo del estado de opresion al de independenciam. Las operaciones militares andan de par con las transacciones diplomáticas. Si cada soberano negocia uno tras otro, todos sus súbditos combaten á la vez. Pues todas las naciones obran contra un solo hombre: es verdad que este hombre se llama Napoleon! Atleta incomparable, domina aun á la fortuna y al destino, que le favorecen por hábito. Despues de dos batallas consecutivas, Dresde presencia uno de sus mas bellos triunfos. «¿Pero para qué le ha de servir? exclama M. L. Vitet (1). Esa apuesta, esa partida desesperada no puede ganarla. Desde Moscou está perdida, irrevocablemente perdida. En vano hará prodigios de valor y de inteligencia. Ganará combates y batallas; todo esto solo retardará una hora su inevitable destino. Así es que los primeros triunfos de la campaña de 1813, no sé qué sello de fatalidad llevan impreso que oprime el corazon. Parece que despues de 1812, despues de aquellos desgarradores cuadros, nada debia ya conmovernos: pues bien, aun hay un espectáculo mas triste, si es posible; y es el engañoso regreso á la victoria, los laureles inútiles, la tan fugaz alegría de nuestros

(1) *Revista contemporánea. Vid. sup.*

jóvenes reclutas, hijos intrépidos, última sangre de una patria que se enerva y que va á sucumbir bajo el irresistible peso de todos sus enemigos que la oprimen á la vez.»

La defeccion de Rosbach se reproduce en las fatales jornadas de Leipsick, y Napoleon emprende el camino de Francia, mientras el rey de Sajonia, su único aliado, queda prisionero de la Europa en el castillo de Frederichtald; mientras sus hermanos los reyes de España y de Westfalia, arrojados de sus respectivos estados, cesan de ser José y Gerónimo, para volver á ser Bonapartes; mientras los reyes de Baviera y de Wurtemberg, sus hechuras, rompen lanzas con su mismo hacedor; mientras todas las provincias de la *Confederacion del Rhin* se declaran adversarias de su supuesto protector; mientras las ciudades anseáticas se sublevan y la Holanda enarbola su verdadero pabellon, símbolo de su nacionalidad y de su independencia. A pesar de que la guerra y la peste han destruido nuestros ejércitos, los monarcas de Europa, á la cabeza de innumerables ejércitos, no se atreven aun á aproximarse á las fronteras de esta Francia magnánima, que han podido vencer léjos de su suelo en un dia de postracion, despues de veinte y cinco años de aniquilamiento; y que consideran invencible en sí misma. Léjos de querer conquistarla, solo pretenden reducirla á sus límites naturales: el Rhin, los Alpes y los Pirineos, líneas trazadas por Luis XIV para asegurar la independencia de las naciones continentales y de las naciones marítimas. Napoleon no quiere perder cosa alguna porque confia volverlo á ganar todo. Vana esperanza! Las poten-

cias aliadas, antes de pasar el Rhin, declaran en forma *de ultimatum*: «Que no hacen la guerra á la Francia, sino á la preponderancia altamente pronunciada que por desgracia de la Europa y de la misma Francia el emperador Napoleon ha ejercido mucho tiempo fuera de los límites de su Imperio (17 de diciembre de 1813).»

Separando la causa del pueblo de la de su jefe, los príncipes coligados suscitan su antagonismo y hacen estallar una guerra moral mil veces mas formidable que la guerra material. Pues la Francia, nacion que se considera libre, se admira de ver por un lado á aquellos reyes, monarcas absolutos, á quienes consideraba como otros tantos déspotas, hacerse misioneros de la libertad general; y por otro á Napoleon, que en su calidad de emperador, expresa una soberanía electiva y por consiguiente una media soberanía, ó mas bien, una soberanía relativa, hacerse misionero del despotismo universal. En cuanto á este, mas cuidadoso de Europa que de la Francia, cierra los oídos á los murmullos de sus súbditos, y vuelve á abrir la España á Fernando VII, y el Vaticano á Pio VII: esperando de este modo oponer el rey á las córtes, los españoles á los ingleses, y el Papa á Murat, quien se figura conservar la corona de Nápoles, porque ha hecho traicion á su hermano político, haciendo causa comun con los monarcas de Europa, «cuyas magnánimas intenciones, dice, son restablecer en todas partes la dignidad de los tronos y la independencia de las naciones.»

Despues de 1812, Napoleon habia arrancado de sus hogares para el servicio militar un millon de hombres, do-

blado los impuestos con un simple decreto, y exigido de la Francia los mayores sacrificios, sin haber siquiera convocado el cuerpo legislativo. Sin embargo, las circunstancias se habian hecho tan graves, que fué preciso resignarse á convocar aquella asamblea, que debia sancionar el alistamiento de trescientos mil hombres, y arrastrar á toda la nacion á un arrojo de heróico patriotismo. El senado, á pesar de ser órgano de la obediencia pasiva, pronunció estas hermosas palabras: «Nosotros combatiremos por la patria entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos;» pero el cuerpo legislativo, órgano de la sumision voluntaria ó de la libertad, manifestó humildemente «el deseo del pueblo por la paz y la esperanza de que su sangre no se derramaria ya sino para defender la patria y por unas leyes protectoras.» Semejante lenguaje irritó á Napoleon, quien, habiendo disuelto la asamblea, habló á los diputados en estos términos: «He suprimido vuestro mensaje; *era incendiario...* ¿acaso en el momento en que doscientos mil cosacos pasan nuestras fronteras se me debe exigir un cambio en la constitucion? Vosotros no sois los representantes de la nacion, sino los diputados de los departamentos. Solo yo soy el «representante del pueblo... yo no estoy á la cabeza de la nacion sino porque la constitucion del Estado me conviene. Si la Francia exigiese otra constitucion, yo la diria QUE BUSCARA OTRO REY!!... MAS ME NECESITA LA FRANCIA Á MÍ, QUE YO Á LA FRANCIA!» Despues de un discurso tan violento como brutal, é indigno de un soberano, la nacion no tardó en volver en sí. No se insulta impunemente á

un pueblo valiente, que toma la gloria y la igualdad por blason, cuando pide un tanto de libertad en compensacion de toda la autoridad que deja tomar. El rompimiento de Napoleon con el cuerpo legislativo se complicó, pues, por su culpa, pasando á ser un rompimiento con el país. Como á los ojos de aquel la Francia habia dejado de existir en el concepto de súbdita, él debia tambien dejar de existir en el concepto de soberano á los ojos de la Francia, la cual, habiéndole dado la corona de emperador, podia muy bien quitársela.

Aunque Napoleon haya perdido la Europa no cediendo nada de sus conquistas, figúrase conservar la Francia no cediendo nada de su poder. José, lugarteniente general del Imperio, queda encargado de contener en París á los enemigos de la dinastía napoleónica, si se insurreccionan contra la emperatriz-regente; y el emperador rechazará personalmente á sus enemigos, esto es, á todo el mundo armado, llevando la guerra á las lagunas del Aube, del Sena y del Marne, para conquistar la paz. Todos los soberanos reunidos en el cuartel general de la coalicion, y casi todos los hombres de Estado de Europa tienden una mano á Napoleon, deseando dejar á la Francia una justa preponderancia en el equilibrio político. Unicamente los diplomáticos ingleses dicen confidencialmente: «Que no consideran posible un tratado bajo esta base con Napoleon, y que la idea mas sencilla y natural es, ó debe ser: «El antiguo territorio con la antigua dinastía.» Confiérese con la mayor solemnidad al príncipe de Schwartzemberg, general en jefe del ejército austriaco,

el título de generalísimo, para manifestar así que los antiguos monarcas no tratan de atacar la nueva dinastía. Pero los principios políticos cambiarán conforme sean los acontecimientos militares. Cada resolución que se tome en el congreso de Chatillon será mas ó menos favorable á Napoleon, segun sea vencedor ó vencido. Hasta ahora la admirable estrategia del emperador y la heroica abnegacion de los reclusas tienen amenazados á los generales y á los diplomáticos de Europa. Napoleon jamás se ha mostrado tan grande, tan activo, ni tan extraordinario. Durante aquella siniestra campaña todos los dias presentó la batalla en terreno distinto, con el mismo puñado de hombres, contra unas masas que se batian en retirada para avanzar con mayor seguridad, y para destruirle mas fácilmente. Habiéndole hecho suplicar el emperador de Austria que firmase el armisticio, el emperador de los franceses dijo á sus generales, en presencia del agente diplomático: «Yo estoy mas cerca de Viena que mi padre político de París.»

No contento con desechar el proyecto de los aliados, Napoleon les presentó un contra-proyecto: bajo pretexto de reclamar las fronteras del Rhin concedidas en Francfort, pero negadas en Chatillon, y algunas indemnizaciones para sus hermanos, soberanos depuestos; en realidad, porque queria disolver la coalicion haciendo á cada monarca ofrecimientos por separado. Entonces fué cuando, prohibiéndose espontáneamente los soberanos toda estipulacion particular, el Austria, la Inglaterra, la Prusia y la Rusia acordaron en Chaumont un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que

debía durar veinte años, si fuese necesario, ó solo hasta la paz general, y por el cual las tres potencias continentales se obligaban á suministrar un ejército de cuatrocientos cincuenta mil hombres; y la potencia marítima un subsidio de cinco millones de libras esterlinas. Napoleón no tenía ya medio de acuñar moneda, ni de formar ejércitos; pues además de que el país estaba arruinado á fuerza de impuestos, solo tenía niños y viejos. Así fué que el patriotismo pronto sucumbió bajo el peso del despotismo. «Es preciso que la Francia se alce, exclama un general.—«Y cómo quereis que la Francia se alce? le contesta el emperador... Yo HE MUERTO LA LIBERTAD (1)!» Finalmente, todos sus ministros le escriben: *La paz ó la muerte*; entonces acepta el *ultimatum* de la Europa, en los siguientes términos: 1.º la Francia con los límites de 1792; 2.º abdicacion de todo título en Holanda, en España, en Italia, en Alemania y en Suiza; 3.º entrega inmediata de todas las plazas fuertes situadas fuera de los límites fijados por el tratado, con todo el material y por consiguiente con la escuadra de Amberes; 4.º depósito provisional, firmando el armisticio, de las plazas de Besanzon, Befort y Huninga, como garantía de las estipulaciones. Caulaincourt es el portador á los reyes de la aceptacion del emperador; pero encontrándose ya el grande ejército del príncipe de Schwarzenberg al pié de los muros de París, le contestaron con esta suprema palabra de todas las revoluciones: *Es demasiado tarde!*

(1) El general Foy, *Historia de la guerra de la Península*. Tom. I, pág. 469.

Napoleon habia escrito á José: «Si el enemigo avanza sobre París, con fuerzas tales que toda resistencia sea imposible, haced salir con direccion al Loira, á la regente, á mi hijo, á los grandes dignatarios, á los ministros, á los oficiales del senado, á los presidentes del consejo de estado, á los grandes oficiales de la corona, y el tesoro. No os separeis de mi hijo, y no olvideis que preferiria saber que yacia entre las aguas del Sena, que en las manos de los enemigos de la Francia (1).» Conforme con estas instrucciones, luego que el príncipe de Schwartzemberg estuvo á la vista de París, José dispuso, primero la partida de la emperatriz y del rey de Roma; en seguida, despues de la admirable resistencia de los mariscales Marmont y Mortier, quienes sin soldados y sin armas defendieron heroicamente las alturas y los arrabales de la capital, como lugarteniente del emperador de los franceses, autorizó al duque de Ragusa para capitular con el emperador de Rusia. Apenas José Bonaparte salió de París, entraron en la capital Alejandro, Federico Guillermo, y el príncipe de Schwartzemberg. Al dia siguiente (13 de marzo) se tuvo un gran consejo, al cual asistieron el emperador de Rusia, el rey de Prusia, el generalísimo de los monarcas aliados, provisto de plenos poderes del emperador de Austria, un número considerable de ministros extranjeros y los principales estadistas de Francia. Deliberóse acerca del gobierno que convenia establecer en una situacion tan grave para verifi-

(1) *Memorias de José*, Tom. X, pág. 33.

car una reconciliacion definitiva entre la Francia y la Europa. Hablando Alejandro en nombre de todos los soberanos, pronunció estas notables palabras: «No nos mueve el deseo de conquista ni el de venganza... nosotros no hacemos la guerra á la Francia; solo combatimos á dos adversarios, que son Napoleon y todo enemigo de la libertad de los franceses. El pueblo francés emitirá su voto con entera libertad; y su voto será sostenido por los aliados.» Despues de hablar en estos términos, añadió que se ofrecian tres partidos que tomar: 1.º la paz con Napoleon, adoptando contra él las mas fuertes seguridades; 2.º la regencia; 3.º la restauracion de los Borbones.

No hubo un solo estadista que se atreviera á defender la causa de Napoleon, porque temiendo la Europa su despotismo, su ambicion y su misma persona, hubiera exigido garantías incompatibles con el honor y la independencia de la patria. Además, ¿no habia declarado él mismo poco antes, en presencia de las grandes dignidades del Imperio, que «si la Francia exigia otra constitucion, él la diria que buscasse otro rey?» Luego la nacion, que veia el origen de todas sus desgracias en el establecimiento del poder absoluto, y que deseaba el establecimiento de una autoridad relativa, para cooperar libremente al restablecimiento de su fortuna, debia elegir por jefe supremo á un príncipe que no fuera responsable de los acontecimientos presentes, viviera soberanamente de su propia vida, lo mismo que de la del país, representara las antiguas tradiciones de aquel, y se identificara empero con las sociedades nuevas, de modo que

subordinara su objeto personal al objeto de los demás estados para defender mejor los destinos de la Europa, por medio de la misma Francia, reparando de este modo el excesivo desórden que Napoleon ocasionaba en el mundo, solo porque subordinaba el objeto universal de los estados á su objeto personal. Es evidente que el rey de Roma, niño de dos años, á pesar de ser hijo de un grande hombre, no podia realizar tan gran mision. Era necesario que un soberano pacífico y legislador reemplazara instantáneamente al soberano guerrero y dictador. Así es que todos los franceses que estaban presentes, y luego el senado, el cuerpo legislativo, el consejo de estado, el tribunal de casacion, el de cuentas, el consejo imperial, el instituto, la universidad y el clero, formando reunidos el cuerpo político de la Francia, ó mas bien la misma Francia, volvieron el trono á la casa real de Borbon, cuyos derechos eran indestructibles, atendido á que emanaban de un principio hereditario que manifiesta el sentimiento de nuestros destinos inmortales, despues de retirarlo de la familia de Napoleon, cuyos derechos eran destructibles, en razon á que procedian del hecho de una eleccion que manifiesta el sentimiento de nuestros destinos perecederos.

La restauracion de los Borbones fué, pues, obra de la nacion, que expresó libremente su voto en presencia del extranjero. Los monarcas se adhirieron al restablecimiento de una dinastía que era la expresion del derecho divino, y que estaba conforme con el deseo de todo un pueblo que es la expresion del derecho humano, con tanta mejor voluntad

cuanto que el reinado de Luis XVIII, fundado en el dogma universal de la legitimidad, podia producir, como consecuencia de este solo hecho, la brillante identificacion de los dos principios contradictorios, cuyo antagonismo trastornaba la Europa desde medio siglo hacia. Su declaracion se redactó en estos términos: «Los soberanos aliados acogen el voto de la nacion francesa; declaran que si las condiciones de la paz debian contener fuertes garantías cuando se trataba de refrenar la ambicion de Bonaparte, aquellas deben ser mas favorables cuando, por un regreso á un gobierno prudente, la Francia por sí misma ofrecerá las seguridades de esta tranquilidad. Los soberanos aliados declaran en consecuencia que ya no tratarán con Napoleon Bonaparte, ni con ningun miembro de su familia; que respetan la integridad de la antigua Francia tal como existia en tiempo de sus reyes legítimos; que pueden aun hacer mas, porque profesan siempre el principio de que para la felicidad de la Europa es necesario que la Francia sea grande y fuerte; que reconocerán y garantizarán la constitucion que la nacion francesa se diere. Invitan por lo tanto al senado á que nombre inmediatamente un gobierno provisional que pueda atender á las necesidades de la administracion, y preparar la constitucion que convenga al pueblo francés.»

El senado, convocado por el vice-Grande-Elector del Imperio, Talleyrand, destruye en 2 de abril de 1814 lo que creó en 18 de mayo de 1804. Habiendo constituido un gobierno provisional, declara á Napoleon Bonaparte y á su familia destituidos del trono, absuelve al pueblo francés y

al ejército del juramento de fidelidad , aprueba el proyecto de una nueva constitucion, y vuelve la corona de Francia á Luis XVIII. Ahora solo falta saber si Napoleon tratará de reconquistar su trono, si abdicará , ó bien si se dejará deponer. La primera resolucion , aunque el éxito sea imposible, debe halagar lo mismo al emperador que á los soldados , los cuales , habiendo estado casi siempre bajo una dictadura militar, no serán probablemente casi nada en una verdadera monarquía. Pero la segunda gusta á los mariscales , pues comprenden que , habiendo manifestado la Francia el deseo de reconciliarse con la Europa , desnudar ahora la espada contra el extranjero es en cierto modo y fatalmente desnudarla contra la patria. Esta consideracion determina la abdicacion condicional de Napoleon (4 de abril) : acto pueril, atendido á que el senado ha proclamado su destitucion incondicional. Sin embargo, los soberanos de Europa intervienen en su favor, porque quieren tratar al ex-emperador de los franceses del mismo modo que han tratado á la Francia. Supuesto que han reconocido el carácter soberano de la nacion , reconocerán tambien el carácter soberano de Napoleon , á quien se asegurará la posesion durante su vida de la isla de Elba, todos los derechos y honores debidos á los príncipes , con tal que «renuncie para sí y los suyos , y para cada uno de los individuos de su familia, á todo derecho de soberanía y de dominacion, tanto sobre el Imperio francés y el reino de Italia, como sobre cualquier otro país (14 de abril).»

Este acto supremo está consumado. Napoleon sale de

Francia, casi solo y disfrazado, para escapar del furor de las poblaciones de la Provenza, á cuyos ojos representa el despotismo y la guerra, en tanto que el conde de Artois, lugarteniente de Luis XVIII, entra en París, escoltado por el entusiasmo del pueblo, á cuyos ojos representa la paz y la libertad. Este príncipe debe firmar, en nombre del rey, el doloroso convenio del 23 de abril, en el cual se resume el *ultimatum* de los monarcas aliados que el duque de Vienza habia aceptado en nombre del emperador, en el congreso de Chatillon (1). Pero Luis XVIII aparece, por fin, en el territorio de Francia cuyo nombre y fortuna lleva su casa (24 de abril). Con una mano da la carta y con la otra recibe el tratado de París, en cuya virtud los reyes de Europa firman la paz con el de Francia, añaden á las antiguas fronteras del reino la pequeña república de Mulhouse, el condado de Monbeliard, la Saboya y otros territorios en las fronteras de Bélgica y Prusia; interpretan el convenio del 23 de abril de un modo tal, que en vez de tomar todo el material que se encuentra en las plazas fuertes, solo tomarán de él la tercera parte; restituyen todas las islas y factorías que han caído en poder de los ingleses despues del tratado de Amiens, excepto la isla de Francia, y no exigen ninguna indemnizacion de guerra. Por mas importante que

(1) Los historiadores supuestos *patriotas*, han considerado esta estipulación, de la que hemos dado el análisis mas arriba, como obra del lugarteniente general del reino, á pesar de haber sido obra del mismo Napoleón. Es muy justo dar al César lo que es del César.

sea el presente tratado, no resuelve las diferentes cuestiones diplomáticas y territoriales que tienen relacion con el equilibrio europeo, porque estas deben ser préviamente examinadas en un futuro congreso, para asegurar la independencia de los estados y la existencia de las nacionalidades, repartiendo los destinos generales de la Europa entre sus distintos gobiernos, por medio de la sustitucion de un principio moral y universal: garantía superior del derecho, al principio mecánico de interés particular, que desde el siglo XVI no ha sabido evitar ningun abuso de la fuerza. Pero esta reforma decisiva será mas bien que la obra de un hombre y de una nacion, la de una época y la de la trasformacion de la sociedad humana.

Limitémonos á consignar los resultados ya obtenidos.

Derrocado Napoleon, levántase la humanidad. El entusiasmo literario, puramente moral, reemplaza al entusiasmo guerrero, puramente físico. Ha desaparecido el despotismo, principio de inercia y de inmovilidad, que comprimia todo arranque y toda inspiracion para poner un obstáculo al desarrollo del pensamiento público, bajo pretexto de quitarle la facultad del mal; y la libertad, principio del movimiento intelectual y social, aparece para apresurar el desarrollo de la espontaneidad humana, volviendo á los pueblos la facultad del bien. Una brillante generacion de poetas saluda su bienvenida. Los filósofos, los sábios y los artistas, que hubieran sido soldados durante el Imperio, y que probablemente habrian muerto en algun campo de batalla, pueden, por fin, encontrar durante la Restaura-

cion la inmortalidad en alguna obra maestra. Esta será una grande época , si no para un hombre , á lo menos para los hombres ; que ya el genio de la destruccion está dominado por el genio de la creacion.

CAPÍTULO XXXII.

La Francia humillada por la Europa.

SUMARIO.

Entusiasmo de la Francia á la entrada de los Borbones.—Reconciliacion provisional de los reyes y de los pueblos.—Formacion del gobierno francés.—Dificultades de toda restauracion.—Los partidos vuelven á constituirse en la sociedad.—Luis XVIII les da una direccion negativa en vez de darles una direccion positiva.—El partido monárquico se vuelve retrógrado, y el partido liberal se vuelve revolucionario.—Luis XVIII no puede ya neutralizar la accion de este, ni la reaccion de aquel.—Situacion general de las monarquías.—La restauracion política de la Francia requiere una restauracion política de la Europa.—La primera no puede fundarse sino en una nueva teoría gubernamental, y la segunda en una nueva teoría diplomática.—Los reyes pretenden inaugurar una era de conservacion entre las distintas nacionalidades, con la destruccion de varios estados.—Enérgica actitud de Luis XVIII.—Formacion del reino de los Países Bajos y del de Hanover.—Debate entre Francia, Inglaterra y Austria por una parte, y entre Rusia y Prusia por otra, relativamente á la creacion del reino de Polonia, y á la destruccion del reino de Sajonia.—El plenipotenciario francés no separa la legitimidad de los reyes de la legitimidad de los pueblos.—Memoria del príncipe de Talleyrand dirigida al príncipe de Metternich y á lord Castlereagh.—La cuestion de Nápoles, unida á la cuestion de Sajonia.—Preparativos de guerra.—Alianza defensiva entre Francia, Austria é Inglaterra.—Napoleon de acuerdo con el partido revolucionario abandona la isla de Elba, para regresar á Francia.—Declaracion del 13 de marzo.—Luis XVIII convoca las cámaras.—Conducta del mariscal Ney.—El ejército hace traicion al juramento que tiene hecho al rey.—Napoleon en París.—*Acta adicional*.—Napoleon se humilla ante la Francia y la Europa.—Declaracion colectiva de todas las potencias.—Últimos actos del congreso de Viena.—Murat declara la guerra al Austria.—Restablecimiento de los Borbones en el trono de Nápoles.—Napoleon y la cámara de los representantes.—Principio de las hostilidades.—Combate de Ligni.—Batalla de Waterloo.—Napoleon se ve precisado á abdicar.—El verdadero partido nacional y el partido llamado patriota.—Comision de gobierno presidida por Fouché.—Comision diplomática presidida por Lafayette, que pide un gobierno á los extranjeros.—Correspondencia de los patriotas franceses con los generales inglés y prusiano.—Convenio de París.—Exclamacion de Luis XVIII sobre este asunto.—Segunda res-

tauración.—Napoleon en Santa Elena.—Conducta de los reyes de Europa respecto al rey de Francia.—Proscripciones exigidas por los aliados y por la *cámara inhallable* —Generosidad de Luis XVIII con los proscritos.—Negociaciones relativas á los tratados de 1815.—Elevado el duque de Richelieu al ministerio, hace disminuir las cargas que la Europa queria imponer á la Francia.—Tratado de la Santa Alianza.—Ni el Papa, ni el rey de Francia, ni los demás reyes constitucionales pueden admitirla.—Restauracion del reino de Polonia.—Todas las naciones adoptan un sistema representativo mas ó menos vasto, excepto la monarquía española.—Esta nueva forma de gobierno debe tarde ó temprano determinar un nuevo órden social.—Antagonismo entre el principio aristocrático y el de igualdad.—Los reyes se enajenan la opinion de sus pueblos porque no saben resolver el problema de esta contradiccion.—Las sociedades secretas, despues de salvar las sociedades oficiales, solo trabajan para destruirlas.—Congreso de Aquisgran.—Conversacion del emperador Alejandro con el duque de Richelieu.—Libertad de la Francia.—Porvenir problemático de la casa de Borbon.

Decia con razon Bonaparte al partir para la isla de Elba: «No ha sido la coalicion la que me ha destronado, sino las ideas liberales.» Elevado al trono como representante de la revolucion francesa, porque tremolaba heróicamente su bandera, Napoleon debia bajar de él, porque en su calidad de emperador no podia subordinar su objeto de hombre soberano al objeto de la nacion soberana, que hacia excluir á los reyes por los pueblos, la autoridad por la libertad, el derecho divino por el humano, á fin de realizar el sueño de una república universal, cuyos destinos se hubiesen garantido, por medio de cierta confederacion general de los estados, conservando estos su independencia individual. Efectivamente, desde que hubo subordinado el objeto nacional á su objeto personal, haciendo Napoleon de su egoismo una cuestion de humanidad, quiso excluir el derecho humano y el divino con la espada, la libertad y la autoridad con el despotismo, los pueblos y los reyes con la conquista, á fin

de realizar el sueño de una monarquía universal, cuyos destinos fuesen garantidos, por medio de cierta amalgama de los estados, mantenidos bajo su absoluta dependencia mientras él fuese el mas fuerte. Pero si la Francia republicana habia subyugado á la Europa monárquica, suscitando en todas partes el antagonismo de los soberanos y de los súbditos; Napoleon, por el contrario, iba á ser derribado por la Europa entera, atendido á que suscitaba la reconciliacion de los súbditos y de los soberanos. Ahora bien, esa reconciliacion, puramente accidental ó fortuita, no podia ser completa ó definitiva entre los pueblos y los reyes, sino cuando la casa real de Francia fuera nuevamente llamada á Francia por la misma Francia, que era de donde habia partido la señal de su antagonismo. Por eso los monarcas aliados, elevándose á la altura de su supremo deber, respetaron con magnanimidad los derechos del pueblo francés, que, reducido durante el Imperio, á los principios de la monarquía, dispuso libremente de su suerte con un acto tanto mas memorable, cuanto que restableciendo á los Borbones sin ninguna intervencion extranjera, no solo aseguraba la independencia de la nacion en sus relaciones con las demás nacionalidades, sino que alcanzaba una victoria moral sobre sí mismo, cuyo esplendor debia eclipsar todas sus derrotas materiales.

La restauracion monárquica se verificó en medio del entusiasmo popular (1). «Era, dice M. de Lamartine en la

(1) Véase M. de Lamartine, *Hist. de la Restauracion*.—M. Capefigue, *Historia de la Restauracion y de las causas que han ocasionado la caida de los Borbones*.

exposicion de su grande obra , era poética como el pasado, milagrosa como una resurreccion. Los ancianos rejuvenecian , las mujeres lloraban , los sacerdotes elevaban sus oraciones al Altísimo , las liras sonaban , los niños se sorprendian y esperaban. El Imperio habia oprimido los corazones , el abatido espíritu de todo un pueblo se animaba á la sola palabra de libertad , proscrita durante diez años. Vengados los republicanos con la caida del destructor de la república , abrazaban á los realistas , como en una reconciliacion , cuya garantía debiera ser la libertad constitucional. Aquel cambio parecia ser el de la monarquía corregida por el destierro , el de la libertad purificada por la expiacion. Era una época de reconocimiento pacífico , intelectual y liberal para la Francia. La poesía , las letras y las artes que habian estado olvidadas , avasalladas ó disciplinadas bajo la policía del Imperio , parecian salir de la tierra bajo los pasos de los Borbones. Parecia que se volvia el aire al mundo despues de haber estado asfixiado diez años por la tiranía. Se respiraba á la vez con entero desahogo por el pasado, por el presente y por el porvenir. Jamás volverá á ver el siglo una época semejante. Unicamente los soldados de Napoleon inclinaban la cabeza al dejar sus rotas armas, pues sus cortesanos se habian ya pasado al partido del vencedor.»

La restauracion de los Borbones se verificó con suma fa-

—M. F. P. Lubis, *Hist. de la Restauracion*.—M. de Vaulabelle, *Hist. de las dos restauraciones*.—M. de Carné, *Ensayo sobre la hist. de la Restauracion*.—M. de Carné, *Estudios sobre el gobierno representativo*.

cilidad ; pero la formacion de su gobierno suscitó inmensas dificultades. No se trataba solamente de volver á unir la cadena de los tiempos, que los acontecimientos habian roto de un modo violento ; era preciso determinar una tendencia superior á las tendencias contradictorias que se manifestaban en los partidos, para realizar sin cortapisas el gran fin de todo estado, á saber : la unidad social que ningun legislador puede obtener, á menos que resuma en una sola consideracion política todas las diferentes miras de la sociedad. Confesémoslo francamente : en esto particularmente consiste la dificultad de una restauracion. Cuando una forma gubernamental perece , es porque ya no tiene su razon de existencia ; en otros términos, es porque los principios que expresa físicamente han llegado á ser moralmente insuficientes para el bien de la sociedad, y como Dios no ha dado al hombre el poder de hacer milagros, toda restauracion que solo sea una mera resurreccion , es absolutamente imposible. Esto es tanto mas exacto, cuanto que cada reinado conserva su carácter particular , ó mas bien su vida particular en la historia general , y que la muerte de cada monarca es en cierto modo la de todo un órden de cosas ; pues su sucesor está moralmente obligado á crear un órden nuevo para crearse á sí mismo como soberano.

Pero los acontecimientos habian ido en Francia mas aprisa que las ideas. Todos presentian la necesidad de una vasta reforma ; pero nadie sabia bajo qué forma política debia reconciliarse el espíritu de tradicion con el de progreso. No habiendo dominado esta consideracion política superior á

las miras de los partidos en los actos de Luis XVIII, le fué imposible resumir soberanamente las tendencias de la sociedad. Seguido este monarca de un grupo de hombres que habian combatido la revolucion en todos sus hechos y principios en nombre de la antigua Francia, venian en nombre de la nueva Francia á reinar sobre un pueblo que habia sostenido la revolucion en todas sus fases y formas. Así es que el restablecimiento de la monarquía no era para el partido realista sino una cuestion de opinion, y para la sociedad una cuestion de conveniencia. El senado, órgano de la soberanía del pueblo, llamaba al trono á Luis XVIII, como hermano del último *rey de los franceses*, y le conferia la dignidad real, con la expresa condicion de jurar el *acta constitucional*, cuando esta hubiese sido sometida á la sancion nacional; pues aquella asamblea pretendia que la autoridad suprema debe concederse por los miembros de la sociedad en virtud de tal ó cual pacto, única y verdadera base jurídica de la constitucion de los estados, y que cualquiera otra pretension que establezca una violacion moral de los derechos del hombre ó de la libertad individual y general, conduce positivamente al crimen de lesa humanidad. Pero el verdadero partido monárquico, órgano de la soberanía del príncipe, llamaba al trono á Luis XVIII, como á legítimo sucesor de los antiguos reyes de Francia, quienes no debian jurar pacto alguno sometido á la sancion nacional; pues aquel partido pretendia que la autoridad suprema está concedida por la gracia de Dios, única y verdadera base jurídica de la constitucion de los estados; y

que cualquiera otra pretension que establezca una violacion positiva de las leyes morales, que garantizan por sí solas los derechos del hombre y las libertades públicas y privadas, conduce formalmente al crimen de lesa divinidad. Así es que para los unos, siempre dispuestos á admitir los hechos consumados, sin hacer caso de los principios monárquicos, no representando Luis XVIII ningun derecho anterior al que se le habia conferido por la proclamacion del senado, no era rey de Francia sino en virtud de aquel acto. Y para los otros, siempre dispuestos á considerar los principios monárquicos, sin hacer caso de los hechos consumados, representando Luis XVIII un derecho preexistente, habia sido rey de Francia en el destierro ni mas ni menos que lo era estando en las Tullerías, en virtud de esta idea.

Así sentada, la cuestion gubernamental quedaba absolutamente insoluble. En efecto, por un lado se creia que el principio del reinado de Luis XVIII no podia datar del fin mismo de Luis XVII, sin destruir con esta formalidad jurídica los tratados que la Europa ajustara con la Francia durante la república y el imperio, aun cuando fueran los elementos indestructibles del derecho público; y por el otro se juzgaba que el senado no podia hacer jurar capitulacion alguna á Luis XVIII, sin destruir con esta formalidad jurídica los derechos de la casa de Borbon, aun cuando estos fueran el fundamento indestructible de la monarquía. Tenemos, pues, que despues de haberse afirmado reciprocamente, pero de una manera indeterminada, el derecho humano y el derecho divino, la soberanía positiva y la sobe-

ranía moral se negaban recíprocamente y de una manera determinada: situación tanto mas grave, cuanto que la negación de uno y otro acarrea siempre la exclusión del uno por el otro! Deseando Luis XVIII prevenir semejante rompimiento, trató de neutralizarlos, tanto al uno como al otro, y de establecer entre los dos un bien entendido equilibrio por medio de la carta: nuevo sistema de derecho público cuyo objeto es reprimir el desarrollo absoluto de los dos partidos en sus tendencias exclusivas y contradictorias, que ponian en peligro á toda la sociedad. Pero esa carta, obra de una comision de diputados y de senadores, fué otorgada por el rey, y no se sometió á la aceptación del pueblo, al cual, sin embargo, se le reconocia el derecho de tomar parte en la confeccion de sus leyes. A pesar de que el problema de la constitucion se encontrase así resuelto conforme con los principios monárquicos, los realistas no quedaron mas satisfechos de la solucion dada que los liberales, quienes trabajaron para resolverla en el sentido del pueblo. En vez de desempeñar Luis XVIII un papel activo para resumir todas las miras de ambos partidos, y por consiguiente de toda la sociedad, en una sola consideracion política, esto es, para dar una direccion afirmativa á la libertad y á la autoridad, identificando la soberanía moral ó divina y la soberanía política ó nacional, ambas relativas, en el seno de su soberanía, á fin de hacerla única absoluta; solo desempeñó un papel pasivo, dándoles así una direccion negativa. Incapaz de identificarlas de este modo en una teoría gubernamental superior á una y otra, figuróse que podria conci-

liarlas en la práctica, aunque en la situación en que se hallaban los hombres y las cosas fuesen totalmente inconciliables: sistema fatal, que trasformando la política en un simple juego de báscula, hacia declarar al soberano, considerado como legislador supremo por sus mismos súbditos, que careciendo el mundo de leyes fijas y determinadas, seguía el impulso de la casualidad; que absolutamente habiendo, no existían el derecho divino ni el humano, atendido á que no se les reconocía ningún principio incondicional; y que no había razón para que no prevalecieran alternativamente uno después de otro, puesto que la humanidad estaba fuera de toda dirección providencial. De modo que el rey de Francia, lejos de operar la creación de la monarquía, operó su destrucción.

Y sin embargo, excepto algunos emigrados ancianos, que como venían del extranjero desconocían las nuevas necesidades de su patria, todos los franceses esperaban que Luis XVIII fijaría los principios políticos, cuya incertidumbre legitimaba aun la existencia de los partidos en el seno de la sociedad, á fin de que el Estado volviera á ser lo que siempre debiera haber sido, á saber: la garantía permanente de las relaciones de sus miembros entre sí y con los miembros de los demás estados. Luis XVIII solo podía fijar formas políticas, muy superiores en verdad á las del imperio, que oponían un obstáculo al desarrollo del pensamiento público, puesto que daban grande impulso á la espontaneidad humana, sin darla, sin embargo, una dirección. De esto resultó que las divisiones se multiplicaron en el

mismo momento en que se hacian los mayores esfuerzos para restablecer la unidad. Las relaciones de los liberales con los realistas no parecieron ya bastante garantizadas por la carta, desde que estos pudieron reclamar impunemente contra aquellos, á pesar de la carta, ya la renovacion de los antiguos privilegios, ya la devolucion de los bienes nacionales ilegalmente vendidos por la revolucion, pero legalmente adquiridos por quince millones de propietarios, esto es, la expropiacion de estos y la destruccion del derecho comun. Cuanto mas reaccionarios se manifestaban los realistas en sus escritos ó en sus palabras, tanto menos lo era Luis XVIII respecto á las cosas. Deseando inaugurar una era de conciliacion general y de libertad constitucional, tenia la balanza igual entre los dos partidos y aun les hacia participar de su autoridad, para impedir que degenerasen en facciones. Pero su accion, á pesar de ser soberana, era insuficiente, porque no expresaba ningun principio superior universalmente admitido: gran ley que no era aun el objeto del saber del hombre, la única que hubiera podido poner en armonía todas las contradicciones morales y políticas de la sociedad. Por otra parte, la oposicion popular, que meditaba ya la ruina de la dinastía, por el odio que profesaba á la oposicion realista, se proponia destruir el gobierno antes de que Luis XVIII tuviera tiempo para regenerarlo. Así es que las mejores intenciones del monarca fueron á estrellarse contra las malas intenciones del partido llamado patriota, que impelia á la Francia á nuevos trastornos, y por consiguiente á una nueva guerra, en aquel momento de

suprema esperanza en que la estabilidad política de Europa parecía en fin conquistada por la paz.

Aquella pacificación interior y exterior de los estados descansaba mas bien en los hechos consumados que en los principios, aun indeterminados. Pero veinte y cinco años de desórden, de crisis y revoluciones inspiraban á los soberanos y á sus súbditos el mismo deseo de bienestar, seguridad y sosiego. Además, si los reyes, despues de perder su corona, habian podido recobrarla, debíanlo á sus propios pueblos; y si los pueblos, despues de perder su independencia, habian podido tambien recobrarla, debíanlo tambien á sus propios reyes. De esto resultaban concesiones recíprocas entre la autoridad y la libertad, las cuales tarde ó temprano debian trasformar las monarquías absolutas en monarquías constitucionales, y presentar segun el grado de cultura intelectual y político de cada país la reunion sistemática del derecho humano y del derecho divino fundado en su conciliacion legal, como en Francia, donde su inconciliabilidad legal no estaba aun bastante demostrada.

Pero antes de resolver el problema del poder, tal como debia constituirse en cada estado, era preciso resolver el problema de los poderes, tal como debia constituirse entre los diferentes estados, para impedir la preponderancia de un gobierno sobre los demás, restableciendo de este modo un sábio equilibrio entre los partidos en toda la sociedad general, como se trataba de establecerlo en cada sociedad particular.

Tal fué positivamente el grande objeto del congreso que

se reunió en Viena, bajo pretexto de completar el tratado de París (1); pues la restauracion política de Francia traia por una consecuencia directa la restauracion política de Europa. Esta no suscitaba menos dificultades que aquella, no solo á causa de los intereses empeñados en las estipulaciones anteriores, sino á causa de los principios que debian fijarse en las estipulaciones futuras. Tratábase menos de reanudar la cadena del derecho público, que la fuerza habia roto de un modo tan violento, estableciendo nuevos equilibrios para reemplazar los antiguos, que de formular una nueva teoria diplomática buena para garantizar la independencia y la conservacion de los estados, á fin de reem-

(1) Véase *Congreso de Viena, Coleccion de los documentos oficiales relativos á aquella asamblea, de las declaraciones que publicó, de los protocolos, de sus deliberaciones, y de las principales memorias que le fueron presentadas; todo arreglado por órden cronológico*, VI tom. París 1816 y sig.—J. L. Klüber, *Acten des Wiener congresses*, Erlangen, Bde. 49, 1815. VI tom. en 8.º Bde. 4, 5, 2.º Aufl. 1833. Bde. 9, oder *supplément*, Bde. 1835.—J. L. Klüber *Staats-Archiv. des Deutschen Bundes*, Erlangen, 1816, II tom.—J. L. Klüber, *Uebersicht der diplomatischen Verhandlungen des Wiener congresses überhaupt, und insonderheit über wichtige Angelegenheiten des Deutschen Bundes*, Frankfurt, 1816, III tom.—F. Buchholz, *Geschichte der europäischen Staaten seit dem Frieden von Wien* Tom. V, Berlin, 1816 —De Pradt, *Del Congreso de Viena*, II tom. París, 1815.—Maximil-Samson-Fred. Schoell, *Historia de los tratados de paz*. Tom. XI, París, 1818.—*Historia del Congreso de Viena*, por el autor de la *Historia de la diplomacia francesa* (de Flassan), III tom. París, 1829.—J. L. Klüber, *Quellen sammlung zu dem öffentl. Recht des Deutschen Bundes*, Erlangen, 1830, in 8.º—M. J. Cretineau Joly, *Historia de los tratados de 1815 y de su ejecucion, publicada con presencia de los documentos oficiales é inéditos*. París, 1812, en 8.º—Capefigue, *El Congreso de Viena en sus relaciones con la circunscripcion actual de Europa*. París, 1817.—M. Capefigue, *Historia auténtica y secreta de los tratados de 1815, en sus relaciones con la Restauracion y la Revolucion de Julio*. París, 1817.

plazar la antigua teoría, la cual no había impedido la destrucción de la Polonia, ni el avasallamiento de la mayor parte de los estados. Por lo demás, el congreso de Viena se hallaba en este concepto en una situación de tal modo providencial para el porvenir del mundo, que iba á establecer una separacion insuperable entre los acontecimientos que lo habian precedido y los acontecimientos que debian seguirle. Habiendo muerto durante el imperio la diplomacia propiamente llamada, puesto que la discusion de los intereses europeos sobre las bases de un derecho cualquiera que fuera, y relativa á los destinos de tal ó cual nacion, era imposible cuando un solo hombre podia cortar todos los destinos de la humanidad con su propia espada; no se pensaba en resucitar la antigua fórmula diplomática; pero se deseaba crear un nuevo principio diplomático, cuya aplicacion, moralmente obligatoria para todos los gobiernos, subordinase en fin los intereses particulares á los intereses universales.

Aunque esta doctrina reparadora la profesaran todos los soberanos con el mas noble celo, no podian, sin embargo, sacrificar sus miras personales ó particulares sin descontentar á sus respectivos súbditos, apareciendo como que sacrificaban el objeto nacional al objeto europeo. Por otra parte, las grandes potencias no habian aguardado la reunion del congreso para tomar posesion de vastos estados, cuyo repartimiento, ejecutado provisionalmente por los tratados particulares, debia llevarse á cabo de un modo definitivo por un tratado general, que sancionase las principales cláusulas de aquellos. De modo que se pretendia inaugurar

una era de conservación entre las diferentes nacionalidades por medio de la destrucción de varios estados. En efecto, los ejércitos rusos ocupaban la Polonia, los prusianos la Sajonia, los austríacos la alta Italia, y los ingleses conservaban la isla de Malta, Helgoland y el Cabo de Buena Esperanza. Se habían prometido indemnizaciones á todo el mundo, y todos querían conservar sus conquistas. La Inglaterra y la Rusia, preponderantes en los nuevos consejos de Europa, estaban muy interesadas en conservar su gigantesca superioridad para desistir de sus menores pretensiones. Afortunadamente la Francia, desinteresada en aquéllas graves cuestiones, pero ganosa de reconquistar su antigua superioridad, sino en los campos de batalla, á lo menos en el terreno diplomático, protestó contra la mayor parte de los actos proyectados formulando el siguiente principio: «Que ni la conquista ni la posesión violenta dan ningún derecho, si no están voluntariamente sancionadas por una renuncia ó un tratado.» El 1.º de octubre de 1807 se reunió el congreso de Lunenburg. Luis XVIII ha redactado por sí mismo las instrucciones dadas al príncipe de Talleyrand. Previendo sin duda el sistema de oposición que este hábil negociador va á desenvolver en el congreso, los hombres de estado, investidos de plenos poderes por las cuatro grandes cortes aliadas, han resuelto no admitirle en sus conferencias «si primero no se termina enteramente un objeto.» Pero Talleyrand empezó por declarar que no puede «reconocer la denominación de aliados, la que ha caducado por el solo hecho de la paz, y hasta es injuriosa al rey de Francia;» en seguida

añade «que el consentimiento prometido por la Francia solo debia entenderse de los hechos positivos y no de acontecimientos eventuales, y que se reserva el derecho de concurrir á todo lo que no ha sido resuelto definitivamente.» Segun Lamartine, esta actitud es «la mas noble y la mas elevada que jamás ha conservado un representante de una potencia vencida, en la asamblea de los vencedores.» Era muy digna de Luis XVIII, quien apenas habia tomado posesion de la corona, precedia en las Tullerías á Alejandro I, Francisco I y Guillermo III, porque así denotaba el puesto de la monarquía francesa entre todas las monarquías europeas, como el de la casa de Borbon entre todas las casas imperiales ó reales; porque representaba un imperio de catorce siglos y una dinastía de mas de ocho siglos, porque en fin era el rey de Francia.

Jamás, desde la creacion de la *anfictionia* europea, jamás habia ofrecido el mundo político un espectáculo tan imponente como el de aquel congreso. Toda la Europa se hallaba literalmente en Viena. El emperador de Rusia, el rey de Prusia, el de Dinamarca, el de Baviera y el de Wurtemberg, y una infinidad de principes y de princesas se habian reunido al rededor del emperador de Austria, mientras los plenipotenciarios de todos los estados cristianos se habian reunido al rededor del principe de Metternich. De modo que si los embajadores de los soberanos del Norte, cuyas pretensiones eran tan exageradas que se consideraban como á libertadores de la Europa, no podian ponerse de acuerdo con los embajadores de los soberanos del Mediodía, ya con rela-

cion á repartimientos territoriales, ya respecto á principios; una sola palabra, pronunciada por tal emperador ó por tal rey, podia resolver todas las cuestiones en el sentido de la paz ó de la guerra. Se llamaron *reuniones europeas* aquellas que se celebraron entre el Austria, la Francia, la Gran Bretaña, la Prusia y la Rusia, y á las cuales se llamaba alguna vez á la España, al Portugal y á la Suecia; y *reuniones alemanas* las que se celebraron entre el Austria, la Prusia, la Baviera, el Wurtemberg y el Hanover, erigido en un nuevo reino, á fin de que tomara el lugar que ocupaba en el antiguo imperio germánico. Las primeras reuniones se dedicaban á los asuntos de Europa, y las segundas, á los de Alemania. Estos dos problemas no eran en modo alguno distintos, puesto que el equilibrio de la Germania ha servido siempre de base al equilibrio de Europa. Pero esta vez la cuestion de Sajonia se complicaba con la de Polonia. Si en tésis general, y como garantía de órden, se podia admitir la reunion de la Noruega á la Suecia, que habia perdido la Finlandia, para que no teniendo ya que temer la vecindad de Rusia, protegiese el Báltico, tanto contra esta potencia, como contra la misma Inglaterra; la reunion del Lauenburgo, á la Dinamarca para darla una posicion importante, aunque se la quitara la Noruega; la reunion de la Bélgica á la Holanda para que se volviese contra la Francia con la Prusia ó contra la Prusia con la Francia, á merced de la Inglaterra; y la reunion de Génova al Piamonte, para que defendiese los Alpes, tanto contra la Francia como contra el Austria; no se podia admitir la reunion total de la

Polonia á la Rusia, ni la reunion total de la Sajonia á la Prusia, porque entonces la corte de Berlin hubiera dominado la Alemania; y la corte de San Petersburgo toda la Europa.

Ahora bien: por una parte Federico Guillermo declaraba que, lejos de querer incorporar su conquista al reino de Prusia, proponíase, por el contrario, anexarla á su monarquía con el título de reino de Sajonia, á fin de mantener su independencia como tambien su autonomía, en lo cual consentian la Rusia, la Inglaterra y el Austria; por otra, Alejandro declaraba que, lejos de querer incorporar las provincias polacas á sus estados, se proponia, por el contrario, restaurar el antiguo reino de Polonia, que seria independiente de la Rusia, si bien reuniria las dos coronas en su cabeza, á lo cual se oponian la Francia, el Austria y la Inglaterra. Con todo, es probable que las dos últimas potencias no habrian podido impedirlo, si la primera no hubiese protestado contra todo con la mayor energia. La Francia decia: ó la antigua república de Polonia deberá formar una nueva monarquía completamente distinta é independiente de la Rusia, ó el ducado de Varsovia será repartido por partes iguales entre la Rusia, la Prusia y el Austria. En cuanto á la Sajonia, Luis XVIII creyó que debía defenderla con tanta mayor energia, quanto que la Europa deseaba castigarla por la fidelidad que guardó á Napoleon. En su consecuencia el embajador francés dirigió al congreso una nota en que declaraba: «Que la confiscacion civil, desterrada del código de las naciones, no podia en el si-

glo XIX formar parte del derecho general de Europa, ni podia ser menos odiosa tratándose de un reino que si se tratara de una simple choza; que debia temerse que la Prusia se apoyara en la Rusia para obtener nuevas extensiones en Alemania, y sostuviera á su vez á la Rusia en sus empresas sobre el imperio otomano; que la union del Austria y de la Prusia era necesaria para la tranquilidad de la Alemania; pero que la disposicion que se pretendia adoptar respecto de la Sajonia fuera lo mas á propósito para encender de nuevo una rivalidad que habia durado hasta los desastres de la Prusia, y que estos desastres habian suspendido, pero no sofocado; y que por lo tanto la justicia y la política hablaban en pro del monarca sajón.»

Esa memoria acababa de producir fuerte impresion en Viena, cuando el príncipe de Talleyrand dirigió dos notas separadas: una al príncipe de Metternich, y otra á lord Castlereagh. La primera se resumia en estos términos: «La Francia, que no lleva al congreso ninguna mira de ambicion ni de interés personal, desea que la obra de la restauracion se lleve á cabo para toda la Europa, lo mismo que para ella misma; que en todas partes y para siempre cese el espíritu de revolucion; que todo derecho legítimo se considere sagrado, y que toda ambicion ó empresa injusta encuentre su condenacion y un perpétuo obstáculo á un reconocimiento explícito en una garantía formal de los mismos principios de que la revolucion no ha sido mas que un olvido harto largo y funesto.» La segunda nota desenvolvía el siguiente argumento concluyente: «El grande y exclusi-

vo objeto á que la Europa debe dirigirse, y el único que la Francia se propone, es concluir la revolucion y establecer una verdadera paz. La revolucion ha sido una lucha entre dos principios opuestos; concluir la revolucion es terminar esa lucha, lo que no se puede conseguir sino por medio del completo triunfo de los principios en cuya defensa se ha armado la Europa. La lucha existió primero entre los principios llamados *republicanos* y los principios *monárquicos*. Habiendo la invencible naturaleza de las cosas hecho triunfar los últimos, la lucha se estableció entre las dinastías revolucionarias y las dinastías legítimas. Estas han vencido, pero aun no por completo. Las dinastías revolucionarias han desaparecido, excepto una. Las dinastías legítimas han sido restablecidas; pero una de ellas se ve amenazada. ¿No ha concluido, pues, la revolucion? ¿Qué se necesita para que concluya? que el principio de la legitimidad triunfe sin restriccion; que se conserven el rey y el reino de Sajonia, y que el reino de Nápoles sea devuelto á su legítimo soberano. De no hacerse así, la revolucion subsistiría, la lucha no habria terminado, el tratado de París y los trabajos del congreso solo hubieran logrado suspenderla; habria tregua, pero no una verdadera paz.»

Uniendo la cuestion de Nápoles á la de Sajonia, Talleyrand presentaba á la Francia como antagonista de la Prusia y de la Rusia. Alejandro prohibió á los plenipotenciarios rusos que frecuentaran los salones de los plenipotenciarios franceses; y el gran duque Constantino dirigia la

siguiente proclama á los polacos: «El emperador, vuestro poderoso protector, os llama. Reuníos al rededor de vuestros estandartes; ármese vuestro brazo en defensa de vuestra patria y para la conservacion de vuestra existencia política.» Se han reunido con la esperanza de negociar una paz duradera entre los estados europeos; van á separarse sin duda con ánimo de volver á empezar una guerra general. Diferentes movimientos de tropas que se verifican ostensiblemente sobre el territorio de Polonia y el de Prusia, dan lugar á creer en la existencia de un tratado misterioso de alianza ofensiva entre las córtes de Berlin y de San Petersburgo. Así es que las córtes de Lóndres, de París y de Viena firman secretamente un tratado de alianza defensiva, al cual se adhieren las de Turin, de la Haya, de Munich y de Hanover. Bonaparte, que tiene inteligencias con sus antiguos generales en París, Viena, Nápoles y Suiza, ve en aquella division de los monarcas de Europa una ocasion oportuna de tentar la fortuna del Imperio, con riesgo de ocasionar la ruina total de la Francia. Hace organizar de cuartel en cuartel y de regimiento en regimiento un considerable número de asociaciones presididas por sus emisarios, que dicen: «El ejército no puede vacilar entre la bandera blanca y la bandera tricolor, entre Napoleon y los Borbones.» En vano Luis XVIII, lleno de benevolencia lo mismo para con los soldados que para con los partidos civiles, se dedica á no herir el amor propio de los cuerpos, ni los intereses de los individuos; los conjurados pueden mas que él con su malevolencia. Mientras que los sobera-

nos del Norte se separan de los del Mediodía, los jefes de un partido civil se reunen con los de un partido militar; y Napoleon dice sin rebozo á sus agentes secretos: *Partiré*. Efectivamente, partió; pero las divisiones que habian estallado con motivo de la Polonia y de la Sajonia, ya no existian. Alejandro unia el título de rey de Polonia al de emperador de todas las Rusias; Federico Guillermo incorporaba todo el ducado de Posen y casi la mitad del reino de Sajonia á su reino de Prusia; y la Europa, que habia vuelto á encontrar su unidad, podia hacer la declaracion siguiente, redactada conforme con las ideas del príncipe de Metternich:

«Noticiosas las potencias que han firmado el tratado de París, reunidas en congreso en Viena, de la evasion de Napoleon Bonaparte y de su entrada á mano armada en Francia, declaran que, rompiendo Bonaparte el convenio que le habia establecido en la isla de Elba, ha destruido el único título legal de su existencia, que él mismo se ha colocado fuera de las relaciones civiles y sociales, y que como enemigo y perturbador de la tranquilidad del mundo, se ha entregado á la vindicta pública. Declaran dichas potencias al mismo tiempo, que están firmemente resueltas á mantener intacto el tratado de París de 30 de mayo de 1814, y las disposiciones sancionadas por aquel tratado, y las que han acordado ó acordaren para completarlo y consolidarlo (13 de marzo).»

Luis XVIII habia convocado las dos cámaras, y pronunciado estas bellísimas palabras: «Nada temo por mí; pero

todo lo temo por la Francia.» Todos los diputados y todos los pares espontáneamente exclaman: «Muramos por el rey! guerra al usurpador!» Los príncipes de la familia real juran ser fieles á la carta; antes de ponerse al frente de las tropas. El mariscal Ney besa la mano de Luis XVIII, diciendo: «Señor, yo traeré á Bonaparte dentro de una jaula de hierro.» El monarca se separa de él con disgusto y exclama: «Qué expresiones! conducir á un antiguo compañero, lo mismo que á una fiera, en una jaula de hierro!» Al día siguiente, Ney había desertado de las banderas de Luis XVIII. El ejército falta al juramento que había prestado al rey; esto es, hace traicion á la nacion por un hombre, que habiendo abandonado su título de emperador, no podía volverlo á tomar sino violando las leyes divinas y humanas. Napoleon comprendia esto tan bien, que sus proclamas empezaron en Cannes por esta palabra: *Ciudadanos*; en Grenoble, por la de *Franceses*; y únicamente en Lyon, por la de *Súbditos*. Inaugura su nuevo ejercicio de la soberanía volviendo á abrir la era de las proscripciones que aun no se ha cerrado. Luis XVIII, infamemente abandonado, sale de Francia, y Bonaparte entra en París. El soldado y el pueblo bajo, ó mas bien la materia humana, está en su favor; pero el alto pueblo, ó mas bien el pensamiento humano, está contra él. Aunque no haya triunfado sino por medio de la tropa, como un déspota, no puede gobernar sino con los jefes del partido liberal, porque no resume ya en su persona todas las consideraciones políticas de la sociedad. Desde que ha puesto el pié en las Tullerías, que

vuelven á ser el asiento de su autoridad, no encuentra únicamente en ellas la antigua corte del imperio, sino tambien la libertad que trajeran los Borbones. Como él pretende resucitar cierta monarquía, pretenden obligarle á resucitar cierta república. «Vosotros me quitais mi pasado, dice; yo quiero conservarlo; ¿qué quereis, pues, hacer de mis once años de reinado? creo que tengo en ellos algunos derechos; la Europa lo sabe; es preciso que la nueva constitucion se reuna á la antigua.» Y bajo pretexto de conciliar sus tendencias despóticas con las tendencias liberales de su partido, Napoleon acepta el *Acta adicional*, la que se somete al pueblo soberano *pro forma*, y cuyo fondo no contiene ninguna máxima que tienda á disminuir las inquietudes que reinan en la nacion. Así, ya que proclama la soberanía exclusiva del pueblo, le opondrán la soberanía exclusiva de los reyes por medio de la guerra civil y de la guerra extranjera.

Careciendo del poder suficiente para prevenir una y otra, Napoleon se ve obligado á humillarse ante el país y ante la Europa, rodeándose de confederados en París, y solicitando la paz en todas las cortes, en las cuales sus agentes dicen para invalidar la declaracion del 13 de marzo, que siendo soberano de la isla de Elba, tenia el derecho de hacer la guerra al rey de Francia, y aun de destronarle. Pero les contestan: «Que unos acontecimientos, hijos de criminales inteligencias, de conspiraciones militares y de traiciones asquerosas, no han podido crear ningun derecho, y que los pretendidos son absolutamente nulos bajo el punto de vista

legal; que el consentimiento real ó ficticio, explícito ó tácito, de la nacion francesa al restablecimiento del poder de Bonaparte, no ha podido operar en la posicion de este respecto de las potencias extranjeras un cambio legal y formar un título obligatorio para las potencias, debiendo tener justos límites la libertad de que goza una nacion de cambiar de sistema de gobierno. De modo que si bien las potencias extranjeras no tienen el derecho de prescribirle el uso que debe hacer de aquella libertad, tienen al menos el de protestar contra el abuso que puede hacer de ella... que en el estado actual los soberanos han declarado que no tratarian jamás de la paz con Bonaparte; que esta declaracion, sumamente aplaudida por la Francia y la Europa, habia producido la abdicacion de Bonaparte y el convenio de 4 de abril, y que siendo la abdicacion la base de la negociacion principal, ha sido explícitamente articulada en el preámbulo del tratado de París; que de ahí ha resultado para la nacion francesa una condicion fundamental á que no ha podido sustraerse sin anular el tratado de París y todas las relaciones con el sistema europeo.»

Conforme con esta nueva declaracion, el congreso de Viena adoptó nuevas disposiciones, por las cuales ascendieron á cerca de un millon quinientos mil hombres los diferentes cuerpos de ejército dirigidos contra la Francia. Todo disentiimiento particular cesó durante aquella crisis general. Quisieron terminar las operaciones diplomáticas antes de empezar las operaciones militares. El emperador de Austria, los reyes de Dinamarca, Baviera, Sajonia, Ha-

nover, Wurtemberg y los Países Bajos, los príncipes soberanos y las ciudades soberanas de Alemania; iguales en derechos en la dieta, bajo la presidencia honorífica de la casa de Hapsburgo-Lorena; libres en sus alianzas; formaron una confederación perpetua para su seguridad interior y exterior, su independencia y su inviolabilidad recíprocas. El hecho y aun la idea del antiguo Imperio romano fueron desechados de la nueva constitución; por el Austria como una carga, y por la Prusia como una amenaza. De suerte que la supremacía positiva sobre la Alemania quedaba á la Prusia, y el Austria se contentaba con la supremacía moral, para trasladar la acción de su influencia á los eslavos que deseaba conquistar, y á la Italia que deseaba envolver. En el mes de febrero de 1806, bajo pretexto de reparar los agravios que habia hecho á Napoleón, pero en realidad para ceñir la corona de hierro que este habia dejado caer, sobre las hostilidades sin aguardar la señal de la Francia ni la disolución del congreso de Viena. Despues de algunas marchas rápidas y ofensivas, se vió obligado á establecerse en una línea defensiva. Vencido en Tolentino y en Macerata, el imperioso Murat perdió el reino de Nápoles; con el que volvieron á entrar los Borbones con un ejército siciliano y el ejército austriaco tomó el camino de Francia, antes de que Napoleón pudiera emprender el de Bélgica.

Entre tanto el emperador se presentaba en las cámaras como un rey constitucional. Al escuchar el lenguaje del antiguo dictador, y á la actitud silenciosa de esa asamblea, les fácil prever que debían excluirse recíprocamente, que el des-

potismo y la libertad vuelven á encontrarse cara á cara, que Napoleon proscibirá á los representantes si es vencedor, y que será proscrito por los representantes si es vencido. La Europa no hace la guerra al emperador con intencion de restablecer al rey de Francia en el trono, puesto que declara en tésis general que no quiere « imponer á la Francia un gobierno particular. » La cámara de los representantes, elegida en virtud de la soberanía positiva del pueblo, cree ser llamada á dominar la soberanía problemática del príncipe, cualquiera que este sea. Por lo demás, todo depende de la voluntad divina, y nada de la humana: es un asunto entre Dios y Napoleon. El combate de Ligny no es menos admirable que todas sus antiguas victorias; pero la batalla de Waterloo es mas desastrosa que todas sus antiguas derrotas. De regreso á París, antes que los enemigos entraran en Francia, el emperador dice á sus ministros: « Para salvar la patria necesito que se me invista de un gran poder, de una dictadura temporal. » Y le contestan: « Que la cuestion está en las cámaras. » Estas, en efecto, debian restablecer el despotismo imperial á fin de rechazar la invasion extranjera con la espada de Napoleon, ó restablecer la libertad monárquica á fin de prevenir la ocupacion extranjera con el principio de Luis XVIII.

El primer partido fué desechado á consecuencia de una proposicion de Lafayette, quien exclamó: « Ya hemos hecho bastante por Napoleon; ahora nuestro deber es salvar la patria. » Al momento se oyeron mil imprecaciones contra Napoleon; varios diputados quisieron que la cámara votase su

destitucion; pero acordóse que una comision pasara á invitarle á que abdicara. Faltaba aun tomar una resolucion acerca del segundo punto. Así fué que los principales estadistas, y con ellos los principales jefes del ejército, concibieron la idea eminentemente patriótica de hacer proclamar por las cámaras á Luis XVIII, cuya sola mediacion podia detener á los aliados, que invadian ya todas nuestras fronteras. Guizot y Mounier fueron enviados á Gante para decir al augusto jefe de la casa de Borbon: «En 1814 vuestro gobierno cometió faltas; no satisfizo completamente los intereses, la vanidad, ni el principio de igualdad devoradora, alma de la nueva Francia, y la vieja Francia aristocrática se ha manifestado demasiado.» Luis XVIII, cuya alma era tan elevada, no creyó humillarse á los ojos de la Francia cargando con la responsabilidad de unas faltas mas imputables á su córte que á su persona. Pero los representantes llamados patriotas, temiendo que los Borbones desearan vengar en ellos la gran traicion de los *Cien-Dias*, establecieron una comision ejecutiva, especie de directorio, cuya presidencia obtuvo Fouché, despues de haber nombrado una comision diplomática presidida por Lafayette, la cual quedó encargada de trasladarse al cuartel general de los aliados á fin de tratar con ellos acerca de las bases de una paz sólida, y de examinar con el Czar, el emperador de Austria y el rey de Prusia «que forma de gobierno les convendria mas en sus relaciones con la Francia.» Para justificar á los ojos de la Europa que los anti-Borbones eran anti-franceses, osábase pedir un rey cualquiera al enemigo,

el cual se negó á sepultar el honor de la Francia en semejante vergüenza.

Nada mas triste que la situacion de París, donde algunos representantes proclaman el advenimiento de Napoleon II al trono imperial, mientras otros quieren proclamar la república. Fouché, Quinette y Carnot, miembros de la comision ejecutiva, confian obtener un armisticio escribiendo á Wellington: «Milord, acabais de enaltecer vuestro nombre con las nuevas victorias que habeis conseguido sobre los franceses.» Pero el general en jefe del ejército inglés les contesta: «Ningun armisticio puede verificarse mientras Napoleon Bonaparte esté en París y permanezca en libertad.» El mariscal Davoust, general en jefe del ejército francés, reitera la misma peticion; y Blücher, general en jefe del ejército prusiano, añade despues de Wellington: «Nosotros continuaremos nuestra victoria..... Mirad lo que debeis hacer.» Durante la noche del 2 al 3 de julio, los mariscales y generales declaran que toda resistencia es imposible. De modo que despues de haber querido cerrar la Francia á los Borbones, vense obligados á abrir las puertas de París á los extranjeros! Los falsos patriotas se dispersan, mientras los verdaderos se reunen para salir al encuentro del rey. Si no pueden reparar todas las desgracias de la nacion, gozarán á lo menos la suprema felicidad de poder decir con Luis XVIII: «No he sido yo quien ha entregado la capital á los extranjeros, sino la comision de gobierno compuesta de tres regicidas: Carnot, Quinette y Fouché.»

Aunque la Francia entera saludara la segunda restaura-

cion con mucho mas entusiasmo que la primera , es justo decir que expresaba mucha menos atraccion hácia los Borbones que repulsion hácia Bonaparte. Este fugitivo de la isla de Elba, ahora cautivo de la Europa, desapareció de la escena política, en la que no debia reaparecer. La isla de Santa Elena, que los viajeros franceses hacia poco habian saludado como la cuna de Venus (1), iba á ser el sepulcro del grande hombre. Dios le permitió, antes de su muerte, que comentara la obra, ó mejor dicho, todas las obras de su vida. El uso que hizo de la palabra escrita nos manifiesta hasta qué punto experimentaba la necesidad de justificar el injustificable uso que habia hecho de la espada. Un pensamiento fijo resume todas sus largas y múltiples consideraciones sobre sí mismo; y no es un pensamiento de amor á la humanidad, sino un pensamiento de odio y de venganza. Ya que los reyes y los pueblos se han reunido para abatirle, él solo, en pié sobre una roca perdida en medio de los mares, con una idea que ha encontrado proporcionada á su talla, desunir á los pueblos de los reyes, á fin de trastornar la tierra que ya no puede dominar. Ya que ha fracasado en la creacion de una nueva dinastía, por sí solo destruirá las antiguas, bajo pretexto de que no expresan aun mas que la soberanía divina en frente y en oposicion á la soberanía humana. Para alcanzar mejor este objeto revolucionario, profetiza catástrofes, haciéndose órgano de cierto inexorable fatalismo, segun el

(1) Viaje de M. Bory de Saint-Vincent. París, 1804.

cual la Europa será un dia cosaca ó republicana. Y por miedo de que sus escritos no sean considerados como una honrosa enmienda de sus propios actos, el conquistador que queria constituir una monarquía universal con la amalgama de los estados agobiados bajo el peso de su despotismo, pretenderá que jamás quiso constituir sino una república universal por medio de la independencia de las naciones libres y distintas! Semejante trasfiguracion retrospectiva sorprende á los hombres; y el gigante caido se levanta como un Dios! Su nombre transformado en ariete en las manos de la revolucion conmoverá por largo tiempo todos los tronos. Así debia triunfar en medio de la derrota y de la muerte! Pues habia despojado á las monarquías europeas del carácter humano que la soberanía divina debe siempre conservar, del mismo modo que habia despojado á la monarquía francesa, durante los *Cien Dias* y en su misma patria, del carácter eminentemente nacional que siempre conservara, aun en el destierro!

Confesémoslo francamente: aunque los monarcas aliados se hubiesen abstenido de dar el menor paso con tendencia al restablecimiento de los Borbones, su conducta justificó en cierto modo aquellas tristes represalias, puesto que hicieron responsables al gobierno de Luis XVIII y á la misma Francia de las desgracias que únicamente debian imputarse á Napoleon y á los jacobinos. Pero viendo á la nacion dividida en partidos, los reyes concibieron el proyecto de reparársela, con el fin, decian, *de tomar seguridades* para la sociedad europea. Luego que entraron en París,

como en una ciudad tomada por asalto, no respetaron, á pesar del convenio, los monumentos ni las personas. En vano Luis XVIII trató de salvar unos y otras. Cuando hubieron despojado nuestros museos: «Es preciso, le contestaron, herir todas la cabezas de la conspiracion ; de lo contrario , la Europa no tendria un año de tranquilidad.» La Francia misma luchaba con furor, por medio de la accion de sus diputados, contra la clemencia del rey, quien deseaba restablecer el órden en la monarquía, mediante la honrosa reconciliacion de los dos grandes partidos sociales, cuyo incesante antagonismo hacia el desórden revolucionario absolutamente intrincado. Pero habiendo la cámara de los *Cien Dias* proscrito la monarquía divina, sin calcular las consecuencias de colocar á la nacion francesa fuera de toda ley moral, la cámara inhallable quiso proscribir á su vez la república y el imperio, para establecer la soberanía del rey á pesar del rey, ó mas bien, la soberanía divina con exclusion de la soberanía nacional, sin calcular los resultados de colocar á la nación francesa fuera de toda ley humana. Despues de exigir la suspension de la libertad individual, la creacion de los tribunales prebostales y de los consejos de guerra, el destierro de los jefes del partido revolucionario y de los mas ilustres generales, y el suplicio de algunos de ellos, hubiera quizás solicitado la supresion de la Carta, si la casa de Borbon no la hubiese sostenido como una garantía de paz para la Europa y de salvacion para sus mismos enemigos, cuya destruccion pretendia el partido conservador. Luis XVIII, que conocia mejor el ofi-

cio de rey que el de *proscriptor*, hizo distribuir considerables indemnizaciones en dinero y pasaportes á los proscritos. La muerte de Labédoyere y del mariscal Ney, doble queja reproducida continuamente por la oposicion durante quince años, no puede echarse en cara al gobierno de los Borbones, fatalmente agitado entre la cámara que le deshonraba por sus actos y los reyes aliados que le humillaban con sus tratados!

Con todo, Luis XVIII defendió noblemente el honor de su corona. «La Europa debe tratar á la Francia, decia, no como país conquistado, sino como país libertado.» Talleyrand añadía: «El rey de Francia no es enemigo, sino aliado de los reyes de Europa; estos se han armado para ratificar el tratado de París; no se puede negociar sobre bases distintas sin faltar á la palabra dada.» Los aliados contestaban: «Aunque Napoleon haya caido, existe, sin embargo, un estado de guerra con la nacion, atendido á que ha existido durante los *Cien Dias* un gobierno de hecho legalmente establecido; luego nuestra conquista es legitima y podemos conservar las provincias ocupadas.» Talleyrand podia replicar y positivamente replicaba: «Todo lo que tuvo lugar en París durante los *Cien Dias* es ilegal; el verdadero soberano estaba en Gante; luego vuestra conquista no es una conquista. Vosotros habeis verificado una cruzada para restablecer un principio... restituidlo todo, puesto que nada habeis conquistado.» La doctrina que establecia que «habia conquista real sobre el gobierno de hecho,» prevaleció contra el gobierno de derecho. Como la Francia se hallaba excluida de

los consejos de Europa, á pesar de que estos se tuvieran en París, solo se trataba de realizar su desmembramiento. Talleyrand, que no esperaba ya vencer el rencor de Alejandro, cuya política habia combatido en el congreso de Viena, dió su dimision de ministro; y el duque de Richelieu, amigo particular del emperador de Rusia, tomó su cartera: pesada carga para todos, porque mejor que otro alguno, podia aligerar las cargas con que la Europa queria abrumar á la Francia! La indemnizacion de la guerra se disminuyó de cien millones, fijándose en setecientos; pero la cuestion de límites se debatió entre dos sistemas. Las potencias inexorables querian reducir la Francia á lo que era en tiempo de Enrique IV; y la Francia queria permanecer lo que era en 1792. Por fin, prevaleció un sistema mixto bajo la influencia de la diplomacia rusa, el cual mantuvo á la Francia en los límites que tenia en 1790. Fué, pues, doble victoria la que el duque de Richelieu alcanzó sobre la Europa. Sin embargo, firmó mas muerto que vivo el tratado de 20 de noviembre de 1815, porque los aliados exigian la ocupacion de una gran línea de plazas fuertes: condicion humillante que imponian á los Borbones, bajo pretexto de que Napoleon la habia aceptado en 1814, y la comision ejecutiva durante los *Cien Dias!* Si la Francia fué ocupada militarmente, á lo menos no fué desmembrada; el solo nombre de Richelieu habia salvado nuestra patria!

La nacion francesa debia considerar los tratados de 1815 como una violacion fragante de la Declaracion del 13 de marzo, en la que la Europa afirmaba que solo hacia la guer-

ra para mantener la paz del 30 de mayo de 1814, y por consecuencia, como colocando una série de iniquidades bajo la égida del derecho público; pero todos los estados cuya existencia amenazara la Francia por espacio de veinte y cinco años, hubieran firmado con gusto su sentencia de muerte. Este espíritu de reaccion implacable se manifestó en los últimos actos del congreso de Viena y en las conferencias diplomáticas de París. El engrandecimiento de varias monarquías europeas se verificaba á costa de la monarquía francesa, cuya reduccion solo sirvió para hacer aparecer toda su superioridad moral. Cuando se hubieron verificado las particiones, nadie quedó satisfecho, á pesar de haberse propuesto contentar á todo el mundo. No podia menos de suceder así, pues la Polonia católica se veía sometida á la Rusia griega; los antiguos electorados eclesiásticos de Alemania á la Prusia protestante, y no al Austria, su natural protectora, que quedaba anulada de hecho; la Bélgica papista á la Holanda calvinista; ciertas repúblicas á ciertos reinos; ciertas nacionalidades en otro tiempo independientes á ciertos príncipes extranjeros. De modo que aquellas divisiones del territorio de Europa, hechas por los reyes, no parecian arregladas, en la opinion de los pueblos, á las distribuciones de los destinos del mundo, que Dios repartió por sí mismo entre los diferentes estados que existen ó deberian existir. A pesar de tantos actos diplomáticos, todo permaneció indeciso, por no haber cosa alguna fijada por un principio incontestable ó incontestado. Confesábase implícitamente, con el establecimiento de semejante desórden, en presencia de

todas las sociedades atónitas, y disueltas como en la época del tratado de Westfalia, que no habia ya para el hombre, ni en religion ni en política, ninguna garantía fundamental, incondicional, buena en fin para servir de base al completo restablecimiento del orden público.

¿Podia ser de otro modo, cuando no se contaba con el Pontificado, esto es, con la autoridad moral, y cuando la autoridad material, única preponderante tanto en París como en Viena, era ejercida de hecho, muy á menudo sinónimo de derecho, por la Inglaterra y por la Rusia, que reconstituian el equilibrio entre todos los estados para establecer tarde ó temprano su dominacion exclusiva: esta en todo el continente, y aquella en todos los mares? El mundo, pues, no se habia levantado contra la servidumbre napoleónica, sino para recaer bajo el golpe de otras dos servidumbres! Es verdad que Alejandro se esforzaba para tranquilizar á los demás grandes monarcas, poniendo su nuevo sistema de equilibrio bajo su salvaguardia, é indicándoles en el congreso de Viena, «los medios de resistir, si necesario fuese, á la misma fuerza que mas hubiera contribuido á establecerlo;» y el gabinete de Lóndres se esforzaba tambien para tranquilizar á los pueblos, reclamando para ellos de cada gobierno instituciones representativas, á fin de que, únicamente preocupados con su libertad individual, no se apercibieran de que ella cada dia desarrollaba mas su sistema de avasallamiento universal. La Rusia, que no tenia nada de comun con la antigua Europa, y que estaba penetrada mas que cualquiera otra nacion de los verdaderos

sentimientos del deber en la humanidad, queria, despues de tantos actos de profunda inmoralidad, fundar el porvenir de la nueva Europa en un principio moral, para abrir la era de la política conservadora y cerrar la de la política revolucionaria. En cuanto á la Gran Bretaña, penetrada mas que ninguna otra de los verdaderos sentimientos del derecho humano, pero debiendo su grandeza material al espíritu mismo de la revolucion, y subordinando siempre en sus relaciones exteriores las altas ideas de justicia á los intereses de su industria, no queria entrar de un modo definitivo en una ni otra senda, á fin de seguirlas ó abandonarlas alternativamente, segun las necesidades sucesivas de su nacionalidad marítima, en contradiccion con las necesidades permanentes de la Europa continental.

Ahora bien, el emperador Alejandro comprendia perfectamente que la constitucion política de Europa, tal como se habia fijado por los tratados de Viena y de París, era insuficiente si no se fijaba al mismo tiempo la constitucion moral del mundo. Así es que trató de reconciliar todas las iglesias disidentes, á fin de reconciliar todos los estados disidentes, y hacer desaparecer todas las divisiones humanas, siempre sumamente fatales, para restablecer la unidad providencial en la direccion que se trataba de dar á los pueblos, puesto que se queria garantir su bienestar. Este gran pensamiento, mal definido, engendró el acta de la santa alianza, la cual fué redactada por el emperador de Rusia y firmada por el de Austria y el rey de Prusia. Tres monarcas, jefes de las naciones germánicas y eslavas, «manifestaban á la

faz del universo su determinacion irrevocable de no tomar por norte de su conducta, tanto en la administracion de sus respectivos estados, como en sus relaciones políticas con cualquier otro gobierno, sino los preceptos de la religion cristiana: preceptos de justicia, de caridad y de paz, los cuales, léjos de ser aplicables solo á la vida privada, deben, por el contrario, influir directamente en las relaciones de los príncipes y dirigir todos sus pasos, por ser el único medio de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones.» La mayor parte de los soberanos de Europa accedieron á ese tratado, no por sus naciones, sino por sus personas ; solo el Papa protestó por sí y por la Iglesia contra aquel convenio, así como anteriormente lo habia verificado contra todos los actos del congreso de Viena. Es indudable que Luis XVIII no podia admitir como rey de Francia un principio diplomático, cuyo objeto fundamental, si no especial, era impedir las reacciones de la Francia revolucionaria sobre la Europa conservadora, en tanto que no se hubiera determinado lo que debia considerarse como revolucionario y conservador, pues que en el presente estado de cosas nada era mas fácil que asimilar la conservacion á la inmovilidad, y la revolucion al progreso, matando así con la resistencia á la humanidad, que solo vive por el movimiento. Los demás príncipes tampoco podian admitirla, porque la consideraban incompatible con la libertad de los pueblos, de la cual venia á ser garante su autoridad. Y el Papa, monarca universal, no podia admitir la santa alianza celebrada por tres reyes que, perteneciendo cada uno de

ellos á una de las tres grandes iglesias cristianas , representaban en su liga toda la cristiandad, sin deponer las tres coronas de que se compone la tiara, para expresar la dominacion positiva que ejerce ó debe ejercer sobre las tres sociedades distintas que contribuyen ó deben contribuir , con igual importancia , á la constitucion moral del mundo (1). Pues como Padre de los príncipes y de los reyes, su autoridad pontificia participa mas ó menos ostensiblemente de la autoridad política de todos los estados ; como vicario de Jesucristo, no puede afirmar la existencia de las iglesias particulares, porque fuera negar la existencia de la Iglesia universal , de la que es el jefe supremo ; y como director del globo terrestre , no reconoce tal ó cual confederacion accidental y fortuita, de objeto indeterminado, pero sí reconoce ó debe reconocer la confederacion general y permanente, que tiene por objeto la union absoluta de los pueblos entre sí, con el único fin de determinar la mision divina de todas las sociedades humanas.

De modo que el tratado de la Santa Alianza prueba que todo el mundo conocia generalmente la necesidad de orden moral en la unidad, y que nadie podia en medio de tantas divisiones políticas, sociales y religiosas, definirlo de un modo positivo y racional. Sin embargo, se entendieron acerca de la manera de fijar la legitimidad de los reyes, considerada como regla de seguridad general y de estabilidad universal; pero no se entendieron acerca del modo de fijar

(1) Hoené Wronski, *Reforma absoluta del saber humano*. Tom. II, pág. 503.

—Carta á los Sumos Pontífices.

la legitimidad de los pueblos, considerada como principio del movimiento propio á cada Estado y del progreso necesario á todos los estados. Esto no quiere decir que los soberanos desconocieran los derechos de sus súbditos; la Santa Alianza, muy léjos de ser la sancion del despotismo, era, por el contrario, la augusta sancion de la libertad. Pero cada rey quiso quedar en libertad de dar á su autoridad la forma que juzgase necesaria. Sin embargo, las monarquías constitucionales ó representativas reemplazaron las monarquías absolutas en casi toda la Europa. Alejandro, nuevo rey de Polonia, volvía la existencia á un antiguo reino, dándole un gobierno distinto, una representacion nacional, una administracion nacional, un ejército nacional y una legislacion liberal y nacional, sin volverle su destino. Francisco I se comprometia á restablecer en Austria, en Bohemia, en Hungría y en el reino Lombardo-Veneto, instituido bajo la direccion de un virey, los estados provinciales con un valor constitucional, atendido á que tenian por base leyes, costumbres y tratados. Federico Guillermo III «manifestaba que se estableceria *una representacion del pueblo* en la monarquía prusiana; que la asamblea de los representantes del país se elegiria entre los estados provinciales; y que una comision, compuesta de funcionarios públicos y de habitantes de las provincias, cuyo mérito y prudencia fuera indudable, se ocuparia de la organizacion de los estados provinciales, de la representacion del país, y de la redaccion del acta constitucional, con arreglo á los principios establecidos.» Nuevas instituciones mas ó menos liberales fueron igual-

mente otorgadas por los reyes de Wurtemberg, Sajonia, Baviera y Hanover, y por los príncipes de los demás estados germánicos, recordando bajo formas especiales los principios de aquellos gobiernos representativos que desde los mas remotos tiempos expresaban el derecho comun en Alemania. Cada soberanía independiente de Italia siguió tambien, pero de léjos, ese movimiento de progresion general. El mismo Fernando IV prometió á los napolitanos una constitucion análoga á la de Sicilia; únicamente Fernando VII, enemigo de las ideas liberales que habian salvado á la monarquía española y á todas las monarquías, resolvió abolir la constitucion de las córtes con riesgo de perder la corona por sus despóticos actos.

En la mayor parte de los estados las asambleas políticas se reunian en épocas mas ó menos próximas y mas ó menos lejanas, por un período mas ó menos corto y por objetos mas ó menos determinados; mientras que en los Países Bajos se reunian, como las asambleas políticas de Francia y de Inglaterra, en épocas fijas y deliberaban sobre toda clase de negocios. La monarquía representativa era un hecho generalmente adquirido. Cada súbdito podia examinar, en virtud del derecho de libre exámen, tanto la justicia como la iniquidad de los actos del soberano. Esta inapreciable facultad, destinada á servir de garantía á la dignidad humana, debiera ser siempre buena; con todo, algunas veces llega á ser perjudicial, porque con frecuencia el hombre prefiere las máximas del mal á las del bien. Sin embargo, al salir de una crisis que habia trastornado la Europa has-

ta en sus cimientos, se experimentaba en todas partes una necesidad de calma y de reposo. Pero en la opinion de los pueblos la nueva forma de gobierno era inseparable de un nuevo órden de sociedad. A pesar de que la Francia hubiese sido vencida por la Europa, la igualdad no se conformaba de ningun modo con abandonar sus conquistas al feudalismo. Durante todo el tiempo que Napoleon prosiguió la destruccion positiva ó moral de las sociedades públicas en un sentido de despotismo, los reyes habian favorecido la creacion de las sociedades secretas que se organizaban para obtener la independendencia. El mundo oculto habia salvado ya al mundo oficial; pero podia destruirlo si por una lamentable inconsecuencia ó por una funesta ceguedad no se tenian en cuenta las nuevas ideas para atenerse á las ideas retrógradas y rancias; por no saber conciliar el antagonismo de los derechos con el deber, el del principio del movimiento con el del principio de estabilidad, el de las prerogativas de la nobleza con el de las doctrinas de la igualdad humana, esto es, la contradiccion del pasado y del porvenir.

Desgraciadamente, los príncipes que en el congreso de Viena se habian esforzado en derribar el derecho feudal, se esforzaron en mantenerlo en cada sociedad. De esto resultó que el derecho público de los distintos estados se halló fundado en oposicion al derecho público de Europa. En todas partes se levantaron instituciones defectuosas, insuficientes é incompletas entre los pueblos y los reyes. No hay duda que estos manifestaron un verdadero afecto á aquellos, pro-

tegiendo sus intereses con el mayor celo; pero los súbditos no tardaron en manifestar cierta repulsion hácia los soberanos, porque no participaban de sus principios. Desde entonces hubo un conflicto entre las córtes mas ó menos aristocráticas y las sociedades mas ó menos adictas á la igualdad. Este conflicto promovió por un lado la negacion general del derecho humano por el derecho divino, y por otro la negacion general del derecho divino por el humano. Y como de un extremo al otro de Europa la monarquía se veia obligada á resistir á la república, en vez de obtenerse una reforma universal, solo se consiguió una descomposicion universal. Habiendo las sociedades oficiales proscrito las sociedades secretas bajo pretexto de que tendian á la anarquía, las sociedades oficiales fueron proscritas á su vez por las sociedades secretas bajo pretexto de que eran un obstáculo á los progresos de la humanidad. Mil poderes ocultos declararon la guerra á los poderes públicos; y la Santa Alianza de los pueblos amenazó á la Santa Alianza de los reyes. De modo que no habiendo sabido los estadistas resumir todas las miras de Europa en una sola consideracion política, social y religiosa; por un lado las sociedades oficiales pretendieron imponer el deber sin tener en cuenta el derecho, y por otro las sociedades secretas pretendieron imponer el derecho sin tomar en cuenta el deber. Excluidas estas del mundo real, se desenvolvieron en el mundo imaginario; y su espíritu, que habia empezado por ser regenerador, concluyó por ser destructor de toda forma de gobierno y de todo órden social.

Las naciones se habian reconciliado, pero los partidos eran irreconciliables en cada sociedad, porque ya no podian ponerse de acuerdo respecto á las personas ni á las cosas; ni respecto á la autoridad, ni á la libertad. En Francia los ultra-realistas de la cámara inhallable, no contentos con declamar contra la revolucion y contra la democracia moderna, pretendian destruir la centralizacion parisiense, el individualismo y la anarquía moral, menos para crear un nuevo orden social, que para resucitar el antiguo régimen feudal con sus corporaciones, su federalismo provincial, su aristocracia territorial, su clero propietario y su principio monárquico presentado como dogma religioso; mientras que los llamados patriotas, desterrados en Bruselas ó de regreso á su patria, no contentos con declamar contra los Borbones y contra la monarquía, pretendian destruir con sus tramadas en el interior, y con sus intrigas en el exterior, la antigua dinastía y el nuevo orden político, menos para crear una nueva dinastía, á pesar de que indicaran los nombres del príncipe de Orange, del duque de Orleans y del duque de Reichstat, que para resucitar el antiguo régimen igualitario de la Convencion con sus leyes agrarias, sus expropiaciones y su principio republicano presentado como dogma religioso. Rechazando á la vez Luis XVIII el partido que trabajaba para conseguir la futura destruccion del orden presente, y el partido que trabajaba para reedificar un pasado cuyo regreso era imposible, pronunció la disolucion de la cámara demasiado aristocrática, á fin de poner la accion de su poder en las clases medias, ó mejor, en la

verdadera sociedad. Las medidas excepcionales cedieron su puesto al derecho comun, y la mayor parte de los desterrados regresaron á su patria, donde les aguardaban altos cargos políticos, administrativos y militares. Pues repudiando la corona á la antigua Francia, muerta á los golpes de la república y del imperio para no renacer jamás, esforzábase con valentía para identificarse con la nueva Francia á fin de sacarla de sus fatales sendas, y ponerla en el camino providencial. Pero no habiendo seguido los partidos ese noble impulso, resultó que la corona habia armado contra sí á sus imprudentes amigos, quienes querian completar su propia victoria con riesgo de comprometer los destinos del Estado, sin haber desarmado á sus implacables enemigos, quienes querian vengarse de su derrota, con riesgo de comprometer todos los destinos del mundo.

Por mas siniestra que fuera aquella doble oposicion, no impidió al gobierno real volver, si no ya la unidad, á lo menos la confianza al país. Los reyes de Europa habian estipulado que la Francia permaneceria ocupada militarmente durante cinco años; y que este tiempo podria acortarse si pagaba una fuerte contribucion de guerra, si restablecia la paz y el órden en su interior, y si ya no ofrecia á los estados vecinos el mal ejemplo de la anarquía. Pero, á pesar de las varias tentativas hechas con objeto de derrocar la dinastía de los Borbones, estos príncipes dieron tal impulso á la prosperidad nacional, que la Francia pudo en 1818 satisfacer los mil millones de indemnizacion reclamados por la Europa, y redimir su independecia, conforme con los

tratados. Abrióse en Aquisgran un congreso á los ojos del rey de Prusia y del emperador de Rusia. Luis XVIII intervinó en él entre la Europa y la Francia á título de mediador; el partido ultra-realista y el partido llamado patriota intervinieron también en él con sentimientos anti-patrióticos: este para pedir que se derribara á los Borbones, y aquel para impedir la evacuación del territorio francés. Animados los aliados por tan culpables gestiones, quisieron quitarnos las provincias del Norte y del Este. El mapa fatal tenía ya la triple firma de la Inglaterra, de Austria y de la Prusia; solo faltaba la de la Rusia. Pero el emperador Alejandro, conmovido por las desgracias de la Francia, é inspirado sobre todo por los verdaderos principios de justicia, mereció ser llamado el héroe de Europa, protestando contra aquel acto de iniquidad. Después de haber declarado terminantemente «que la fermentación de la Alemania,» debía imputarse menos á los gobernados que á los gobernantes, porque el rey de Prusia y el emperador de Austria «no habían hecho bastante para sus pueblos,» el emperador de Rusia concedió varias audiencias al duque de Richelieu, y puso en sus manos el mapa sobre el cual se había trazado la línea de partición con tinta encarnada, dirigiéndole estas palabras: «Vuestra nación es valiente y leal; ha soportado sus infortunios con resignación heroica. ¿Creeis que puede evacuarse? ¿Juzgais que el gobierno está bastante consolidado? Decidme la verdad; pues ya lo sabeis, soy amigo y admirador de la Francia; no quiero mas que vuestra palabra.» «Jamás, respondió el duque, jamás nación alguna fué

mas digna, ni estuvo mejor preparada para el gran beneficio que va á deber á la magnanimidad del emperador.» «Querido Richelieu, prosiguió Alejandro, vos sois la misma lealtad; yo no temo en Francia el desarrollo de los principios liberales. Yo soy liberal, sí, muy liberal; pero temo á los jacobinos, les odio... La Europa ya no quiere jacobinismo.» El emperador de Rusia defendió personalmente la causa de la Francia y se obtuvo su libertad. Entonces fué cuando Luis XVIII, alma verdaderamente real, pronunció las siguientes palabras verdaderamente nacionales: «Ya he vivido bastante, puesto que he visto libre la Francia y ondear la bandera francesa en todas las ciudades francesas... Ya solo habrá franceses en Francia!»

Pero no era suficiente que nuestro país volviera á su destino particular; era necesario volverle á su destino universal. Todo cuanto se habia hecho en Europa desde 1815, se habia hecho sin la Francia, á pesar de la Francia y contra la Francia! Así es que el duque de Richelieu se apresuró á reclamar su admision en los grandes consejos diplomáticos. Nada se negó al sobrino del gran cardenal. Cuando se lo hubieron concedido todo, el emperador de Rusia, acompañado ó seguido de su hermano el gran duque Constantino, virey de Polonia, y el rey de Prusia, acompañado de su hijo el príncipe Carlos, fueron á París para felicitar por ello al rey de Francia. Poco antes habian visto á la Francia pobre, triste y humillada; ahora la ven rica, feliz y altiva! Todos los desastres acumulados por la catástrofe de los *Cien Dias*, los ha borrado una

prosperidad milagrosa ! El presente la promete un porvenir enteramente digno de su pasado. Ya la elocuencia francesa sube á la tribuna, del mismo modo que el valor francés subía en otro tiempo al asalto ; pero la palabra de la Francia emancipa á todos los estados que su espada antes subyugaba. Nacion soberana entre todas las naciones , impone á la vez el respeto de su pabellon y el imperio de sus ideas ! Ningun obstáculo se opone ya al desarrollo de su poder moral , y si aun se presenta alguno al desarrollo de su poder material , estad seguros de que la casa de Borbon, emblema de la estabilidad política y del progreso social, sabrá garantizar el desarrollo de su poder absoluto ! La barrera, pues, que los tratados de 1815 han levantado contra la Francia, caerá por sí sola. La Europa no podrá , por otra parte, considerar como una constitucion territorial definitiva lo que la Francia solo considera como una constitucion provisional. Esa saludable contradiccion, que mantiene un estado de guerra civil oculto en medio del estado de paz oficial, puede ser fatal á la restauracion si las facciones interiores , siempre implacables y ciegas , sirven de instrumento á la Inglaterra, cuyo antiguo odio contra la Francia jamás quedará saciado. Pero entonces , mientras segun la opinion de los que solo ven de todos los acontecimientos la superficie , la monarquía francesa habrá sucumbido á los golpes de los partidos sociales ó anti-sociales ; segun la opinion de los que ven el fondo de todos los acontecimientos, la monarquía francesa, tornando á ser la mas alta institucion del mundo , habrá sucumbido á los golpes del extranjero y porque agrandaba demasiado el país.

CAPÍTULO XXXIII.

Derrota moral de la monarquía.

SUMARIO.

Haciendo los reyes prevalecer la superioridad del derecho divino sobre el derecho humano, inspiran á los pueblos el deseo de hacer prevalecer la superioridad del derecho humano sobre el derecho divino.—Antagonismo universal de estos dos principios.—Oposicion de la monarquía constitucional y de la monarquía absoluta.—Vicios de su respectiva organizacion.—La prensa llega á ser un poder directivo.—Los pueblos se separan de los reyes.—Congreso de Aquisgran.—Talento de Luis XVIII.—El gobierno y la oposicion durante su reinado.—Las sociedades secretas se organizan en todos los estados para preparar un nuevo órden social y una nueva forma de gobierno.—El Austria quiere colocarse á la cabeza del movimiento gubernamental, á fin de organizar una resistencia general.—El príncipe de Metternich en Carlsbad.—Circular dirigida al gabinete de las Tullerías por las córtés de Viena y de Berlin —Luis XVIII modifica la ley electoral.—Explosion del espíritu revolucionario en Francia.—Asesinato del duque de Berry y nacimiento del duque de Burdeos.—Revolucion de España, de Portugal, de Nápoles y del Piamonte.—Congreso de Troppau.—En él las córtés de Viena, de San Petersburgo y de Berlin, proclaman el principio de intervencion, al cual el gabinete inglés opone el de no intervencion.—Congreso de Leibach.—El Austria interviene en el reino de Nápoles y en el Piamonte.—Restauracion de estas dos monarquías.—Congreso de Verona.—La Francia interviene en España á pesar de la Inglaterra.—Canning y el supuesto partido liberal francés.—Campaña de España.—Restauracion de Fernando VII.—Carácter de este príncipe.—La Inglaterra quiere romper la cuádruple alianza de Francia, Rusia, Prusia y Austria.—Cuestion griega.—Formacion de las *heterias*.—El emperador Alejandro y las naciones albanesas, griegas ó eslavas.—Muerte de Luis XVIII.—Popularidad de Carlos X cuando su advenimiento al trono.—Muerte de Alejandro, y advenimiento de Nicolás I al trono de todas las Rusias.—La Francia, la Inglaterra y la Rusia quieren ser mediadoras entre la Turquía y la Grecia.—Negativa de la Puerta Otomana.—Tratado de Londres.—Armisticio aceptado por Ibrahim-Bajá.—Su rompimiento.—Batalla de Navarino.—Negociaciones secretas entre Carlos X y Nicolás I.—Recomposicion del mapa europeo.—Guerra de la Rusia contra la Turquía.—La Inglaterra y la Rusia amenazan á la Francia con una revolucion.—Actitud hostil de los partidos respecto á Carlos X.—Expedicion en Morea.

—Tratado de Andrinópolis entre la Rusia y la Turquía, obtenido por la triple cooperacion de la Francia, del Austria y de la Inglaterra.—Expedicion de Argel.—No pudiendo la Inglaterra entenderse con el gobierno francés, trata de entenderse con la oposicion para verificar una revolucion dinástica.—Jornadas de julio y agosto de 1830.—La caida de la casa de Borbon es la caida de la Francia.—Luis Felipe, proclamado rey, y reconocido como tal por los demás soberanos, expresa la derrota moral de la monarquía.

Sabido es por qué y cómo los monarcas de Europa, cuya mayor parte querian restablecer la unidad moral y política, así en el seno de sus sociedades particulares como en el seno de la sociedad general, por medio de la introduccion progresiva del régimen constitucional en cada estado y por el de la formacion de una Santa Alianza entre los diferentes estados, solo consiguieron establecer á su alrededor y entre ellos el temible dualismo del partido del derecho humano y del partido del derecho divino, los cuales desde entonces se disputan el gobierno de los pueblos. Así debia ser. Cuando tres soberanos, creyendo representar toda la cristiandad, porque pertenecen á tres partidos religiosos constituidos bajo la forma de tres diferentes iglesias cristianas, se aproximaban en virtud de la Santa Alianza para crear una república real universal, bajo pretexto de determinar la nueva direccion moral ó religiosa que se trataba de dar al siglo XIX, ¿no debia esperarse que el Soberano Pontífice reclamaria sus derechos, bajo pretexto de determinar esa direccion moral de la humanidad para crear una monarquía republicana universal, porque en su calidad de Vicario de Jesucristo representa moralmente, ó mejor dicho, en principio, toda la cristiandad, aunque positivamente, ó mejor dicho, de hecho, no represente sino un partido religioso

constituido bajo la forma de la Iglesia católica? Y cuando cada rey, creyendo representar por sí solo una sociedad entera, introducía en su gobierno, en nombre de la superioridad del derecho divino, expresión de un partido, el sistema constitucional, llamado así con toda propiedad, que expresa ó debe expresar la igualdad preestablecida entre el partido del derecho humano y el partido del derecho divino, ¿no debía esperarse que cada pueblo, creyendo igualmente representar por sí solo una sociedad entera, querría introducir otro sistema constitucional en su propio gobierno, para hacer prevalecer la superioridad del derecho humano, expresión de otro partido? No habiéndose, pues, podido restablecer la unidad entre soberanos, ni entre súbditos, resultaron mil divisiones que establecieron bajo la forma de antagonismo: por un lado, las monarquías constitucionales y las monarquías absolutas cuya degeneración conduce á la tiranía; y por otro, las sociedades oficiales agrupadas al rededor de los tronos, pero excluyendo el derecho humano por el derecho divino, y las sociedades secretas excluyendo el derecho divino por el humano, pero agrupadas al rededor de la república cuya degeneración conduce á la anarquía.

En tanto que la Francia estuvo ocupada militarmente, el duque de Wellington mandó el ejército de ocupación, y fué verdaderamente el generalísimo de la Europa. Unida de esta suerte la Inglaterra al sistema de las potencias continentales, no pudo adoptar una política particular, á pesar de que ansiara explotar en pro de un patriotismo mercantil y

revolucionario á la vez: por una parte, la oposicion de los gobiernos constitucionales y de los gobiernos absolutos, bajo pretexto de regenerar el principio de autoridad; y por otra, la oposicion de los reyes y de los pueblos, bajo pretexto de regenerar el principio de libertad. Por lo demás, ese doble antagonismo era menos una cuestion presente que futura, puesto que de todas partes se esforzaban aun para reconstituir la unidad de los principios en la diversidad de las formas políticas; puesto que ningun soberano, excepto el rey de España, se atrevia á disputar á sus súbditos la facultad de tomar parte de un modo determinado en la perfeccion de las leyes, ni la de manifestar libremente su pensamiento acerca de los actos del poder, segun las máximas adoptadas en el congreso de Viena, constitutivas de los verdaderos derechos del hombre en sociedad. Los principios generales de gobierno se habian discutido y fijado por todos los monarcas reunidos; pero no era lo mismo respecto á las formas particulares de gobierno, las cuales debian discutirse y fijarse por cada monarca aislado. Podia elegirse entre la constitucion francesa y la constitucion inglesa. Esta, que los mas populares publicistas preconizaban desde hacia un siglo, no disgustaba del todo á los reyes, porque tenia por base el derecho hereditario, sin excluir la eleccion, y una poderosa aristocracia que excluia la igualdad; aquella, que apenas databa de algunos dias, gustaba mucho mas á los pueblos, porque tenia por base la igualdad y la eleccion, excluyendo la aristocracia y el derecho hereditario. A pesar de que semejante contradic-

cion no fuera un problema insoluble, podia, sin embargo, llegar á serlo, si se atribuia un valor absoluto á cada uno de estos dos principios opuestos, á los que no debia atribuirse sino un valor relativo. Considerado bajo este punto de vista, el porvenir de la monarquía europea, obligado á buscar un punto de fijeza, y por consiguiente una regla de seguridad, entre el movimiento descendente de la aristocracia, ó de las altas clases, y el movimiento ascendente de la *bourgeoisie* ó de las clases inferiores, dependia enteramente de la solucion de este problema, que es el único que podia y debia hacer imposible el porvenir de la república. Habiendo los monarcas determinado por medio de la introduccion progresiva y casi general de las constituciones en sus gobiernos las respectivas atribuciones de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, sin duda se lisonjearon de poder realizar la unidad en cada estado en virtud de esta triple subdivision de la autoridad buena para garantizar las distintas relaciones de los hombres entre sí; pero no habiendo determinado el verdadero objeto, faltóles el medio de alcanzarlo; pues para esto hubiera sido preciso crear un cuarto poder que hiciese contribuir todas las relaciones humanas al mismo objeto del Estado.

Ahora bien, como los pueblos necesitan siempre recibir una direccion cualquiera, sucedió que aquel poder directivo, que no tenia su origen en el gobierno, se formó al lado del gobierno, y sirvió mucho menos las miras de este que las de la oposicion. La prensa diaria debia llenar esta funcion magistral; pues solo ella podia tener la mision de des-

cubrir y propagar la verdad; desgraciadamente solo trabajó para propagar la mentira y el error. En vez de buscar en la verdadera ciencia un principio superior á la autoridad y á la libertad para identificarlas, en virtud de un nuevo sistema de realidades gubernamentales ó prácticas, arrojó la censura sobre todos los actos de la autoridad, cualesquiera que fuesen, y se hizo omnipotente en razon á su misma ignorancia, porque encontraba un elemento de seducción ó de fascinacion popular en el caduco sistema de utopías que la supuesta filosofía del siglo XVIII habia restaurado en nombre de la libertad. Así las paradojas individuales llegaron á ser poco á poco persuasiones generales, y se favorecieron, no las tendencias monárquicas de las sociedades, sino sus tendencias republicanas. Es imposible explicar de otro modo el imperio ilimitado que la prensa ha ejercido desde entonces en Europa, y sobre todo en Francia, donde mas tarde se le ha dado el nombre de *cuarto poder*: expresion móvil y defectuosa, hija de un gran pensamiento, que importa mucho fijar bajo cualquiera forma constitutiva que sea. En efecto, la institucion que necesita ser siempre dirigida y vigilada para evitar sus fatales extravíos, no habria llegado á ser jamás vigilante y directora á gusto de los partidos, si no se hubiese dejado en la constitucion del Estado moderno un gran vacío que debiera haberse llenado conforme con los deseos de las sociedades. Trocados de esta suerte los papeles, la anarquía se desenvolvió en perjuicio del órden. Cada gobierno solo pudo entonces apoyarse en la fuerza material, porque la fuerza

moral estaba al lado de la oposicion. Así es que el estado de guerra duró en tiempo de paz. La Europa fué gobernada militarmente en vez de serlo civilmente. Despues de haber prometido restablecer «la independenciam de las naciones, dándola por base la justicia, la moderacion y las ideas liberales, harto tiempo borradas por el despotismo militar del libro de los derechos civiles y políticos de los pueblos,» se estaba obligado á desconocer todas las obligaciones contraidas. Pero desde que los reyes quisieron resistir á la libertad, porque no sabian definir su propia autoridad; armándose todos los pueblos de un derecho formalmente reconocido, quisieron resistir á la autoridad, aun cuando no supieran definir su propia libertad.

Esa doble reaccion se manifestó en toda la Alemania despues del congreso de Aquisgran, en el cual el emperador de Austria y el rey de Prusia acordaron entre sí ciertas medidas para reprimir las tendencias revolucionarias y destructoras de las sociedades secretas; sin acordar otras medidas para dirigir las tendencias regeneradoras de las sociedades oficiales. Estos dos soberanos pretendian comprimirlo todo con un objeto de estabilidad, sin organizar cosa alguna con un objeto de progreso. Como tal indiferencia al bien hacia prever catástrofes, el emperador de Rusia dijo al rey de Prusia, que *eso concluiria mal*. Luis XVIII, cuya política no era retrógrada como la de ciertos príncipes, enseñaba á su pueblo el camino que siempre debiera haber seguido para justificar aquellas palabras de Shakspeare: «A menudo una caida solo es un medio de levantarse con mas alti-

vez y mas grandeza.» Despreciando las resistencias de familia, quiso colocarse á la cabeza del movimiento nacional. Ochenta mil propietarios ó simples subsidiarios obtuvieron el derecho electoral en cada departamento; y Lainé, ministro del interior, dijo al tiempo de hacérselo conceder: «Si la Francia abusase de una ley que establece lealmente la alianza de la corona y de la nacion; si conducida al puerto por una mano benéfica se alejase de él voluntariamente para desafiar nuevas tempestades, tal pueblo no fuera gobernable, y de él nada podria prometerse.» Despues de establecer el derecho electoral, establecióse el de ascenso en el ejército; de modo que ya no hubo ninguna existencia privilegiada en el seno de la sociedad militar ni en el de la sociedad civil, estando ambas igualmente fundadas en el principio de la igualdad. Pero la antigua nobleza francesa, que en otro tiempo tenia el privilegio exclusivo de defender y servir al trono, porque representaba el derecho divino, debió ceder el paso á las nuevas notabilidades de la revolucion y del imperio, á pesar de que solo representaran el derecho exclusivamente humano, y á pesar de que su educacion política, formada en medio de los acontecimientos mas subversivos y de los encumbramientos mas sorprendentes, pudieran encontrar muy natural romper un dia ú otro con el principio monárquico, no creyendo romper con la monarquía.

Las primeras elecciones pusieron en abierta lucha el gobierno real con la oposicion aristocrática y ultra-conservadora; las segundas con la oposicion supuesta popular y

positivamente revolucionaria, puesto que el partido realista se vió de pronto frente á frente de un regicida , el abate Grégoire , y la monarquía , en presencia de la república representada por Lafayette , Manuel y Argenson , jefes del partido de los *independientes*, los cuales no podian agruparse en derredor de un príncipe nacional , despues de haber ofrecido el trono de Francia á todos los príncipes extranjeros. Era tanto mas significativo el nombramiento de estos hombres , cuanto que revelaba ostensiblemente la obra de una propaganda subversiva, realizada en la sociedad oficial por las sociedades secretas. No habiendo querido ningun monarca, durante los *Cien Dias* , entenderse con ellos porque habian usurpado el poder público para impedir la restauracion de los Borbones, Lafayette, Manuel y Argenson trataron luego de entenderse con los pueblos, desde que se habian apoderado del poder oculto. Como la rama primogénita de la casa de Borbon con una conducta enérgica y liberal contenia sus conspiraciones, resolvieron empeñar la lucha contra las dinastías de España y Nápoles : ramas segundas de aquella augusta casa. Con este objeto se enviaron muchos emisarios á la Calabria , donde estudiaron la forma y la accion del carbonarismo , y de donde volvieron con el pensamiento de aplicar su organizacion á todas las sociedades secretas de Europa, á las cuales se haria adoptar esta triple y engañosa divisa: LIBERTAD, IGUALDAD, FRA-TERNIDAD. La Santa Alianza de los pueblos tuvo entonces su símbolo , lo mismo que la Santa Alianza de los reyes. Los revolucionarios de Francia dieron la mano á los carbo-

narios de España , de Nápoles , del Piamonte y de la Lombardia , que era la que debía dar los primeros golpes; á los cartistas de Inglaterra , que , reunidos á millares en Manchester, se decian entre sí : *Está pronto; mantente firme* ; y á los iluminados de la Alemania , que provistos de un puñal y llevando una calavera con esta inscripcion : *Ultimatio populorum* , exclamaban : «Las revoluciones son tan necesarias á los pueblos , como la respiracion á los hombres. En el momento de la ejecucion uno de nosotros se pondrá á nuestra cabeza , y , como otro Ziska, tendrá la Biblia en una mano y la espada en la otra. Solo un trastorno general puede salvarnos ; derribemos los tronos de Alejandro, de Federico Guillermo y de Francisco. Será indispensable que en cada árbol , á lo largo del camino de Berlin á Carlottemburgo , ahorquemos á un servidor del trono ; y aun esto no será suficiente.» En fin , los *eslavos reunidos* , distribuidos en cuatro monarquías , se agitaban para no formar mas que una sola confederacion ó república, con las ocho naciones eslavas, á saber: la Rusia, la Polonia , la Bohemia , la Hungría , la Dalmacia , la Moravia, la Servia , la Transilvania , la Moldavia y la Valaquia. De un extremo al otro de la Europa habia, pues, antagonismo entre las sociedades oficiales y las sociedades secretas; pues si las primeras querian realizar para la conservacion de los estados las instituciones monárquicas en su entera pureza, que consiste en hacer universal la autoridad soberana en el único jefe de cada dinastía ; las segundas querian realizar igual, pero contradictoriamente, mediante la trasformacion

de los estados , las instituciones republicanas en su entera pureza, que consiste en individualizar la autoridad soberana en todos los miembros de cada sociedad.

Era tanto mas formidable esa lucha del derecho divino y del derecho humano, de la soberanía del rey y de la soberanía del pueblo , cuanto que iba á hacerse permanente. En vez de afirmarse recíprocamente para hacer reconocer su valor relativo, se negaban recíprocamente para excluirse por todos los medios posibles , hasta los mas criminales, que les parecian legítimos ; porque uno y otro creian poseer un valor absoluto. De modo que la existencia de estos dos grandes partidos, procurando siempre destruirse aquí, allá , en todas partes , podia conducir á la destruccion del uno ó de ambos, esto es, á la total ruina del mundo civilizado. En efecto, en oposicion á los gobiernos públicos mal establecidos, puesto que les era imposible alcanzar su objeto, que consiste en la subordinacion de las acciones humanas á las leyes morales ó divinas, único medio de garantizar el triunfo de la justicia y de llevar á cabo la regeneracion de las sociedades, fundaban no sé qué clase de gobiernos ocultos, desgraciadamente demasiado bien organizados, cuando podian realizar su objeto, que consistia en la subordinacion de las leyes morales ó divinas á las leyes humanas, único medio de llevar á cabo la destruccion de los estados y asegurar el triunfo de la iniquidad. Ocultando los jefes de las sociedades secretas, que eran antiguos jacobinos, sus maquiavélicos planes bajo la máscara de un noble patriotismo, reclutaron sus falanges revolucionarias entre la

juventud en la cual la pasión domina siempre á la razón, porque el corazón del hombre se forma antes que la cabeza. De modo que la doblez de los unos puso en evidencia la sencillez de los otros, los cuales solicitaban la unidad germánica para la Alemania, la nacionalidad para la Italia y los pueblos eslavos, la libertad política para la España, el sufragio universal para la Inglaterra, y para la Francia la dictadura de Europa. Los soberanos, tutores de las sociedades oficiales, obrando contra todas las sociedades ocultas y contra todos sus principios destructores, debían hacer prevalecer los principios conservadores al mismo tiempo que sus derechos, base jurídica de los estados; pero ignorando sin duda que las plagas no aparecen en este mundo sino cuando Dios, árbitro supremo de los destinos del mundo, quiere que la humanidad cambie positivamente de dirección ó de objeto, solo supieron tomar una dirección negativa. El emperador de Austria deseaba que los reyes de Europa se reuniesen en un nuevo congreso; pero únicamente hubo una reunión de ministros, conforme con la opinión del emperador de Rusia. Cada potencia envió agentes secretos á Carlsbad; solo las cortes de Alemania enviaron sus plenipotenciarios oficiales, y el rey de Prusia se puso allí de acuerdo con su Majestad Católica. En su consecuencia, estos dos monarcas se esforzaron en retirar las pocas concesiones hechas al espíritu de libertad, dando á sus gobiernos aquellas formas que juzgaron necesarias para la conservación absoluta de su autoridad (1).

(1) Sin impugnar el acuerdo que el autor indica, entre el rey de España y

La monarquía austriaca, constituida de nuevo en el congreso de Viena, habia obtenido mayores dimensiones de las que habia tenido en época alguna desde Carlos V; y la monarquía prusiana tambien contaba con mayor territorio que en tiempo de Federico el Grande; pero estos dos reinos, formados con la espada y por la diplomacia, léjos de expresar la existencia de dos países particulares, de dos pueblos distintos, y de dos verdaderas nacionalidades, expresaban, por el contrario, la existencia de un sin número de nacionalidades, de pueblos y de países distintos, que, no teniendo el mismo idioma, ni la misma creencia religiosa, ni el mismo interés, ni la misma legislacion, ni el mismo pasado, no podian tener las mismas costumbres, las mismas leyes, ni el mismo porvenir. Ya que la situacion general de los pueblos revelaba una de aquellas épocas de trasformacion durante las cuales ninguna regla anterior pudiera aplicarse, porque difieren completamente de las que las han precedido, el emperador Francisco y el rey Federico Guillermo se dedicaron á contener el impulso nacional, para

el de Prusia, no podemos menos de hacer presente que desde el 4 de mayo de 1814 al 7 de marzo de 1820 la autoridad real en España no tuvo la menor cortapisa; que el pensamiento estuvo encadenado, y que por lo tanto no era posible que el rey retirase concesion alguna á la opinion liberal, pues la única que habia ofrecido en su famoso decreto de 4 de mayo de 1814, que fué la de convocar las antiguas córtes, nunca se cumplió. Desde la publicacion de la constitucion en 1820, tampoco el rey trató ostensiblemente de disminuir las concesiones que contenia aquella, pues una vez que pensó hacerlo, que fué á mediados de 1822, trató de verificarlo por medio de una conspiracion militar, en la que estaba comprometida la guardia de su real persona y el ministerio.

(El Trad.)

asegurar la paz interior de sus estados; á mantener el despotismo administrativo que Napoleon habia fundado, para desenvolver una gran fuerza de coaccion que sustituyera la unidad política; y á obrar en un sentido de resistencia, ellos, monarcas de primer órden, no solo contra sus súbditos, sino tambien contra los soberanos del segundo para impedirles seguir el impulso de la Europa constitucional. Habiendo hecho declarar por el congreso de Carlsbad que solo la dieta interpretaria el artículo del tratado de Viena que prometia instituciones representativas á cada Estado, estos dos monarcas exigieron que las universidades se sometieran á una rigurosa vigilancia; que las tropas federales se dirigieran á todos los puntos en que se manifestára el menor desórden; que se suprimiera la libertad de imprenta, y que cada gobierno fuera responsable de lo que dejara publicar. Una comision permanente, establecida en Maguncia, debia reprimir los movimientos y las tramas demagógicas, donde quiera que apareciesen. La nobleza, cuya existencia se veía amenazada por las sociedades secretas, se manifestó satisfecha; pero la clase media, cuyo porvenir destruia la sociedad oficial, se resintió tanto mas, cuanto que podia acusar á la casa de Austria de haber olvidado su antigua divisa: *Recta tueri!* Los gobiernos representativos, que eran en otro tiempo de derecho comun en Alemania, pasaron de este modo á ser el patrimonio de dos reinos privilegiados: la Baviera y el Wurtemberg, cuya monarquía limitada, que envolvia la posibilidad de una conciliacion entre el derecho divino y el derecho humano, entre la autoridad y la liber-

tad, formó un extraño contraste con las monarquías absolutas, que envolvían la imposibilidad de una conciliación entre aquellos dos elementos primordiales del universo.

A contar desde aquella época, la oposición moral y material de los hombres que definían la justicia de un modo exclusivo en el seno del derecho divino ó en el del derecho humano, preocupó tan fuertemente á todos los gabinetes, que entre ellos solo se trató de conferencias, de negociaciones y de congresos, en los cuales se definió la justicia de un modo no menos exclusivo. El emperador de Rusia no quiso asociarse á aquellas falsas medidas, porque presentía el verdadero objeto de los estados: así es que depuso el centro de la Santa Alianza en manos del emperador de Austria. Estableciendo este como principio «la conservación de lo que existía,» no la creación de lo que debía existir, dirigió todos sus esfuerzos á prevenir una revolución que podía destruirlo todo. Y el príncipe de Metternich, su ministro director, trató de extender su sistema en el continente, para organizar una fuerza de resistencia gigantesca en las sociedades en que se preparaban los gigantescos movimientos de los partidos; para oponer los progresos mas ó menos bien ordenados de la autoridad á los progresos desordenados de la libertad; y para justificar finalmente estas palabras que la Inglaterra le atribuye: «Yo soy el gran preboste de Europa (1)!»

A propuesta suya, las córtes de Viena y Berlin, conside-

(1) *El Austria tal como es. Austria as it is.* Lóndres, Hurtt, 1828.

rando á la Francia como la instigadora de todos los trastornos, dirigieron la siguiente circular al gabinete de las Tuillerías: «Las potencias de Europa que han reunido sus esfuerzos contra los principios de la revolucion francesa, y han sentado en sus antiguas bases la propiedad y la legitimidad, son ahora mas que nunca solidarias en cuanto concierne á su tranquilidad interior. En el dia no puede revolucionarse un país ó verse amenazado de una revolucion sin que los demás se conmuevan ó teman ser revolucionados. Los enemigos del órden social, en las diferentes comarcas de Europa, son los mismos, no solo por la identidad de los principios, sino tambien por las comunicaciones íntimas. Primeros amigos y protectores del órden social, los soberanos no pueden lisonjearse de combatir á sus enemigos con éxito, si no están unidos por el mismo respeto á los principios en las vigorosas medidas que se adopten para defenderlos: no por ellos, sino por los pueblos; no por amor al poder, sino por adhesion á la libertad, todo deben emplearlo para mantener su autoridad tutelar. Deben, pues, aprobar lo que la Alemania acaba de hacer, y seguir en el mismo sentido.»

La Francia no contestó á esta circular del Austria y de la Prusia. Teniendo un objeto distinto entre todas las monarquías, debia tomar y efectivamente tomó una direccion que le fuera propia; pero viendo Luis XVIII que sus recientes combinaciones políticas, léjos de mantener un órden permanente en el Estado, favorecian el desarrollo del desórden, comprendió la necesidad de adoptar ciertas me-

didias capaces de vencer al partido que queria disolver la sociedad. Acordó la revision de la ley de imprenta y de la ley electoral. Era preciso impedir á toda costa que los periódicos opusieran el principio republicano de la soberanía del pueblo al principio monárquico de la soberanía del rey; y que los revolucionarios, que formaban en el país una imperceptible minoría favorable á la república, se reclutaran en número bastante considerable para formar en la cámara electiva una mayoría hostil á la casa de Borbon, ó mas bien, á la monarquía. Este era el deber del gobierno, y podia muy bien desempeñarlo sin tocar á los derechos consignados en la carta. Por otra parte, la libertad no puede ser limitada en los estados en que la autoridad se impone límites á sí misma, pues entonces no habria equilibrio alguno entre los poderes que derivan de una ú otra. Como los ministros del rey se encerraban en una estricta legalidad, la oposicion dinástica resolvió salir de ella. Con este objeto se creó una asociacion llamada de los «Amigos de la libertad de imprenta.» En ella se redactaron una infinidad de peticiones para reclamar la conservacion de la ley electoral. Estas peticiones, difundidas por las provincias, se dirigian á la cámara de los diputados en estos términos: «Representantes, una mano poderosa quiere atentar á uno de nuestros derechos mas importantes, á la ley nacional de las elecciones! Qué escándalo! ¿Hasta cuándo sufrireis este insultante abuso de un poder culpable?»

No contentos con publicar aquellas excitaciones á la rebelion, los periódicos añaden públicamente: «Es preciso

deshacerse de la tiranía;» y no son perseguidos, ó bien quedan absueltos en nombre de un liberalismo hipócrita y engañoso, que pretende defender la carta atacando la dinastía. Cuanto mas moderado es el gobierno, tanto mas violenta se vuelve la oposicion. La prensa, establecida para formar una escuela de regeneracion moral, se trasforma en una escuela de asesinato político. Sand y Carlisle son comparados con Bruto y Casio. El puñal de los carbonarios, puesto en manos de Louvel, hiere el corazon del duque de Berry, confiando agotar así en su origen la fecunda sangre de San Luis. Pero la muerte sublime de un Borbon no hace mas que preceder al milagroso nacimiento de otro Borbon. Y atendido á que, segun Jefferson, cada hombre tiene dos patrias, la suya y la Francia, Luis XVIII podrá pronto decir á los pueblos: «El duque de Burdeos nos ha nacido para todos!» Las facciones, que no se atrevian á regocijarse al rededor de un sepulcro, permanecen silenciosas en presencia de la sociedad europea que se regocija al rededor de una cuna; pues que el hijo que Dios le da en el momento mismo en que la existencia de los estados se encuentra comprometida de un modo absoluto por la exclusion recíproca de los dos grandes partidos sociales; este niño, bautizado con el agua del Jordan, como el Salvador del mundo, parece destinado á hacer cesar un dia ú otro su sangriento dualismo con la suprema identificacion del derecho divino y del derecho humano, llegando á ser de este modo no solo el salvador de la Francia, sino el de Europa!

Ya todos los pueblos, tanto los que se encuentran luchan-

do con la revolucion triunfante, como los que temen la derrota de los diferentes gobiernos, porque acarrearía tal vez su propia muerte en la decadencia general, fundan en el nacimiento del duque de Burdeos la esperanza de su presente seguridad, la de su estabilidad futura, y en cierto modo la de su inmortalidad. Al fin se cree poder escapar del triste destino de la Europa meridional, que el carbonarismo acaba de entregar á la guerra civil y á la revolucion. Nápoles, la Sicilia, la Lombardía, el Piamonte y el Portugal, se hacen satélites de la España. Esta nacion eminentemente monárquica desde tantos siglos, se ha trasformado en pocos dias en democrática ó republicana, por la impericia de Fernando VII, que se ha considerado bastante fuerte para vencer á un pueblo que ha triunfado de Napoleon, y para arrebatár su libertad al solo Estado que ha sabido protestar victoriosamente contra la servidumbre del mundo. No hubo jamás un príncipe que reconquistase el trono en circunstancias mas favorables á su reino y á su propia persona. Si hubiese comprendido las necesidades y los deseos de España, Fernando hubiera podido, aun perdiendo toda la América meridional, volver á colocar la península ibérica en el honroso puesto que en otro tiempo ocupaba entre las primeras potencias del continente. Es sabido que despues de la odiosa trama de Bayona, cuando el gobierno español quedó disuelto, y la familia real fué conducida presa al destierro, las juntas populares habian encargado á las córtes que constituyeran otro gobierno destinado á preparar la libertad del país; pero las córtes reunidas en Cádiz pro-

mulgaron en 1812 una constitucion en la cual los principios conservadores de la monarquía española estaban sancionados al mismo tiempo que los principios revolucionarios de la república francesa. Cuando Fernando VII, acompañado de su hermano don Carlos, entró en sus estados á su regreso de Francia, un general fué á arengarle, á caballo y al frente de sus tropas, pidiéndole con arrogancia que jurase aquella constitucion. Interrumpiendo D. Carlos al orador: «Apéate delante de tu soberano, le dice, y grita como yo: *Viva el rey!* (24 de marzo de 1814).» No se necesitó mas para arrastrar á todo el ejército, lo mismo que á toda la nacion, la cual, extraña á las innovaciones políticas, deseaba el restablecimiento de las antiguas leyes.

A pesar de esto, las córtes hablaron en los siguientes términos á Fernando VII, el dia en que le volvieron una corona «conquistada para él, pero sin él:» «No olvideis que la debeis á la generosidad de vuestros pueblos. La nacion no pone mas límites á vuestra autoridad que esta constitucion adoptada por sus representantes. El dia que la violeis, quedaria roto el pacto solemne «que os ha hecho rey.» Si Fernando, rey por la gracia de Dios, tuvo razon en no subordinar el derecho divino al derecho humano, no la tuvo en subordinar el derecho humano al divino, declarando en el decreto ó manifiesto de Valencia (4 de mayo de 1814): «que su intencion real era no solo no jurar ó aceptar aquella constitucion, ni decreto alguno de las córtes generales y extraordinarias ni de las ordinarias actualmente reunidas, y particularmente los decretos que atacan los derechos y pre-

rogativas de su soberanía establecidos por la constitucion y las leyes que habian gobernado á la nacion durante tan largo tiempo; sino que declaraba aquella constitucion y sus efectos nulos y de ningun valor, para el presente y para el porvenir; declarando culpable de lesa majestad, é incurso en la pena de muerte, á cualquiera que se atreviese, tanto por escrito como de palabra, á excitar ó comprometer á cualquiera que fuese, á que observase ó ejecutara alguno de dichos decretos ó dicha constitucion; y ordenando á los tribunales y á las distintas administraciones que continuaran sus funciones hasta la época en que, despues de haber oído á las córtes que debia convocar, el gobierno del reino quedara establecido de una manera estable.»

Segun ese manifiesto, parecia que el rey reconocia que la monarquía absoluta ó ilimitada, esto es, la antigua España, no podia ya existir, y que era necesaria á la España nueva una monarquía limitada ó relativa. Pero, léjos de mantener un justo equilibrio entre la autoridad real y la libertad nacional, envió á presidio á cuantos se negaban á servir de instrumento á su tiranía, ó se atrevian á recordarle su propia declaracion, á saber: «Que los reyes jamás habian sido déspotas en España, y que ni las leyes ni la constitucion del reino habian jamás autorizado el despotismo.» Habiendo las colonias de América, ya maduras para la independencia, protestado contra el restablecimiento de la servidumbre (1), durante muchos años envió allí

(1) Si el autor conociera la organizacion administrativa de nuestras an-

tropas que, léjos de someterlas, le hicieron perder cada día una nueva provincia ó un nuevo reino. «El momento en que la España, dice un contemporáneo célebre, perdió aquellas posesiones, fué de hecho una revolucion mucho mayor que la que experimentaban al mismo tiempo otros estados europeos. Las leyes, la administracion, la milicia, la marina, la industria, el comercio, en una palabra, todo en España estaba estrechamente enlazado con el sistema colonial. La destruccion de aquel sistema hacia, pues, inevitable una reforma en España. Era preciso veri-

tiguas colonias, no habria incurrido en el error de suponer que protestaron contra el restablecimiento del absolutismo, porque en ellas los naturales no tuvieron nunca el derecho de representacion, sino individual y por agravios á sus personas ó haciendas, y no el colectivo. Los únicos que podian hacer presentes las necesidades de las colonias eran los vireyes, gobernadores y audiencias, las que á buen seguro no lo hicieron. La sublevacion de América empezó en 1809 por Buenos-Aires, aprovechando la imposibilidad en que estaba la metrópoli de comprimirla, por hallarse invadida por las huestes de Napoleon. Así que poco ó nada tuvo que ver la conducta de Fernando con la pérdida de nuestras Américas. Esto puede mas bien atribuirse al poco premeditado auxilio prestado por Carlos III á la insurreccion norte-americana, lo que dió un funesto ejemplo á nuestras colonias. A pesar de esto, sin duda no se habrian perdido, á lo menos en este siglo, si no hubieran sido las consecuencias de la guerra de la independencia, y otras causas de que no es prudente hacer mérito.

Tampoco podemos admitir, que las tropas que se enviaban á las colonias «nos hicieran perder todos los dias una nueva provincia, ó un nuevo reino.» Nuestro valiente ejército se portó entonces con la lealtad y bizarría que acostumbra. Una sola defeccion hubo, y fué la del general O-Dalli, que nos hizo perder el reino de Méjico. Pero un solo hecho no basta para empañar la reputacion de unos valientes que en una lucha desigual, y en medio de toda clase de privaciones, supieron sacrificar su vida por su rey y por su patria.

(El Trad.)

ficar en ella una verdadera revolucion administrativa y financiera, esto es, una revolucion de organizacion; y para realizarla se requerian conocimientos que entonces no poseía aun la España. Sucedió, pues, que en vez de verificar una revolucion de economía política, algunos ánimos poco preparados para el género de trabajos que aquella hubiera exigido, realizaron simplemente una revolucion política, operacion para la cual tantos hombres se creen con capacidad, porque para principiar solo se trata de destruir el orden de cosas existente (1).»

Esto fué obra de las sociedades secretas que se reclutaban en toda Europa entre los soldados; pues desprovistas de fuerza moral, tenian necesidad de adquirir la fuerza física para vencer á las sociedades oficiales. En efecto, el espíritu revolucionario no podia abrirse camino sino con la espada de los generales. Riego, Quiroga y Mina, jefes del *ejército nacional*, se rebelaron en Cádiz, proclamaron la constitucion de 1812, esto es, la soberanía del pueblo, y declararon en sus manifiestos: «que los reyes pertenecian á las naciones.» D. José O'Donnell, jefe del ejército real, marchó contra ellos para hacer triunfar el principio de la soberanía monárquica, pretendiendo que las naciones pertenecen á los reyes (2). Pero la revolucion entró dentro de los muros de

(1) El conde de Ficquelmont, *Lord Palmerston, la Inglaterra y el Continente*. Tom. II, pág. 267.

(2) Es tanta la inexactitud de este párrafo, que nos vemos precisados á rectificar á lo menos lo mas notable. En primer lugar supone el autor que los jefes de la insurreccion fueron los generales Riego, Quiroga y Mina. Sobre esto debemos indicar que de los tres en aquella época no habia mas

Madrid, luego que salió de ellos aquel general. El rey Fernando, obligado á ceder á la violencia, publicó un manifiesto, en el que ofrecia la inmediata convocacion de las córtes, y anunciaba «que habiéndose pronunciado la voluntad general del pueblo, se habia decidido á jurar la constitucion de 1812 (7 de marzo de 1820).» Las córtes se reunieron en Madrid el 9 de julio, dia memorable, atendido á que el monarca rodeado de la familia real, de pié, con la mano sobre el libro de los Evangelios que estaba abierto, prestó el siguiente solemne juramento: «Yo, D. Fernando VII, por la gracia de Dios y la constitucion de la monarquía española, rey de las Españas, juro por Dios y los Santos Evangelios, ... que observaré y haré observar la constitucion política y las leyes de la monarquía española, no teniendo en cuanto yo haga otro objeto que su bien y utilidad, ... que sobre todo respetaré la libertad política y la individual, y si obrase contra lo que he jurado en todo ó en parte, deseo no ser obedecido, y que cuanto ordenare en contravencion se mire como nulo y de ningun valor (1).»

que uno que fuese general, y era Mina, quien estaba léjos de España, y por consiguiente, que no tuvo la menor parte en aquel levantamiento. Que Quiroga era teniente coronel ó coronel del regimiento de Asturias, y Riego comandante de dicho cuerpo. Que el grito no se dió en Cádiz, sino en las cabezas de San Juan, y que de allí los insurrectos se hicieron fuertes en la isla de Leon, despues de haber fracasado la intentona que hicieron para apoderarse de Cádiz. El general del ejército expedicionario, al que pertenecian los insurrectos, no era D. José O'Donnell, sino su hermano D. Enrique, conde de la Bisbal, y luego el general Calleja. (El Trad.)

(1) Hemos traducido literalmente el juramento que el autor pone en boca de Fernando VII, si bien creemos que el que prestaria seria el que prescribe la cons-

A pesar de la obligacion moral impuesta por semejante juramento, el rey se entregó pronto á un sin número de actos atentatorios á los principios que establecia. Mientras que el verdadero partido constitucional resistia á la vez á los absolutistas y á los ultra-revolucionarios, para dar á la constitucion una forma mas monárquica, Fernando trabajaba para restablecer, si era posible, su antigua autoridad á fin de destruir de nuevo la libertad. Semejante conducta irritó al ejército, en cuyo nombre se hacia todo en España. Habiéndose entonces coligado los partidos contra la real persona, Riego, que habia sido destituido, porque obraba como un dictador, pudo tomar de nuevo el mando al canto del *trágala* y al ruido de los aplausos de los *comuneros*, de los *exaltados*, de los *descamisados* y de los *zurriaguistas*: partidarios de la libertad ilimitada, los cuales juraban herir á

titucion del año de 1812, que es el siguiente: «N. (aquí el nombre del rey) por la gracia de Dios y la Constitucion de la monarquía española, rey de las Españas; juro por Dios y por los santos Evangelios que defenderé y conservaré la religion católica, apostólica, romana, sin permitir otra alguna en el reino: que guardaré y haré guardar la constitucion política y leyes de la monarquía española, no mirando en cuanto hiciere, sino al bien y provecho de ella: que no enajenaré, cederé ni desmembraré parte alguna del reino: que no exigiré jamás cantidad alguna de frutos, dinero ni otra cosa, sino las que hubieren decretado las córtes: que no tomaré jamás á nadie su propiedad, y que respetaré sobre todo la libertad política de la nacion y la personal de cada individuo; y si en lo que he jurado, ó parte de ello, lo contrario hiciere, no debo ser obedecido, antes aquello en que contraviniere, sea nulo y de ningun valor. Así Dios me ayude y sea en mi defensa, y sino me lo demande.»—Constitucion política de la monarquía española.—Promulgada en Cádiz á 19 de marzo de 1812, pág. 57.—Cádiz, Imprenta Real.

(El Trad.)

cualquiera que abusara de la autoridad, aun cuando fuera el mismo rey (1).

No era solo en España donde el ejército generalmente formado para mantener el orden público, mantenía, por el contrario, la anarquía; era también en Portugal, en Nápoles, en el Piamonte y en toda la Italia. La revolución de Lisboa (1.º de octubre de 1820) tomó un carácter anti-monárquico, desde el momento en que las cortes hubieron establecido el sufragio universal, y que la regencia, que gobernaba el Estado durante la ausencia de Juan VI, quien llevaba en América el título de emperador del Brasil y en Europa el de rey de Portugal, del Brasil y de los Algarves, hubo consentido en la promulgación de aquella ley republi-

(1) Fuera preciso escribir un tomo para rectificar al autor, y como se trata de hechos pertenecientes á la historia contemporánea, no emprendemos tan árdua tarea, dejando al buen criterio del lector la apreciación de los hechos que supone M. Lacombe, menos en aquellos casos en que lo consideremos absolutamente indispensable. Por ahora nos limitaremos á manifestar que Riego no tuvo mando alguno superior en el ejército, que la destitución de que aquí se habla, suponemos que será la disolución de la pequeña división llamada ejército de la Isla, que había quedado á sus órdenes por haber sido nombrado el general Quiroga diputado á cortes, y como no fué destituido, mal pudo volvérselo el mando de una fuerza que ya no existía. Que los *comuneros* eran una sociedad secreta, á la que pertenecían los *exaltados* en general, si bien no sucedía así en Cataluña, en donde la mayoría se componía de moderados, y que el general Riego no era *comunero*, sino *mason*. Que no había partido llamado *zurriaguista*, sino que el periódico *El Zurriago* era el órgano de los llamados *descamisados*, que eran los ultra-revolucionarios; y por último, que no era solo el ejército el que tomaba una parte activa en aquellas revueltas, sino que la tomaba con harta frecuencia el pueblo instigado por las sociedades secretas y las sociedades patrióticas, apoyado por la milicia nacional. (El Trad.)

cana. A pesar del contacto inmediato de los portugueses con los españoles, la insurrección militar de Nápoles precedió á la de Lisboa: es verdad que la propaganda revolucionaria era mas activa contra la casa de Borbon que contra la de Braganza. Todo el ejército napolitano ganado por las sociedades secretas, y perdido para la sociedad oficial, se puso en completa rebelion, pidiendo una constitucion que el rey Fernando IV (se titulaba tambien Fernando I porque era el primer rey del reino de las Dos Sicilias), no podia ya negar. En su consecuencia se convocó un parlamento con objeto de subordinar la soberanía real á la soberanía popular. «Como la España habia preferido, dice un historiador italiano, la constitucion de 1812, por la sola razon de que habia sido reconocida por las potencias, los napolitanos habrian tambien obrado sábiamente, adoptando la constitucion siciliana, que habia obtenido la sancion de la Inglaterra, y que hubiera evitado todo desacuerdo entre Nápoles y Sicilia. Pero los liberales á la francesa habian puesto el grito en el cielo contra la nobleza. Desecharon, pues, el estatuto siciliano; y faltándoles tiempo para discutir otro, adoptaron la constitucion de España (1). Entonces todo fueron aplausos y fiestas como si hubieran obtenido una gran victoria. El general Guillermo Pepé entró en triunfo en la capital á la cabeza del ejército constitucional. Los habitantes se engalanaron con los colores del carbonarismo (encarnado, ne-

(1) Cuando quisieron promulgar aquella constitucion, fué preciso aguardar que la enviaran de España, porque no habia un solo ejemplar de ella en Nápoles.

gro y azul), y Fernando juró con toda solemnidad la constitucion, invocando sobre su cabeza los rayos del cielo, si faltaba á su palabra (1).»

Todas las sociedades secretas de Europa se llenan de esperanzas, al ver una de las suyas que pasa al estado de institucion pública; y todas las sociedades oficiales tiemblan de espanto, viendo la anarquía de los principios expresarse por la violencia de los actos. Una separacion terrible tiene lugar entre Nápoles y Palermo, entre el partido continental del reino y el partido insular. Pero la Sicilia, que se levanta para conquistar su independencia, vuelve á caer bajo la opresion del gobierno napolitano. Sin embargo, el movimiento revolucionario, léjos de limitarse á las dos penínsulas ibérica é italiana, parece que debe extenderse á todo el continente. Los Riegos y los Pepés aparecen en todas partes con estrépito. La Europa entera, agitada por la explosion de las nuevas ideas, se cree dispuesta para nuevos destinos. Asustados los monarcas del Norte de lo que pasa en los pueblos del Mediodía, se reunen en Troppau, donde se sienta la peligrosa teoría de las *intervenciones* en oposicion á las formidables teorías de las revoluciones. El principe de Metternich persuade al emperador Alejandro de que despues de haber salvado la Europa del despotismo, defendiendo la libertad contra Napoleon, debe salvar la civilizacion, defendiendo el órden social contra la anarquía; y en seguida las tres córtes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin

(1) César Cantú, *Hist. de cien años*. Tom. II, pág. 445-46.

publican el siguiente protocolo preliminar: «Los soberanos ejercen un derecho incuestionable al adoptar de comun acuerdo medidas de seguridad contra los estados que la destruccion de la autoridad por la rebelion ponen en actitud hostil contra todo gobierno legitimo... El trastorno del órden de cosas en España, Portugal y Nápoles ha debido necesariamente excitar los cuidados y la inquietud de las potencias que han combatido la revolucion, y ha debido convencerlas de la necesidad de poner coto á las nuevas calamidades que amenazan á Europa. Los mismos principios que reunieron á las grandes potencias del continente para libertar el mundo del despotismo militar de *un individuo*, hijo de la revolucion, deben obrar contra la fuerza revolucionaria que acaba de desarrollarse. En su consecuencia, los monarcas reunidos en Troppau, se han puesto de acuerdo acerca de las medidas que exigen las circunstancias, y han comunicado á las córtes de Lóndres y de París su intencion de conseguir el objeto deseado, ya por la mediacion, ya empleando la fuerza armada. Con esta mira han invitado al rey de las Dos Sicilias á trasladarse á Laybach para presentarse allí como conciliador entre su pueblo mal dirigido y los estados cuya tranquilidad está comprometida por aquel estado de cosas; y bajo el supuesto de que están resueltos á no reconocer á ninguna autoridad establecida por los sediciosos, es únicamente con el rey con quien pueden conferenciar. Este sistema no tiene mas objeto que cimentar la alianza de los soberanos; no tiene tendencia alguna á las conquistas, y no es atentatorio á la independenciam

de las demás potencias... Los soberanos solo quieren mantener la tranquilidad, proteger la Europa contra el azote de nuevas revoluciones, y evitarlas en lo posible.»

Deseoso el gabinete de las Tullerías de renovar el antiguo pacto de familia de las tres casas de Borbon: la de Francia, la de España y la de Nápoles, para tomar la direccion política de la Europa meridional, habia prometido su mediacion cerca de los gobiernos absolutos, en favor de la revolucion napolitana, si queria esta sustituir la constitucion francesa, fundada en el principio monárquico, á la constitucion española, fundada en el principio republicano. A pesar de que el parlamento de Nápoles no hubiese querido modificar sus leyes constitutivas, la Francia aceptó la intervencion con tanta reserva, que los gabinetes del Norte le propusieron que interviniera en España. Pero la Inglaterra, que habia aprobado la intervencion armada de las tres córtes aliadas en los asuntos de Italia, y que reprobaba la de la Francia en España, protestó inmediatamente contra el principio de intervencion destinado á ser la base de un nuevo sistema político, bajo pretexto de que los grandes estados se atribuian una especie de supremacia dictatorial, con objeto de destruir la independencia de los estados pequeños; y en realidad, porque deseaba establecer, para su uso personal y contra todo el mundo, un principio contradictorio: el de la no intervencion, con objeto de separar á los pueblos de sus gobiernos, de explotar esta fatal division y crear su despotismo, haciéndose aceptar por los adversarios de la autoridad como el apóstol de la libertad.

Fernando fué al congreso de Laybach con autorizacion del parlamento de Nápoles, al que debia transmitir las proposiciones de la Europa. Así es que escribió á dicho cuerpo que fundándose los monarcas en que, «los cambios necesarios en la legislacion ó en la administracion de los estados no debian emanar sino de la libre voluntad de aquellos á quienes Dios habia hecho depositarios del poder,» no reconocerian jamás una constitucion impuesta á los reyes por los pueblos ó en su nombre; pero que reconocerian siempre una constitucion otorgada á los pueblos por los reyes. En su consecuencia habia resuelto, decia, sustituir á las instituciones existentes otras instituciones que las Dos Sicilias no podian recibir sino de él. El parlamento desechó aquellas proposiciones de paz, prefiriendo correr las eventualidades de la guerra á subordinar la soberanía del derecho humano á la soberanía del derecho divino. Habiendo obtenido el Austria la facultad de intervenir en todas las cuestiones de Italia atrájose el odio de todos los italianos, tanto mas amantes de la libertad cuanto que les amenazaban con el despotismo. Las sociedades secretas, ámpliamente organizadas de un extremo á otro de la península, fraternizaron en varios puntos con las sociedades oficiales, so pretexto de que se trataba únicamente de libertar á la patria de la dominacion de los extranjeros; y aguardaron la marcha de los austriacos sobre Nápoles para levantarse contra ellos, esperando arrojarlos al otro lado de los Alpes, conquistar la independenciam nacional, y por último realizar el sueño de la unidad italiana.

Debemos oír á un historiador milanés compendiar todas las esperanzas de la Italia: «A buen seguro, decían, los héroes populares resistirán mucho tiempo al enemigo; los montes son las barreras de la libertad, y los mismos bandoleros cuando se hacen fuertes en ellos son invencibles. La insurrección durante este tiempo se extenderá sin obstáculos en el Piamonte; Milan la secundará; la Romanía y los pequeños estados no tardarán en seguirles, y toda la Italia superior se encontrará constituida antes que los imperiales puedan volver para atacarla. La misma Francia, bajo mano, secundará el movimiento de los italianos; pues es sumamente importante para aquella potencia que el Austria no entre á mano armada en un país tan inmediato á su frontera. Pero ¿qué constitución se adoptará? La de España, la de Francia, ó la de Inglaterra? ¿Por qué no sabían sino imitar siempre, en vez de sentar el edificio sobre bases históricas y nacionales? para decidir la elección, se enviaron tres emisarios á la VENTA de París, en donde se reunían los liberales de España, los radicales de Inglaterra y los carbonarios de Italia; la constitución española obtuvo la preferencia (1).»

Los austriacos habían ya derrotado al ejército napolitano cerca de Rialti (7 de marzo de 1821), cuando el ejército piamontés verificó su rebelión al grito de *viva la constitución! mueran los alemanes!* El rey Víctor Manuel, que estaba enterado de las resoluciones tomadas por la Europa en

(1) César Cantu, *Hist. de cien años*. Tom. II, pág. 454-55.

el congreso de Troppau, prefirió bajar del trono á sancionar una revolucion que debia suministrar á los extranjeros un pretexto para invadir sus estados. El duque de Génova, heredero de la corona, le sucedió en el trono bajo el nombre de Carlos-Felix. Para contener á los partidarios de la libertad constitucional, declaró culpable de rebelion á todo el que atentára contra la plenitud absoluta de la autoridad real. Entonces hubo dos campos y dos ejércitos en el Piamonte: los realistas reunidos al rededor del soberano y enemigos de toda constitucion; y los liberales divididos en unitarios y federalistas, y en partidarios de la constitucion francesa y en partidarios de la constitucion española. Este último partido formó una «Junta de la confederacion italiana,» la cual hizo actos de gobierno como si representase la sociedad. En primer lugar decretó que el rey del Piamonte reinaria en toda la Italia; despues declaró la guerra al Austria, y escribió en sus banderas: *Reino de Italia*. Pero el ejército austriaco, habiendo vencido ya la revolucion de Nápoles, fué á anonadar la del Piamonte en los campos de Novara (8 de abril de 1821). Y el carbonarismo se vió precisado á salir de Italia, porque el Austria invadia toda aquella península. Refugiado en Francia, multiplicó aquí todos sus complots contra la casa de Borbon. Sin embargo, no fué mas feliz en este lado de los Alpes de lo que lo habia sido en el otro. Así que pronto tomó el camino de España, en donde los vencidos de todas las insurrecciones europeas encontraban por lo menos una revolucion triunfante.

Fernando VII conservaba aun el título de rey, á pesar de habersele quitado no solo su autoridad, sino tambien su libertad, bajo pretexto de asegurar la del país (1). Dueños de la situacion política, pensaban como nuestros antiguos convencionales; podian, pues, obrar del mismo modo un día ú otro. Así es que se temia que Fernando VII sufriera la suerte de Luis XVI (2). Casi todos los reyes y los principales hombres de Estado de Europa se reunieron en Verona, para juzgar los actos de la revolucion de España y aplicarle, en caso necesario, el principio de intervencion armada que habia producido tan buenos resultados contra la revolucion de Nápoles y contra la del Piamonte.

La Inglaterra habia declarado «que no tomara parte

(1) Deseosos de la exactitud histórica, debemos rebatir lo que dice el autor: Fernando siempre disfrutó de completa libertad respecto á su persona. Salia de palacio cuando queria, con escolta ó sin ella. Iba á los sitios reales cuando le acomodaba, á los baños de Sacedon que frecuentaba anualmente; tanto en los sitios, como en el real palacio de Madrid, recibia á las personas á quienes queria dispensar esta honra; una de ellas era el embajador de Francia, y dentro del palacio real se acordó en 1822 la destruccion de la constitucion de 1812, cuyo proyecto fracasó por el memorable acontecimiento del 7 de julio de 1822. (El Trad.)

(2) Amantes de que á cada partido político se le haga la justicia que merece, rechazamos la idea emitida aquí por el autor de que corriera Fernando VII el riesgo de sufrir la suerte de Luis XVI. Esto pudo suceder en Francia, pero no ha sucedido nunca en España, y nos lisonjemos de que nunca sucederá. Si los exaltados hubieran querido atentar á la vida del rey, ¿no tuvieron ocasion de hacerlo en 7 de julio de 1822, cuando batidos los guardias por la milicia nacional, y abandonado el palacio real, quedó este á la merced del vencedor? Pues bien, ¿qué hizo la milicia y el pueblo? llegar hasta las puertas del real alcázar, dar vivas á la constitucion y á la libertad. Pocos casos de esta especie nos refiere la historia donde se mostrara mas cordura por parte del vencedor. (El Trad.)

alguna, sucediera lo que sucediese, en aquella intervencion que le parecia *reprensible é impracticable*, » cuando la Francia, deseando asegurar su preponderancia en la península, con riesgo de excitar la cólera de la Gran Bretaña, presentó las tres cuestiones siguientes: «En el caso en que se viera forzada á retirar sus ministros de España, las potencias extranjeras seguirian su ejemplo? En el caso de que se viera comprometida en una guerra contra la España, ¿qué actitud estaban dispuestos á tomar los aliados? En el caso en que reclamase el auxilio de los aliados, ¿lo obtendria?» La Rusia, la Prusia y el Austria contestaron de un modo afirmativo; pero la Inglaterra, que en el congreso de Laybach se habia descartado de la obligacion de los subsidios prometidos por el tratado de Chaumont en 1814, guardó un silencio muy significativo. No por esto las cuatro grandes potencias continentales dejaron de intimar á la España que volviera la libertad al rey, y que variara un gobierno contrario á sus costumbres, á la conocida lealtad de sus habitantes, y á sus tradiciones completamente monárquicas, «si queria conservar relaciones amistosas con los estados europeos.» Esta allisonante intimacion inspiró á las córtes una respuesta hostil hasta tal punto, que los embajadores de Francia, Rusia, Austria y Prusia pidieron inmediatamente sus pasaportes (11 de enero de 1822) (1). El ministro inglés fué el único que se que-

(1) Hay equivocacion en el año, que fué el de 1823, y no el de 1822, como dice el autor. Además, la contestacion no la dieron las córtes, sino el gobierno por conducto del ministro de Estado D. Evaristo San Miguel.

(El Trad.)

dó en Madrid so pretexto de calmar la irritacion, pero verdaderamente para explotarla. De este modo empezó durante la paz entre la Gran Bretaña y el continente un antagonismo, que forma el contraste del sistema que esta nacion siguió con tanta perseverancia durante las guerras de la revolucion francesa y del imperio.

Como todo el Norte estaba dominado por la triple alianza de la Rusia, del Austria y de la Prusia, y como todo ó casi todo el Mediodía iba á sufrir el ascendiente de la Francia, obrando ahora de concierto con el Austria su antigua rival, los estadistas ingleses comprendieron que dentro de poco solo ejercerian una influencia sumamente limitada en la Europa continental, si no obraban en oposicion á las ideas que se suponian conservadoras ó á las monarquías absolutas, trabajando en favor de las ideas positivamente revolucionarias ó de las monarquías constitucionales. Así es que desde entonces la Inglaterra no ha cesado de sembrar la anarquía de un modo sistemático entre los pueblos del continente, á fin de mantener su puesto particular en el órden general.

Luego que Luis XVIII hubo manifestado á las cámaras «que cien mil franceses se hallaban dispuestos á marchar, invocando el nombre de San Luis, para conservar el trono de España al nieto de Enrique IV, y para preservar á ese hermoso reino de la ruina y reconciliarle con la Europa,» Canning, que queria impedir la realizacion de aquel grande acto, subió inmediatamente á la tribuna del parlamento británico para intimidar á la Francia, invocando el es-

pectro de las revoluciones. Un diputado francés, Manuel, no reparó en hacer causa comun con el ministro inglés: «Si creéis, decia, que Fernando está en peligro, no renoveis las circunstancias que condujeron al cadalso á aquellos que os inspiran tan vivo interés. Por haber intervenido los extranjeros en la revolucion francesa, Luis XVI fué precipitado del trono.» Este discurso, digno de un convencional regicida, irritó á la asamblea monárquica, y Manuel fué excluido de la cámara por la cámara. Toda la minoría de la izquierda se excluyó espontáneamente, protestando de este modo contra la mayoría, para dar á las sociedades secretas un pretexto para acometer á la sociedad oficial. Pero la bandera tricolor no debia desplegarse contra la bandera blanca sino en las orillas del Bidasoa, donde un solo cañonazo disparado por el duque de Angulema dispersó los tristes restos de todas las revoluciones europeas.

La campaña de España es una gloriosa prueba para aquel príncipe y para nuestros soldados (1). «Esta expedicion,

(1) No vemos en qué aquella campaña pudiera ser una gloriosa prueba para el duque de Angulema y sus tropas. Una campaña en que no se pelea, jamás será gloriosa para el soldado, ni para su jefe. No fueron las armas francesas las que hicieron caer la constitucion de 1812, sino la opinion pública, que deseaba una reaccion. Sin que esta hubiera estado de parte del ejército invasor, á buen seguro que las tropas del duque de Angulema no se hubieran pasado desde el Bidasoa hasta los muros de Cádiz con las armas al brazo. Solo la fuerza de la opinion pudo hacer que esclarecidos generales como Ballesteros, conde de la Bisbal, Murillo y otros, olvidasen los laureles que sobre ejércitos franceses mas aguerridos conquistaran en nuestra gloriosa lucha de la independencia. Cataluña se sostuvo hasta despues de la capitulacion de Cádiz, porque el general Mina solo consultó su españolismo. Si todos los demás hubieran imitado su heróico ejemplo, no hubiera sido

dice M. de Salvandy, da un ejército al poder real y abate á la revolucion: robustece á la vez las tres coronas de la casa de Borbon: pasea la bandera francesa desde los Pirineos hasta las rocas de Cádiz que Napoleon habia encontrado inaccesibles á sus águilas; hace que figure la monarquía francesa en Europa por el doble peso de su derecho y de su fuerza, de sus elementos de estabilidad y de sus medios de ascendiente, de sus recuerdos y de sus máximas. Bajo el punto de vista de la Francia, era política grandemente concebida. Tambien es historia grandemente escrita.»

Despues de haber contenido las reacciones del pueblo español, por su decreto de Andujar, el duque de Angulema confia que determinará con sus consejos al rey Fernando VII á regenerar la autoridad real, sin destruir las libertades nacionales. Pero todas las nobles tentativas de un príncipe constitucional se estrellan contra la mala voluntad de un monarca absoluto. «El rey de España, escribe el duque de Angulema á M. de Villele, es débil y falso. Me haria cien promesas que dejaria de cumplir el dia en que yo volviera la espalda... Me ocupo en formar un ejército á la España, pero considero la cosa imposible, porque faltan los elementos. Estad persuadido de que nada bueno puede hacerse aquí; y que este país se conmovirá aun por muchos años (3 de agosto).»

tan fácil que el ejército del duque de Angulema llevara á cabo en tan corto tiempo y sin efusion de sangre su mision. Mision que en realidad no cumplió, pues era la de establecer un sistema político semejante al de Francia, y con esta creencia capitularon nuestros ejércitos. Lo que estuvo lejos de realizarse.

(El Trad.)

Si la expedicion es estéril para la España, para la Francia es tan fecunda, que la Inglaterra llega á alarmarse. Lóndres se ve doblemente vencido en Cádiz y en Lisboa, donde el espíritu de la contra-revolucion ha triunfado del espíritu de la revolucion, sin ningun socorro extranjero. Así es que el *Foreign-Office*, que poco antes amenazaba al gabinete de las Tullerías, le prodiga sus lisonjas ahora que desea impedir la aplicacion del principio de intervencion en las colonias españolas, donde tantos intereses ingleses se encontrarian comprometidos. Por otra parte, la Inglaterra empieza á comprender que su política de aislamiento concluiria un dia ú otro por hacerla perder en el continente la influencia que se esfuerza en conservar *per fas et nefas*. De modo que busca una ocasion de romper la cuádruple alianza para dividir las fuerzas de la Europa, rescatando sus debilidades. Y esta ocasion pronto se presentará por sí misma, pues la rebelion de las pequeñas naciones griegas, albanesas ó eslavas, contra los bajás y los beyes que las oprimian con tanta crueldad, hace temblar ya al Oriente; y á pesar de que un principio religioso sea el principal móvil de la lucha empeñada desde 1820, esta quizás determine choques terribles entre todos los grandes cuerpos políticos del Occidente.

Es sabido que al principio del siglo, mientras todas las sociedades oficiales se inclinaban bajo el despotismo de Napoleón, en todas partes se habian levantado sociedades secretas para conquistar la libertad de Europa. Lo que los pueblos del continente hicieron entonces contra un hombre,

los helenos lo hacen ahora contra la Puerta-Otomana, que ha debido quedar excluida del congreso de Viena y de la Santa Alianza, cuyo solo nombre es hostil al islamismo. En Grecia las asociaciones secretas han tomado el nombre de *Heterias*, de la palabra *Etairea*, que significa *sociedad*. El emperador Alejandro protegía los *heteristas*, porque preparando la emancipación de la Grecia, preparaban la opresión de la Turquía por medio de la Rusia. Para apresurar la realización de esta idea, el Czar hizo dar el protectorado exclusivo de las islas Jónicas, situadas á lo largo de las costas de la Albania y de la Grecia, no al Austria, que procuraba sofocar todo gérmen de independencia, sino á la Inglaterra, que tenía tienda de constituciones y de libertades. Al mismo tiempo exclamaba Alejandro: «Pobres griegos! desean constantemente una patria; de seguro la tendrán. No moriré contento si no hago algo para mis pobres griegos. Solo aguardo que el cielo me dé la señal!» Como Dios no daba esa señal, el emperador de Rusia la dió por sí mismo, mostrando á estos pueblos cristianos el lábaro destrozado por el alfanje de los musulmanes, y encontrando de nuevo los títulos de la fraternidad de los eslavos y de los helenos, recordándoles lo que habían sido los griegos antiguos, á fin de enseñarles lo que podían llegar á ser los griegos modernos.

Luego que la insurrección hubo estallado, los turcos cometieron tantos asesinatos que los rusos tuvieron que intervenir diplomáticamente, y amenazarles con que tomarían parte en favor de los insurgentes. La Puerta no solo con-

testó que tenia el derecho de castigar á unos súbditos rebeldes, sino que pidió que le entregasen todos los hombres que se habian refugiado en Austria y en Rusia: llevando además su audacia hasta hacer visitar todos los buques que atravesaban el Bósforo y los Dardanelos. Así que parecia que la Turquía trataba de provocar una guerra con la Rusia. Creyendo Alejandro que habia concluido su apostolado político, iba á tomar las armas para principiar el apostolado religioso de la casa de Romanow, cuando el príncipe de Metternich le persuadió de que las turbulencias del Peloponeso llevaban «el sello revolucionario,» y que no era él quien debia destruir con las vias de hecho, que serian el principio de una destructora division por tal ó cual estado, la Santa Alianza que él habia creado para la salvacion de todos ellos. Aplazada, pues, la cuestion griega por el congreso de Verona, volvióse sin embargo á poner á la órden del dia despues de la campaña de España, porque la revolucion parecia definitivamente vencida en Europa. «No es urgente, decia Alejandro, tomar un partido en favor de un pueblo que tremola el estandarte de la Cruz contra el islamismo!» Ya no era aquello á sus ojos un problema revolucionario; era un problema puramente moral. Abandonó pues las ideas nuevas de Metternich y volvió á las antiguas de Catalina. La Inglaterra estrechó inmediatamente sus relaciones con el Austria para inspirarle desconfianza; pero pronto dispó Alejandro las aprensiones de la Europa, separando la cuestion griega de la de los principados moldavo-valacos, sometiendo esta á la deliberacion de los gabinetes de Lón-

dres y Viena, y aquella á la de todos los gabinetes.

Mientras la Europa iba á sufrir esta doble prueba, la Francia pasaba por otra igualmente decisiva. Luis XVIII estaba en la agonía, y todos temian que, con motivo de la muerte del rey, el partido revolucionario tentara uno de aquellos movimientos que pueden cambiar las condiciones de existencia de las sociedades. Como el gobierno se apoyaba en los realistas puros, la oposicion habia tomado un carácter tanto mas formidable, cuanto que preparaba los ánimos á la próxima destitucion de la dinastía, escribiendo ya la historia de la revolucion inglesa de 1688, ya la historia de la revolucion francesa: la una considerada como la transicion necesaria de la monarquía del derecho divino á la monarquía del derecho humano; y la otra como la necesaria transicion de la monarquía á la república. Los liberales á quienes Napoleon habia anonadado durante su vida, le divinizaban despues de su muerte, á pesar de haber sido el tipo de los déspotas. «Su nombre, dice M. de Lamartine, fué el contraste que los enemigos de la restauracion oponian á los nombres de los príncipes que ocupaban el trono. Hicieron del uno el sinónimo de la juventud, de la grandeza y de la gloria de la nacion; y de los otros el símbolo de la vejez, de la decadencia y de la servidumbre del país al extranjero. Odiosa injusticia! pues la casa de Borbon no habia aparecido, despues de nuestros infortunios, sino para participar de nuestras desgracias y repararlas.» Las inmensas prosperidades borbónicas eran las únicas que podian borrar las inmensas catástrofes napoleónicas. Estas fueron de-

bidas al despotismo, y aquellas se debieron á la libertad! Luis XVIII tuvo por lo menos la satisfaccion suprema de recoger sus frutos antes de su muerte. «Soy mas feliz que Enrique IV, decia, puesto que muero en mi lecho de las Tullerías.» Entre todos los jefes de la Francia, tanto reyes como emperadores, que se han sucedido desde 1789 hasta el dia, ha sido el único que ha cerrado los ojos en nuestros palacios. Y á la verdad, nadie mereció mejor que el autor de la carta ese destino excepcional, en razon á que abrió á nuestra patria una nueva era de civilizacion, constituyendo la autoridad sin destruir la libertad, colocando la tribuna nacional en frente del trono real, é instituyendo una prensa libre, á fin de que el tirano no tratara de sustituirse al monarca. Gracias á él, toda la Europa ha podido creer durante mucho tiempo que la opresion de la Francia era en adelante imposible.

Luis XVIII consideraba la carta como su mas bello título á los ojos de la generacion contemporánea y á los de la posteridad. A su última hora el augusto anciano hizo que su familia le presentase el duque de Burdeos, y dijo al conde de Artois: «que Carlos X cuide de la corona de este niño!» El pueblo saludó con sus aclamaciones el advenimiento al trono del último hermano de Luis XVI, porque prometia consolidar en su calidad de soberano la carta que habia prometido observar y mantener en su calidad de súbdito. Todos los partidos, aun aquellos que eran hostiles á la casa de Borbon, se reconciliaron momentáneamente con ella, ó mas bien con Carlos X, bastante popular aquel dia para

reconquistar toda la sociedad. Sabiendo conciliar la política de la opinion con la política de la razon, el rey de Francia veia en la emancipacion de la Grecia una ocasion de libertar á su reino de los tratados de 1815. Así es que allanaba las dificultades siempre prontas á suscitarse entre la Francia y la Inglaterra, potencias que podian defender juntas la causa helénica por principio liberal, al lado de la Rusia que solo podia defenderla por principio religioso: base constante de su influencia en Oriente.

Es sabido que Alejandro, que habia marchado á la Crimea, iba á tomar una resolucion digna del soberano á quien Dios hacia doce años que permitia desempeñar el primer papel lo mismo en la paz que en la guerra, cuando murió (diciembre de 1825). Habiendo el gran duque Constantino renunciado al trono, su sucesor inmediato fué el czarewitch Nicolás. Ciertos oficiales de la guardia, afiliados en las sociedades secretas, dijeron á los soldados que Nicolás I usurpaba la corona, y que el gran duque, para sostener sus derechos, se dirigia á San Petersburgo con fuerzas imponentes. Un regimiento se rebeló contra el soberano, creyendo sostener el principio de legitimidad. Esta insurreccion que estallaba contra él, en nombre de un hermano, que por el hecho de haber renunciado le habia trasferido sus derechos al trono, conforme las leyes de la monarquía, suministró al emperador la ocasion de mostrar toda la energia de su carácter. Resuelto á despreciar el ciego furor de los soldados amotinados, el Czar se dirige á ellos y les dice con una presencia de ánimo admirable *volved á*

vuestras filas: y luego añade con enérgica voz de autoridad, recorriendo el frente del regimiento: *De rodillas!* todos los soldados se inclinan, pero todos los oficiales conspiradores permanecen en pié. Fué preciso recurrir á la fuerza. Sin embargo, algunos cañonazos bastaron para restablecer el órden. La Europa admiró la firmeza del jóven monarca, y la Rusia comprendió que tenia un amo.

Los rusos consideraban la muerte de Alejandro como un castigo del cielo, porque no habia hecho lo bastante para asegurar la existencia independiente de los helenos. Prosiguiendo, pues, Nicolás los incesantes proyectos de Pedro el Grande y de Catalina la Grande, resolvió llevarlos á cabo definitivamente, á fin de operar la creacion de un nuevo imperio griego con la destruccion del viejo imperio turco. La Inglaterra debia temer el porvenir de un pueblo que presenta tan ventajosa posicion marítima, y que en aquel momento desplegaba la mayor habilidad en el mar; así es que quiso impedir que se creara un Estado demasiado considerable, el cual con el tiempo pudiese rivalizar con ella; y aun trató de impedir que se destruyera la Turquía. En su consecuencia, el gabinete de Lóndres hizo aceptar al de San Petersburgo un tratado de alianza con objeto de fundar la emancipacion griega en las bases acordadas por la asamblea soberana de Hidra (4 de abril de 1826). Habiendo la Francia, amiga desinteresada de la Grecia, accedido á aquel tratado, á pesar del Austria y de la Prusia, que deseaban mantener la antigua Santa Alianza, porque favorecia el desarrollo de la autoridad, resultó una nueva Santa Alian-

za mas simpática á los pueblos, porque favorecia el desarrollo de la libertad.

Cuando las tres potencias aliadas solicitaron la adhesion de la Sublime Puerta al protocolo relativo á la emancipacion de la Grecia, el sultan, contando con el constante apoyo que habia encontrado siempre en el emperador de Austria, les contestó con altanería que el derecho de gentes no admitia negociaciones entre los soberanos y los súbditos; que el pueblo musulman se habia opuesto siempre á toda intervencion extranjera, y que jamás descenderia á ser solo el señor directo de los griegos. Inmediatamente la Francia, la Rusia y la Inglaterra estipularon en el tratado de Lóndres que si la Puerta no aceptaba la mediacion propuesta, intervendrian resueltamente para obligarla á reconocer la independendencia política de Grecia (6 de julio de 1827). Ibrahim Bajá, que mandaba la escuadra turca y la escuadra egipcia en Navarino, aceptó un armisticio, pero no por esto dejó de seguir las hostilidades; y cuando los almirantes de las tres potencias aliadas le intimaron que cumpliera su ofrecimiento, el almirante otomano ni siquiera quiso abrir su carta. Entonces fué cuando la brillante accion de Navarino sancionó los principios del tratado de Lóndres (28 de octubre de 1827). La cuestion de Oriente dominaba ya todas las cuestiones de Occidente.

Los embajadores de Francia, de Inglaterra y de Rusia habian ya salido de Constantinopla, juzgando no ser ya posible la conservacion de la paz; y el sultan proclamaba la guerra santa, de un extremo á otro de sus estados, que

el emperador Nicolás se había propuesto invadir, después de haberse asegurado el apoyo moral y la neutralidad armada de Carlos X. La Francia, que trataba de reconquistar su supremacía política, encontraba en su alianza con la Rusia la ocasión de romper los humillantes tratados de 1815; pues el conflicto particular de dos pueblos en los confines del Asia, iba á producir una recomposicion general de la Europa. Algunos navíos franceses debian presentarse en los Dardanelos para proteger los ejércitos rusos que marcharan sobre Constantinopla. Esta capital de un Imperio turco debía ser la capital de un Imperio griego; la Rusia y la Grecia debian formar dos estados separados; el emperador Nicolás debía reinar en Constantinopla y uno de sus hijos en San Petersburgo; la Polonia, declarada independiente, debía adquirir la Galizzia y el ducado de Posen; el Austria debía quedar indemnizada con la Bosnia y la Servia; la Prusia con el reino de Sajonia, cuyo rey ceñiria la corona de Polonia; la Dinamarca debía engrandecerse por la parte de la Alemania; la Francia debía volver á entrar en posesion de las antiguas provincias rinianas y de la Bélgica; el rey de los Países Bajos debía encontrar una indemnizacion en el norte de la Alemania; finalmente, un ejército de cincuenta mil rusos y prusianos debian asegurar la toma de posesion por la Francia de la orilla izquierda del Rhin. «Esto era hermoso, no es verdad? exclama M. Capefigue. Nosotros hubiéramos salido de los tratados de 1815 sin violencia, sin guerra, sin agitacion, á consecuencia de una preponderancia natural, de la fuerza de la nacion y de la

moralidad de nuestro gobierno; tan cierto es que las grandes ventajas proceden de las ventajosas situaciones que se han sabido adquirir (1).» El equilibrio continental, establecido sobre estas bases, hacia esperar un próximo restablecimiento del equilibrio marítimo; pues la Inglaterra, que podía aun defender su superioridad contra las marinas francesa y rusa, se hubiera visto pronto precisada á reconocer su inferioridad delante de la alianza de las escuadras francesa, griega y rusa.

Todo conspiraba al éxito de tan gigantesca empresa. Las negociaciones entre París y San Petersburgo permanecian secretas, por mas que hiciera el gabinete inglés para descubrirlas; y la Rusia pasaba los Balkanes, mientras la Francia ocupaba la Morea, á fin de crearse un protectorado político en el Mediterráneo, en oposicion á las islas Jónicas y al protectorado político de la Inglaterra, sin ocultar su pensamiento de intentar una expedicion mucho mas considerable contra la regencia de Argel, á fin de crearse una gran colonia en Africa. Pero habiendo el gabinete de Londres descubierto á precio de oro las negociaciones abiertas entre el gabinete de París y el de San Petersburgo, vióse Carlos X obligado á cerrarlas por prudencia, si bien prometiéndose pedir al porvenir lo que el presente no le podia conceder. Con este objeto el rey de Francia continuó prestando al emperador de Rusia un apoyo enérgico y leal, el cual le facilitó los medios de desprestigiar el descontento del

(1) *Hist. auténtica y secreta de los tratados de 1815*, pág. 222-223.

Austria y los celos de la Inglaterra. Aunque los intereses de estos dos estados sean contradictorios, por ser los de la Inglaterra siempre movibles y los del Austria siempre permanentes, se unieron, sin embargo, para producir en Francia un movimiento revolucionario, despues de haber sublevado la oposicion contra el gobierno; el uno dividiendo la dinastía para dividir mejor la sociedad; y el otro pretendiendo elevar al duque de Reichstadt, con el fin de humillar á los príncipes de la casa de Borbon.

Inmediatamente las facciones interiores se reorganizaron bajo aquella doble influencia exterior. El grande acto de justicia, que concedia á los emigrados una indemnizacion pagada por el Estado despojado al individuo despojado, fué presentado como un grande acto de iniquidad; las leyes relativas al restablecimiento de los mayorazgos y del derecho de primogenitura, que derivaban de la misma carta, base de la monarquía constitucional por pares y diputados, y estableciendo una transaccion entre el principio hereditario y el principio electivo, el derecho político y el derecho civil, la clase aristocrática y la sociedad de la semi-igualdad, y la autoridad y la libertad, fueron declaradas incompatibles con la carta. De esto se siguió un formidable antagonismo entre la nobleza y la clase media, entre los nuevos propietarios creados por la revolucion y los antiguos propietarios indemnizados por la restauracion. Estando estos afiliados entre los defensores del trono, aquellos pasaron á ser sus agresores. El antiguo proyecto de usurpacion escondido en los archivos revolucionarios de 1792, de 1794 y de 1815,

reapareció bajo una nueva forma. Invitando al jefe de la casa de Orleans á «cambiar su blason ducal por la corona cívica,» exclamaban: «Príncipe, valor! hay en nuestra monarquía un hermoso puesto vacante, el que ocuparía Lafayette en una república: el de primer ciudadano de la Francia.» Y de este modo se iban sustituyendo las ideas inglesas de 1688 á las ideas francesas, para reemplazar á un rey que consideraba la carta como una concesion suya, con otro rey que debería considerar el trono y la carta como una concesion del pueblo ó de la cámara electiva.

Cuanto mas glorioso y respetado era en el exterior el poder de Carlos X, tanto mas ultrajado era en el interior, porque «las facciones querian su dislocacion: las unas por el interés de una casa cuya ambicion servia desde mucho tiempo; y las otras con la intencion de imponer una nueva ley á un nuevo poder (1).» La calumnia, arma terrible, fué dirigida contra todos los actos y todos los principios de la restauracion. En vano la diplomacia francesa habia detenido á los rusos á las puertas de Constantinopla, impedido la total destruccion de la Turquía con el apoyo de la diplomacia inglesa y austriaca, por medio del tratado de Andrinópolis (14 de setiembre de 1829); contribuido poderosamente á la creacion de la monarquía griega; y finalmente, garantizado en todas partes la dignidad soberana y la grandeza del país; pues, á pesar de actos tan notables, insullaban al rey de Francia, le acusaban de haber dejado el brillo de

(1) El conde de Ficquelmont, *Lord Palmerston, la Inglaterra y el Continente*. Tom. I, pág. 276.

su corona á merced de los aliados, é insultaban á la misma Francia diciendo que sufría un gobierno impuesto por las bayonetas extranjeras, sin pensar que la arrastraban á un sendero en que se vería obligada á sufrir mas adelante un gobierno impuesto por las bayonetas nacionales. Aquellas culpables tramas preparaban el triunfo de una vasta conspiracion, de la cual Carlos X poseía todos los hilos, que debiera haber roto por medio de un golpe alrevido, para impedir la destruccion de la monarquía, operando su salvacion. Desgraciadamente desdeñó defenderse, hasta tal punto que pudieron atacarle en cierto modo con impunidad.

Estallaron las hostilidades en la tribuna, lo mismo que en la imprenta, entre la soberanía parlamentaria y la soberanía real, entre el poder constituyente y el poder constituido, en el momento en que nuevas dificultades acababan de suscitarse entre París y Lóndres relativas á la expedicion de Argel. Habiendo la Inglaterra deseado saber «cuál era el objeto definitivo de tan grande armamento,» «la Francia, no aconsejándose sino de su interés y de su dignidad, contestó que no tenía que dar cuenta á nadie (1).» Esta respuesta llena de patriotismo, pone furioso al *Foreign-Office*, cuya venganza no se hizo aguardar mucho tiempo. Vuelto la Inglaterra que no podía ya entenderse con los Borbones, quiso entenderse con la oposicion *anti-dinástica*, inspirarla una audacia implacable como su misma cólera, y darla aun, en caso necesario, los medios de realizar una re-

(1) Contestacion del príncipe de Polignac á sir Carlos Stuart de Rothsay.

volucion que fuera ventajosa para ella, solo porque seria desastrosa para la Francia; pues perdiendo entonces todas sus conquistas morales y todas sus conquistas materiales, proscrita por la Europa verdaderamente monárquica y apriionada en cierto modo dentro de los tratados de 1815, se encontraria obligada á adoptar la alianza inglesa, á fin de conservar lo que aun la quedara de independencia nacional. ¡Cosa muy triste, pero digna de fijar la atencion! la revolucion de 1688 se hizo en Inglaterra contra la Francia, y la revolucion de 1830 se hizo en Francia para la Inglaterra. Si el partido liberal francés, conspirando la ruina de la restauracion, no aprobó la gloriosa conquista de Argel, que añadia un reino á nuestra monarquía, es que aquella habia incurrido en la desaprobacion de los ingleses; es que dicho partido no podia triunfar en sus subversivos proyectos, sin que subordinara el objeto de la Francia al de la Inglaterra.

Mientras Carlos X creyó ser el único amenazado, no quiso resistir; pero trató de hacerlo desde el momento en que toda la sociedad estuvo en peligro. Las famosas *Ordonnances* (*decretos*) le parecieron necesarias, menos para salvar su corona, que para salvar el honor del país. «Su golpe de Estado, dice M. de Salvandy, era *defensivo* y no *ofensivo*.» El conflicto se empeñó inmediatamente entre un gobierno oculto que lo habia preparado todo de antemano para el ataque, y un gobierno público que nada habia preparado para la resistencia. En tanto que las sociedades secretas tenian amenazada á toda la sociedad oficial, fueron á suplicar al anciano monarca que abdicara en favor del jóven duque de Burdeos,

á pesar de prometerse echarle de Francia junto con su nieto, como en otro tiempo habian echado de Inglaterra á Jacobo II y á su hijo. Y Carlos X, que decia pocos dias antes de aquellas fatales jornadas: «Si yo no tuviera sino esta alternativa, preferiria mas bien ser un rey desterrado que un rey envilecido,» bajó del trono para no sacrificar los eternos intereses de las sociedades á los intereses transitorios de los partidos, y los gloriosos destinos del pueblo continental, si es dado expresarse de este modo, á los sospechosos fines del pueblo insular.

Ese drama revolucionario cubrió á la Europa de luto; pero los hombres que no habian tenido inconveniente en desempeñar un papel deplorable en lo que ellos llamaban la *comedia de quince años*, procuraron con la relacion de sus tristes complots divertir á nuestra pobre Francia, á fin de que no se apercibiera, sin duda, de que acababan de precipitarla en aquella senda fatal, en la cual se pasa de las pruebas mas crueles á las mas terribles expiaciones. Los Borbones, lo mismo que los Estuardos, solo fueron heridos en su rama principal; y el duque de Orleans, en vez de ser mediador entre los partidos armados, en vez de sacrificarse por cuenta de la sociedad monárquica, tomando el título de regente que hubiera conservado durante toda la minoría del rey de Francia, Enrique V, se dejó dar por algunos diputados, que ni siquiera tenian un carácter legal, el título de Luis Felipe I, rey de los franceses, que no habia de conservar durante toda su vida. Pues obligado, antes de obtener este título, á prestar juramento á la carta modificada en la

cámara electiva, de un modo tal, que en adelante expresaba la negación del derecho divino ó de la soberanía del rey, y la afirmación del derecho humano ó de la soberanía del pueblo, le era imposible hacer acto alguno de monarca, sino sobre el mismo principio de la república.

El advenimiento al trono de Luis Felipe se comunicó al pueblo de Francia y á todos los monarcas de Europa, para que reconocieran: por un lado, que la posesión del poder supremo no era contraria á las leyes morales; y por otro, que el origen y la constitución de ese poder no era la consecuencia de ningún acto de inmoralidad. La Francia confesó *tácitamente* que el gobierno de Julio se encontraba conforme con las leyes morales ó divinas, aun cuando expresara la exclusión del derecho divino; pero los soberanos, formando reunidos el cuerpo político de Europa, no se atrevieron á confesar *auténticamente* que los acontecimientos de París estaban conformes con la pura moralidad. Sin embargo, como una guerra con la Francia podía comprometer el destino de todos los estados, sobre todo en aquel momento en que el partido revolucionario parecía tanto más poderoso y decidido, cuanto que el partido verdaderamente conservador parecía irresuelto é impotente, los reyes se vieron obligados á reconocer «la mejor de las repúblicas,» y á sancionar de este modo la destrucción de los principios que servían de base á sus mismas monarquías.

Luis Felipe, soberano de hecho, reconocido por todos los soberanos de derecho, iba, pues, á representar en Europa la derrota moral de la monarquía.

CAPITULO XXXIV.

Derrota positiva de la monarquía.

SUMARIO.

La revolucion de julio ante la Europa.—Luis Felipe es reconocido por la Inglaterra, con la misma facilidad que si fuera el heredero legítimo del trono de Francia.—Mision de Talleyrand en Londres.—Declaraciones hostiles del emperador de Rusia.—Coalicion de los reyes del Norte.—La Inglaterra y la Rusia hallan un pretexto para mezclarse en todos los asuntos de Europa: la una reprimiendo las revoluciones, y la otra fomentándolas.—Política general de Luis Felipe.—La revolucion de París produce la de Bruselas.—La Francia quiere hacer prevalecer en Europa el principio diplomático de no intervencion.—Protesta del príncipe de Metternich.—El rey de los Países Bajos pide á los emperadores de Austria y de Rusia, y á los reyes de Inglaterra y de Prusia que le apoyen contra los súbditos que se le han rebelado.—La Inglaterra sacrifica la casa de Nassau, á la que protegía desde hacia siglos.—Conferencias de Londres.—Separacion de Bélgica y Holanda.—El partido moderado desaparece momentáneamente de Francia, en presenacia del partido exaltado.—Provocacion á la rebelion universal.—Revolucion de Polonia.—Sublevaciones parciales de la Alemania y de la Italia.—El príncipe de Metternich prefiere un campo de batalla á una revolucion.—Intervencion del Austria en Italia.—La Inglaterra reconoce en ciertos casos el derecho de intervencion.—Supresion del reino de Polonia.—La revolucion favorece mas bien la ambicion de los reyes que la de los pueblos.—La política de los principios queda subordinada á la de los intereses.—Situacion de los partidos en Francia.—Expedicion de Amberes y de Ancona.—Don Pedro y don Miguel.—Fernando VII destruye la ley sálica en España.—Isabel y don Carlos.—La Inglaterra se declara en favor de Isabel y contra don Carlos, heredero legítimo del trono de España, con la confianza de que así lo hará perder á la casa de Borbon.—Guerra civil en España.—Actitud de la Europa con respecto á la Francia.—Luis Napoleon Bonaparte en Estrasburgo.—Disolucion de la alianza de las cortes del Norte.—Matrimonio del duque de Orleans.—Ministerio de M. Thiers.—Cuestion de Oriente.—M. Thiers quiere provocar un rompimiento entre el Austria y la Rusia.—Declaracion del príncipe de Metternich.—Luis Napoleon Bonaparte en Boloña.—Francia se ve excluida de los consejos de Europa.—M. Thiers quiere hacer una guerra de propaganda universal.—Caída de M. Thiers.—Ministerio de M. Guizot.—Francia vuelve á entrar en los acuerdos de los gabinetes.—

El nuevo partido conservador y los antiguos partidos anti-dinásticos.—M. Guizot y M. Thiers.—M. Guizot es el campeón de las ideas constitucionales en Europa.—La Grecia abandona las filas de las monarquías absolutas para entrar en las de las monarquías constitucionales.—Coletti y Maurocordato.—El gobierno y la oposicion en Austria.—*La vieja Europa* en lucha con *la jóven Europa*.—Esperanzas de Italia.—M. Guizot y el príncipe de Metternich.—Advenimiento al solio pontificio de Pio IX.—Popularidad universal del Sumo Pontífice.—Carlos Alberto es considerado como la espada de Italia.—Metternich reclama el apoyo de las grandes potencias para sofocar el espíritu de rebelion de aquella península.—M. Guizot y lord Palmerston.—El primero quiere obtener reformas para los pueblos y el segundo suscita contra ellos las revoluciones.—Matrimonios españoles.—M. Guizot asegura el trono de España á la casa de Borbon.—Esta es una victoria que la Francia obtiene sobre la Inglaterra.—Lord Palmerston medita una venganza de la Inglaterra contra la Francia.—Lord Normanby y la oposicion en París.—Campaña de los banquetes.—Triunfo de M. Guizot en Italia.—Legislatura de 1848.—Discurso de la Corona.—Revolucion de febrero.—Abolicion de la monarquía y fundacion de la república francesa.—Todos los pueblos que el dia antes se declaraban á favor de la monarquía constitucional ó representativa, parece que al dia siguiente quieren declararse en favor de la república.

Antes de la revolucion de julio, las monarquías, tanto absolutas, como constitucionales, descansaban en el mismo principio: el de la legitimidad de los reyes, expresando en cada Estado el doble origen de la soberanía, humana y divina á la vez, ó mejor dicho, fundada en la gracia de Dios y en la ley de sucesion hereditaria, garantizando así la inviolabilidad de la sucesion en el trono, para manifestar que los derechos de las casas reales son moralmente indestructibles. Pero despues de la revolucion de julio y por el solo hecho de aquella revolucion, que proclamaba la caducidad de la rama primogénita de los Borbones y el advenimiento al trono de la rama segunda, la Francia establecia un derecho particular enteramente contrario al derecho público de Europa; pues pretendia fundar cierta monarquía, dando á

la soberanía un origen puramente humano, esto es, excluyendo la influencia divina en la existencia de la soberanía, por una fragante violacion de la ley relativa á la sucesion en el trono, para manifestar que los derechos de las casas reales son positivamente destructibles.

Así, el gran conflicto de la Francia revolucionaria y de la Europa conservadora se reproducia de una manera tanto mas formidable, cuanto que los reyes negaban el derecho humano, so pretexto de afirmar así mejor el derecho divino, con riesgo de atraerse la cólera de todos los pueblos; y que la nacion francesa, ó por mejor decir, los que se autorizaban con su nombre mágico, negaban el derecho divino, so pretexto de afirmar mejor el derecho humano, en realidad para atraerse las simpatías de todos los pueblos, con riesgo de atraerse la cólera de todos los reyes. Es verdad que su coalicion estaba determinada de antemano, puesto que el tratado de Chaumont cimentaba aun una alianza indisoluble entre la Rusia, el Austria y la Prusia, cada una de las cuales debia suministrar un contingente de ciento cincuenta mil hombres contra la Francia; pero la Inglaterra, parte contratante, habiéndose desentendido en Troppau de las especulaciones de subsidios que habia prometido en 1814, y atendiendo, por otra parte, á un objeto separado, mientras que los demás estados ya solo se encaminaban á un objeto comun, habia «saludado, á correo vuelto,» el pensamiento de 1688, reconociendo como á rey de los franceses á Luis Felipe I, con la misma facilidad de principio y de forma que si hubiera sido el heredero legítimo del trono, aunque to-

dos los antiguos soberanos de derecho vieran solo un usurpador en el nuevo soberano de hecho.

El historiador diplomático del último reinado observa con razon que la monarquía de 1830 no tuvo que escoger desde su principio entre varios sistemas de política extranjera (1). Efectivamente, rechazada por las grandes monarquías continentales, no podía aliarse sino con la gran nacion insular. «M. de Talleyrand, dice un ex-ministro de Austria, tuvo el destino singular, despues de haber hecho casar la legitimidad con el congreso de Viena en favor de la Restauracion, de casar en Lóndres la usurpacion de 1830 con la Inglaterra. Del mismo modo que un padre se muestra condescendiente sobre las condiciones del matrimonio de una hija de mala reputacion, M. de Talleyrand lo fué sobre las de la nueva union de Francia é Inglaterra... era por parte de la Francia una alianza á toda costa; tratábase entonces de romper la coalicion firmada en Chaumont por veinte años. Este término no habia aun transcurrido; el tiempo aun no la habia denunciado naturalmente: la ruptura fué violenta; no fué *ostensiblemente* la de los intereses, sino la de los principios. La Inglaterra salió entonces de las filas pacíficas y conservadoras de las potencias, para entrar en las de la revolucion. Viéndola renacer, quizás aun mas ardiente, cansada como habia estado de combatirla, la Inglaterra en esta ocasion, la cogió por el cuerpo para estrecharla en sus brazos, para conducirla á su gusto, para

(1) M. V. de Haussenville, *Historia de la política exterior del gobierno francés*, 1830-1848. 2 vol. Copiaremos muchos trozos de esta excelente obra.

servirse, al fin, de ella como de una criada á sus órdenes, á quien sabria emplear do quiera que lo considerase conveniente á sus intereses. El sacrificio de los principios se hizo al espectro de la guerra general, cuya imágen habia hecho aparecer la Inglaterra por medio de su alianza con la Francia, y el ministro inglés (lord Palmerston) mostraba tambien ese espectro á la Inglaterra misma como justificacion, igualmente que al continente como amenaza. Era un medio coercitivo para conducir las conciencias á una capitulacion (1).»

El primer cuidado de la Francia habia sido poner su nuevo principio de gobierno bajo la proteccion de dos millones de bayonetas. En efecto, podia oponer quinientos mil hombres de tropas regulares y un millon quinientos mil de guardias nacionales á los reyes de Europa, si hubieran tratado de atacar sus derechos de nacion independiente, bajo pretexto de que su deber era sofocar las semillas de la libertad revolucionaria que arrojaba entre los pueblos. Por lo demás, los armamentos en todas partes se hacian formidables. Formábanse dos campos. El Norte y el Mediodía iban á encontrarse uno en frente de otro, y las altaneras declaraciones del emperador Nicolás no eran las mejores para disipar el temor de un conflicto. «Pues bien, decia á M. Paul de Bourgoing, primer secretario de la embajada de Francia, que era en San Petersburgo el encargado de negocios; pues bien! habeis recibido noticias de vuestro gobierno, esto es, del señor lugarteniente general? pues ya sabeis que no re-

(1) El conde de Ficquelmont. Le citamos aquí, para manifestar cuáles eran entonces las disposiciones de Europa con respecto á Francia.

conozco otro orden de cosas que ese, y que es el único que considero legal, porque solo él emana de la autoridad real legítima... Sí, tal es mi modo de pensar: el principio de la legitimidad, ved ahí lo que me guiará en toda circunstancia; jamás me separaré de él... jamás podré aprobar lo que acaba de pasar en Francia.» «Pero, contestó M. de Bourgoing, S. M. Imperial quiere, pues, conflagrar la Europa. Yo sé que esta no piensa tomar las armas para atacar á la Francia. ¿Cree Vuestra Majestad que una nacion altiva como la nuestra, tan entusiasta y llena de dignidad, se dejará dar una señal de desaprobacion, cualquiera que sea? —Jamás, replicó el emperador, me separaré de mis principios. No se transige con el honor. No sé lo que haremos; pero á buen seguro manifestaré mi opinion á los demás soberanos de Europa... No haremos la guerra, podeis aceptar esta seguridad; pero si alguna vez reconocemos lo que existe en vuestro país, no será, estad seguro de ello, hasta despues que nos hayamos puesto de acuerdo... Yo haré lo que podré: el tiempo, el parecer de las demás cortes, el sesgo que en Francia tomaren las cosas, eso es lo que podrá determinarme; pero, os lo repito, jamás transigiré con mi honor (1).» A contar desde aquel dia, la Rusia y la Inglaterra encontraron un pretexto igualmente plausible para mezclarse en todos los negocios de Europa, y de desenvolverse así su política particular en perjuicio de la política general: esta fomentando las revoluciones, y aquella reprimiéndolas.

(1) Despachos de M. de Bourgoing, de 12 y de 24 de agosto de 1830.

Luis Felipe, cuya existencia monárquica podía hallarse comprometida en igual grado, lo mismo en Francia que en Europa, tanto por el partido del movimiento como por el de la resistencia, trató de neutralizarlos á ambos. Ya que se trataba de resolver, en la esfera temporal, la eterna cuestion de la paz y de la guerra, del órden y del desórden, el soberano de hecho comprendió que en sus cartas autógrafas dirigidas á los soberanos de derecho (14 de agosto de 1830), debía presentar su advenimiento al trono, no como una usurpacion de familia coronada por el éxito, sino como una consecuencia fatal de los acontecimientos; y proclamar muy alto que solo cedía á la necesidad para salvar, si no la monarquía, á lo menos el trono, para evitar la república, para oponer, en fin, un dique insuperable al torrente revolucionario. Así, escudando el noble orgullo del país, que jamás retrocedió delante de una revolucion militar de los diferentes problemas que ella presenta en el mundo, Luis Felipe invocaba una solucion pacífica; prometiendo respetar los tratados existentes, hacer olvidar su fatal origen por medio de un fin providencial, y ser un sincero mediador entre la democracia republicana de Francia, y la aristocracia monárquica de Europã. Entonces apareció aquella brillante «escuela de diplomacia, que sin buscar en las córtex extranjeras una simpatía imposible de obtener, y que era peligroso buscar, pero esperando una imparcialidad favorable, se imponía el deber de probar á la Europa que la Francia habia podido verificar una revolucion, sin ser una perpetua amenaza para los demás estados, y se de-

dicaba á demostrar que la llave de la paz europea está en París (4).» De esto resultó que Luis Felipe hizo aceptar la revolucion de julio en el exterior, al mismo tiempo que se extendia en Bélgica, Polonia, Italia y Alemania, y que comprometia sus destinos en el interior. Casi todos los gabinetes reanudaron con el de las Tullerías sus habituales relaciones de legacion; de modo que la alianza de la Rusia, de la Prusia y del Austria, en vez de ser militante y ofensiva, volvióse expectante y meramente defensiva.

Los dos partidos que se habian hecho oposicion uno á otro durante los *Cien Dias*, el uno porque queria volver á llamar la casa de Borbon, y el otro porque queria excluirla, se hicieron gobierno despues de la revolucion de julio. El que habia llamado al trono á Luis Felipe, «á pesar de que fuera Borbon,» dirigia los negocios interiores; y el que le habia llamado al trono «porque era Borbon,» dirigia los negocios exteriores. El rey podia escoger de dos principios que dividian la Europa desde el congreso de Troppau: el principio de intervencion profesado constantemente por las potencias coligadas, y el principio de no intervencion, accidentalmente profesado por la Inglaterra. Ahora bien, los pueblos volvian sus ojos á la Francia, por haber resuelto entregarse á tales ó cuales actos, segun fuese la opinion que aquella adoptara. Ya la revolucion de París habia engendrado la de Bruselas (26 de agosto de 1830), y otras vias de hecho particulares hacian temer á todo el

(4) El conde de Garden, *Historia general de los tratados de paz*. Tom. I, *Introñ.* pág. LXXIV.

mundo una disolucion general de los estados, cuando el conde de Molé, ministro de negocios extranjeros, proclamó el principio de no intervencion. A los reyes y á los pueblos les sorprendió aquella resolucion, pero en sentido distinto. El príncipe de Metternich protestó contra «la extraña pretension del gobierno francés de introducir por su conveniencia un nuevo derecho de gentes del cual hasta entonces jamás se habia oido hablar, y que era pura y simplemente la destruccion de todas las reglas que hasta entonces se habian tenido presentes en la política de los estados europeos.»

Era tanto mas grave esta protesta, cuanto que el rey Guillermo, cuyas tropas holandesas se habian visto obligadas á evacuar el territorio belga, se dirigia al Austria, á la Inglaterra, á la Prusia y á la Rusia, no en su calidad de árbitras que aun no reclamaban, sino «en su calidad de firmantes de los tratados de París y de Viena, en cuya virtud se habia creado el reino de los Países Bajos,» para poner todos los derechos de su corona bajo la proteccion de su comun garantía, y para pedirles apoyo contra los súbditos que se le habian sublevado. Aguardando una determinacion colectiva, el rey de Prusia, hermano político del rey de Holanda, adoptó una determinacion individual, haciendo apoyar con sus ejércitos una tentativa de Guillermo contra Bruselas. Inmediatamente M. Molé quiso probar á la Europa que sostendria enérgicamente con actos de guerra un principio formalmente proclamado en favor de la paz. Y no solo alejó la Prusia sus tropas de la Holanda, si-

no que como la Inglaterra consentia en destruir un reino que habia creado, y sacrificaba en un dia la casa de Nassau, á la que habia protegido durante tres siglos; todas las potencias, despues de consumir la reunion de la Bélgica católica y de la Holanda protestante en el congreso de Viena, se entendieron en las conferencias de Lóndres para consumir su separacion.

Aunque eso fuera un triunfo conseguido por la Francia revolucionaria sobre la Europa conservadora, el partido moderado que lo habia obtenido en tan poco tiempo, y á pesar de tantos obstáculos, debió ceder el poder al partido exaltado. El nuevo ministerio contrajo el solemne compromiso de fundar en el interior un trono rodeado de instituciones republicanas; y en el exterior el de sostener en todas partes la libertad de los pueblos, y vengar á la Francia de los vergonzosos tratados de 1815 impuestos por la cólera de los reyes (13 de noviembre de 1830). Semejante programa encerraba una declaracion general de guerra y una provocacion á la rebellion universal, como si se hubiera querido sustituir en todos los estados el principio exclusivo de la soberanía popular al principio exclusivo de la soberanía real. De modo que el gobierno enarbolaba la bandera de la oposicion, la cual conspiraba ya la destruccion de la nueva monarquía para restablecer la antigua república, sublevando á los pueblos contra los reyes. Sabido es el resultado de tales declamaciones revolucionarias: confiando la Polonia en las promesas de la Francia, verificó su desgraciada insurreccion contra la Rusia, en el momento crítico

en que los ejércitos rusos iban á reunirse con los de Austria y Prusia, para aceptar en nombre de la coalicion el reto de guerra lanzado por un ministerio francés; la Alemania y la Italia presenciaron sublevaciones parciales, que parecian anunciar una rebelion general; y París fué el teatro de tantas asonadas, que todas las creaciones del Norte, del Centro y del Mediodía de Europa, parecia que debian sumirse en el seno de una misma destruccion.

El gabinete de las Tullerías vacilaba entonces delante de los arrabales insurreccionados, pero no vacilaba delante de los demás gabinetes. Habiendo M. Laffitte declarado en la tribuna, «que no permitiria que se violase el principio de no intervencion» (1.º de diciembre de 1830), los revolucionarios polacos, italianos y alemanes aplaudieron sus palabras; y el príncipe de Metternich debió refutarlas, bajo pretexto de que «los gobiernos no podian permitir, en virtud de un principio inaplicable, que se les redujese así la esfera de su accion política. La verdadera doctrina era, segun él, que cada soberano podia obrar como mejor le pareciera. Declaraba que para establecer el derecho de intervencion de los gobiernos, estaba dispuesto á exponerse á la intervencion de los pueblos, porque entonces la cuestion, claramente sentada, pasaria á ser una cuestion de fuerza; que él mas queria perecer por el hierro, que por el veneno, pues con las armas en la mano se corria á lo menos una contingencia, cuando el veneno no le dejaria ninguna; en en una palabra, que si la intervencion del Austria en Italia debia ocasionar la guerra, estaba dispuesto á aceptarla,

pues peligro por peligro, preferia un campo de batalla á una revolucion (1).»

Conforme con esta declaracion, el Austria hizo marchar sus tropas contra los insurgentes de la Rumanía, donde Carlos Bonaparte y Luis Napoleon Bonaparte, hijos del despotismo, habian acudido á la primera señal de la libertad revolucionaria. Sabido es que M. Laffitte quiso dirigir un ejército francés al Piamonte para desafiar al príncipe de Metternich, ó mas bien á toda la coalicion; pero Luis Felipe no quiso precipitar á la Francia en una guerra contra la Europa, con unos supuestos hombres de estado que ni siquiera sabian garantizar el órden público, conservando la paz en las calles de París. Era tanto mas oportuna esta revolucion, cuanto que las avanzadas de la Europa habian ya tomado posesion sobre el Rhin y el Mosa, y que la Francia no podia siquiera contar con la alianza de la Inglaterra, porque la Bélgica ofrecia su trono al duque de Nemours. Efectivamente, lord Palmerston habia ya aceptado por base de su política, delante de la cámara de los comunes (18 de febrero de 1831), los motivos que daban á las potencias el derecho de intervencion. «Si lo que pasa en un estado vecino, decia, es de tal naturaleza que pueda amenazar la paz general de Europa, se comprenderá que entonces y hasta cierto grado la intervencion es justificable, y que conforme con este principio, si la Bélgica eligiese por soberano á un príncipe que seria forzosamente peligroso para los estados

(1) Despachos de la embajada de Francia en Viena, enero de 1831. Véase la obra de M. O. de Haussenville. Tom. 1, pág. 35.

vecinos, estos estados tendrían el derecho de protestar contra tal elección.» Luis Felipe retiró inmediatamente de las manos del partido exaltado el poder que en adelante debía dejar en las del partido moderado. Este tranquilizó á la Europa, á la que aquel asustaba. Desde entonces hubo entre estos dos partidos, que se habían unido para fundar el establecimiento semi-monárquico de 1830, un antagonismo insuperable; pues el uno trataba de destruir por todos los medios posibles el principio gubernamental que había creado; mientras que el otro trataba de perpetuar por todos los medios posibles la forma gubernamental que había improvisado. Pero la cuestión belga hizo reanudar la alianza anglo-francesa, demasiado pronto rota. La Francia pudo excluir al duque de Leuchtenberg, porque la Inglaterra excluía al duque de Nemours; y «diciendo que la Bélgica tenía el derecho de elegir, contrájose un compromiso entre estas dos potencias, en cuya virtud la Inglaterra dió el rey y la Francia dió la reina (1).»

Hízose, empero, la elección en ambas cámaras. El duque de Sajonia-Coburgo, que ya había rehusado la corona de Grecia, aceptó la de Bélgica y pasó á tomar posesión del nuevo reino, sin aguardar que su antiguo soberano lo hubiese renunciado. Las tres potencias continentales, aunque siempre hostiles á los movimientos revolucionarios, obraron, no obstante, de acuerdo con las dos potencias marítimas, que los favorecían; pues á todos importaba que la

(1) El conde de Ficquelmont.

cuestion particular de la Bélgica no pasara á ser una causa de guerra general. Por otra parte, por mas fatal que fuera en sus principios constitutivos, la revolucion proporcionaba á la Prusia una feliz ocasion de desarrollar su influencia en Alemania; al Austria la de extender su accion sobre toda la Italia, y á la Rusia, coloso asiático, la de suprimir el reino de Polonia para ser así un coloso europeo. De modo que la política de los principios estaba subordinada en todas partes á la de los intereses. Pero cuanto mas se consolidaban las monarquías en el concepto del poder material, tanto mas se debilitaban en el del poder moral, puesto que por un lado, los soberanos de derecho irritaban y desorganizaban ellos mismos el partido conservador en toda la Europa, tratando con un soberano de hecho, á quien debian considerar como á uno de los jefes del partido revolucionario; y por otro, irritaba Luis Felipe al partido revolucionario europeo, tratando con los soberanos legítimos, jefes naturales del partido contra-revolucionario. Esta doble irritacion produjo en Francia dos movimientos contradictorios. Los revolucionarios, que veian burlada su confianza por la monarquía semi-republicana, la declararon guerra á muerte para hacer triunfar la república; y los realistas, que no podian perdonar al duque de Orleans que hubiese faltado á la confianza que le habia dispensado Carlos X, trataron de derribar su gobierno para restablecer la monarquía. Una primera insurreccion jacobina habia sido derrotada en las calles de París, cuando la duquesa de Berry fué á buscar la victoria en la

Vendée, donde, saludado el duque de Burdeos como rey de Francia, es proclamado con el nombre de Enrique V. M. Thiers, entonces ministro, combate el heroísmo de aquella augusta madre, poniendo su cabeza á precio; y la guerra civil se extingue en la sangre, despues del arresto de la noble duquesa, vendida por un traidor. La monarquía sucumbe de nuevo en la Vendée; pero la república vuelve á levantar la cabeza en Lion, donde el proletariado victorioso triunfa un dia de la atónita *bourgeoisie*, para ser derrotado al dia siguiente. Vencidos por el jóven ministro todos los partidos, antiguos y modernos, M. Thiers repone la estátua de Napoleon sobre la columna que antes de la restauracion ocupara, como si quisiera inaugurar el culto del despotismo y de la fuerza, en un país donde se pretendia establecer exclusivamente el culto del derecho y de la libertad.

En Francia no podian invocarse los recuerdos napoleónicos contra la Europa, sin provocar ciertas demostraciones militares. Así fué que se emprendieron las expediciones de Ancona y de Amberes, menos con objeto de principiar una lucha con el Austria en el territorio de Italia, que para concluir á orillas del Escalda la cuestion belga, que debia dirimirse en Lóndres. Dirigióse una tercera expedicion á las orillas del Tajo, donde D. Pedro, obrando en nombre de su hija, disputaba á su hermano D. Miguel la corona de Portugal, con la espada de la Francia y de la Inglaterra. Aunque Juan VI hubiese reconocido la independendencia del Brasil respecto al Portugal, y la eleccion de Pedro I, su hi-

jo mayor, como emperador (1822), no habia previsto el caso en que estos dos reinos pudieran ser gobernados por el mismo príncipe. El emperador del Brasil tomó, pues, á la muerte de su padre el título de rey de Portugal (1826). Pero era tan violento el antagonismo de estas dos nacionalidades, que debió renunciar espontáneamente uno de los dos tronos, á fin de poder conservar uno de ellos. En su consecuencia cedió la corona de Portugal á su hija doña María de la Gloria, colocó á su lado con el título de regente á su hermano don Miguel, y volvió á tomar el camino del Brasil (27 de noviembre de 1827). Pero habiéndose entretanto convocado las cortes portuguesas, estas declararon extranjero á don Pedro, eligieron á su vez rey nacional á D. Miguel, y quisieron tambien hacer sancionar la independencia de Portugal respecto del Brasil (julio de 1828). A pesar del apoyo de la Inglaterra, don Pedro no pudo contener aquella reaccion del país; con todo, habiendo estallado otra revolucion en el Brasil, don Pedro I no tardó en abdicar en favor de su hijo don Pedro II (1831) y vino á destronar á su hermano con el apoyo de Francia é Inglaterra, para devolver á su hija la corona de Portugal (1833).

Aun no se habia realizado este acontecimiento, cuando Fernando VII convocó las cortes (4 de abril de 1833) que debian prestar juramento de fidelidad á la infanta doña Isabel, ó mas bien, sancionar su decreto de 29 de marzo de 1829, en cuya virtud abolia la ley sálica en perjuicio de D. Carlos, esto es, el órden de sucesion en el trono recono-

cido por la Europa y garantizado por los tratados. Desde el principio, su cuñado el rey de Nápoles y el rey de Francia habian protestado contra la ilegalidad de aquel decreto, en nombre del derecho público, al mismo tiempo que D. Carlos, su sucesor inmediato, y el duque de Orleans, despues Luis Felipe, cuyo hijo primogénito podia ser su inmediato sucesor, habian protestado en nombre de sus derechos eventuales. Pero habiendo la revolucion de 1830 cambiado la situacion de los hombres y de las cosas, Luis Felipe, de acuerdo con la Inglaterra, se declaró contra don Carlos, que pretendia el título de rey con el nombre de Carlos V, y en favor de la infanta doña Isabel que habia tomado el título de reina (1). Todos los gabinetes del Nor-

(1) El modo como presenta el autor nuestra cuestion dinástica, tiene una manifiesta tendencia á demostrar que el derecho estaba de parte de don Carlos. Esto es mucho de extrañar en M. Lacombe, decidido defensor del derecho divino, pues por este y por el humano doña Isabel II ciñe la corona de las Españas. Nuestras antiguas leyes hechas por los reyes y votadas por el pueblo representado por las cortes dan la corona á la hijá mayor del rey difunto cuando este no deja hijos varones; así la heredaron doña Isabel I la Católica y la hija de esta doña Juana, llamada la Loca, y por esta razon empuñó el cetro de los dos mundos su hijo Carlos I de España y V en el imperio de Alemania. Estas leyes son hijas del derecho divino hermanado con el humano, que, segun el autor, es la perfeccion de un sistema de gobierno. Pues bien, estas venerandas leyes, que estaban en armonía con nuestro derecho comun, un monarca de origen extranjero y que ocupaba el trono español, en virtud de estas mismas leyes, las echó abajo apoyado solo en el derecho divino y no en el humano, esto es, por medio de una pragmática ó ley no votada en cortes, y las reemplazó con la ley sálica, vigente en Francia, pero enteramente desconocida en España, y por la cual en ningun caso heredan las hembras, sino que no dejando el rey hijos varones, pasa la corona al hermano, sobrino ó pariente varon mas cercano

te de Europa retiraron sus embajadores, manifestando de este modo que reconocian los derechos legítimos de don Carlos; pero los gabinetes de Lóndres y de París dejaron sus embajadores en Madrid, manifestando de este modo que reconocian como legítimos los derechos de la infanta, aunque fuera evidente «que el reconocimiento de la reina doña Isabel por la Inglaterra tuvo por principal objeto el

del rey, de la rama mas inmediata. Pero si bien siguiendo la doctrina del autor, Felipe V, en virtud de su derecho divino, pudo por sí y ante sí promulgar la ley sálica, no ofrece la menor duda que Fernando VII, tambien monarca por el derecho divino, pudo por sí y ante sí echarla á bajo, cuanto mas, que con este acto restablecia nuestras antiguas leyes de sucesion y que están de acuerdo con el derecho comun nacional, y á las que la España debe el que la sangre de Pelayo corra aun por las venas de nuestros augustos reyes. Que en esto Fernando VII secundó los deseos de los españoles, lo prueba ya el entusiasmo con que se festejó en toda España la jura de doña Isabel como princesa de Asturias, así como el ardor con que la inmensa mayoría de la nacion corrió á las armas en el momento en que don Carlos trató de disputarle la corona. Y por último, que antes que Fernando VII aboliera la ley sálica, ya las córtes reunidas en Cádiz lo habian verificado, estableciendo en la constitucion de 1812, art. 180, que dice: «Al señor D. Fernando VII de Borbon sucederán sus descendientes legítimos, así varones como hembras; á falta de estos sucederán sus hermanos, y tíos hermanos de su padre etc.» y si bien esta ley fundamental estaba abolida, pero esta circunstancia nunca obstará para que sea una prueba evidente de que los españoles estaban entonces, lo mismo que ahora, mas adictos á sus antiguas leyes que á la ley sálica, pues que hallándose la nacion huérfana, y tratando de constituirse, fundó desde luego la sucesion á la corona, segun la legislación nacional, y no sobre la importada del extranjero, á pesar de ser esta la que entonces regia. Queda, pues, demostrado que doña Isabel II fué reina legítima de las Españas por derecho divino, antes de que lo fuera por el humano, expresado por la constitucion del estado que se formó luego: y que D. Carlos ni por el derecho divino, ni por el humano, pudo pretender la corona de España.

(El Trad.)

arrebató, por medio de su matrimonio con un príncipe extranjero, el trono de España á la casa de Borbon. La Inglaterra nunca habia cesado, desde el pacto de familia, de hallar que la reunion de las dos coronas de Francia y de España en la misma casa, daba á la Francia una extraordinaria preponderancia política (1).» Es notorio que don Carlos, apoyando sucesivamente sus derechos en la espada victoriosa de Zumalacárregui y de Cabrera, pudo mantenerse en España durante muchos años, á pesar de las fuerzas reunidas de la revolucion española y de los gabinetes de París y Lóndres, los cuales temian hasta tal punto el resultado definitivo de aquella sangrienta lucha, que provocaron la traicion de Maroto para obligar al pretendiente á refugiarse en Francia (1839) (2).

Los acontecimientos de la península ibérica habian reducido á Luis Felipe al antiguo sistema del regente, fundado en la cuádruple alianza de la Francia, Inglaterra, España y Portugal, la cual consideraba él bastante poderosa para contrarrestar la alianza de todos los estados del Norte. Pero los tiempos, los principios, los hombres y los intereses habian variado mucho de un siglo á aquella parte. En Francia, los atentados aislados contra la persona de Luis Felipe se sucedian á las insurrecciones republicanas; en España las rebeliones militares se sucedian á la guerra civil; y en Portu-

(1) El conde de Ficquelmont.

(2) Hasta ahora habiamos creído que el abrazo de Vergara era uno de aquellos arranques de españolismo, que no son raros en nuestra historia. Permítanos, pues, el autor, que no nos conformemos con su opinion.

gal, unas bandas extranjeras talaban el país so pretexto de defender su nacionalidad: solo la Inglaterra, que se habia salvado de los peligros del *Cartismo*, parecia que ganaba en estabilidad política todo cuanto hacia perder á las demás potencias. La Europa conservadora examinó concienzudamente aquella situacion de la Europa revolucionaria. Los soberanos del Norte se veian periódicamente en Kalisch, en Munchen-Graetz ó en Tœplitz, desde 1830; y sus diplomáticos debian juzgar, segun M. Capestigue, «si era preferible atacar de frente el principio de Julio por medio de la guerra, ó dejar que le extenuara el cansancio: la guerra, despertando el instinto bélico de la Francia, exigia inmensos sacrificios y lo ponía todo en cuestion; la paz permitía el desarrollo de las ideas y de los sistemas de la Europa, en tanto que la Francia, debilitada por sus pequeñas disensiones, dejaba de ser un objeto de amenaza y de inquietud. Todo podia concluirse sin esfuerzos; si ningun soberano tenia simpatías personales por Luis Felipe, á lo menos se debía tener en cuenta el valor que desplegaba para la conservacion del órden y de la paz. Los últimos atentados contra él dirigidos, habian excitado un melancólico interés por su persona, maravillosamente protegida por una Providencia invisible. Decidióse, pues, generalmente guardar respecto á la Francia una situacion de exámen y de expectacion (1).»

Sin embargo, los peligros no disminuyen en el exterior, sino para aumentar en el interior. Mientras Luis Felipe se

(1) *Tres siglos de la Hist. de Francia. Monarquía y política de las dos ramas de la casa de Borbon.* Tom. II, pág. 326.

esfuerzo en vencer la repugnancia de los reyes legítimos respecto á su *cuasi-legitimidad*, alejando el mas mínimo pretexto de guerra, la oposicion excita al pueblo contra él, pretendiendo que solicita *la paz á toda costa*; de modo que el gobierno se ve acometido de todas partes. A las últimas conspiraciones civiles debe añadirse una primera conspiracion militar. Luis Napoleon Bonaparte, que en otro tiempo quiso derrocar el trono pontificio, quiere ahora levantar el trono imperial. Pero las ideas borbónicas, que expresan la verdadera autoridad engendrando la verdadera libertad desde 1814 hasta 1830, y la libertad revolucionaria engendrando un poder conservador desde 1830 hasta 1848, son muy superiores á las ideas napoleónicas, que expresaban el despotismo anonadando toda clase de libertad, para que en el dominio de los hechos consumados la tentativa de Estrasburgo sea otra cosa que una calaverada (30 de octubre de 1836). Sin embargo, la agitacion general de los partidos y el frecuente cambio de ministerios manifiestan la impotencia absoluta en que se encuentran por un lado el gobierno y por otro la oposicion, cuando se trata de fundar un órden cualquiera en el desórden producido por la revolucion (1).

(1) Creo que por este tiempo dijo M. Thiers, ministro, á M. Berryer, jefe de la oposicion legitimista: *¿Por qué no estais con nosotros?*—El grande orador le contestó: *¿Por qué vos mismo no sois de los nuestros?*—Escuchad, replicó M. Thiers; *desde 1830 estamos haciendo un experimento gubernamental que saldrá bien ó saldrá mal. Si nos engañamos, yo seré el primero que reconoceré nuestro error, pasando á vuestro lado.* Yo puedo certificar, si no la exactitud de las

Cuando quedó bien demostrado que no podría crearse el trono casi legítimo, las monarquías no pensaron ya en destruirlo. Por lo demás, las cortes de Viena y Berlin tomaron una actitud conciliadora, al paso que las facciones interiores se hicieron hostiles. Por medio del matrimonio del heredero presuntivo del trono de Julio con la princesa Elena de Mecklemburgo (1.º mayo de 1838), la Prusia hizo caer la barrera que la revolucion de 1830 habia elevado entre la familia de Orleans y las grandes casas soberanas de Europa. Pero la coalicion de los partidos se formó contra el gobierno de Luis Felipe en el seno de la sociedad francesa, desde que la coalicion de los estados se vió al punto de disolverse en su favor en el seno de la sociedad europea. Aquello no era mas que un ardid. El Austria y la Prusia solo querian romper á toda costa la alianza anglo-francesa; ligar, si era posible, á la Inglaterra marítima con los intereses del continente, y excluir á la Francia de los consejos de la Europa, á fin de aislarla de los reyes, cuya autoridad amenazaba, del mismo modo que ella se habia aislado de los pueblos, cuya libertad ya no protegía!

La alianza de Francia é Inglaterra vino á estrellarse contra la cuestion de Oriente, la cual tiene el triste privilegio de excitar la codicia de todo el Occidente. Cosa digna de notarse! despues de ser fidelísima durante la restauracion, la Europa se habia vuelto turca durante el reinado de Luis Felipe. A pesar de que la enfermedad orgá-

palabras, á lo menos la exactitud de las ideas expresadas en ese diálogo; pues me fué referido por uno de aquellos dos ilustres interlocutores.

nica del imperio otomano parecia incurable, todo el mundo queria, sin embargo, regenerarlo, por no saber con que reemplazarlo, si alguien llegaba á destruirlo. El miedo de ver levantar un grande imperio griego, el cual por su alianza natural con la Rusia se haria demasiado preponderante, redujo la gran revolucion griega á las mezquinas proporciones de un pequeño reino, en el cual fué á reinar Oton I, hijo del rey de Baviera. De modo que la Puerta Otomana estaba sostenida por todas las potencias europeas, excepto la Francia; pues Luis Felipe sostenia al Bajá de Egipto, que pedia al sultan que su Bajalato fuese hereditario, y á mas la posesion de la Siria, desde donde un dia podria hacer prevalecer la dominacion de la raza árabe sobre la raza turca. En cuanto hubo estallado la rebelion de Mehemet-Alí, Mahmoud II imploró la intervencion armada de Nicolás, quien le hizo firmar el famoso tratado de Unkiar-Skelessi, por el cual el padre del sultan actual, entregó, dicen, « las llaves del Bósforo al futuro dominador de Constantinopla (8 de julio de 1833). » La paz de Koutayeh solo fué una suspension de armas entre Mahmoud y Mehemet-Alí, cuyas hostilidades empezaron nuevamente en 1839, y por poco dan margen á una guerra general. Deseando la Rusia evitarla en cuanto fuera posible, quiso entenderse con la Inglaterra en las conferencias de Lóndres, para obrar ambas contra el Bajá que á los ojos de una de ellos amenazaba su futura conquista en Europa, esto es, Constantinopla, y á los de la otra sus conquistas presentes en Asia. En vano trató la Francia de resucitar la antigua rivalidad

de las casas de Habsburgo y Romanow, deseando, esta los Dardanelos y aquella las bocas del Danubio, á fin de combinar con el Austria una accion comun en favor del Bajá, cuyas pretensiones hubieran limitado. Pero el príncipe de Metternich, que podia resolver el problema, desechó aquella solucion, porque se creyó obligado á subordinar «los asuntos de Oriente á los de Occidente.» Como se negaba el peligro de las revoluciones, «el príncipe de Metternich afirmaba que la tranquilidad de que se gozaba era solo una tregua; repetia que las potencias del continente estaban de continuo amenazadas por el espíritu de anarquía, y aunque sólidas en apariencia, casi todas en el mismo grado, se hallaban secretamente minadas. A sus ojos, únicamente la Rusia permanecia intacta y firme. Solo ella era la que estaba destinada quizás á salvar la Alemania, que se hallaba apurada; no habia llegado el momento para ninguna córte alemana, y menos para el Austria que para otra cualquiera, de romper con la Rusia (1).»

Cuanto mas se hablaba de guerra al príncipe de Metternich, tanto mas obraba él en el sentido de mediacion y de paz. Es verdad que el Austria tenia la llave del problema oriental, pero deseaba aplazar una solucion que todo el mundo temia, porque nadie estaba preparado para ella. Por lo demás, ya que no se alejaba de la Rusia, debia aproximarse á la Inglaterra. Esto es lo que M. Thiers tuvo la desgracia de no comprender durante su *ministerio de ac-*

(1) Correspondencia de la embajada de Francia en Viena.

cion, el cual provocó dos reacciones igualmente deplorables: en el exterior la de la Europa contra la Francia, y en el interior la de las ideas imperiales y jacobinas contra las ideas mas ó menos realistas. Figurándose que asustaria á los gobiernos europeos invocando el espectro revolucionario y el fantasma de Napoleon, cuyas cenizas hacia trasladar á Francia, M. Thiers suscitó contra su mismo gobierno el atentado revolucionario de Boloña, cometido por Luis Napoleon Bonaparte (9 de junio de 1840), y el acta diplomática de Lóndres, firmada por las grandes potencias, con exclusion de la Francia (4) (15 de julio de 1840), para obtener por medio de la fuerza la sumision de Mehemet-Alí á Abdul-Medjid. Esa coalicion general de todas las monarquías de derecho contra una monarquía de hecho parece indisoluble, porque la Inglaterra es la ejecutora de la voluntad de la Europa contra la política de la Francia. Léjos M. Thiers de arredrarse ante el peligro, afecta complacerse en él. Desde lo alto de la tribuna y en los periódicos ministeriales declara *una guerra sin tregua* á los reyes coligados, y trata de organizar una propaganda revolucionaria en todos los pueblos. Vótanse las fortificaciones de París;

(4) El conde de Ficquelmont resume en estos términos las evoluciones que han tenido lugar entre las potencias desde 1820 hasta 1840: «1.º Siempre que se ha tratado, dice, de una declaracion positiva ó de una manifestacion colectiva de los príncipes, la Inglaterra se ha separado de las tres potencias para acercarse á la Francia; 2.º siempre que se ha tratado de intereses políticos, separados de una cuestion de principios, la Inglaterra se ha alejado de la Francia para aproximarse á las tres grandes potencias.» (Lord Palmerston, *la Inglaterra y el continente*. Tom. II, pág. 185).

llénanse los cuadros del ejército, como si la hora de las grandes batallas hubiera sonado para todo el mundo; pero esto no impide á M. Thiers hacer retirar los navíos franceses á Tolon (8 de octubre de 1840), aunque los navíos ingleses hayan bombardeado San Juan de Acre (10 de setiembre).

Finalmente, el ministerio del 29 de octubre acaba de reemplazar al de 1.º de marzo. M. Guizot sucede á monsieur Thiers; el partido conservador al partido revolucionario, la accion moral á la accion física. Inmediatamente los gabinetes de Europa, que se han alejado del gabinete de París, quieren acercársele de nuevo; pero el eminente hombre de Estado que dirige nuestras relaciones exteriores, les declara que toda la cuestion pendiente entre el Sultan y el Bajá, le es y debe serle extraña; que no puede volver á entrar en los consejos de la Europa, ínterin dure esta cuestion; y que aquella situacion, que la Francia no ha elegido, y en la que no piensa permanecer por sistema, no le pesa en ningun concepto (1). En seguida, resumiendo su política general, M. Guizot dirige á sus agentes una carta particular en estos términos concebida: «Romper toda coalicion aparente ó real de la que no formemos parte; prevenir entre la Rusia y la Inglaterra hábitos de una intimidación algo prolongada; volver á todas las potencias á su situacion independiente y á sus intereses naturales, y salir nosotros de la posicion de aislamiento

(1) Despacho de M. Guizot al baron de Bourqueney, 18 de noviembre de 1840.

para tomar una posición de independencia, en buena inteligencia con todos y sin grande intimidad con ninguno (1).» Estos importantes resultados se obtuvieron por medio de la *Convencion de los Derechos*, firmada en Londres (14 de julio de 1841), en la cual, habiendo declarado los plenipotenciarios de Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia y Turquía, nulo el tratado del mes de julio anterior, la Francia volvió á ocupar muy honrosamente su puesto en el concierto de los gabinetes.

La familia de Orleans, sentada en su trono de eleccion, parecia que ya nada tenia que temer en el exterior, atendido á que todas las casas soberanas de la Europa mantenian con ella relaciones mas ó menos benévolas; ni en el interior, puesto que habia triunfado, si no de la resistencia moral, á lo menos de la resistencia física organizada por los verdaderos realistas y por los supuestos republicanos. El objeto principal del partido conservador, que se mantenia á la cabeza del gobierno, fué y debió ser la consolidacion de la nueva dinastía sobre la sociedad, y en frente de las antiguas dinastías. Casi todos los monarcas que representaban la exclusiva soberanía del derecho divino habian suspendido sus sistemáticas hostilidades hácia Luis Felipe, á pesar de que representara la exclusiva soberanía del derecho humano, no solo porque se habia dedicado á la conservacion de la paz, «á pesar de tantas ocasiones de guerra, que se multiplicaron mas en diez años que durante todo el siglo pasado (2);»

(1) *Ibid.*, 28 de febrero de 1841.

(2) M. César Cantu, *Hist. de cien años*. Tom. III, pág. 300.

sí que tambien porque servia de escudo á todas las monarquías contra la república. Sin embargo, los legitimistas y los republicanos no suspendieron sus hostilidades, igualmente sistemáticas, hasta despues de la muerte del duque de Orleans, contando entonces con la debilidad de una regencia para frustrar las esperanzas dinásticas del mas firme reinado. A los ojos de estos dos partidos, que expresaban el proletariado y la gran propiedad, un poder creado por una revolucion debia ser destruido por otra revolucion. Ya que las dos clases extremas consideraban el trono de 1830 como una institucion puramente vitalicia, fué preciso tratar de perpetuarla fundando *el país legal*, esto es, el gobierno de la Francia por medio de las clases medias: cuya doctrina desenvolvió M. Guizot, tanto en sus escritos como en sus actos, á la manera de aquellas inteligencias verdaderamente eminentes que saben fortalecer la autoridad sin debilitar la libertad.

Hasta ahora, toda la política francesa se ha dirigido alternativamente ó por M. Guizot, ó por M. Thiers. El primero, jefe del partido conservador, es mas bien un hombre de gobierno, que de oposicion; y el segundo, jefe del tercer partido, es mas bien un hombre de oposicion que de gobierno. M. Thiers pertenecia á la revolucion de julio, puesto que pretendia subordinar los principios no consumados á los hechos consumados, á fin de que no se olvidase que Luis Felipe habia sido colocado en el trono, á pesar de ser Borbon, por un acto exclusivo de la soberanía del pueblo; pero la revolucion de julio pertene-

cia á M. Guizot, en razon á que pretendia subordinar los hechos consumados á los principios no consumados, á fin de que no se olvidase que Luis Felipe habia sido colocado en el trono, porque era Borbon, jefe de una rama de la estirpe real, y que por esta razon en ningun caso podia expresar la idea exclusiva de la soberanía del pueblo. Estos dos modos contradictorios de ver el origen y el fin de la monarquía de 1830, hizo que estallara entre M. Guizot y M. Thiers un antagonismo tanto mas implacable, cuanto que cada uno de ellos seguia una senda distinta para llegar ambos al mismo objeto: esto es, á la consolidacion de la nueva dinastía. Y sin embargo, M. Thiers comprometia continuamente la existencia monárquica de Luis Felipe, invocando ya en el interior, ya en el exterior, los recuerdos de la república y del Imperio, ó mejor, el despotismo de un solo hombre y el de la muchedumbre, en nombre de la libertad; renovando la lucha de los pueblos contra los reyes; y queriendo que la revolucion francesa llegara á ser europea con el apoyo de la anarquía, como si, á pesar de sus iniquidades, pudiera colocarse fuera del derecho público! Por el contrario, M. Guizot defendia la existencia monárquica de Luis Felipe, invocando, tanto en el interior como en el exterior, la libertad contra el despotismo; haciéndose aceptar como á mediador lo mismo por los soberanos que por sus súbditos; queriendo que la revolucion francesa llegara á ser europea con el apoyo del orden, como si no pudiera colocarse fuera del derecho público, ó mejor, como si esparciera en el mundo el verdadero espíritu de justicia!

Ahora se comprende porque M. Guizot venció á monsieur Thiers, y cómo labró la fortuna del reinado, habiendo formado sobre los partidos y pandillas un ministerio que duró siete años, «en un país donde la estabilidad parece una calamidad pública (1).» Hombre de resistencia, puesto que combatió en favor de la autoridad contra los propagadores del desorden, tanto en Francia como en Europa, fué tambien hombre de movimiento, puesto que combatió por la libertad contra el despotismo, de uno á otro extremo del continente, y especialmente en las tres penínsulas meridionales. Así es que favoreció la revolucion saludable de la Grecia, trasformando una monarquía absoluta en monarquía constitucional.

Coletti, uno de los héroes de la guerra de la independencia, debía ser el principal autor de aquella revolucion, con la cual se prometia fijar el orden, la paz y la libertad de su patria. Sabido es cuál fué el premio de sus gloriosos trabajos y del mas puro patriotismo! Al tomar la direccion del poder, este gran ciudadano, cuyo cuerpo era tan robusto como su alma, hubo de resignarse con valor á sostener contra Maurocordato, jefe de la oposicion, una lucha que «no era la de la Grecia, sino un simple episodio de la rivalidad de la Francia y de la Inglaterra (2).» Si fué bastante fuerte para crear un nuevo gobierno y hacerlo reconocer por todos los antiguos gobiernos de Europa, fué demasiado dé-

(1) M. César Cantu, *Hist. de cien años*. Tom. IV, pág. 344.

(2) El conde de Ficquelmont, *Lord Palmerston, la Inglaterra y el continente*. Tom. I, pág. 185.

bil para resistir á las persecuciones injuriosas é ignominiosas, «de las cuales sir Edward Lyons era el mas activo instrumento. Coletti, «murió víctima de los inútiles esfuerzos que hizo con objeto de sustraer» su patria á la tiránica dominacion de la Gran Bretaña, y colocarla bajo la proteccion liberal de la Francia (setiembre de 1844). Cuanto mas se le insultó durante su vida, tanto mas se le ha ensalzado despues de su muerte. Todos los partidos han llorado á este hombre esclarecido. La Grecia conservará de él eterna memoria, y la Francia aun no le ha olvidado (1).

M. Guizot, campeon de las ideas constitucionales, y por consiguiente del progreso, ganó la causa de Coletti cerca de Metternich, quien ya no queria ser considerado como á campeon de las ideas absolutistas, ni aun de la resistencia. El jefe de la política austriaca se dedicaba á demostrar en sus memorias dirigidas al jefe de la política francesa: «que el régimen gubernamental de S. M. el emperador de Austria no era estacionario, sino progresivo; que se disfrutaba de mas libertad en sus dominios que en los demás países de Europa, exceptuando quizás la Bohemia y la Hungría, á causa del antiguo espíritu de oposicion que en ellas reina (2).» Sin duda, el absolutismo no era mas que una pa-

(1) Coletti, antes de ser primer ministro de S. M. el rey Oton, estuvo de plenipotenciario en París (desde 1836 hasta 1843), donde se supo granjear el aprecio universal. Todos los que le conocieron en aquella época pueden apreciar la latitud de sus miras políticas; pero los que como nosotros nos hemos visto honrados con su particular benevolencia, deben volverle en pública veneracion lo que nos daba en amistad.

(2) M. V. de Haussonville, *Hist. de la polít. ext. del gobierno francés*. Tom. I, pág. 272.—*Notas*.

labra vaga en Austria, puesto que esta se regia por leyes, y no por el capricho del soberano. Pero en tanto que el príncipe de Metternich alababa en el exterior los actos de su administracion *patriarcal*, en el interior voces muy poderosas censuraban las máximas de su gobierno. Causaba indignacion pensar que un grande Estado como el Austria, colocado en el centro de Europa, rodeado de otros estados donde reinaba la publicidad mas ilimitada, no tuviese siquiera una publicidad limitada y se viese obligada á leer los periódicos extranjeros, como sucede en el dia en Francia, para saber lo que pasaba en el país (1). No olvidaban la declaracion de Francisco I en el congreso de Laybach: «Quiero súbditos fieles y no sabios:» miserables palabras que se elevaron á la altura de un principio! y recordábase que el Austria, amenazando el espíritu regenerador del siglo XIX, no habia variado sus antiguas instituciones, bajo pretexto de conservar su fuerza, á pesar de las promesas positivas de que se habia tomado acta, y del ejemplo de la Prusia, que habia trasformado todas sus leyes constitutivas sin experimentar aun un solo momento de debilidad. «No se trataba, sin embargo, exclamaban, de echar el velo de la ignorancia sobre nuestro decaido país! pero aquello fué una guerra sorda entre este y sus gobernantes, que no se ha entibiado en el espacio de treinta años; y ¡confesion dolorosa! las ventajas han sido para el poder, y esto en gran parte por culpa de la nacion. Es inútil hacerse ilusiones: los austria-

(1) La situacion ha variado notablemente desde entonces; en el dia los periódicos de Austria pueden tener una opinion.

cos son despreciados de todo el mundo, y parias de la inteligencia y del progreso, sus compatriotas, los alemanes de los demás estados, no quieren fraternizar con ellos, y les echan en cara su culpable indolencia. Sí; si se hubiese abjurado aquella mentida templanza, si se hubiese llevado arbitrariamente la mano sobre la propiedad, si se hubiese violado el derecho público en provecho de un déspota, se hubiera obrado con menos crueldad, porque lo mas sagrado y precioso que posee el hombre es la virtud y la inteligencia; y el que trata de privarle de estos bienes, ataca la dignidad del hombre y las leyes invariables de su desarrollo. Pero toda opresion conduce á la rebelion, y, despues de una larga y penosa lucha, columbramos por fin el dia de salvacion (1).»

Así, en vano la monarquía austriaca opone á la invasion de las nuevas ideas que proceden del extranjero la muralla china de que por todas partes se rodea (2); una revolucion moral se ha verificado ya en su propio seno, y las mas ilustradas inteligencias consideran infalible una revolucion positiva, á menos que se cambien las antiguas formas de

(1) *Del Austria y de su porvenir*: obra que se escribió en Viena, que obtuvo desde su publicacion una fama europea, y cuya primera parte apareció en 1842 y la segunda en 1847. Los periódicos de Hamburgo la han atribuido al conde de Bucquoy, chambelan del emperador Fernando I; pero los publicistas italianos, particularmente A. Bianchi Giovanni (el Austria en Italia. Tom. I, § V, pág. 4), sin duda mejor informados, la atribuyen al baron Victor Andrian.

(2) M. el conde Mailath, *Historia de la monarquía austriaca* (*Geschichte des osterreichischen Kaisertaates*, Von Johann Grafen Mailath) Tom. V, pág. 369.

la administracion, y que se constituyan de nuevo los estados provinciales ó generales, á fin de hacerla innecesaria. Con todo, el príncipe de Metternich gobierna con entera seguridad en el porvenir, y sin cambiar de sistema, á pesar de que aquellas advertencias puedan hacerle temer un próximo desmembramiento del Imperio. Las diferentes partes de que este se compone, no estando en efecto unidas, sino en yuxtaposicion, deben verificar violentamente su separacion, ya para conquistar su propia independenciam, ya para confundirse con otros pueblos que nada tienen de comun con el despotismo, si no se deciden á hacer las reformas indispensables, por mas peligrosas que parezcan, sobre todo en este momento en que, prosiguiendo las sociedades ocultas su guerra contra las sociedades oficiales, quieren destruir el mundo bajo pretexto de regenerarlo. Fascinando la imaginacion de la juventud con los nombres de «Jóven Francia, de Jóven Alemania, de Jóven Italia y de Jóven Europa,» provocan en cada Estado una lucha suprema bajo las banderas del antiguo partido jacobino. El entusiasmo por la libertad pronto degenerará en furor contra la autoridad, aquí, allá, en todas partes; pues se pretende ya que la Alemania, á pesar de sus recientes trasformaciones, debe experimentar una revolucion á cuyo lado «la de Francia ya no parecerá mas que un idilio» (M. Henri Heine). De modo que el príncipe de Metternich, colocado entre dos escollos igualmente temibles para el Austria, puesto que por todos lados tiene una cuestion de vida ó muerte, léjos de seguir un movimiento que quizás solo conduzca á nuevas catástrofes,

perseverará en Alemania y en Italia en su antiguo sistema de resistencia, que varias veces ha salvado el Imperio.

La accion de los partidos revolucionarios se operaba misteriosamente en los diversos estados del continente, porque tenia por objeto la disolucion general de las sociedades; pero se operaba públicamente en los diferentes estados de la península italiana, porque tenia por objeto la reorganizacion general de un reino de Italia, ó de una república federativa. Los nuevos partidarios de la monarquía italiana universal habian desenterrado los antiguos estandartes de los güelfos y de los gibelinos, á fin de que el vulgo pudiera apreciar mejor sus tendencias contradictorias; pues si es verdad que se entendian perfectamente mientras se trataba de destruir los gobiernos que existian, no lo es menos que dejaban de entenderse desde que se trataba de crear un gobierno cualquiera. Los unos, como los güelfos de la edad media, habrian reconocido al emperador de Austria por soberano, porque no querian separarse del Imperio; los otros, á la par de los gibelinos, querian, por el contrario, separarse del Imperio y renovar las antiguas luchas de la Italia contra la Alemania, agrupándose en derredor del Papa, monarca nacional, con objeto de expulsar al emperador, monarca extranjero. Hacia algun tiempo que estas dos opiniones se amenazaban, cuando el abate Gioberti, en su obra titulada: *Del primato civile e morale d'Italia*, produjo un tercer partido, en la cual, sin hablar poco ni mucho del Austria, ni del emperador, consideraba al Papa como á jefe moral de la Italia, y á la casa de Saboya como á su futura

libertadora y fundadora. No estando semejante obra sino al alcance de las inteligencias privilegiadas, el conde César de Balbo resolvió vulgarizar sus principios, expresándolos bajo una forma popular; y el opúsculo titulado: *Delle Speranze d'Italia*, llegó á ser un verdadero manifiesto. «El objeto supremo de Balbo, dice el historiador milanés, es la independencia; hasta tal punto, que no vacila en sacrificarla la libertad. No cree posible «la formación de un reino de Italia con tanta variedad de opiniones, proyectos y provincias;» pero sí una confederación cuya espada fuera el Piamonte, y Roma el corazón, y en la que se hiciesen á los pueblos tales concesiones, que el dominador extranjero se encontrara por ellas desarmado hasta la hora en que la Providencia le obligase á abandonar la Italia, ofreciéndole una indemnización en la Turquía (4).»

La Francia y el Austria, que siempre han rivalizado en cuanto á influencia en Italia, se espantaron en igual grado de aquel movimiento de opinión, si bien por diferentes motivos. M. Guizot habia dicho al embajador austriaco que M. de Metternich, partidario de la resistencia absoluta, no debia creer en el triunfo de las ideas moderadas; pero que él creia deber secundar el movimiento de la Italia hácia la libertad, para evitar las revoluciones. Y el jefe del gabinete de Viena contestó confidencialmente al jefe del gabinete de París: «que creia en el triunfo de las ideas moderadas en un país como la Francia, que habia sufrido por varias

(1) M. César Cantu, *Hist. de cien años*. Tom. IV, pág. 331.

revoluciones; entonces un compromiso adquiere el valor de un beneficio; no creía en el éxito del justo medio en la fase en que se encontraban los estados italianos. Aquello no era una revolución que terminaba, sino una revolución que principiaba, pues los estados se hallan en revolución cuando el poder pasa de las manos de los gobiernos constituidos á las de otro poder cualquiera. No era verdad que fuese partidario de la resistencia absoluta; solo es absoluta la verdad. Así en doctrina como en hecho, nunca había ensayado lo absoluto. La política es un negocio de conducta que no admite lo absoluto. La resistencia al espíritu revolucionario había sido algunas veces activa como en 1820, y algunas veces defensiva como en 1831. Por el momento, observaba. Lo que pasaba en Italia tenía tanto de rebelión, como de revolución. Las rebeliones se pueden apreciar mejor que las revoluciones; tienen un cuerpo que puede cogerse. Las revoluciones tienen algo de la naturaleza de los espectros. Para arreglar nuestra conducta con ellas, debemos aguardar que los espectros se revistan de un cuerpo (1).»

Mientras los dos mas grandes hombres de la Francia y del Austria se esforzaban, el uno en propagar el movimiento liberal en Italia, y el otro en organizar allí una resistencia formidable, Pio IX subía al trono de San Pedro como soberano espiritual, y quería como soberano temporal que su triple corona fuera suave y ligera sobre la frente de sus súbditos, aun cuando debiera trasformarse en corona de espinas

(1) M. O. de Haussenville, *Hist. de la polít. ext. del gob. francés*. Tom. I, pág. 274-75. Notas.

para su cabeza. Por un acto de noble clemencia, abrió las puertas de la patria á mas de mil quinientos desterrados (16 de julio). Entonces solo hubo en el seno de la ciudad eterna, y durante mucho tiempo, regocijos, serenatas, cantos líricos en honor de Pio IX, quien decian que reunia la piedad de Pio IV, la firmeza de Sixto V, y el genio político de Julio II. El entusiasmo que reinaba en Roma se propagó pronto á la Romanía y al resto de la Italia, á la Europa y al mundo entero, exaltándose tanto más en todas partes el nombre del Papa, cuanto que de este modo se humillaba el nombre de los reyes. Los partidos religiosos y sociales saludaban á Pio IX con sus unánimes aclamaciones, esperando que pondria en armonía el principio de autoridad con el de libertad, lo mismo respecto á la religion que á la política. Habíase, pues, hallado al jefe moral de la Italia, soñado por el abate Gioberti y el conde César de Balbo; pero faltaba hallar al jefe militar, pues Carlos Alberto fingia repudiar la ambicion de la casa de Saboya, que es la de colocarse al frente de las nacionalidades italianas para expulsar al extranjero. Por lo demás, tanto en el Piamonte como en toda la Italia, solo se pedian reformas parecidas á las que se realizaban en los estados romanos, esto es, la libertad de imprenta, una guardia cívica y una representacion provincial: triple modo de operar poco á poco la transicion del gobierno absoluto al gobierno constitucional, segun el objeto positivo de un gran partido. Pero cuando al grito de «Vivan las reformas!» se añadió el de «Viva la independencian italiana!» Carlos Alberto no debió ya vacilar, porque este

grito habia despertado las esperanzas del Piamonte, providencialmente destinado á constituir de nuevo una gran nacionalidad: mision magnánima, «que en el presente constituye su honor, que quizás haga su gloria en el porvenir (1).» Por otra parte, habia gran desacuerdo entre el gabinete de Viena y el de Turin, con motivo de la sal y de los derechos sobre el vino; desacuerdo que podia producir una guerra inmediata; y esto bastó para que Carlos Alberto se engrandeciera á los ojos de todos y apareciera como la espada de Italia, mientras Pio IX era su alma (2).»

Pasando inmediatamente M. de Metternich de la política pasiva á la activa, se dirige á todas las córtes de Europa (2 de agosto de 1847.) Pide no solo que se garanticen al Austria sus posesiones de Italia, sino que le presten ayuda en el caso de que las sublevaciones parciales que se propone sofocar en aquel país fueran seguidas de una insurreccion general. Todos los gabinetes le conceden lo que pide en el primer artículo, negándole lo que solicita en el segundo, por haber declarado M. Guizot que la Francia hará respetar la independendencia de los estados, y en su consecuencia el derecho de arreglar por sí mismos sus negocios, porque importaba para el buen éxito de las reformas que estas se realizaran entre los príncipes y los pueblos regular y progresivamente (11 de setiembre). El papel que desempeña aquí M. Guizot, adquiere proporciones verdaderamente

(1) M. O. de Haussonville. *Vid. sup.* Tom. II, pág. 229.

(2) M. César Cantu, *Hist. de cien años.* Tom. IV, pág. 336.

heróicas. Incansable atleta, lucha en Inglaterra, en Italia y en Austria: aquí para apaciguar, en cuanto sea posible, la cólera del príncipe de Metternich; allá para hacer que vuelvan á la realidad todos los gobiernos italianos, que corren en pos de quimeras; mas léjos para protestar contra la política de lord Palmerston, que excita los pueblos á la rebelion, y sobre todo contra las odiosas maniobras de lord Minto; pues «podia decirse que el suelo de la Italia temblaba y se inflamaba por sí mismo bajo los pasos del enviado británico (1).» El jefe del gabinete de Viena acepta la política sostenida por el jefe del gabinete de París, á fin de no «exponer la Europa á los mayores peligros que ha corrido desde la caída del trono de Francia,» y M. Guizot puede dirigir á la córte de Turin estas palabras moderadoras: «Las poblaciones italianas sueñan para su patria con cambios que no pueden realizarse sino mediante la recomposicion territorial y el trastorno del órden europeo, esto es, por medio de la guerra y de las revoluciones. Hombres conocidos por moderados no se atreven á combatir estas ideas, á pesar de considerarlas impracticables, y quizás las halagan en el fondo de su corazon con una complacencia que su razon desaprueba, pero sin desvanecerlas. Mas de una vez la Italia ha comprometido ya sus mas importantes intereses, aun sus intereses de progreso y libertad, cifrando de este modo sus esperanzas en una conflagracion europea. Ya que no podemos asociarnos á ellas, no les dejéis á lo ménos la me-

(1) M. O. de Haussenville, *Vid. sup.* Tom. II, pág. 249.

nor duda acerca de la sinceridad y actividad de nuestra política en la causa de la independencia de los estados italianos, y de las reformas regulares que deben asegurar sus progresos interiores sin comprometer su seguridad (1).»

Pero la Inglaterra quería impedir á toda costa el maravilloso desarrollo de la fuerza moral de la Francia, cuyo objeto era fundar el sistema de monarquías constitucionales en el mediodía de Europa, á fin de contrarrestar el sistema de las monarquías absolutas establecidas en el Norte. Cuando M. Guizot hacia decir á los príncipes de Italia... «Apresuraos á dar instituciones á vuestros pueblos sin provocar al Austria; si esta va á atacaros dentro de vuestro territorio, os defenderemos (2);» lord Palmerston hacia decir á los pueblos: «Apresuraos á rebelaros contra el Austria, y os dareis instituciones á pesar de vuestros príncipes. Ya que la Francia, protectora infiel, os abandona, la Inglaterra os sostendrá.» El partido wight, entonces en el poder, procuraba reparar en Italia el golpe que el partido tory habia sufrido en España, como consecuencia de los matrimonios simultáneos de la reina Isabel y de su hermana la infanta. Despues de imposibilitar una reconciliacion íntima entre las dos ramas de los Borbones en España, la Inglaterra deseó por largo tiempo hacer que obtuviera la mano de la reina Isabel el jóven príncipe de Coburgo, hermano del esposo de la reina de Portugal, y primo del príncipe Alberto,

(1) M. Guizot á M. de Bourgoing, encargado de negocios en Turin, 18 de setiembre de 1847.

(2) M. O. de Haussenville. Tom. II, pág. 248.

esposo de la reina Victoria, para quitar á la casa de Borbon una de las dos coronas que daban á la Francia demasiada influencia política en Europa. Pero habiendo transigido lord Aberdeen, M. Guizot tuvo la gloria de hacer que fracasara aquella combinacion, con la cual se habria sustituido al otro lado de los Pirineos una dinastía pariente y amiga de la familia real de Inglaterra á una dinastía amiga y pariente de la familia real de Francia. De modo que las grandes tradiciones de Luis XIV triunfaban aun de las mismas revoluciones, puesto que la casa de Borbon conservaba sus dos coronas, á pesar de la Inglaterra, que deseaba quitarla á lo ménos una. «Lo que no habia podido hacerse en España por via de negociacion, dice el conde de Ficquelmont, se verificó mas tarde en Francia por medio de la revolucion de 1848. La casa de Borbon no perdió la España, pero perdió la Francia (1).»

Esta derrota nacional no podia entrar en los cálculos del gabinete de las Tullerías, en el momento en que de él salian una série de victorias europeas. Por otra parte, el espíritu revolucionario parecia muerto á su alrededor, porque su espíritu conservador habia resucitado, no el orden moral, cosa imposible, sino el orden material. Las asonadas que bramaban en otro tiempo en las calles, se habian refugiado en la opinion, en la cual el socialismo batia en brecha una sociedad fundada en el individualismo. Pretendíase organizar el trabajo humano y el taller, para desor-

(1) Lord Palmerston, *la Inglaterra y el continente*. Tom. II, pág. 287.

ganizar con mas facilidad el Estado. Así es que el gobierno abordó todas las cuestiones relativas á los ferro-carriles, esperando que así la utopía de la oposicion se ahogaria en la corriente de las cosas positivas. Entre tanto lord Palmerston, acompañado de lord Normanby y de lord Minto, recorria la Suiza y la Italia, contraia tristes relaciones, aquí con los jefes del carbonarismo, y allá con los jefes del radicalismo, los cuales debian dar la señal de una insurreccion general contra los gobiernos establecidos, regresaba á Londres y volvia á tomar su puesto en el parlamento para dirigir una violenta oposicion contra lord Aberdeen, acusándole de haber sacrificado los intereses de Inglaterra á los de Francia en la cuestion relativa á la sucesion del trono de España.

No tarda un ministerio wight en reemplazar el ministerio tory; lord Aberdeen cae y lord Palmerston se levanta. Esto es mas que el advenimiento al poder de un hombre; á los ojos de todos los gabinetes es la entronizacion del sistema revolucionario, puesto que lord Minto permanece en Italia y lord Normanby viene á París con el título de embajador. Este abrirá sus salones á los principales corifeos de la oposicion dinástica y de la oposicion anti-dinástica ó republicana; pues lord Palmerston quiere á toda costa derribar á M. Guizot, como ha derribado á lord Aberdeen, aunque para conseguirlo debiera destruir la monarquía de 1830 y hacer proclamar la república; aquel abrirá en Palermo el club del casino, centro de la oposicion siciliana, á fin de preparar una insurreccion contra el gobierno napolitano y

dar el impulso revolucionario á toda la península; pues lord Palmerston no puede hacer dominar en ella la influencia de la Inglaterra, sin abatir la de la Francia y del Austria.

Mientras M. Guizot domina aquella crisis exterior solicitando de cada príncipe reformas para las sociedades italianas, los partidos, transformados como en 1830 en ciegos instrumentos de la Inglaterra, se coligan contra él y hacen estallar la crisis interior, tristemente célebre con el nombre de *campana de los banquetes*, solicitando la reforma electoral, no del rey Luis Felipe, sino del pueblo soberano. La monarquía de hecho obra contra aquella invocacion moral é inmoral del principio de la república. Denuncia á la mayoría parlamentaria las manifestaciones hostiles de una minoría extra-parlamentaria, mas deseosa de satisfacer la ambicion de algunos individuos que la de la sociedad. En contestacion al discurso de la corona, la oposicion organiza el último banquete, en el que reunirá á cien mil parisien- ses para obligar al rey á cambiar sus ministros, porque pretende ser gobierno. Pero Luis Felipe no puede alejar á M. Guizot, pues este le ha amistado con los demás soberanos, y así trasformaria él mismo su propio triunfo, glorioso para la Francia, en una derrota segura. Además, M. Guizot es el único hombre que puede oponerse á lord Palmerston, siendo ya este el verdadero jefe del partido revolucionario europeo, y aquel el verdadero jefe del partido conservador. Que si la insurreccion de Palermo, extendiéndose allende el Faro, es obra de lord Palmerston, la constitucion

que el rey de las Dos Sicilias da á sus pueblos, al mismo tiempo que la amnistía, es obra de M. Guizot, quien proporciona las mismas instituciones liberales al ducado de Parma, al gran ducado de Toscana, al reino del Piamonte y á los estados romanos (enero y febrero de 1848). Los proyectos de lord Palmerston sobre la Italia no se realizarán, pues, á pesar de la actividad febril de lord Minto, con tal que se coarte la autoridad revolucionaria de lord Normanby, á fin de que no lleve á cabo los proyectos que tiene sobre la Francia. Aunque el comité reformista, expresando la monstruosa alianza de la sociedad oficial y de las sociedades secretas, empuje el movimiento, puede asegurarse que M. Guizot, victorioso en el exterior, no será vencido en el interior, con tal que quede encargado de la resistencia. Ya se ha prohibido el banquete de París por el gobierno y revocado el convite por la oposicion, que reclama la acusacion de los ministros, para no aparentar que ceda ante las consecuencias de sus propios actos. Algunas vias de hecho insurreccionales apoyan en la calle todas las declamaciones que se profieren en la cámara. Quanto mas crece el peligro, tanto mas redobra M. Guizot su prudencia é intrepidez, no tanto para salvar su cartera, como para salvar la Francia y la corona. «Fuerza quedará á la ley!» exclama; pero el rey le abandona y se abandona á sí mismo: acto de debilidad irreparable! La retirada de M. Guizot es el suicidio político de Luis Felipe. Este príncipe espera sin duda desarmar á la sociedad oficial que pide algunas reformas vagas, cuando se entrega sin defensa á las sociedades secre-

tas, que piden positivamente revoluciones. París se ve cubierto de barricadas, y el populacho dirige sus pasos al asalto de las Tullerías. Luis Felipe, á ejemplo de Carlos X, abdica en favor de su nieto; pero esta abdicacion, destinada á perpetuar en la rama segunda de los Borbones la soberanía del derecho humano, así como la de Carlos X estaba destinada á perpetuar en la rama primogénita de los Borbones la soberanía del derecho divino, base inmutable de la monarquía; esta abdicacion, decimos, se hace pedazos al grito de *viva la república!* por un puñado de insurgentes que han invadido la cámara de los diputados. Por lo demás, en 1848 no podia invocarse el principio hereditario monárquico por los mismos que lo habian destruido en 1830, para llevar á cabo el hecho de una eleccion real. Cuando la soberanía, dada á la casa de Orleans en nombre de la *bourgeoisie*, le fué quitada en nombre del pueblo, la insurreccion, dueña de las Tullerías, fué á quemar el trono de Luis Felipe en la plaza de la Bastilla, y se instaló un gobierno provisional en el *Hotel de Ville*, en donde decretó la abolicion del trono y el establecimiento de la república.

La revolucion de 1848 fué, pues, una consecuencia lógica, natural é inevitable de la revolucion de 1830. Hijo de una via de hecho, el reinado de la clase media que se habia constituido en violacion del principio hereditario real, debia morir por otra via de hecho cometida en favor del principio de la eleccion democrática y en nombre de la república popular. Por mas deplorable que fuera su origen, es preciso, sin embargo, admirar la importancia de los resul-

tados obtenidos, los que fueron causa de que le dieron un fin desastroso. A pesar de ciertas pequeñeces que en aquella época se trató de llevar á cabo, el gobierno de Luis Felipe será para la historia una experiencia llena de grandeza. A riesgo de que le matara la legalidad, en un país que habia perdido toda noción de lo justo y de lo injusto, solo quiso vivir por medio de la legalidad. Elevado al trono para representar la soberanía humana en el Estado con exclusion de la soberanía divina, no reinó sino garantizando los verdaderos derechos del hombre en la tierra. Con una autoridad moralmente disputable, y positivamente disputada, Luis Felipe supo desenvolver en Francia una libertad casi superior á la de Inglaterra, nacion libre por excelencia; con una libertad positivamente disputable y moralmente disputada, Luis Felipe supo adquirir en Europa una autoridad superior á la de otros monarcas. M. Guizot hizo operar aquella doble evolucion á la monarquía hija de la revolucion de julio, á pesar de la resistencia de lord Palmerston. Primer ministro de un Estado en que los dos principios del derecho divino y del derecho humano han conseguido conciliarse bajo una forma verdaderamente notable, lord Palmerston se esforzaba para volverlos inconciliables, bajo cualquiera forma que fuese, en todos los demás estados; y M. Guizot, por el contrario, primer ministro de un Estado en que estos dos principios no eran conciliables bajo ninguna forma política, se esforzaba para conciliarlos en todos los estados bajo una forma verdaderamente superior. Así es que restablecía en un vasto teatro la feliz

armonía que debiera siempre reinar entre los soberanos y sus súbditos, entre la autoridad y la libertad, cuando la catástrofe de febrero, interrumpiendo su carrera gubernamental, hizo prevalecer la influencia de su antagonista, quien pudo restablecer entonces en un teatro no menos vasto el fatal desacuerdo que jamás debiera reinar entre los súbditos y sus soberanos, entre la libertad y la autoridad. De ahí resultó que la Europa entera varió de dirección y de objeto, á imitación de la Francia; pues todos los pueblos que en la víspera del 24 de febrero solicitaban la monarquía constitucional ó representativa que consideraban como el último término de la grandeza humana, porque las leyes políticas no excluían en su país las leyes morales, quisieron desde el día siguiente proclamar la república democrática y social, á pesar de que expresara el último término de la decadencia humana, porque entonces las leyes morales se hallaban excluidas por sus propias leyes políticas.

CAPÍTULO XXXV.

Monarquía ó república.

Las exigencias del editor y del impresor me han obligado á hacer algunas supresiones relativas á ciertas apreciaciones políticas acerca de la situación de la Francia actual con respecto á la Europa, y de la Europa con respecto á la Francia. He tenido que ceder, si bien protestando en nombre de la independencia de la historia, y he indicado con puntos el lugar que ocupaban los pasajes suprimidos, á fin de que el lector pueda explicarse la falta de hilacion que existe en este capítulo.

NOTA DEL AUTOR.

SUMARIO.

La revolucion de 1848 considerada como una consecuencia de la revolucion de 1830.—Conmuévese toda la Europa.—Revoluciones de Viena y Berlin.—Disolucion problemática del imperio de Austria y reorganizacion problemática del imperio de Alemania.—Antagonismo de los estados del Norte y de los estados del Mediodía, en Germania.—El *Vor-Parlamento* en Francfort.—Pide y obtiene la convocacion de una constituyente alemana.—Revolucion de Lombardía, que se separa del Austria.—La Italia quiere constituir su unidad nacional al mismo tiempo que la Alemania.—Pio IX y Carlos Alberto, los príncipes y los pueblos, las sociedades y los partidos en la península itálica.—Conducta de la Francia republicana respecto á las monarquías de Europa.—Actitud notable del rey Leopoldo en Bélgica.—El 45 de mayo en París, en Nápoles, en Berlin, en Viena y en Cracovia.—Asamblea constituyente de Francia.—Jornadas de junio en París.—El general Cavaignac.—Asambleas constituyentes de Berlin y Viena.—El archiduque Juan de Austria es nombrado vicario general del Imperio por la asamblea constituyente de Francfort.—Trabajos de aquella asamblea.—Cuestion del Schleswig—Holstein—Guerra entre el rey de Dinamarca y el de Prusia con motivo de aquellos dos ducados.—Intervencion de las grandes potencias.—Insurreccion de Francfort.—Insurreccion de Viena.—Toma de Viena por las tropas imperiales.—La asamblea constituyente de Viena se traslada á Kremsier, y la de Berlin á Brandeburgo.—El rey de Prusia disuelve esta última asamblea por medio de la fuerza.—Advenimiento al trono del

emperador Francisco José I, regenerador del imperio de Austria.—Trabajos de la asamblea constituyente de París.—Elección de presidente del 10 de diciembre.—Revolucion de Roma.—Fuga del Papa.—Carlos Alberto durante la batalla de Novara y después de ella.—Advenimiento de Victor Manuel II al trono del Piamonte.—Destrucción de la república romana por la república francesa.—Esfuerzos del Austria para someter la Hungría.—El emperador Francisco José implora el socorro del emperador Nicolás.—Sumisión de la Hungría.—El parlamento de Francfort nombra al rey de Prusia emperador de Alemania.—Federico Guillermo rehusa este título.—Disolución del parlamento de Francfort.—Los refugiados de todos los estados organizan en Londres un supuesto gobierno de Europa.—Asamblea legislativa de París, que parece haber sido nombrada para restaurar la monarquía en Francia.—Luis Napoleon Bonaparte y aquella asamblea.—Faltas de los hombres y faltas de los partidos en Francia.—Viajes realistas á Wisbaden y á Claremont.—Revista imperial de Satory.—Situación excepcional del general Changarnier.—Su elevación y su caída.—M. Berryer enarbolaba con valentía el estandarte de la monarquía.—Manifiesto de Venecia.—El *espectro rojo*.—Discusión relativa á la revisión de la constitución.—Temores de un golpe de Estado.—Proposición de los cuestores, que es desechada.—La asamblea ya no puede cosa alguna contra Luis Napoleon Bonaparte.—Golpe de Estado del 2 de diciembre.—Sesión de la asamblea legislativa en la *mairie* (Alcaldía) del décimo distrito.—Arresto de todos los diputados presentes.—Jornadas del 3 y del 4 de diciembre.—Luis Napoleon Bonaparte es nombrado presidente de la república por diez años.—Su dictadura.—Decreto relativo á los bienes de la familia de Orleans.—La Europa después del golpe de Estado.—Negociaciones relativas al restablecimiento del Imperio.—Cambio de notas entre los gabinetes de Berlin, de Viena y de San Petersburgo acerca de esta cuestión.—Luis Napoleon Bonaparte es elegido emperador.—Hostilidad de los periódicos ingleses contra su nuevo gobierno.—Guerra de Oriente.—Muerte del emperador Nicolás I, y advenimiento del emperador Alejandro II.—Situación general de los partidos y de las sociedades amenazadas sin cesar de una catástrofe universal.—¿Es posible conjurarla?

Después de la revolución de 1830, que llevó á cabo la destrucción moral de la monarquía francesa, los reyes de Europa se imaginaron que harían durar sus propias monarquías, sin permanecer ellos mismos realistas, puesto que no se oponían á que Luis Felipe suplantase á Enrique V, ó mas bien, puesto que concedían una tácita adhesión á

los actos con que se verificaba en Francia la destruccion de los principios monárquicos.

Despues de la revolucion de 1848, que llevó á cabo la destruccion positiva de la mayor parte de las monarquías europeas, los pueblos se imaginaban que podrian fundar sus repúblicas respectivas, sin hacerse republicanos, puesto que no se opusieron á que la constituyente francesa destruyera la constitucion romana, ó mas bien, puesto que concedieron una tácita adhesion á los actos con que se verificaba, con la espada de la Francia republicana, la destruccion de los principios democráticos.

Eso se debe á que, llevada la Francia de la implacable necesidad de movimiento que la precipita de un siglo á esta parte, ora en una senda, ora en otra, no puede dejar un solo instante de reposo á la Europa, y esta se deja arrastrar en todas las evoluciones de la Francia, persuadida de que esta debe fijar el destino de todos los estados cuando haya fijado el suyo.

Es imposible explicar de otra manera las grandes conmociones que han trastornado á tantos imperios, y que han puesto en peligro á tantas sociedades. «Los anales de Europa, dice el conde de Ficquelmont, no habrán tenido que consignar jamás acontecimientos de una naturaleza tan general, tan violenta y tan extraordinaria como lo fueron los del año de 1848. Habia un presentimiento casi universal de que se preparaban acontecimientos graves. Notábase la agitacion, conocíanse sus causas, sus medios, y señalábase el fin; y, sin embargo, todo el mundo quedó sorpren-

dido de improviso. No hubo imprevision, sino falta de resolucion. Hubo aquella falta de apreciacion del peligro que hace que, sin desconocerlo, no se tomen, empero, precauciones para combatirlo (1).»

Cosa sorprendente! el ministro que se habia levantado con mas fuerza y por mas largo tiempo contra el espíritu revolucionario, fué á quien la revolucion encontró mas débil y derribó mas pronto: se ha nombrado ya al príncipe de Metternich. Este hombre, verdadero atlas, sostenia desde hacia medio siglo el imperio austriaco sobre sus hombros. Deseando á toda costa asegurar los destinos de aquella monarquía formada por la aglomeracion de distintos estados, cada uno de los cuales tiene fines opuestos, tendencias contradictorias, una capital que vive y una nacionalidad que quiere revivir, y por consiguiente simpatías que él quiere siempre hacer triunfar, y antipatías que jamás puede vencer, el príncipe de Metternich tenia á menudo necesidad de comprimir. Así es que dejó ocupar en su gobierno tanto lugar á la autoridad, que no quedó ninguno para la libertad; lo cual abrió ancho campo á la oposicion. Todas sus medidas, buenas de suyo, puesto que tenian por objeto impedir el desarrollo del desórden revolucionario, debieron haber tenido el carácter de provisionales; pero las hizo definitivas, esto es, malas, puesto que así impidieron el desarrollo del órden social. Algunas ambiciones de córte y de gabinete pudieron entonces batir en brecha el absolu-

(1) *Lord Palmerston, la Inglaterra y el continente. Tom. I, pág. 1.*

tismo en nombre del liberalismo, á fin de explotar las legítimas aspiraciones del país. Pronto no hubo en Alemania bastantes elogios para el gobierno prusiano, que establecía la libertad de imprenta, al paso que se negaba á otorgar una carta ó una constitucion escrita, y consentia en reunir periódicamente los estados históricos de la monarquía; ni bastantes invectivas contra el gobierno austriaco, quien, negándose á establecer la libertad de imprenta y á restablecer los estados provinciales, no consentia siquiera en suprimir los abusos, con riesgo de comprometer los destinos de la monarquía, provocando una de aquellas reacciones morales que la fuerza física nunca puede contener.

En efecto, deseando el príncipe de Metternich conservar el poder absoluto para crear la unidad del Estado sobre todas las diversas nacionalidades de que se componia el imperio austriaco, no podia admitir sin descomponer el mismo estado cualquiera limitacion de su autoridad, la cual hubiera sustituido al verdadero imperio austriaco un considerable número de nacionalidades casi independientes. Nada tan enérgico en la historia como la lucha de ese hombre contra muchos pueblos! triunfó de sus enemigos en tanto que estos le atacaron con objeto de labrar la dislocacion de la monarquía austriaca; pero fracasó desde que le atacaron con objeto de definir mejor que él el carácter propio de la monarquía austriaca, que es el de un Estado federativo. Esta fué la obra del húngaro Kossuth. Todas las nacionalidades gobernadas por Metternich en nombre del emperador Fernan-

do I, quisieron, segun los deseos de Kossuth, gobernarse por sí solas y formar una confederacion. No habiendo la córte de Viena querido acceder á semejante pretension, el pueblo de aquella capital, aun virgen para la revolucion, pero entregado á las influencias múltiples de las diferentes razas del Imperio, sitió el palacio de la Cancillería, gritando: «Viva la constitucion! Viva la libertad de imprenta!» y envolvió con sus masas compactas una débil guarnicion (13 de marzo de 1848). Al dia siguiente abandonaba M. de Metternich la vida pública; todos los príncipes de la familia imperial, ya impopulares, entraban en la vida privada; y el emperador, despues de instituir la libertad de imprenta y la guardia nacional, convocaba los estados en las diferentes provincias de la monarquía, ó mas bien, «concedia una constitucion sin pronunciar esta palabra (1),» teniendo por objeto asegurar en los reinos alemanes, eslavos é italianos la existencia de la soberanía del derecho humano por la soberanía del derecho divino.

Hasta ahora el Austria se ha sometido á la influencia moral de la Alemania; ahora la Alemania se somete á la influencia positiva del Austria. Munich se subleva para echar á una cortesana que prostituye las gradas del trono (17 de marzo). Luis I pone la corona de Baviera en manos del príncipe real, su hijo (20 de marzo); y el rey Maximiliano II es aclamado en medio del entusiasmo del pueblo, porque convierte su propia soberanía absoluta en una sobera-

(1) El conde de Mailath, *Geschichte des oestreichischen kaiserstates*. Tom. V, pág. 401 y siguientes.

nía relativa; alzando de este modo la monarquía constitucional como un escudo contra la república. Restablécese el orden en Munich, al mismo tiempo que se establece la anarquía en Berlin (15 de marzo). Federico Guillermo, que espera sin embargo dirigir ó á lo menos contener el movimiento nacional alemán, hace anunciar la inmediata convocatoria de un parlamento representativo de todos los estados confederados y destinado á trasformarlos en un solo Estado, ó mejor, á trasformar el rey de Prusia en rey de Alemania. Semejante proclama excita el entusiasmo entre el pueblo realista; pero algunos republicanos atacan á la tropa en un punto, y según la costumbre revolucionaria, gritan en todas partes traición (18). Durante aquella horrosa lucha, Federico Guillermo, obligado á ocultar sus propios soldados, se ve precisado á presentarse, primero para saludar los cadáveres (19), y luego los féretros de los insurgentes (22). Reúnese por fin una constituyente en Berlin y otra en Viena, en las cuales lo mismo el emperador de Austria que el rey de Prusia reconocen por el solo hecho el principio de la soberanía popular, aunque deba excluir el principio de la soberanía monárquica. Uno y otro transigen con la revolución á fin de salvar sus estados respectivos: el primero evitando si es posible el choque de las nacionalidades, el cual, bajo pretexto de garantizar su libertad particular, realizaria una disolución general del imperio de Austria; y el segundo, organizando si es posible, por su autoridad privada, entre los diferentes miembros del cuerpo germánico, la unidad nacional de modo que, no formando

todos los estados confederados mas que un solo Estado con una sola constitucion, una sola bandera y un solo jefe, elegido por los treinta y siete príncipes de la confederacion, los descendientes de los Hohenzollern puedan por fin subordinar y suplantar á los descendientes de los Habsburgo, con la nueva reconstitucion del viejo imperio de Alemania.

La Prusia, potencia mas esencialmente alemana que el Austria, esperaba aprovechar las calamidades que herian á su rival y que parecian agotar sus recursos, con tanta mas facilidad, cuanto que hacia ya algunos años que ejercia una influencia siempre creciente sobre los pequeños estados de la confederacion germánica, de la cual habia hecho ya un todo homogéneo, constituyendo la union aduanera, como base de su propia superioridad. Quizás alcanzara sus proyectos, si hubiese sido mas generosa y menos egoista. Pero léjos de tranquilizar á todos los príncipes alemanes acerca del temor que les inspiraba su ambicion, el rey de Prusia ni siquiera trató de calmar la inquietud de los pueblos: de modo que sus esfuerzos para conseguir la unidad resucitaron el dualismo de los estados del Norte y del Mediodía, los de la Alemania católica y los de la Alemania protestante, desde largo tiempo casi olvidados.

Cincuenta publicistas de universidad, sin ninguna especie de mandato, se reunieron entre tanto en Francfort y formaron el *Vor Parlament* para preparar la regeneracion de la patria alemana. Todos ellos decian: «el imperio de Austria no puede ya existir. No puede resistir á la vez al doble principio de la soberanía del pueblo y del derecho de na-

cionalidad. Luego ya no existe. Ya solo es una cuestion de tiempo; el estadista ilustrado debe saber tomar la delantera al tiempo.» Algunos de aquellos publicistas quisieron nombrar un gobierno provisional y proclamar la república; pero la gran mayoría solo pidió la convocacion de una constituyente alemana y se presentó ella misma para desempeñar sus funciones, «si los príncipes se negasen á acceder á los deseos de sus pueblos.» Ya no se pedia; se exigia. Reducidos así los soberanos á la obediencia, porque ya no podian mandar, siguieron el movimiento que les imprimieron sus mismos súbditos, con la esperanza de dirigirlo mas tarde, ó de oponerle una fuerte resistencia. Verdad es que los colores encarnado, amarillo y negro ondeaban en todas partes, y que la reaparicion de la antigua bandera, símbolo de la unidad alemana, excitaba el mismo entusiasmo así en Colonia como en Berlin, así en Munich como en Francfort.

En tanto que la Alemania verificaba su rebelion moral contra el Austria, la Lombardía realizaba su rebelion positiva, enarbolando igualmente los tres colores nacionales y gritando: «Viva Pio IX! mueran los alemanes!» En la incertidumbre de lo que pasaba en Viena, el mariscal Radetzky evacuó Milan despues de un obstinado combate (18 de marzo). Como, Brescia, Bérgamo y Crémona triunfaron de sus guarniciones; Venecia constituyó de nuevo su antigua república de San Marcos, y todas las ciudades de tierra firme se adhirieron á ella, separándose de la monarquía austriaca. La insurreccion lombarda estremeció de gozo al Piamonte, porque era á sus ojos un medio infalible de al-

canzar el gran fin de la unidad italiana. Carlos Alberto ofreció marchar con sus hijos al socorro «de los hermanos lombardos;» el duque de Parma, Leopoldo de Toscana, á pesar de ser gran duque de Austria, y Fernando de Nápoles obraron como el rey del Piamonte y dijeron con él en un momento de entusiasmo: *la Italia lo hará todo por sí misma —l'Italia fara da se*. Poco empero duró ese acuerdo de los soberanos, pues cuando el partido monárquico hubo pedido su fusion inmediata con el Piamonte, se oyó en seguida al partido republicano, que habia prometido tener oculta su bandera hasta despues de la victoria, pedir el establecimiento de la república. Así fué que las divisiones se hicieron tanto mas profundas por una y otra parte, cuanto que ambas querian conquistar la unidad.

El Papa, jefe moral de la Italia, no podia secundar la ambicion del rey del Piamonte, que queria ser su jefe político. Por otra parte, no solo violentaban su poder imponiéndole ministros y generales, sino que violentaban su conciencia obligándole á expulsar á los jesuitas, y á tomar parte, él, Padre comun de los fieles, á una guerra capaz de producir un cisma en la Alémania católica. «Pio IX, dice César Cantu, habia bendecido con voz llena de autoridad y amor las esperanzas de la Italia; envió al cardenal que mas queria como representante suyo al campo italiano; tenia sus propias tropas al mando de generales piamonteses, prescribiéndolas que obraran en completa armonía con Carlos Alberto; invitó á los príncipes á enviar diputados á Roma para ajustar una liga entre ellos. Pero como Carlos Al-

berto, en vez de eso, solo hablaba de una liga militar, Pio IX conoció que se quería reunir la Italia con otras miras, y por lo tanto declaró que no favorecía á un príncipe en perjuicio de los demás (1).»

No contento con protestar contra los que trabajaban para constituir una monarquía italiana con el rey del Piamonte por soberano, protestó contra los que hablaban de una república italiana con el Papa por presidente, y quiso constituirse mediador de la paz entre la Alemania y la Italia, á fin de poner término á las calamidades de la guerra. «Pero, añade el historiador milanés, el demonio de la desconfianza había cegado los ánimos. Sospechóse que el Piamonte, que solicitaba con impaciencia la fusión, quería rebajar la causa italiana á las proporciones de un interés particular. Sospechóse que el rey de Nápoles quería apoderarse de Ancona, y deseaba algun engrandecimiento territorial; sospechóse que el gobierno romano quería recobrar la Polesina y renovar sus antiguas pretensiones sobre los estados de Parma y de Módena; desconfióse del prelado que el Papa acababa de enviar al emperador; desconfióse de la escuadra que el rey Fernando había expedido al Adriático para reforzar la de Cerdeña, y los sicilianos hicieron fuego contra ella al pasar el estrecho; desconfióse del ministerio romano, cuando puso en manos de Carlos Alberto todas las fuerzas pontificias. Y cuando el Austria ofreció, por mediación de la Inglaterra, constituir un Estado independiente

(1) *Hist. de cien años*. Tom. IV, pág. 358-59.

bajo el cetro de un archiduque , el cual se compondría de Parma, Módena y la Lombardía hasta el Adigio, ni siquiera quisieron escucharla: contestóse que , desnudado el acero por la causa italiana, no sería posible detenerse hasta la completa independencia.»

Esperaba tanto mas la Italia vencer al Austria, cuanto que la Francia republicana, al contraer el compromiso de no turbar ningun gobierno monárquico , habia prometido su proteccion particular á las nacionalidades oprimidas, ofreciendo que nada omitiria para suscitar la lucha general de los pueblos contra los reyes; pero que en vez de tomar la direccion oficial de semejante trastorno, tomó la clandestina. Sus primeras miras se dirigieron á la Bélgica, con la esperanza de absorberla. Un puñado de demagogos trató de invadir aquel país; pero el buen sentido público hizo justicia de tan loca tentativa (24 de marzo). El rey Leopoldo, fundador del orden y de la libertad belga , declaró que se hallaba pronto á deponer su corona , si el pueblo deseaba trásformar su monarquía en república, con riesgo de sufrir la vergüenza del despotismo despues de haber experimentado las terribles angustias de la anarquía. Todos los partidos ilustrados por la experiencia de la sociedad francesa, que entonces se consideraba perdida, se unieron al rededor del trono; y la Bélgica se salvó.

La expedicion republicana de Chambery fracasó como la de Risquons-Tout (4 de abril): lo que no impidió que el movimiento revolucionario se extendiera á Polonia y á Suecia, donde fué comprimido; á Grecia, donde faltó poco para

que triunfara ; y á España, donde encontró la insuperable resistencia del general Narvaez, quien supo asegurar la autoridad de la reina Isabel, sin atentar mucho á las libertades nacionales. Aquellas tentativas parciales servian de preludio á una rebelion universal, que debia estallar en un mismo dia en todas las capitales de Europa. Pero las sociedades secretas no empeñaron el combate con las sociedades oficiales, el dia 13 de mayo, sino en París, Viena, Berlin, Cracovia y Nápoles. En todas partes fueron vencidas, menos en la capital de la monarquía austriaca, la cual, estando en poder de la insurreccion, llegó á ser una verdadera república.

En efecto, habiendo los insurgentes establecido un comité de seguridad general, ó mejor dicho, un gobierno, el emperador Fernando huyó á Inspruck (17 de mayo); y el Imperio parecia estar condenado á la ruina, pues esperando cada provincia recobrar su nacionalidad, quiso declararse independiente. En esto se reunia en Francfort el parlamento de toda la Alemania (18 de mayo). Como sus proyectos de unidad constitutiva no podian estar de acuerdo con los de la constituyente prusiana ya convocada, ni con los de la constituyente austriaca, que iba á serlo, los diputados anularon de antemano todo lo que aquellas dos asambleas podian hacer en oposicion á sus decretos. Temiendo entonces los eslavos perder su nacionalidad si el Austria quedaba absorbida por la Alemania, se insurreccionaron (12 de junio); pero la Bohemia no tomó parte en la sublevacion de Praga, que el príncipe de Windischgraëtz se

apresuró á sofocar. De modo que en todas partes se hablaba de constitucion, y en todas se obraba con la mira de una disolucion general; y, para saber cuál iba á ser el destino de la Europa monárquica, los estadistas tenían siempre los ojos fijos con ansiedad en la Francia republicana!

La existencia de la sociedad francesa, siempre en lucha con el socialismo, se hacia, pues, cada dia mas problemática. Los clubs y los periódicos revolucionarios, manantiales inagotables de anarquía, imposibilitaban el establecimiento de un orden cualquiera, desde que el Estado mantenía en los talleres nacionales de París á los que en otro tiempo le mantenían trabajando en sus talleres particulares. Solo se trataba de *la organizacion del trabajo* entre los operarios ociosos que el comunismo reclutaba con un objeto de desorganizacion social y de expropiacion universal. Así es que cada cual pensaba en defender su campo, su casa y su libertad, ó mejor, su propiedad material y su propiedad moral, contra los bárbaros de la civilizacion que querian apoderarse del gobierno para dictar leyes á todo el mundo, mientras que la comision ejecutiva, establecida por la asamblea, ni siquiera pensaba en defender la capital, donde se organizaba la mas sangrienta insurreccion. El arzobispo de París halló el martirio en una barricada cuando ofrecia la paz á la guerra civil, y el ejército perdió seis generales; pero la sociedad alcanzó una victoria decisiva sobre el socialismo, despues de cuatro dias de combate, en los que se habia sustituido el poder militar al poder civil. La dictadura del general Cavaignac dió algunos dias de descanso á la

Francia y devolvió á la Europa una tranquilidad provisional, que permitía á los diversos estados proseguir la obra de su regeneracion. Pero nada se hizo en parte alguna, aun cuando debia rehacerse todo en todas partes. La constituyente francesa trabajaba, sin embargo, para fundar una república democrática, en oposicion á la constituyente austriaca, que trabajaba para fundar una monarquía constitucional (17 de julio). Los fines contradictorios de aquellas dos asambleas expresaban la oposicion general de todos los intereses de la humanidad, formando el carácter distintivo de nuestra época, durante la cual ningun hombre ni partido puede resolver el problema de los destinos locales, ni el de los destinos universales. En efecto, en París los constituyentes eran bastante republicanos para no ser monárquicos; pero eran, sin embargo, muy monárquicos para ser republicanos; en Viena los constituyentes eran y querian permanecer galizios, croatas, bohemios, magiares, roumanos, etc., para no ser austriacos: de modo que por una y otra parte se descomponia el Estado en vez de regenerarlo.

Con todo, desde que se constituyó la dieta vienesa como expresion de la libertad conquistada, el comité de salvacion pública pudo ser disuelto por el gabinete imperial, obrando como expresion de la reconquistada autoridad. Por una parte, los diputados multiplicaron sus votos conservadores ó revolucionarios; y por otra, los ministros multiplicaron sus actos á fin de impedir todo desmembramiento de la monarquía y recobrar el reino Lombardo-Veneto. Toda la Lombardía volvió á caer bajo la dependencia del Aus-

tria, pero no Venecia, que en la revolucion de Italia buscaba una ocasion de volver á encontrar su antigua independencia. El rey del Piamonte, encargado de dirigir la guerra de la insurreccion, ofreció un armisticio al general Radetzky, despues de haber combatido intrépidamente con sus hijos en varios campos de batalla. Los italianos le acusaron de traicion porque era culpable de heroismo. No fué Carlos Alberto, sino Mazzini; no fué el partido monárquico, sino el republicano, quien entorpeció el movimiento de la Italia y aun el de toda Europa.

Nombrando al archiduque Juan de Austria vicario general del Imperio (5 de julio), la asamblea de Francfort parecia que respetaba el derecho histórico. Eso no le impidió reclamar en nombre de la Alemania todos los países que hablan aleman y pertenecen á otros estados. Así es que los ducados del Schleswig y del Holstein, en la actualidad unidos á Dinamarca, y que entonces se habian separado de aquel reino (21 de marzo), para no sujetarse á la eventualidad de una sucesion real que consideraban incompatible con sus privilegios nacionales, porque habria ocasionado la absorcion de la raza tudesca por la raza escandinava, fueron ambos declarados parte integrante de la Alemania, aun cuando solo el Holstein pertenece á la confederacion germánica. Y cuando el rey de Dinamarca quiso obrar contra los ducados, el rey de Prusia acudió á su socorro bajo pretexto de hacer cumplir el decreto de la asamblea de Francfort, pero en realidad porque queria aprovechar las innumerables disensiones que se manifesta-

ban en Europa, para hacer prevalecer su ya secular pretension de constituir la unidad alemana.

Mientras la cuestion de los ducados se resolvía por medio de batallas, la cuestion revolucionaria se resolvía en Berlin por medio de asonadas (21 de agosto). Federico Guillermo IV hizo aceptar una especie de armisticio á los prusianos rebeldes; pero se vió precisado á aceptar por su parte un armisticio con las potencias europeas que abrazaron la causa de Federico VIII. La minoría de la asamblea de Francfort, deseosa de que la Prusia no cediera á la Europa, en un asunto esencialmente aleman, se insurreccionó contra la mayoría, convocó al pueblo y se apoderó de la ciudad (17 de setiembre). Hubo horrorosos conflictos y asesinatos mas horrorosos aun. La paz no se restableció hasta despues de recorrerse todas las dolorosas fases de las guerras civiles, que concluian aquí para empezar en otra parte.

Se estaba reuniendo un ejército en Viena con objeto de sujetar á la Hungría, que se habia separado violentamente del Austria; pero habiéndose sublevado el pueblo para impedir aquella expedicion (6 de octubre), el emperador huyó á Olmutz; y habiendo quedado la dieta sola en la capital del Imperio, ejerció en ella todas las prerogativas de la soberanía. Al ver tantas calamidades, que una tras otra herian á la monarquía austriaca, hubiérase dicho que el valor y el genio de sus estadistas estaban agotados. Y con todo, el partido liberal creia asegurar su propia fortuna proclamando doctrinas capaces de provocar la ruina de to-

da la sociedad política. «La ilusion duró tanto tiempo, dice el conde de Ficquelmont, que al parecer la palabra libertad habia de ser el lazo que debia unir á cuantos la pedian y deseaban. Pero cuando todos vieron claramente que cada cual queria la suya á costa de la de los demás; cuando fué evidente que el Imperio iba á derrumbarse, entonces el exceso del mal produjo el remedio. Dispertóse un antiguo orgullo histórico. El recuerdo del pasado salvó el porvenir. Lo que se habia calculado que seria la señal del desmembramiento general, fué el cañonazo de alarma que hizo tomar las armas á todo el que queria permanecer austriaco. Nadie quiso ya una libertad que empezaba exigiendo el sacrificio del honor, para destruir en seguida una antigua y gloriosa existencia (1).»

Los bohemios, poco antes insurreccionados contra el Austria, se ofrecen ahora al emperador, ansiosos de defender su causa, combatiendo la insurreccion de los vieneses. El Ban Jellachich y el príncipe de Windischgraëtz se reunen inmediatamente, marchan sobre Viena, se apoderan de ella, y queda salvado el Imperio (31 de octubre). Esa reaccion monárquica gana terreno en Austria y se extiende á una parte de la Europa. Los dos gobiernos de Viena y de Berlin se convierten en una dictadura militar, á imitacion del gobierno de París. Estas tres capitales quedan sometidas al rigorismo de los estados de sitio. La constituyente vienesa se traslada á Kremsier, y la constituyente berline-

(1) *Lord Palmerston, la Inglaterra y el continente.* Tom. I, pág. 65.

sa á Brandeburgo. Pero si bien la dieta austriaca, cuya mayoría pertenece á la clase media, obedece sin murmurar el decreto del emperador, á quien considera como su aliado natural contra la nobleza, no sucede así respecto á la dieta prusiana, cuya mayoría pertenece al partido republicano: ella pretende insurreccionarse contra el decreto del rey, ni mas ni menos que si se hubiera reunido con objeto de constituir un derecho público anti-monárquico, ó mas bien para destruir la monarquía, y obra de modo que ocasiona su disolucion por la fuerza (10 de octubre).

Los dos mas grandes estados de la Alemania se levantan simultáneamente. Excepto la Italia y la Hungría, mas cerca de los enemigos del Austria que del Austria, todas las diferentes provincias del Imperio, siguiendo la elevada direccion del príncipe Schwartzemberg, se reunen para alcanzar un solo y mismo fin, al efecto de ensanchar el círculo de la libertad local, estrechar los lazos de la autoridad central, y asegurar el desarrollo del nuevo órden social que habian creado, mientras se destruía el antiguo órden político. El hombre y la tierra se hallan igualmente emancipados, puesto que los labriegos no pertenecen ya á los señores y los bienes feudales están sometidos al mismo régimen que los comunales. Para completar aquella regeneracion de la monarquía austriaca, el anciano Fernando I abdica en favor de su sobrino el jóven Francisco José I, declarado de mayor edad el dia antes, y cuyo padre, el archiduque Carlos, habia renunciado el mismo dia al trono (2 de diciembre). Sobreponiéndose el emperador á los partidos, prometió inmedia-

tamente restablecer la paz en la sociedad, aunque no hubiese terminado la guerra de Italia, ni comenzado la de Hungría.

El nuevo reinado debia, pues, inaugurar una nueva era. Así es que á su advenimiento pronunció Francisco José estas memorables palabras: «Apoyado en las bases de una verdadera libertad, en el principio de la igualdad de derechos entre todos los pueblos que componen el Imperio, en la igualdad de los ciudadanos ante la ley, en el derecho adquirido por los representantes del pueblo de asociarse á nuestro gobierno, nuestro país va á encontrar su antigua gloria. El nuevo edificio que vamos á construir será como una gran tienda de campaña, donde bajo el cetro hereditario de nuestros abuelos se albergarán las diversas razas del Imperio, mas libres y mas unidas que nunca.»

Viendo el rey de Prusia que el emperador de Austria aceptaba francamente todas las conquistas de su tiempo, resolvió inmediatamente otorgar una constitucion y favorecer de este modo todas las futuras conquistas, para no quedarse en zaga, á los ojos de los pueblos alemanes, de su antagonista natural en el camino del progreso. Pero aquella constitucion, provisionalmente concedida el 6 de diciembre de 1848, no fué definitivamente adoptada y jurada hasta el 6 de febrero de 1850. Sea lo que fuere, la república habia tratado de establecerse en Alemania, y no habia hecho mas que preparar la transicion de la monarquía absoluta á la monarquía constitucional.

Por lo demás, no obtenia mas éxito en Francia, donde el

principio monárquico triunfaba en el Estado bajo la forma republicana. En efecto, cuando la asamblea constituyente hubo decretado que se eligiese un presidente por cuatro años por medio del sufragio universal, y no fuese reelegible sino despues de un intervalo de cuatro años, la nacion podia escoger entre dos principales candidatos: el general Cavaignac y Luis Napoleon Bonaparte. El primero habia salvado la sociedad algunos meses antes, y era el candidato del partido republicano; el segundo abdicaba su calidad de príncipe y sus antiguas pretensiones al Imperio para ser presidente de la república como simple ciudadano, y era el candidato de los partidos legitimista y orleanista, que juntos se esforzaban para borrar hasta las mas leves huellas de sus divisiones, con la esperanza de reconstituir tarde ó temprano la unidad dinástica con su propia fusion. La eleccion del 10 de diciembre fué, pues, una transaccion mas ó menos racional entre el principio de la república y las distintas formas de la monarquía. Luis Napoleon Bonaparte juró la constitucion, aunque esta colocara el poder ejecutivo frente del poder legislativo, teniendo los dos el mismo origen, pero no teniendo el mismo fin, y á pesar de que aquella estableciera que el presidente jamás podria disolver la asamblea de los representantes, y que la asamblea de los representantes podria deponer al presidente siempre que este la impidiera desempeñar su mandato: lo que seria considerado como un crimen de alta traicion. Es verdad que nada entonces hacia prever los tristes conflictos que mas adelante debian suscitarse, pues obrando uno y otro poder

con recíproca confianza, se propusieron por único objeto el restablecimiento del orden en Francia, hasta la expedición de Roma, por cuyo medio contribuyeron juntos al restablecimiento del orden en Europa.

La revolución de Italia, bendecida por el Papa y por todos los príncipes de aquella península, en tanto que solo tratase de recobrar su libertad nacional, fué maldecida por el Papa y por todos los príncipes desde que solo trató de derrocar su autoridad. El asesinato de Pelegrino Rossi (15 de noviembre), ministro de Pio IX, dió lugar á entusiastas regocijos iguales á los que ocasionara poco antes el advenimiento de aquel pontífice liberal. Obligado desde aquel momento á formar su ministerio de personas menos afectas á la monarquía que á la república, atormentado en su palacio y en su gobierno, testigo afligido, pero impotente, del asesinato de sus mas fieles servidores, el Padre Santo comprendió que nada tenia que hacer ya en Roma, donde los grupos anárquicos tenían oprimido al partido del orden; y abandonando su pueblo, aceptó la filial hospitalidad de un rey Borbon en el reino de Nápoles (24 de noviembre). Despreciando sus mas solemnes promesas, los ministros mismos que habia nombrado convocaron una asamblea constituyente (13 de diciembre), y le hicieron deponer, á fin de sustituir el derecho humano al derecho divino. Aquella asamblea reunida el 3 de febrero siguiente, pretendió en efecto destruir la monarquía y crear la república, en virtud de una simple proclama (9 de febrero de 1849).

«La destitución del Papa, dice M. César Cantu, no podia

quedar como un hecho aislado en la cristiandad. Prescindiendo del respeto, del amor de los fieles y de las simpatías que el mundo entero habia manifestado á Pio IX, vióse aparecer aquella república romana (inaugurada con un asesinato que todos los partidos se echaban en cara), como el fantasma de un gran complot europeo que trabajaba para derribar toda clase de orden y para minar toda idea de subordinacion (1).» Así es que la Francia republicana, por una palmaria contradiccion con los principios de su gobierno, quiso verificar la restauracion de la monarquía de Pio IX; pues le importaba intervenir directamente para impedir la intervencion de la España, de Nápoles y sobre todo del Austria, la cual restablecia poco á poco su superioridad en Italia, despues de la batalla de Novara (27 de marzo) (2).

Habiendo Carlos Alberto empezado de nuevo la guerra al espirar el armisticio, terminó noblemente su carrera política en aquella sangrienta jornada. Hanse resumido todos sus actos en muy pocas palabras: «Se batió como un héroe, vivió como un fraile y murió como un mártir.» Su hijo Víc-

(1) *Historia de cien años*. Tom. IV, pág. 367.

(2) A pesar de que es notorio que no fué la Francia sola la que intervino en la cuestion de Roma, debemos consignar que el embajador de nuestra augusta reina en la corte pontificia fué de los primeros, sino el primero que ofreció á Su Santidad un asilo en el territorio español y el auxilio del ejército y escuadras de Su Majestad Católica para restablecerle en el trono; de lo cual se manifestó altamente reconocido el Padre comun de los fieles, colmando luego de distinciones á la division española que al mando del general Córdoba contribuyó eficazmente á restablecer la paz, el orden y la tranquilidad en los estados de la Iglesia.

tor Manuel II, abrió inmediatamente negociaciones para la paz, con la laudable esperanza de cerrar por medio de un reinado próspero las llagas de su corazón y las de su patria. Entre tanto el general Oudinot entraba victorioso en Roma; el rey de Nápoles recuperaba la Sicilia; pero el Papa no debía reaparecer en la silla de san Pedro hasta el mes de abril de 1850, cuando ya el desempeño de sus deberes de monarca particular y temporal había vuelto á ser bastante fácil, á consecuencia de la ocupación francesa, para no distraerle de sus deberes de monarca espiritual y universal.

El Austria había triunfado de la Italia; pero temía sucumbir en su lucha con la Hungría. Sus estadistas no repararon en implorar el socorro de la Rusia en el momento mismo en que aquella alta potencia acababa de invadir los principados del Bajo Danubio bajo pretexto de reprimir ciertas tentativas revolucionarias, á pesar de que semejante acto debiera inspirarles las más vivas inquietudes; pues habiéndose reproducido posteriormente el mismo hecho, el emperador Francisco José se creyó obligado á tomar una actitud casi hostil respecto al emperador Nicolás. San Petersburgo acogió la petición de Viena con una abnegación tanto más notable, cuanto que sacrificaba su interés particular al interés general. Si la Hungría hubiese reconquistado su independencia, el Austria, potencia esencialmente europea, estaba quizás perdida para siempre; y las poblaciones esclavas de aquella comarca, cayendo una tras otra bajo la dependencia rusa, hubieran inmediatamente arrastrado en un movimiento análogo á toda la raza eslava,

la cual considera siempre al Czar, no como á su opresor, sino como á futuro libertador de su nacionalidad. Cuando se reunieron los ejércitos austro-rusos (agosto de 1849), los aristócratas húngaros que se habian hecho demagogos, perdieron la esperanza de conseguir separarse de los austriacos. De esto resultó que el Imperio por tanto tiempo conmovido por el choque de tantos pueblos y de tantas razas distintas, quedó despues de aquella crisis mucho mas compacto que antes.

«No fueron solamente la Hungría y la Italia á quienes conmovió el sacudimiento, dice un historiador contemporáneo; fué preciso que el Austria bombardease la mayor parte de sus capitales; y casi en todas partes se estableció el estado de sitio.

«El Austria debió su salvacion á no haber concentrado toda la autoridad en Viena. De modo que cediendo resistió; y cuando el emperador en su fuga se fué á Olmutz y á Inspruck, aun de nada habia que desesperar. La vida del Austria estaba en su ejército, cuya disciplina permaneció inalterable (1).»

Así la obstinada resistencia de Hungría é Italia no cansó mas el valor de sus soldados, de lo que el obstinado antagonismo de Prusia en Alemania cansó el valor de sus estadistas. Habiéndose incorporado aquella última monarquía á la confederacion germánica, el Austria reclamó el mismo privilegio ó el mismo derecho, que la habria hecho señora

(1) M. César Cantu, *Hist. de cien años*. Tom. IV, pág. 383.

de toda la Alemania; pues en virtud de una constitucion otorgada en 4 de marzo de 1849, esto es, el mismo dia en que fué disuelta la constituyente de Kreamsler, el emperador Francisco José habia creado una representacion central y única para las distintas provincias del Imperio, como si hubiera tratado de destruir sus respectivas nacionalidades. Pero el parlamento de Francfort declaró que una potencia compuesta de diferentes naciones no podia formar parte de la confederacion germánica. En vano quiso el Austria obrar contra aquella asamblea, que pretendia fundar una Alemania imperial, representativa y unitaria; en vano la mayor parte de los príncipes confederados protestaron contra un poder central que amenazaba la existencia de los demás poderes; habiendo el parlamento votado el Imperio hereditario, procedió sin dilacion á la eleccion del emperador (27 y 28 de marzo de 1849). De quinientos treinta y ocho miembros presentes, doscientos cuarenta y ocho se abstuvieron de votar y doscientos ochenta concedieron sus sufragios al rey de Prusia, que fué saludado emperador de Alemania.

Despues de haber la casa de Brandeburgo disputado la hegemonía, ó mejor, la supremacía en Alemania al emperador de Austria, por fin la obtenía el rey de Prusia con un título pomposo, pero poniendo su reino bajo la dependencia del parlamento de Francfort, cuya soberanía popular se sobrepondría á su propia soberanía imperial y real. Aquella revolucion monárquica sirvió de pretexto á otras revoluciones republicanas. Nuevas sublevaciones, tan formida-

bles como las antiguas, estallaron sucesivamente en el Wurtemberg, en el ducado de Baden, en la Sajonia y en la Baviera Riniana. Como su sueño de unidad solo conducia realmente á las más sangrientas divisiones, la Prusia hubo de renunciar á él. No queriendo Federico Guillermo IV usurpar nada á nadie, rehusó el título de emperador de Alemania y se contentó con ser uno de los reyes más poderosos de Europa. Inmediatamente los diputados prusianos abandonaron el parlamento de Francfort; los de las demás potencias germánicas siguieron su ejemplo; y aquella asamblea quedó disuelta de hecho.

Sin embargo, el principio federativo, base del sistema alemán, no se abandonó, puesto que la Prusia pasó á ser el centro de una confederacion de los estados más considerables de la Germania. Federico Guillermo hizo una concesion importante á Francisco José, retirando de la confederacion general los estados que le habia incorporado, aunque pudiera prevalerse de un hecho consumado. Parecian, pues, terminadas las prolongadas luchas del Austria y de la Prusia; pero pronto se renovaron á causa del elector de Hesse, destronado por su pueblo, á quien el emperador Francisco José queria restablecer en el ejercicio de su autoridad soberana. Los prusianos marcharon contra los austriacos que se atrevian á acercarse á sus fronteras; y la guerra habria estallado entre estos dos pueblos, si el emperador de Rusia, augusto representante del sistema conservador, no hubiese hecho comprender al emperador de Austria y al rey de Prusia que la paz era necesaria á todas las monarquías,

sobre todo en aquel momento en que la Europa se hallaba conmovida por cuestiones mucho mas graves que las rivalidades políticas de Estado á Estado y de monarca á monarca, atendido á que su enemigo comun se proponia «destruir toda dominacion tanto temporal como espiritual,» esto es, el órden social, para crear una república universal, esto es, la anarquía en su expresion absoluta.

En efecto, los hombres supuestos republicanos, que la debilidad ó incapacidad de los reyes habia dejado penetrar, con el arma al brazo y subrepticamente en el gobierno,» pero que habian caido desde la cúspide del triunfo popular á los golpes de una implacable reaccion, empezaban á levantarse con la esperanza de trastornar toda sociedad monárquica. «Cuanto pudo escaparse del rigor de los poderes restaurados, dice un jóven escritor político, se refugió en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza y en Turquía, como en cuatro asilos. Los jefes volvieron á encontrar á sus soldados; los soldados reconocieron á sus jefes, y como la revolucion nunca abdica, los comités se organizaron, se contaron las fuerzas y se adoptaron los medios de aumentarlas. El gobierno de la Europa fué constituido *in partibus*. Este gobierno tuvo su centralizacion, su presupuesto, se dedicó á las mas delicadas operaciones financieras, emitió acciones, decretó empréstitos, y lo mas singular es que encontró prestamistas. La facilidad de las comunicaciones, los multiplicados canales del comercio, los periódicos y la correspondencia particular permitieron reanudar los lazos de las sociedades secretas y proseguir en grande esa prác-

tica de la oposicion, mas fácil que la del poder (1).»

Londres fué la capital de aquella Europa utópica, creada para espanto de la Europa oficial. «Es posible, decia el jefe de los refugiados, es posible que la gran revolucion á que nos acercamos, cueste *dos millones de cabezas*. Pero ¿podrá tomarse en consideracion la existencia de dos millones de miserables, cuando se trata de la felicidad de doscientos millones de hombres? No; vendrá tiempo en que el pueblo sacudirá este famoso escrúpulo de conciencia, en que llevará el acero esterminador á donde quiera que se oculten sus mortales enemigos, y en que celebre la fiesta de la venganza sobre montes de cadáveres (2).» No se temia anunciar en esos términos el triunfo de la república democrática social y universal, en un plazo determinado: el 4 de mayo de 1852, época en que espiraban los poderes presidenciales de Luis Napoleon Bonaparte, como si la república francesa, cambiando de direccion al mismo tiempo que de presidente, debiese entonces tomar por objeto la abolicion de todas las monarquías particulares, despues de restablecer el trono de Pio IX, expresion moral de la monarquía universal.

Y sin embargo, la Francia republicana se esforzaba, por el contrario, en volverse realista; pues la asamblea legislativa, al suceder á la asamblea constituyente que habia

(1) *De la neutralidad del Austria en la guerra de Oriente* por un europeo, página 66-67.

(2) *Leheren der Revolution. Doctrinas de la revolucion* (título de una gaceta alemana de Londres), 46 de noviembre de 1849.

hecho la república, parecía que no tenía otra misión que volver á formar la monarquía. En efecto, una mayoría muy compacta calificaba la nueva revolución de sorpresa, de catástrofe y de golpe de mano; y los hombres que en otro tiempo figuraban á la cabeza de la oposición popular, se arrepentían en la tribuna de haber minado todas las bases del gobierno real, cuya restauración parecía mas ó menos inmediata, á pesar de que los dos partidos del derecho divino y del derecho humano, aplicables al trono, conservasen aun sus pretensiones exclusivas. Sucedió, pues, que habiendo de obrar juntos contra la anarquía, estos partidos se entendieron muy bien para mantener un orden provisional, pero de ningún modo se entendieron para fundar un orden definitivo.

Las divisiones de la asamblea favorecían los designios de Luis Napoleón Bonaparte, quien en su calidad de presidente de la república gozaba de una autoridad en ciertos casos muy limitada, y en otros mucho mas lata que la de un rey constitucional. Responsable ante el país y ante el poder legislativo, debía aspirar al gobierno personal, á pesar de sus ministros, hombres importantes del antiguo régimen, quienes no querían inaugurar un nuevo régimen. El ministerio se cambió (31 de octubre de 1849); pero como el nuevo gabinete se formó con exclusión de las notabilidades parlamentarias, resultó que la asamblea se separó del presidente.

Esa separación se verificó demasiado pronto ó demasiado tarde: demasiado pronto, porque convenía prolongar

una situacion que obligaba á los partidos á darse mutuamente la mano para resistir á los enemigos de toda la sociedad, la cual les imponia ya el deber de conducirse con cordura, y sin duda les haria comprender despues de tan locas pretensiones, que no tenian mas derechos que los que les diera la razon; demasiado tarde, porque Luis Napoleon Bonaparte habia tenido tiempo para trasformar su magistratura presidencial en una especie de generalato, y porque el conflicto del poder ejecutivo y del legislativo, desde el dia en que estallara de un modo violento, debia tomar las proporciones de un conflicto entre el órden civil y el órden militar: última expresion de la anarquía.

A los desaciertos de los poderes se unieron los desaciertos de los partidos. Se habia formado un grupo de hombres superiores pertenecientes en otro tiempo á las opiniones mas encontradas, quienes se olvidaban de sus antiguas disidencias, tendian juntos á un grande objeto de porvenir nacional, y deseaban encontrar la solucion de todos los problemas propuestos á la sociedad moderna en una restauracion de la monarquía tradicional, bajo pretexto de que do quiera que triunfa esta forma de gobierno, expresa el poder mas autorizado, de que no excluye las instituciones liberales y progresivas, y de que está destinada á restablecer la solidaridad moral y positiva de la generacion presente con las generaciones pasadas, de tal ó cual nacion con

las demás naciones, de tal ó cual dinastía con las demás dinastías. Desgraciadamente la influencia de aquellos talentos eminentes, que debiera haber sido soberana para poner término á la anarquía, se vió comprimida por las intrigas de los *políticos* y de los *hábiles*, siempre opuestos al restablecimiento del orden público, por la única razon de que buscan un hecho, ó mas bien el interés material, en vez de buscar como sus antagonistas el interés moral, ó mas bien un principio; pues ufano con sostener las pretensiones exclusivas de la revolucion haciéndolas redundar en su provecho, y contra ella misma, atendido á que tampoco quiere la monarquía propiamente llamada, como la república, este partido soñaba con una regencia en favor del conde de París, esto es, con el establecimiento de un poder ficticio, á cuya sombra él ejercería el poder real; en tanto que el otro partido, satisfecho con neutralizar las pretensiones exclusivas y las tendencias fatales de la revolucion, no favorecía mas que sus tendencias providenciales, á fin de defender de este modo los supremos intereses de la sociedad.

De esto se siguió, segun el Sr. Donoso Cortés, que «allí »donde la salvacion social dependia de la disolucion de todos los partidos antiguos, y de la formacion de un solo »partido monárquico, los partidos permanecieron lo mismo »que eran, los bonapartistas pensaron en Bonaparte, los »orleanistas en el conde de París, y los legitimistas en Enrique V (1).» De modo que el gran partido del orden, po-

(1) Véase el bello estudio del conde de Montalembert sobre el *marqués de Valdegamas*.—*Correspondant*, agosto de 1853.

co antes tan compacto, se halló dividido en una porcion de pandillas; y sus jefes tuvieron una suerte idéntica á la de aquellos generales que se ven abandonados de sus ejércitos.

.

.

.

Los viajes á Wiesbaden y á Claremont coincidieron con la revista de Satory. Pudiera decirse que la posesion definitiva del poder en Francia debia ser el premio de una simple corrida. Los soldados que estaban sobre las armas habian gritado: ¡viva el emperador! M. Berryer enarboló desde la tribuna, con toda la magnificencia del hermoso lenguaje que le es propio, la bandera de la legitimidad... Inmediatamente el conde Chambord le dirigió el admirable manifiesto de Venecia, que se resumia en dos palabras afirmativas: autoridad y libertad. Opúsosele en el *Espectro Rojo* otro manifiesto que se resumia en dos palabras problemáticas: *Jacquerie* ó dictadura. No era posible que hubiese un Monck despues de la destitucion del general Changarnier; pero en adelante podia presentarse un Cromwell. Cada cuestion, sometida á la inteligencia del país, ocasionaba á lo menos una revolucion política. A fin de prevenir semejante catástrofe, el tercer partido pidió la revision legal de la constitucion.

Despues de una discusion memorable en que la república fué elocuentemente defendida por M. Miguel de Bourges y la monarquía por M. Berryer y M. de Falloux, aquella proposicion fué desechada. Cuando todos los partidos sociales

hubieron dado de este modo una prueba igual de su impotencia, los representantes se separaron sin estar muy seguros de volver á reunirse, pues se creía que Luis Napoleón Bonaparte daría durante las vacaciones el golpe de Estado que dió el 2 de diciembre siguiente.

Al saber en la mañana de dicho día que los generales Changarnier, Bedeau, Lamoriciere, Cavaignac, Leflo y otros muchos representantes habían sido arrestados durante la noche anterior, y que Luis Napoleón Bonaparte pretendía disolver el poder legislativo, la inmensa mayoría de los legisladores solo pensaron en defender el derecho que ejercían en nombre del país. Aunque el palacio Borbon estuviese rodeado de tropas, unos cincuenta de ellos se reunieron á las diez en la sala de sesiones, de donde M. Espinasse, coronel del 42 de línea, fué á expulsarles.

Hiciéronse otras tentativas de resistencia en el interior mismo del palacio, en casa de M. Berryer, de M. Odilon Barrot, y de M. Daru, uno de los vice-presidentes, y finalmente, en la alcaldía del décimo distrito, donde el drama parlamentario iba á tener su desenlace. Allí trescientos representantes reunidos bajo la presidencia de MM. Benoit de Azy y Vitet, únicos vice-presidentes que aun estaban en libertad, dieron á propuesta de M. Berryer un decreto concebido en estos términos:

«Con arreglo al artículo 68 de la constitucion, «atendido á que se pone obstáculo al cumplimiento de su manda-

to, la asamblea nacional decreta que Luis Napoleon queda exonerado de su cargo. Por lo tanto, los ciudadanos están obligados á negarle la obediencia; el poder ejecutivo pasa de pleno derecho á la asamblea nacional; los jueces del tribunal supremo deben, so pena de prevaricacion, reunirse inmediatamente con objeto de juzgar al presidente de la república y á sus cómplices.»

Por otro decreto se requería á todos los oficiales y comandantes de la fuerza pública que no obedecieran mas que á la asamblea, único poder existente en virtud de la constitucion; el tercer decreto nombraba á Oudinot general en jefe de todas las fuerzas encargadas de velar por la seguridad de la asamblea; y el cuarto decreto encargaba á todos los directores y alcaides de las cárceles y fortalezas que pusieran en libertad á los representantes indebidamente encarcelados.

Acababa de expedirse este último decreto, cuando un gran número de soldados, mandados por el general Torey, rodearon la Alcaldía.

Tres comisarios de policía intimaron á los representantes que evacuasen la sala. Pero la asamblea contestó que no debía tomar en cuenta ninguna intimacion. Presentóse entonces un ayudante de campo del general Magnan, manifestando que tenia orden de conducir á la cárcel de Mazas á cualquiera que se resistiese. Por todos lados gritaron:

Todos á Mazas. Los cazadores de Vincennes entraron entonces en la sala para hacer salir á los representantes. Uno de los vice-presidentes, M. Vitet, habiéndose negado formalmente á no dar un solo paso sino por fuerza, un agente de policia le cogió por el cuello de la casaca, sacándole así á la calle; en el mismo momento los representantes siguieron á su presidente, andando en silencio con direccion al cuartel del muelle de Orsay.

«Durante todo el tránsito, dice un historiador inglés, testigo de nuestras discordias, la poblacion atónita á la vista de aquella comitiva, pudiendo apenas creer lo que presenciaba, manifestaba por la asamblea los mas vivos sentimientos de pesar y respeto. La actitud de aquellos representantes colocados entre dos filas de soldados era tan tranquila y tan digna, la muchedumbre parecia tan simpática, que algunas personas pudieron por de pronto hacerse la ilusion de que conducian la asamblea á su palacio para que volviera á tomar posesion de él.» Las verjas del cuartel del muelle de Orsay, que se cerraron tras de ella en medio del dia, no volvieron á abrirse hasta altas horas de la noche. Un considerable número de coches celulares fueron á buscar á los representantes para trasladarlos á la cárcel de Mazas, al castillo de Vincennes y al fuerte del monte Valeriano.

Mientras la asamblea legislativa deliberaba en la alcaldía del décimo distrito, el tribunal supremo, reunido en el palacio de Justicia, declaraba á Luis Napoleon Bonaparte acusado del crimen de alta traicion, y «convocaba el alto jurado nacional para que procediera á juzgarle sin la menor dila-

cion (1).» Los miembros del tribunal fueron dispersados por la fuerza. Siendo ya imposible toda resistencia moral, fué preciso prever la posibilidad de una insurreccion. Ciertos representantes de la montaña hicieron fijar varias proclamas llamando á las armas. Los parisienses no tomaron por lo sério el partido jacobino ni el golpe de Estado, y se burlaron de uno y otro. Con todo, la situacion cambió al tercer dia, que fué una sangrienta jornada (2). Pero el golpe de Estado, cuyo éxito era dudoso, salió bien.

Luis Napoleon Bonaparte, convertido en dictador, obtuvo del sufragio universal el título de presidente de la república por diez años, y la facultad de dar á su gobierno la forma y los principios que tuviese por conveniente. La na-

(1) Estos son los términos del decreto. Véase la *Historia de un golpe de Estado*, por M. P. Belonino. Introduccion y conclusion por M. Amadeo de Cesaena, pág. 134.

(2) Léase el dia 3 de agosto de 1852 á la cabeza de la parte no oficial del *Monitor*:

«El *Times*, convicto de infamacion premeditada, se defiende con nuevas calumnias. En su número del 28 de agosto, pretende que á consecuencia del 2 de diciembre, 1200 personas inofensivas é inermes han sido asesinadas por soldados ébrios en las calles de París.

«La refutacion de semejante calumnia se halla en su misma exageracion.

«Todo el mundo lo sabe; segun el parte oficial, el número de personas muertas durante la insurreccion asciende á 380; sin duda eso es ya demasiado. En cuanto á las personas heridas accidentalmente, por fortuna su número apenas asciende á 8 ó 10.»

ción francesa pasó así del régimen de una libertad más ó menos limitada al régimen de una autoridad ilimitada. Un simple decreto fijó las nuevas atribuciones de los diferentes cuerpos políticos del Estado, que volvieron á ser lo que habían sido al principio del siglo. El senado, el cuerpo legislativo, el consejo de Estado y todas las instituciones que habían caído con el Imperio se levantaron de nuevo. Desde entonces sometida la imprenta á las *advertencias*, no pudo cometer ciertos descarríos sin incurrir en la pena de la supresión. Finalmente, los bienes patrimoniales de la familia de Orleans fueron absorbidos en los del Estado, y los bienes que hacia medio siglo que constituían su patrimonio privado hubo de venderlos dicha familia dentro de un plazo determinado (1).

(1) *Para oponerse Luis Felipe á la venta de los bienes de la rama primogénita de la casa de Borbon, dirigió á Casimiro Perier la carta siguiente:*

«Prevengo al señor presidente del consejo de ministros que mi convicción y mi juramento no me permiten sancionar ninguna medida contraria á la Carta. Yo consideraria, como sinónimo de la confiscacion, que aquella prohíbe terminantemente, todo secuestro y toda obligacion de vender bienes poseidos en Francia, cualquiera que fuera el plazo señalado para hacer las ventas; pues, segun mi conciencia, toda obligacion de vender es una confiscacion.

«Miércoles 43 de marzo de 1834.

«LUIS FELIPE.»

Un año despues, por la iniciativa de la cámara de los diputados, votóse la venta forzosa, y las exigencias del gobierno constitucional no permitieron al monarca que se opusiera á la promulgacion de la ley, que en todas sus conversaciones llamaba la ley despojadora; pero impidió su ejecucion en cuanto dependia de él, y en verdad, no solo la familia real no se vió obligada á vender sus bienes en el plazo fijado por la ley, sino que aun en el dia posee su patrimonio.

El golpe de Estado del 2 de diciembre habia disipado todos los temores mas ó menos fundados que las eventualidades de 1852 inspiraban á la Francia republicana y á las diferentes monarquías europeas. Pero la causa de los gobiernos libres parecia perdida, y la de los gobiernos despóticos ganada. Ya el rey de las Dos Sicilias, cediendo al deseo de los napolitanos, habia suspendido la constitucion por un tiempo indeterminado; y el emperador de Austria se habia revestido provisionalmente de la autoridad de monarca absoluto, reservándose el derecho de hacer examinar la carta del 4 de marzo por una comision, al efecto de ver si se conservaria ó se suprimiria. Creíase que el rey de Prusia aboliria el régimen representativo y disminuiria tambien las libertades públicas para acrecer su autoridad; finalmente, temíase que los monarcas de España, Piamonte, Bélgica, Países Bajos, Suecia y Noruega, Dinamarca, Wurtemberg, Hannover, Sajonia y Baviera trasformasen sus instituciones liberales en instituciones tiránicas. Sin embargo, todos los soberanos de Europa, en vez de aceptar ciegamente la reaccion despótica, mantuvieron sus asambleas libres, expresion del derecho humano, al rededor del trono, expresion del derecho divino. Y el mismo emperador Francisco José se apresuró á tranquilizar á sus pueblos expresando en un decreto las bases de la constitucion del imperio de

En el destierro, recordando Luis Felipe su constante respeto á la legalidad, decia: «Yo siempre hice cumplir escrupulosamente la ley, excepto una sola, la concerniente á los bienes de la rama primogénita de mi familia.»

Austria, en la cual debian generalmente establecerse consejos provinciales.

Si las guerras civiles del derecho divino y del derecho humano se habian generalmente suspendido, las guerras internacionales ó extranjeras podian empezar de nuevo con motivo de los mismos principios. Una sorda agitacion reinaba sobre el particular en el Piamonte, en Suiza y en Bélgica, estados limítrofes de la Francia, en donde el establecimiento de un poder antes militar que civil, debia despertar el espíritu de las conquistas adormecido durante cuarenta años de paz. Así es que los distintos gobiernos solo concedieron al nuevo gobierno francés una aprobacion llena de zozobra: mientras que la Inglaterra, sola, ufana al colocarse ante el continente como protectora armada del régimen parlamentario y de la igualdad, hacia alarde de manifestarle la mayor desconfianza.

Al mismo tiempo que Luis Napoleon Bonaparte se esforzaba para tranquilizar la Europa, dirigia todos sus conatos á contener la Francia. A la apertura del senado y del cuerpo legislativo, dijo estas palabras notables, si no notadas: «La constitucion del año VIII ha servido de modelo á la de 1852. —Yo no aceptaria modificaciones en el presente estado de cosas, sino me viera precisado á hacerlo por una necesidad evidente. ¿De dónde dimana esta? Solo de la conducta que observen los partidos. Si se resignan, no se hará variacion alguna; pero si por sus sordas maquinaciones tratan de minar las bases del gobierno; si en su ceguedad niegan la legitimidad del resultado de la eleccion popular... entonces y

solo entonces podrá ser razonable pedir al pueblo en nombre de la tranquilidad de la Francia un nuevo título que fije irrevocablemente en mi persona el poder de que me ha revestido. Pero no hablemos de dificultades que sin duda tienen poca probabilidad; conservemos la república (19 de marzo de 1852).»

A pesar de tan solemnes palabras, y de que los partidos no quisieron de ningun modo disputar al presidente de la república el supremo ascendiente que ejercia sobre la sociedad, nadie ponía en duda su próximo advenimiento al Imperio. Esta trasformacion, puramente de nombre para la Francia, podia provocar una gran crisis en Europa. Con objeto de estar prevenidos para cualquiera acontecimiento que pudiera ocurrir, mas ó menos contrario á los principios fundamentales del derecho público, todos los monarcas se apresuraron á allanar cuantas dificultades existian, tanto entre sí como en el seno de sus mismas monarquías; y especialmente las desavenencias relativas á la doble sucesion en el trono de Dinamarca y de Grecia, las cuales fueron orilladas por los tratados de Lóndres con el consentimiento de aquellos dos estados.

Antes de solicitar Luis Napoleon Bonaparte el sufragio universal del pueblo francés para obtener el título de emperador hereditario, solicitó el sufragio universal de los reyes.

orgullosa patria como si quisieran dar la señal de las hostilidades entre las dos potencias occidentales.

En vez de enviar una escuadra á las aguas del Támesis, Luis Napoleon envió una embajada á Constantinopla, á fin de obtener si era posible desde su advenimiento al trono el título de «protector de los Santos Lugares,» y de subordinar así á su propia persona al emperador de Austria y al de Rusia, que rivalizaban ambos en influencia en la Puerta, ó mas bien en las poblaciones cristianas que sufren el yugo del islamismo. Las concesiones hechas por el divan á M. de Lavalette, excitaron la inquietud del gabinete de Viena, y ocasionaron otras concesiones hechas á M. de Leiningen, cuya palabra conminatoria debia ocasionar terribles consecuencias; pues la Rusia, usando de todos los diversos derechos que ha sabido adquirir con tantos tratados, creyó deber ser aun mas amenazadora que el Austria.

El emperador Nicolás, en su calidad de protector armado de la iglesia griega, envió á Constantinopla al príncipe de Mentschikoff, encargado de una mision extraordinaria. Todas las dificultades relativas á los Santos Lugares fueron, sin embargo, allanadas mediante el restablecimiento del equilibrio entre los griegos y los latinos; pero surgieron dificultades de mayor intensidad, porque eran generales, pero de ningun modo insuperables, aunque la cuestion de Oriente pudiese, si se resolvía sin acuerdo prévio, destruir el equilibrio de los poderes entre los diferentes estados del Occidente. Unicamente la guerra podia entregar á la Europa á tan temible eventualidad. Y sin embargo, la Inglaterr-

ra, que fingía creerse amenazada por la Francia, esperando producir una diversion favorable al desarrollo de su propio egoísmo, no retrocedió ante tan grave contingencia, á riesgo de hacerlo todo problemático en el mundo civilizado.

Trasladado sucesivamente á Jerusalem, á Constantino-
pla, á los principados del Danubio, á Viena y á Sebastopol,
el conflicto se agrava al cambiar de lugar. Las conferen-
cias diplomáticas ya solo son en la mente de los gobiernos
un medio de operar la transición gradual del estado de paz
al de guerra. La Francia, enemiga natural de la Inglaterra,
ha pasado á ser su aliada, mientras la Rusia, aliada
natural de la Francia, ha pasado á ser su enemiga. Las
dos grandes potencias aliadas predicán una cruzada euro-
pea contra el emperador Nicolás, bajo pretexto de que no
debe levantarse en Oriente un imperio griego sobre las
ruinas del imperio otomano que va á caer.

Fué sobre todo á la Alemania á la que se dirigieron,
porque esta no creía que aquel príncipe, que hacia treinta
años que gobernaba con tanto acierto y habilidad sus vas-
tos estados, iba al fin de su carrera, olvidando su fama, á
desmentir todo su pasado, y á ser por un interés dudoso el
perturbador de Europa despues de ser su sosten, y elegir
para ello el momento menos oportuno.

«Cuando la revolucion debilitaba poco antes los esta-
dos á cuyas expensas la Rusia podia engrandecerse, se
le habia visto no usar de su fuerza sino para restaurar
los poderes comprometidos, prevenir las rupturas y alla-

nar las cuestiones. Aun en aquellos mismos momentos, acababa con un desinterés, muy raro en la historia de las casas reinantes, de renunciar sus derechos eventuales á la corona de Dinamarca, y, por recordar un pequeño hecho que entonces tenía su importancia, de abandonar un lazareto que parecia en el Danubio un puesto avanzado de la Rusia.»

«En Alemania habia ejercido aquella legítima influencia que conceden la edad, los títulos y los vínculos de la sangre. En todas partes habia ofrecido el hermoso espectáculo de una gran moderacion servida por una gran potencia (1).»

Aunque las distintas cortes alemanas hayan adoptado hasta ahora una política mediadora, es imposible prever lo que harán en lo sucesivo. Ya se han disuelto las antiguas alianzas y se han formado otras nuevas. Aquí se olvidan todos los servicios prestados: allá ya no se acuerdan de las agresiones cometidas. Algunos, formándose una opinion quimérica, quieren considerar la Rusia como á futuro déspota del continente; y nadie toma en cuenta los hechos positivos, que nos deben hacer considerar la Inglaterra como á déspota de los mares. Esos errores generales dan á la crisis actual un carácter tan particular, que la muerte del emperador Nicolás, á quien se imputaba en ciertos lugares toda la responsabilidad de la guerra actual, no ha producido en parte alguna un motivo formal para esperar el próximo res-

(1) M. E. Crampon, *De la política mediadora de la Alemania*, pág. 30-31.

tablecimiento de la paz europea. En efecto, el emperador Alejandro II se apresuró á declarar el mismo dia de su advenimiento al trono, que aumentaria sus esfuerzos «para realizar los deseos y los proyectos de Pedro I, de Catalina II, de Alejandro I y de su augusto padre,» cuyo nombre ocupará un puesto preferente en la historia del siglo XIX. Es verdad que tan belicosa declaracion no le impidió confirmar las concesiones pacíficas precedentemente acordadas por Nicolás I, esto es, las cuatro condiciones que se habian sentado en las conferencias de Viena, con la interpretacion que las potencias continentales pretendian darles. Pero por sí solas, aquellas condiciones, formando las bases de una discusion, no podian conducir á una pacificacion general.

Así es que el Norte y el Mediodía, el Oriente y el Occidente chocan uno contra otro, tanto en el terreno de las batallas, como en el de las influencias diplomáticas. En todas partes la impetuosidad del ataque se ve contrarestada por la firmeza de la resistencia. Ya un gran cambio de opinion se manifiesta en uno de los grandes estados beligerantes y en varios de los estados neutrales, donde se toma concienzudamente en consideracion la importancia de las concesiones hechas por la Rusia; y sin embargo, nadie en Europa se atreve á creer en una solucion inmediata y por consiguiente en una paz, porque la guerra, problema formidable, es el resultado de la oposicion universal que reina en todos los intereses de la humanidad!

Resumamos:

La mitad del mundo político está amenazando á la otra mitad. Situacion fatal! pues mientras la Inglaterra combate para abrirse el Báltico y el mar Negro cerrando el Mediterráneo á la Rusia, para destruir la marina de esta potencia, y para impedir que una marina griega se cree al mismo tiempo que un nuevo imperio griego; la Francia, combatiendo á su lado y por ella con tanta gloria como desinterés, no podrá cumplir su alta mision, que es la de descubrir y fijar el fin supremo de los estados para constituir el verdadero poder; y la Rusia, obligada á soportar el choque de la Francia, de la Inglaterra y de otros estados cristianos ó mahometanos, no puede tampoco cumplir su vocacion, que es la de libertar á la Europa del fanatismo religioso engendrado por el islamismo, y del fanatismo anti-religioso engendrado por el jacobinismo, para conservar los progresos de la humanidad que necesita apropiarse.

De ahí que pueden realizarse grandes trasformaciones en las legislaciones interiores de la monarquías aun no beligerantes, particularmente en el Imperio de Austria y en el reino de Prusia, donde unas instituciones nuevas, liberales y progresivas dan á cada gobierno la facultad de dirigir la accion de los partidos siempre necesaria al desarrollo de las sociedades, y que nada parecido se opera en Francia, donde habiendo el gobierno resucitado las antiguas instituciones absolutistas, retrógradas, que habian muerto desde el principio del siglo, esto es, cuyo tiempo habia pasado, parece haber puesto á la sociedad en peni-

tencia, á fin de neutralizar mejor la accion de los partidos que no puede dirigir.

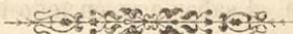
Esta inferioridad relativa de la Francia respecto á la Europa, es tanto mas fatal en orden á los destinos humanos, cuanto que la mision providencial de nuestra patria es hacer prevalecer sobre el mundo su superioridad absoluta, porque la corresponde ser el monitor político de todos los estados! Pero este admirable papel, que tan perfectamente desempeñó en la edad media en provecho de la autoridad, y en los tiempos modernos en beneficio de la libertad, ¿cómo podria desempeñarlo en este tiempo revolucionario, puesto que se excluye alternativamente la autoridad por la libertad y la libertad por la autoridad?

No es eso todo: la oposicion política de la Francia y de la Europa se complica tambien con la cuestion dinástica. Efectivamente, todos los monarcas reinan en virtud del derecho divino, excepto Luis Napoleon, que gobierna en nombre del derecho humano; y este desacuerdo expresa el antagonismo actual de los monarquistas de forma y de los monarquistas de principio, análogo al que se notaba poco antes entre los republicanos de forma y los republicanos de principio, que imposibilitó el establecimiento de la república.

Despues de probar la impotencia del partido revolucionario ó republicano y la del partido conservador ó monárquico, ¿hemos de deducir la imposibilidad de un gobierno cualquiera?

Tal es sin embargo el formidable problema que los esta-

distas deben estudiar en este momento en que, estando divididas en dos campos enemigos la sociedad general y cada sociedad particular, puede la guerra internacional engendrar muchas guerras civiles y una catástrofe universal.



CAPÍTULO XXXVI.

Regeneracion necesaria de la monarquía.

CONCLUSION.

Despues de establecer generalmente en nuestros tres primeros tomos, que el saber era en todo lugar y tiempo la verdadera base del poder, hemos tratado de probar particularmente en este cuarto y último tomo que ahora en todas partes el poder es disputado, porque casi en ninguna parte hay saber indisputable.

Si nuestras demostraciones, aunque muy rápidas, pareciesen suficientes, convendríase con nosotros en que no encontrando ninguna regla perentoria, ningun punto fijo de apoyo, ninguna verdad fundamental, ningun principio de certidumbre absoluto en las ciencias políticas ni en las morales, tales como se enseñan de mas de un siglo á esta parte, el espíritu del hombre se pierde, irresoluto, en medio del revuelto caos de las ideas falsas ó rancias y de los hechos siempre nuevos que se chocan, se mezclan, se amontonan incesantemente de un extremo al otro del mundo ci-

vilizado. Porque al espíritu humano le es imposible tomar una determinación, por poco racional que sea, sin estar cierto de verla inmediatamente combatida, neutralizada ó destruida por una determinación contradictoria y racional en el mismo grado. Por eso se hace cada día más difícil, no solo coordinar tan gran multiplicidad de hechos é ideas, sino sobre todo abarcarlos con leyes, puesto que estas leyes presupondrían una determinación indisputable, universal, y por consiguiente la solución del problema, que por sí solo resume y debe resumir los demás, á saber: ¿Cuál es el fin de la humanidad en la tierra?

En efecto, hasta que se haya resuelto este problema de un modo que presente providencialmente todas las miras del hombre en una consideración única, superior y absoluta, debe temerse que los partidos sociales, organizados desde que se disolvió la sociedad humana propiamente llamada, harán prevalecer fatalmente sus miras contradictorias, presentarlas en varias consideraciones opuestas, inferiores y relativas. Quien pretende elevarse hasta la verdad con el solo esfuerzo de la razón, sin el auxilio de la fe, tomará siempre la experiencia por medio y por fin el interés terrestre, para constituir todos los estados bajo la forma de una república, establecer su independencia individual en el seno de una confederación general, y asegurar los destinos de la humanidad dando libre curso á su perfectibilidad indefinida, á fin de que pueda satisfacer enteramente sus intereses materiales, considerados como su bien supremo en la tierra; y quien pretende elevarse hasta la verdad con el único so-

corro de la fe, sin el auxilio de la razón, tomará siempre la revelación por medio y por fin el interés celestial, para constituir todos los estados bajo la forma de una monarquía, restablecer su completa dependencia de la ley divina en el seno de una teocracia general, y asegurar los destinos de la humanidad dándole la facultad de expiar su pecado original, á fin de que con la gracia de Dios pueda satisfacer enteramente sus intereses morales y adquirir así la inmortalidad, que es su bien supremo en el cielo.

Pero como el primer partido, supuesto progresista, se funda en la afirmación del derecho humano y en la negación del derecho divino, se esforzará para imponer al siglo XIX el ideal felizmente irrealizable de 1793; mientras que el segundo partido, supuesto conservador, se esforzará para imponerle el ideal no menos irrealizable de la edad media, porque se funda en la afirmación del derecho divino y en la negación del derecho humano. De modo que, á pesar de sus tendencias contradictorias y en virtud de estas mismas tendencias, ambos comprometerían la existencia del mundo si, por ejemplo, en vez de triunfar provisionalmente uno de otro en tal ó cual país, uno y otro conservaran indefinidamente el poder: este en los estados del Norte de la Europa, y aquel en los estados del Mediodía, por medio de su misma oposición: y esto si no resultase para los dos, vencedores y vencidos por turno, una identidad de impotencia que se halla suficientemente demostrada por no sé cuántas revoluciones.

Ahora bien: en tésis general, toda revolución, cualquiera

que sea por otra parte la perturbacion que produzca en las distintas relaciones de los hombres, «toda revolucion, dice Bonald, no es mas que un esfuerzo que hace la sociedad para volver al órden (1).» Por eso vemos que la Francia, donde por el antagonismo de las opiniones es permanente la anarquía, bajo el punto de vista moral y material, desde fines del siglo XVIII, anda sin cesar de revolucion en revolucion. Y sin embargo, todas aquellas de que se prometia los mayores bienes no han producido mas que catástrofes! Así debia ser, en verdad, ya que en aquellas circunstancias formidables tomó constantemente lo falso por lo verdadero, el medio por el fin, figurándose por desgracia que le bastaba destruir el poder, cuando se trataba de regenerarlo en virtud de su propio saber; pues como quiera que las revoluciones políticas son y solo pueden ser la consecuencia de una evolucion intelectual y providencial préviamente verificada, no pueden inaugurar una era nueva y providencial, mientras no den márgen á una creacion moral, y no á una destruccion física.

De haberse desconocido esta gran ley general, lo mismo que las demás particulares, ha resultado que los diferentes movimientos revolucionarios de la Francia han fracasado, con relacion á ella y á los demás estados, que les han opuesto una invencible resistencia.

¿Significa eso que la Francia, siempre ansiosa de revoluciones, y nunca asentada en órden estable, ya solo quiera

(1) *Legislacion primitiva, disc. preliminar*, p. 6, edic. 1847.

obrar con el fin de destruir todos los gobiernos del mundo? Léjos de nosotros semejante pensamiento: tanto valdria decir que toma la muerte universal por principio y fin de su propia existencia! Seguramente si así fuera, nuestra grande, bella y generosa patria, repudiada desde hace tiempo por las naciones civilizadas, ya solo figuraria entre los estados bárbaros; siendo así que aun es ella quien va de continuo á la cabeza de la humanidad.

Pero teniendo conciencia de la alta mision que debe cumplir en la tierra, y sobre todo teniendo el presentimiento de la verdad, que la es imposible fijar bajo una forma gubernamental, créese moralmente obligada á protestar con todos sus actos contra el error de los hombres ó de los partidos que la es igualmente imposible definir, puesto que para hacerlo necesitaria conocimientos ó principios que la faltan. Y de ahí dimana, como ya lo hemos indicado, que la Francia destruya uno tras otro todos sus gobiernos, cualesquiera que sean, porque expresan el triunfo provisional de tal y cual hombre y de tal y cual partido en la sociedad, aunque en las disposiciones intelectuales manifieste hace ya un siglo que no puede crear, segun su vocacion especial, un gobierno regenerador, que expresara el triunfo definitivo de la sociedad sobre los partidos.

Esa alta determinacion práctica, teniendo efectivamente por objeto constituir el verdadero poder, no puede ser mas que la consecuencia de una alta determinacion especulativa cuyo objeto fuera constituir el verdadero saber. Ahora bien: la Alemania, entregada completamente á su trabajo de crea-

cion moral, encontraba positivamente este, mientras que la Francia, entregada completamente á su trabajo de destruccion física, en vano buscaba, aquel. Pero los filósofos y los estadistas franceses, cuyas opiniones no tenian ni tienen aun mas que un valor intrínseco relativo, fundaron su salvacion y su gloria en la repulsion que manifiestan sin cesar contra las opiniones de los filósofos y de los estadistas alemanes, que tienen un valor intrínseco absoluto, aun cuando de ello resultara su propia vergüenza y ruina; pues como la teoría y la práctica ó experiencia son los dos únicos principios segun los cuales se puede gobernar un pueblo, no solo se hacian culpables no aceptando la teoría ofrecida por la ciencia, puesto que les hubiera permitido dar á su autoridad un objeto mas elevado que el que únicamente emanaba de la experiencia ó de la práctica; sí que tambien se privaban del único medio de imprimir á la Francia una direccion gloriosa y saludable, repudiando ellos mismos el error, origen de toda catástrofe, para dedicarse á la investigacion de la verdad, origen de todo progreso.

Y sin embargo, fiel la Alemania á su vocacion especulativa, trató siempre de volver á la Francia á su vocacion práctica. «Es verdad, exclamaba poco antes de la revolucion de febrero, es verdad, y nadie puede negarlo, que se prepara en Francia un nuevo orden social y una nueva forma de gobierno; pero no lo es menos que ninguno de los órganos que se prestan ó se dedican á ello, ninguno absolutamente posee nada mas que un valor parcial, muy relativo y del todo incierto. La verdadera *ciencia social*, como

la llaman los franceses, aun no la han descubierto... A buen seguro que si los hombres eminentes que cuenta la Francia comprendiesen bien su mision y tuviesen de su patria y del porvenir mejor opinion que de sí mismos, no tratarian de hacer constantemente en el cuerpo del pueblo y del Estado sus interminables é indefinidos experimentos, antes de llegar á reconocer su verdad por medio de una rigurosa ciencia, reduciéndolos á principios absolutos y deduciendo didácticamente de esos principios irrefragables todas sus acciones é influencias sistemáticas. La desgracia de esta noble nacion, tan enérgica como generosa, es y ha sido en todo tiempo que las ideas, lo mismo que las borrascas de la primavera, no la vienen sino con la accion y despues de los acontecimientos. ¡Qué otra nacion hubiera podido en el corto intervalo de medio siglo ensayar y deshacer todas las formas del despotismo y todas las reformas de la libertad, y permanecer empero en toda la plenitud de su existencia (1)!»

Ya lo vemos: si los hombres eminentes de la Francia hubiesen querido seguir las inspiraciones de los hombres eminentes de la Alemania, primeramente hubieran hecho emanar todos sus actos de tales ó cuales principios absolutos, y en seguida, abordando con firmeza todos los grandes problemas que dividen el espíritu público y legitiman la existencia de los partidos contemporáneos, hubieran conseguido resolverlos, tanto con relacion al saber como con re-

(1) *Gaceta de Augsburgo*, núm. 469, 41 de junio de 1822.

lacion al poder, fijando ellos mismos el destino positivo de las sociedades. Y gracias á su heroica determinacion, el partido del derecho humano reconoceria ya que tiene razon al considerar la experiencia como principio indefinido de verdad, pero que no la tiene al considerarla como principio exclusivo de verdad; mientras que el partido del derecho divino reconoceria igualmente que tiene razon al considerar la revelacion como principio indefinido de verdad, pero que tampoco la tiene al considerarla como principio exclusivo de verdad. Ambos, pues, sabrian con el mismo grado de certeza cuál es la verdadera causa de su propia impotencia, que se manifiesta con revoluciones fatales, y que, sin embargo, es un hecho providencial; pues á los partidos así constituidos no les corresponde conservar la direccion de las sociedades, ya por el interés de la monarquía, ya por el de la república, toda vez que les es absolutamente imposible elevarse al verdadero saber y al verdadero poder.

Llegados á ese punto de desarrollo intelectual, comprenderian seguramente que la imposibilidad en que se encuentran de concebir la verdadera política, es el resultado del error en que uno y otro se fundan. Abdicando al punto sus pretensiones exclusivas que expresan el curso retrógrado de la humanidad del bien hácia el mal, esto es, la barbarie, ambos obrarian de concierto, con el solo fin de fijarse recíprocamente un objeto comun que expresase el curso progresivo de la humanidad del bien hácia lo mejor, esto es, la civilizacion misma, ó mas bien, el descubrimiento gradual de la verdad en la tierra. Y entonces, pero solo en-

tonces, realizarian sin obstáculos, de un modo definitivo, el grande objeto de toda asociacion humana, á saber: la unidad de la sociedad resumida en una sola consideracion política y religiosa, esto es, en la formacion de un gobierno universal; y por consiguiente, el Estado y la Iglesia propriamente llamados.

Siendo, pues, el objeto del Estado el desarrollo de la justicia en sus efectos materiales por la realizacion temporal de la moral, y siendo el objeto de la Iglesia el desarrollo de la justicia en sus principios intelectuales por la consagracion de la pureza de las máximas morales; ni uno ni otra podrán conseguir sus fines augustos, ni tomar su forma suprema, hasta que se restablezca la armonía entre el derecho humano y el derecho divino fundados en su identidad primitiva, pues Dios crió al hombre á su imágen, y en vista de la identidad final de aquellos, la cual se trata absolutamente de determinar, para fijar de un modo perentorio todos nuestros destinos, terrestres y celestes!

Esta evolucion moral é intelectual que sin duda alguna cumplirá la Francia, no determinará una revolucion política particular á la Francia, sino una revolucion política general y provechosa para todos los estados de Europa; pues desde que el partido del derecho humano sepa que la autoridad de los reyes debe necesariamente estar afianzada en el derecho divino, expresando la voluntad divina en el establecimiento de la soberanía, el partido del derecho divino no podrá ya ignorar que la libertad de los pueblos debe necesariamente estar afianzada en el derecho humano,

expresando la aplicacion humana de esta misma soberanía.

Vuelta así la Francia á principios inmutables, absolutos, indisputables, y desgraciadamente disputados en el siglo XIX, la ciencia política establecerá indudablemente leyes generales, tambien inmutables, absolutas, indisputables y providencialmente indisputadas. Entonces, reprimiendo los extravíos de los partidos inconciliables y exclusivos, consagrará ó deberá consagrar en su constitucion sistemática la igualdad de sus derechos fundados en una razon comun, cuyo triunfo mas ó menos próximo, mas ó menos lejano, pero inevitable, hará que por fin se descubra la unidad que la civilización no debe buscar y buscaria en vano en los mismos senderos en que se ha perdido. Sin embargo, estos partidos conservarán siempre su carácter distintivo, puesto que la unidad nunca debe ser la uniformidad.

Precisamente en la exacta determinacion de sus dos opuestas direcciones, retrógrada la una, y progresiva la otra, teniendo por objetos especiales y respectivos, esta el descubrimiento ó la creacion de lo verdadero, y aquella el descubrimiento ó la creacion del bien, se hallan fijados todos los grandes problemas de la humanidad (1). Eso es lo que constituye, á pesar de tantos medios violentos y funestos que dichos partidos han puesto por obra, su objeto eminentemente providencial. Pero ambos ejercerán desde entonces una influencia recíproca uno en otro, porque habrán salido de su fase negativa para entrar en su fase afirmativa;

(1) Hoëne Wronski. Véanse todas sus obras filosóficas.

por manera que contribuirán igualmente á la organizacion definitiva de las sociedades, asegurando el glorioso porvenir de toda la especie humana con su libre ejercicio de la facultad del bien, esto es, con la verdadera libertad, y con su libre ejercicio de la facultad de lo verdadero, esto es, con la autoridad propiamente llamada; pues se reconocerá generalmente que, no solo los dos términos al parecer contrarios de autoridad y libertad son idénticos en el fondo, puesto que no pueden existir uno sin otro y se sirven mutuamente de correctivo; sino que tambien los dos términos al parecer contrarios de fe y razon, en el fondo son igualmente idénticos, y que religion y ciencia, la cosa primitivamente dada por Dios, y la cosa finalmente adquirida por el hombre, léjos de negarse recíprocamente, se afirman ó deben afirmarse respectivamente, porque constituyen en sus dominios separados, en tanto que expresan por una parte la revelacion divina, y por otra la experiencia humana, los dos elementos incondicionales de la verdad universal.

Es evidente que esta verdad universal no puede llegar á ser la base inmutable del poder humano, realizando la union definitiva de la autoridad y de la libertad, mientras no llegue á ser la base inmutable del saber humano, ó no realice préviamente la union definitiva de la razon y de la fe, de la filosofia y de la religion: teniendo esta por objeto proponer con la palabra misma de Dios todos los problemas que la humanidad debe resolver por medio de aquella. Uno de esos dos grandes resultados, y el mayor, ya se ha obtenido; pues, no solo desde el establecimiento de la filosofia tras-

cidental por la Alemania, se ha estudiado bajo sus faces mas diversas la inmensa cuestion de la certidumbre incondicional ó absoluta, sí que tambien lo Absoluto mismo, nombre profano que la filosofía da al Ser supremo á quien la religion da el sagrado nombre de Verbo, principio primero y último, *Alfa* y *Omega* del universo, que lleva en sí mismo la razon de su propia existencia y existe así por sí mismo, se ha reconocido y establecido de una manera definitiva, si no por la Francia, á lo menos en Francia, donde el génio de un hombre ha conseguido fijarlo en la relevante conciencia de la humanidad (1).

Toda vez que se funda en un principio incondicional de toda realidad, esta doctrina, conforme con las opiniones sagradas, natural y sobrenaturalmente admitidas ó reveladas desde la mas remota antigüedad, y coronando con tanta majestad la obra colectiva de todos los siglos, tendrá por objeto constituir perentoriamente la verdad en la tierra y realizar la filosofía absoluta buscada en vano en Alemania, desde la gran reforma de Manuel Kant, por Fichte, Hegel y sobre todo, anteriormente á Hegel, por el inmortal Schelling, pero encontrada en Francia por Hoëné Wronski. Debe por consecuencia realizar la religion, reformar todas las ciencias, cualesquiera que sean, explicar la historia,

(1) Queremos hablar aquí de la eminente doctrina de Hoëné Wronski, ilustre autor de la *Reforma absoluta del saber humano*, que realiza la union final de la religion y de la filosofía, estableciendo como dogma fundamental que el fin del hombre en la tierra es su propia creacion, ó mas bien, su regeneracion intelectual conforme con aquellas palabras de Cristo: *Oportet vos nasci denuo*.

descubrir los objetos respectivos de los estados, y fijar los fines absolutos del hombre creado en su propia creacion en la tierra, de modo que pueda adquirir la inmortalidad en el cielo, esto es, la existencia por sí mismo, á imágen de su propio Criador!

Ningun poder humano ó físico puede en adelante impedir la determinacion de este nuevo órden moral ó divino; pues la Francia y la Alemania, estas dos grandes naciones distintamente dirigidas, pero igualmente privilegiadas por el destino, deben hallar en él la realizacion de sus distintas misiones. En efecto, la Alemania no podria cumplir de otro modo su mision especulativa, destinada á fijar un dogma nuevo y supremo para la Iglesia; ni la Francia su mision práctica, destinada á fijar un objeto nuevo y supremo para el Estado. Inspirada entonces del verdadero saber, nuestra patria no se dedicará mas á la propagacion de la anarquía moral, ni de la anarquía política, fundadas en la rebelion contra toda soberanía; pero sí á la propagacion del órden jurídico y del órden religioso, fundados en la sumision á toda soberanía, porque habrá constituido en sí misma el verdadero poder. No ha de pensarse en sustituir la república universal á las monarquías particulares ó distintas, desde que se opere definitivamente en la humanidad una amplia reparticion de los derechos y de los deberes. Así es que importa establecer una legislacion positiva para consagrar este saludable principio, á saber: que los derechos verdaderos de las casas reales al trono sirven de fundamento á todos los estados europeos, y que estos derechos no pueden pere-

cer sino con los estados mismos, al lado de una legislacion moral que establecerá igualmente este otro principio no menos saludable, á saber: que los derechos problemáticos del hombre sirven de fundamento á todas las sociedades, y que estos derechos no pueden perecer sino con las sociedades mismas. Así los deberes de los soberanos con sus súbditos y los de los pueblos con sus reyes se hallarán identificados en su mismo dualismo respectivo: expresion de la unidad.

Pero esta unidad, particular y universal á un tiempo, toda vez que debe verificarse en cada Estado y entre todos los distintos estados, sin exceptuar la Iglesia, hecho social que sirve de garantía á los principios divinos; esta unidad no puede producirse ó crearse, ó á lo menos establecerse ó sostenerse entre las distintas naciones y en cada nacion, si no se instituyè en el seno de cada gobierno y entre los distintos gobiernos un poder directivo, que en el dia no existe en parte alguna, aunque en todas sea necesario. Esta necesidad resulta de la necesidad de direccion que se hace sentir en el siglo XIX, no solo para conducir á cada pueblo á la realizacion progresiva de sus destinos relativos y particulares, sí que tambien para conducir á todos los pueblos á la realizacion final de sus destinos universales y absolutos.

Imposible es llenar ese gran vacío sino con el establecimiento de una nueva asociacion moral de los hombres, fundada en el principio de su union indisoluble, cuyo vago presentimiento expresó la Santa Alianza. En efecto, la diplomacia, asociacion fundada en el principio mecánico ó puramente material de la conservacion de los estados y con

objeto de operar la repartición de sus destinos particulares, no puede conseguir en ningún caso el noble fin de ese poder, puesto que su objeto fuera determinar magistralmente la dirección general que debe imprimirse á los pueblos, á fin de que puedan caminar expeditamente por las sendas augustas y aun misteriosas en que han de realizarse los destinos finales de la humanidad; pues como quiera que la Iglesia dominó al Estado cuando se trataba de verificar la repartición universal de los deberes, y el Estado dominó á la Iglesia cuando se trataba de verificar la repartición universal de los derechos, una nueva institución emanada de uno y otra, que los domine á entrambos á la vez, debe erigirse ahora que se trata, no solo de labrar la unión absoluta de los derechos y de los deberes de la Iglesia y del Estado, sí que también de determinar su concurso final, para que el hombre, cuyo bien temporal y eterno se ha visto comprometido por tantas revoluciones destructoras, halle por fin su bien supremo en su propia regeneración.

De todo lo dicho se desprende que las condiciones prácticas de la autoridad emanan siempre y necesariamente de sus condiciones especulativas. En efecto, el problema se reduce, así para los estados en general, como para cada Estado en particular, á fijar con una forma definitiva la constitución moral y política del mundo.

En la edad media la autoridad religiosa y la autoridad política se hallaban igualmente fundadas en el derecho humano y en el derecho divino. Por eso tomaron ambas la forma de la monarquía representativa, ejerciendo estos dos

principios, uno en otro, una influencia parcial ó relativa, tanto en el seno de la Iglesia, como en el del Estado.

Después de la reforma, la cual debía producir tantas revoluciones, los abusos sucesivos de aquellos mismos principios ocasionaron primero el establecimiento de la monarquía absoluta por el derecho divino, exclusivo é ilimitado, y en seguida el establecimiento de la república francesa, con aspiraciones á ser universal, por el derecho humano, exclusivo é ilimitado.

Ahora los hombres verdaderamente eminentes de todos los países parece que por fin han comprendido que el absolutismo, expresion de un error particular, puede triunfar, con un nombre ú otro, en virtud de uno ú otro principio, con Luis XIV ó con Napoleon; pero que esta no es una razon para que los pueblos lleguen mas pronto á lo Absoluto, principio de la verdad universal. Sin embargo, es indispensable que se realice en el Estado por el Estado la union final del derecho humano y del derecho divino, cuya union primitiva se realizó un dia en la Iglesia por la Iglesia. Tal es precisamente el nuevo fin supremo que la Francia debe señalarse á sí misma, antes de señalarlo á las demás naciones, después de establecer en su propio seno el poder regenerador que expresará en el universo reformado la sublime identificacion de todas las formas contradictorias y de todos los principios contrarios.

En verdad, el augusto autor de la carta (Luis XVIII) fué quien, mejor que nadie, tuvo el presentimiento de esta vocacion providencial de nuestra patria, cuando instituyó

el gobierno constitucional, primer ensayo del poder regenerador; pues la monarquía así definida tenía por objeto garantizar en el mismo grado el derecho divino por medio de la cámara de los pares, y el derecho humano por medio de la cámara de los diputados. Sin duda por eso pudo resistir desde 1814 á 1848 á los ataques sin cesar reiterados, ya de los partidarios del gobierno real absoluto, ya de los partidarios de la república. «Y esos treinta y cuatro años, dice el conde de Montalembert, no nos cansaremos de repetirlo en vista de las injurias y falsedades que se acumulan diariamente; esos treinta y cuatro años han sido, bien meditado todo, si no los mas brillantes, á lo menos los mas libres, los mas dichosos, los mas tranquilos de nuestra historia (4).»

Por otra parte, apresurémonos á decirlo, si la monarquía constitucional, instituida por un rey de Francia y considerada desde su origen como el último término de la grandeza ó del progreso social por todos los pueblos, ha sucumbido en nuestros días á los golpes de una república inconstitucional que ha hecho triunfar el despotismo allí donde la libertad parecia para siempre triunfante, no es porque haya realizado sus destinos, sino porque su organización habia quedado incompleta. La carta de 1814 y la carta de 1830 establecían una cámara de pares nombrados por el rey, para que fuera la expresión de la verdadera autoridad, porque era ó debia ser el órgano del derecho divino, y una cámara de diputados, no soberanamente im-

(4) *De los intereses católicos*, pág. 122.—1853.

puesta al pueblo, lo cual hubiera sido irrisorio para la verdadera libertad que ella debía expresar, sino positivamente nombrada por el pueblo y para el pueblo, porque era el órgano del derecho humano. Pero aquellas dos cámaras no tenían sobre sí ningún cuerpo directivo que hubiese completado la máquina gubernamental, garantizando la igualdad de su doble concurso en la impulsión real y nacional que se trata de dar siempre al estado monárquico.

Debía, pues, suceder que aquellas dos cámaras, fundadas en la esperanza ilusoria de una conciliación posible entre los dos grandes partidos sociales, manifestasen un día ú otro mas á las claras su inconciliabilidad, porque esta es necesaria en tanto que no hayan llegado á su entero desarrollo. Y este mismo desarrollo no es asequible sin la intervención de un poder directivo y por consiguiente superior, que tenga por objeto reprimir sus respectivos extravíos, á fin de que en adelante no comprometan mas el orden teleológico del mundo.

Esa es, en nuestro sentir, la verdadera teoría de los tres poderes, no la que ha muerto en el pasado, sino la que ha de nacer en el porvenir; para escudar la coexistencia permanente de la autoridad y de la libertad, lo mismo en el seno de cada Estado, como en el seno de todos los estados. A la Francia tocaba determinarla; pues parece que Dios la ha reservado el insigne honor de verificar esta brillante regeneración de las monarquías cuya destrucción proseguía poco antes por cuenta de la república. No en vano, pues, la inspiró la casa de Borbon en el siglo XIX, res-

taurando su propia autoridad, el enérgico amor á la libertad; «cuyo destino parece mas que nunca identificado con el de esa augusta estirpe (1).»

Ya que se ha dado á la Francia el verdadero saber, á la misma Francia corresponde adquirir el verdadero poder, y esta reforma práctica, realizando la reforma teórica, llegará á ser sin contradiccion la mas grande, la mas hermosa y la mas maravillosa de todas sus revoluciones.

Entonces ya no veremos, como sucede hace ya demasiado tiempo, desconocida la ciencia, exaltada la ignorancia, aborrecida la virtud, aclamada la tiranía, proscrita la libertad, escarnecida la razon, escupida la fe, y destruidos todos los principios, porque la Francia regenerada se levantará con todo su poder de trasformacion para dar nueva vida á los principios, á la fe su dominio inmutable, á la razon su virtualidad creadora; su fin moral á la libertad; á la autoridad su carácter á la vez divino y humano; á la civilizacion las leyes que deben garantizar sus incesantes progresos; y finalmente, á la humanidad la sola via en que puede operar su salvacion, llevando á cabo por sí misma sus inmortales destinos. Pero para eso es necesario que los que dominan ó creen dominar en los acontecimientos, dejen obrar en su independencia y en su desarrollo á los que dominan ó creen dominar en las ideas:

Así diremos con Tácito: *El día mas hermoso del despotismo, es el último.*

(1) El conde de Montalembert, *De los intereses católicos*, pág. 66. 1853.

NOTAS.

NOTA A.

Protesta de Luis XVIII contra el Imperio.

Al tomar el título de emperador, al querer hacerlo hereditario en su familia, Bonaparte acaba de poner el sello á su usurpacion. Este nuevo acto de una revolucion donde todo, desde su origen, ha sido nulo, no puede, pues, menoscabar mis derechos; pero debiendo dar cuenta de mi conducta á todos los soberanos, cuyos derechos no quedan menos perjudicados que los míos, y cuyos tronos son conmovidos por los peligrosos principios que el senado de París se ha atrevido á sentar; responsable ante la Francia, ante mi familia y ante mi propio honor, creeria hacer traicion á la causa comun guardando silencio en esta ocasion. Declaro, pues, en presencia de todos los soberanos que, léjos de reconocer el título imperial que Bonaparte acaba de hacerse conferir por un cuerpo que ni siquiera tiene existencia legal, protesto contra dicho título y contra todos los actos subsiguientes á que pudiera dar lugar.

NOTA B.

Declaracion de Luis XVIII al pueblo francés (1).

«Los acontecimientos que acaban de ocurrir en París son de suyo muy importantes, y muy alarmantes en sus efectos inmediatos, y muy incalculables en sus últimos resultados, para que el rey pueda limitarse á mirarlos como pasivo espectador. Debe á sus derechos indestructibles, al interés de su augusta casa, y al de todos los soberanos legítimos; debe á los principios de orden público y de moral pública, al consuelo de aquellos que, fieles á estos principios eternos, solo con dolor se someten á la fuerza que les impone el sacrificio de los mismos; á la afliccion profunda con que deplora los errores de los demás, á la instruccion y á la satisfaccion de la posteridad, una esplicacion franca y positiva sobre la manera con que ha mirado y no cesará de mirar los actos que han sorprendido, consternado y confundido á cuantos hombres de saber y de corazon recto hay entre sus contemporáneos.

«La sangrienta historia de la revolucion, el carácter y la conducta de los que sucesivamente la han dirigido, las innumerables variaciones que ha sufrido, su curso tan pronto

(1) Esta declaracion fué redactada, á peticion de Luis XVIII, por Federico de Gentz, célebre publicista aleman, quien acababa de escribir una *Memoria acerca de la necesidad de no reconocer el título imperial de Bonaparte*. Es sabido que esa *Memoria*, dirigida al conde de Cobentze, canceller de Estado, ministro encargado de la direccion de los negocios extranjeros en Viena, y presentada el 6 de junio de 1804, produjo una profunda sensacion en todas las cortes. La habríamos transcrito, á pesar de su extension, si el conde de Garden no la hubiese insertado *in extenso* en su grande obra. (Véase la *Historia general de los tratados de paz*, tom. VIII, pág. 227-250)

progresivo como retrógrado, sus movimientos desarreglados, sus contradicciones, sus convulsiones y sus crímenes son tan universalmente conocidos, y ya tan bien juzgados en la época á que hemos llegado, que fuera completamente inútil probar que esta revolucion ha sido en todas sus formas y en todas las épocas de su funesta duracion, el interregno mas absoluto que el órden social y las instituciones sociales han experimentado nunca entre las naciones civilizadas de la tierra. Como los grandes acontecimientos que han tenido lugar en los últimos quince años se han originado siempre de la infraccion de todas las leyes, sin excepcion de las que la misma revolucion habia pretendido establecer, de la usurpacion mas manifiesta, de la violencia menos disimulada y de los mas espantosos atentados; es evidente que jamás han podido conferir á quien quiera que sea derechos verdaderos ó títulos legítimos para disponer del gobierno de la Francia.

«La destruccion arbitraria de la autoridad real, el cruel trato con que se martirizó á un monarca desgraciado que no cometió mas falta que la de la insuficiencia de sus virtudes contra la reunion de todos los crímenes, la horrorosa catástrofe que puso término á sus largos padecimientos, los asesinatos jurídicos y extrajurídicos de muchísimas personas inocentes, una inaudita persecucion contra todo lo que era antiguo, respetable y sagrado, tales fueron las bases del poder de aquella supuesta convencion nacional, que durante tres años mortales rivalizó con los mas famosos tiranos de la historia y consiguió eclipsarlos á todos.

«Como el gobierno que en 1795 la sucedió habia sido creado por ella, era patente á la vista de todos la nulidad de sus derechos. Ese gobierno, odioso y despreciado desde su cuna, arrastróse durante cuatro años en medio de las proscricio-

nes, del robo, de la inmoralidad mas repugnante, y de la miseria mas general y mas profunda; incapaz de resistir por mas tiempo á los proyectos formados contra él por competidores mas osados y mas populares, por último espiró á los golpes de sus propios agentes.

«El directorio no podia conferir al gobierno consular que le reemplazó unos derechos de que él habia siempre carecido absolutamente; y si los hubiese tenido, el acontecimiento que terminó su carrera le habria puesto en la imposibilidad de transmitirlos legalmente á sus sucesores. Fué, pues, la fuerza abierta la que en el dia conocido con la denominacion de Diez y ocho de brumario, cambió la faz de las cosas y concentró todos los poderes en manos del general *Bonaparte*.

«Apenas hay necesidad de decir que las medidas que se adoptaron para hacer sancionar demasiado tarde la nueva fase de la revolución por el supuesto consentimiento del pueblo, eran nulas y de toda nulidad; que lo eran aun en el mismo sentido de la revolución, y que, léjos de engañarse respecto á su nulidad, toda la Francia estuvo convencida de que el nuevo jefe del gobierno no debió su elevacion y su poder sino á las vias de hecho á que le indujeran su genio emprendedor y una reputacion adquirida por brillantes victorias. Pero si en las imperiosas circunstancias que ponian á la Francia en la necesidad de aprobar aquellas vias de hecho, hubiese sido posible un voto libre y legal, este voto á lo mas habria pedido lo que la opinion pública, para mientras disfrutaba aun de alguna libertad, expresó muy claramente en aquella época, á saber: una especie de dictadura bastante poderosa para poner término á la anarquía que por tanto tiempo habia atormentado y afligido al país, para refrenar el encono de las facciones, para reducir al pueblo á la obediencia, y para reconstruir los conmovidos cimientos del

orden político y moral. Nadie pensó en considerar el consulado como un régimen estable y permanente, y mucho menos como un régimen perpétuo; nadie creyó formalmente que la revolución pudiera concluir en aquella institución evidentemente provisional, la cual se consideró generalmente como el último acto de la revolución, como el que había de preceder inmediatamente al restablecimiento de la autoridad legítima.

«Este fué también el punto de vista bajo el cual consideró el rey constantemente el último gobierno revolucionario. Persuadido de la extremada dificultad de pasar de repente del exceso de la anarquía y del desorden al ejercicio regular de un poder legal y paternal; haciéndose cargo del sinnúmero de dificultades en que un cambio tan repentino habría puesto infaliblemente al primer depositario de aquel poder, y limitando todos sus deseos y subordinando todos sus intereses al bienestar y prosperidad de la Francia; Su Majestad, lejos de protestar ó de pronunciarse solamente contra la autoridad atribuida al cónsul, mas bien aprobó su poder dictatorial, y lo apoyó secretamente con sus votos. Mas tranquilo que nunca acerca del porvenir, aguardó sin temor ni impaciencia el momento en que tuviera á bien la Providencia llamarle al trono de sus antepasados; y en su retiro solo se ocupó en meditar los medios mas eficaces para emplear ese momento, por mas próximo ó mas lejano que estuviese, á la felicidad del pueblo francés.

«El rey no se separó de esta conducta durante todo el tiempo del gobierno consular; jamás entorpeció la marcha de dicho gobierno; no tomó parte en ninguna de las tentativas para subvertirlo que un celo prematuro, aunque muy excusable, dictó de vez en cuando á personas particularmente adictas á su causa. Apesar de todo lo que pasó en los años

1802 y 1803, á pesar de las medidas arbitrarias con que el jefe de aquel gobierno derribó las frágiles vallas en que la supuesta constitucion de 1799 habia querido encerrar su poder, á pesar del lamentable abuso que de él hizo en varias ocasiones, á pesar de los actos positivos con que tendia claramente á perpetuar en sus manos aquel poder; el rey creyó que no debia renunciar á toda esperanza. Y cuando se propuso formalmente á Su Majestad que cediera sus derechos á la corona y los de su augusta casa; cuando despues de aquel ensayo memorable en que los sagrados títulos del rey fueron plenamente reconocidos por aquellos mismos que se lisonjaban de anonadarlos, no quedó ya duda alguna acerca de las intenciones presentes y futuras de quien habia podido desear tan extraña renuncia; aun entonces Su Majestad, fiel al sistema que habia abrazado, no cesó de rechazar todo proyecto, toda medida que hubiese añadido el menor artículo á la ya tan larga y cruel lista de las calamidades de la Francia, y dejó á la voluntad de Dios el desenlace final de todas aquellas desgracias.

Pero despues de lo que acaba de suceder, no le es permitido al rey persistir en su silencio. El consulado ha desaparecido; todo lo que daba á aquel gobierno el carácter de un régimen provisional ha desaparecido con él. Algunos fragmentos de asambleas legislativas, condenados hasta ahora á la mas completa nulidad, casi tan extraños á la Francia como lo son al resto de Europa, han elevado de repente su voz; y de aquella sima profunda en que la revolucion habia sepultado todos los derechos con todos los principios, ha salido de repente, como si fuera del abismo de la nada, un nuevo poder supremo, invistiéndose por sí mismo con un título majestuoso, declarándose hereditario en una familia desconocida, proscribiendo perpétuamente á los descendientes de los soberanos

de Francia, y oponiéndose para siempre al regreso del orden legítimo. Mientras que este acto arbitrario se parece á los que han señalado las épocas anteriores de la revolucion en que, destituido completamente de todo pretexto de legalidad, no se anuncia ni ejecuta sino por la fuerza, difiere esencialmente de todos los demás en que tiende á abrazar el porvenir, á consolidar y perpetuar la usurpacion, y á trasmitir sus emponzoñados frutos á los siglos y generaciones futuras.

El rey, en esta ocasion, no puede ya abandonarse á sus sentimientos personales, ni á su extremada repugnancia por todo lo que puede aumentar la agitacion, el desórden y la inquietud, y á su constante deseo de buscar remedios á los males que affigen á la humanidad en la operacion sosegada del tiempo, de la reflexion y del triunfo final de la verdad y de la justicia. Debe consultar los deberes inherentes al puesto que la Providencia le ha señalado en la tierra, el sagrado cargo de defender los derechos de su casa, la obligacion moral de reclamar contra un hecho que, poniendo el sello á la revolucion y presagiando la destruccion de todas las antiguas instituciones, ataca directamente las bases de la sociedad civil; y finalmente, la salvacion de la Francia, condenada, si se consuma semejante hecho, á desgracias sin término y sin socorros, á la alternativa cruel entre el mas duro despotismo militar y la mas espantosa anarquía. Nivelando la revolucion todos los estados, confundiendo todas las distinciones, borrando absolutamente lo que en otro tiempo hubiera contrastado, moderado ó suavizado el abuso del poder, parece haber trabajado expresamente para establecer la tiranía perfecta; y por mucha que sea la ceguedad de los franceses sobre el triste porvenir que se les prepara, ó mas bien su deplorable impotencia para manifestar sus opiniones y lanzar el grito de su conciencia, es evidente que

mientras subsista ese supuesto trono imperial, solo se sostendrá por los medios que han precedido y presidido á su nacimiento, y que cuando, á pesar de esos medios, se desplome á su vez, la Francia ha de recaer al punto en el caos de las facciones y de la guerra civil.

«Consideraciones tan poderosas, motivos tan sagrados impelen á Su Majestad á protestar, y protesta por esta declaracion del modo mas solemne contra el supuesto establecimiento de un nuevo poder soberano y de una nueva dinastía en Francia, anunciando que cuanto se ha hecho y cuanto se pudiera aun hacer para organizar y consolidar ese supuesto poder soberano, será siempre considerado por Su Majestad como nulo y de ningun valor, y reservándose á perpetuidad para sí y para los príncipes de su casa, en el antiguo y legítimo orden de sucesion en el trono, toda la plenitud de sus derechos y títulos imprescriptibles.

«Al hacer esta declaracion no quiere el rey encender ó provocar la guerra civil. Fiel á los principios pacíficos, al carácter de moderacion y templanza que ha sostenido en medio de todos sus infortunios, continuará dejándolo todo en manos del supremo Arbitro de los destinos humanos, cuyos divinos decretos indicarán el momento en que el derecho deba suceder á la fuerza, en el que el poder legítimo deba finalmente reemplazar el interregno y las usurpaciones. Pero Su Majestad no ha querido sancionar con el silencio un acto que, legitimando y coronando todos los atentados de la revolucion, fuera el colmo de todos ellos. Su Majestad apela á la justicia y á la sabiduría de todos los soberanos, interesados directamente en el objeto de esta protesta; apela á los hombres justos y puros que han salvado los principios conservadores en medio de un naufragio en que tantos bienes preciosos han perecido; apela al juicio, á la religion y á la conciencia de todos los franceses.

«El rey no se rebajará á rechazar las calumnias y las injurias á que ha acudido á consecuencia de lo embarazoso de su posicion y de la debilidad absoluta de su causa, la mayor parte de las personas que han tenido el penoso cometido de justificar este último atentado. Pero entre los tristes sofismas que han sentado para atender á su triste carrera, hay uno al cual Su Majestad no se desdeñará de contestar. Han dicho que la restauracion de la monarquía acarrearía la destruccion de todo lo que se ha hecho desde el mes de mayo del 1789, la expropiacion de los adquisidores de los bienes llamados nacionales, la proscripcion y el suplicio de todos los que han cooperado á la revolucion, venganzas crueles y trastornos interminables. No cesan de pintar dicha restauracion como una verdadera revolucion nueva, acompañada de todas las plagas que han assolado la Francia durante la suspension del gobierno legítimo. El rey se contentará con oponer á tan pérfidas representaciones una sencilla declaracion de los principios que le hubieran guiado invariablemente y que le guiarán siempre en tal acontecimiento.

«Las desgracias de la revolucion han sido tan generales, de sus errores y de sus faltas han participado tantas personas, y sus resultados se han confundido de tal modo con todas las relaciones civiles y sociales, que querer en el dia indagar y castigar cualesquiera actos revolucionarios, ó borrar la totalidad de sus efectos, fuera el proyecto mas insensato que pudiera jamás concebir un hombre. Correríase un eterno velo sobre el pasado; y en cuanto al traspaso de bienes, como un número muy considerable de los que fueron despojados han regresado ya al país, y arreglándose amistosamente con los nuevos poseedores, el problema de fijar definitivamente el estado de las propiedades se resolvería exclusivamente por medios pacíficos y equitativos. No habría, pues, proscripcion,

ni castigos, ni expropiacion forzosa, ni clase alguna de trastorno. La justicia, la prosperidad general y la paz; ved ahí los instrumentos de venganza que rodearian al gobierno. Conservar cuidadosamente todo el bien que la Providencia habrá hecho germinar aun en medio de los escombros de la revolucion, consolidar la religion y las costumbres, reanimar y proteger la industria, hacer renacer el comercio de sus cenizas, destruir cuanto hay oneroso en el régimen de los impuestos, variar ó abolir el sistema del reemplazo del ejército, reemplazar finalmente, sin tocar los laureles que cubren la frente del soldado, el delirio de la ambicion y los funestos sueños de una dominacion universal, con una política tan sabia como honrosa que pusiese término á las agitaciones y temores de Europa, volviese la independenciam á nuestros vecinos, tranquilizase á todas las potencias, nos devolviese la confianza del universo y nos hiciese disfrutar de una paz bastante larga y profunda para cicatrizar todas las llagas de la Francia: ahí teneis la contra-revolucion, tal como el rey la ha concebido, y tal como con la ayuda de Dios se consumará tarde ó temprano. Que si no fuese dado á Su Majestad ver terminados estos dias de luto y de infortunio, los que le sucedan se conformarán con su voluntad. Herederos de sus principios, lo mismo que de sus derechos, tendrán un dia que considerar las máximas en esta declaracion consignadas, como las condiciones fundamentales de su poder, como un compromiso formal y sagrado que les une de antemano con cuanto exija el bien público, como el acto de la amnistia mas eficaz y mas definitivo, como la indemnizacion de sus penas anteriores, como la prenda mas segura de su dicha y de su futura gloria, como la mas poderosa garantia de sus derechos y como la mas sólida base de su trono.»

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO IV.

	Pág.
CAP. XXVIII.—La Europa monárquica humillada por la Francia republicana.	5
CAP. XXIX.—La Francia republicana dicta leyes á la Europa monárquica.	49
CAP. XXX.—Los reyes de Europa se ven destronados por Napoleon, emperador de los franceses.	90
CAP. XXXI.—Napoleon destronado por los pueblos y por los reyes.	141
CAP. XXXII.—La Francia humillada por la Europa.	182
CAP. XXXIII.—Derrota moral de la monarquía.	229
CAP. XXXIV.—Derrota positiva de la monarquía.	283
CAP. XXXV.—Monarquía ó república.	331
CAP. XXXVI.—Regeneracion necesaria de la monarquía.—Conclusion.. . . .	380

LA MARAVILLA,

Sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE COMPONEN LA PRIMERA SÉRIE.

Cada tomo contiene unas 400 páginas en 4.^o, con 4 láminas en boj, y van encuadrados á la *suiza*, con mosaicos de oro y brillantes colores.

SECCION INSTRUCTIVA.

	Tomos.
LA GEOGRAFIA UNIVERSAL, segun los mas novísimos descubrimientos, tratados, balances comerciales, censos é investigaciones, redactada en vista de las obras de Malte-Brun, Balbi, Miñano etc., refundida de la primera edicion comprendiendo la parte española hasta los pueblos de 1,000 habitantes, por D. M. de R.	2
COMPENDIO DE LOS LIBROS HISTÓRICOS DE LA SANTA BIBLIA, por el P. <i>Fernando Scio de San Antonio</i> , de las escuelas pías.	1
HISTORIA ANTIGUA, por <i>J. G. Guillemin</i> , rector de la academia departamental de la Zoreze; traducida por D. M. Angelon.	2
HISTORIA DE GRECIA, por <i>Victor Duruy</i> , traducida de la segunda edicion francesa, por Roberto Robert.	2
HISTORIA ROMANA hasta la invasion de los bárbaros, escrita en francés por <i>V. Duruy</i> . Traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	2
HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por <i>Mr. Michaud y Mr. Poujoulat</i> . Traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
HISTORIA DE ITALIA, desde la invasion de los bárbaros hasta nuestros dias, por <i>Julio Zeller</i> , traducida por D. Juan Belza.	2
HISTORIA DE LOS FRANCESES, desde la época de los galos hasta la caida del Imperio, por <i>M. Trévislo Lavalée</i> , y desde la Restauracion hasta el nombramiento del presidente de la república (1848); por <i>Pablo Lacroix</i> , traducida por D. G. A. Larrosa y D. V. Gebhardt.	8
HISTORIA DE INGLATERRA, comprendiendo la de <i>Escocia, Irlanda y las posesiones inglesas</i> , con una detallada estadística de estos diferentes países, por <i>J. A. Fleury</i> . Traducida y continuada hasta nuestros dias por D. M. Angelon.	3
HISTORIA DE PORTUGAL Y DE SUS COLONIAS, escrita en francés por <i>M. Augusto Bouchot</i> , traducida y continuada hasta nuestros dias por D. Marcial Busquets.	1
LA RUSIA ANTIGUA Y MODERNA, por los <i>SS. Carlos Romey y Alfredo Jacobs</i> , traduccion de D. V. Gebhardt.	2
LA MORAL SOCIAL, ó deberes del Estado y de los ciudadanos en todo cuanto tiene relacion con la propiedad, la familia, la educacion, la libertad, la igualdad, la organizacion del poder, y la seguridad interior y exterior, por <i>Adolfo Garnier</i> ; traducida por D. M. Angelon.	1

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

para el estudio de la geografía de Balbi y Malte-Brun, compuesto de 18 mapas iluminados.

SECCION RECREATIVA.

	Tomos.
EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.—Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, edicion ilustrada con las notas de Pellicer, Clemencin y otros, repartidas por el contexto.	2
TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, LA GITANILLA, Y RINCÓN Y CORTADILLO.—Compuestos por Miguel de Cervantes Saavedra.	1
OBRAS SELECTAS, críticas, satíricas y jocosas de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	1
CANTOS DEL TROVADOR, coleccion de leyendas y tradiciones históricas, por D. José Zorrilla.	1
HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA.—Publicada en francés por M. Le Sage, (2. ^a edicion).	2
IVANHOE Ó EL CRUZADO, por Sir Walter Scott, traducido del inglés.	2
QUINTIN DURWARD, Ó EL ESCOCÉS EN LA CORTE DE LUIS XI, por Sir Walter Scott.	1
ROB-ROY, por Sir Walter Scott, traducida por D. E. de C. V.	1
GUY-MANNERING, Ó EL ASTRÓLOGO, seguido de EL OFICIAL AVENTURERO, por Sir Walter Scott, traducidas por D. Pedro A. O'Crowley.	2
A BORDO Y EN TIERRA. AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD.—Novela marítima, por Fenimore Cooper, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
LUCÍA HARDINGE, segunda parte de las AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD, por Fenimore Cooper, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
LA BRUJA DEL MAR, por Fenimore Cooper, traduccion de D. J. F. Saenz Urraca.	1
EL CORSARIO ROJO, por Fenimore Cooper, traduccion de D. V. Gebhardt.	1
D, ARTAGNAN Y LOS TRES MOSQUETEROS, por Alejandro Dumas.	2
VEINTE AÑOS DESPUES, continuacion de los TRES MOSQUETEROS, por Alejandro Dumas.	2
EL VIZCONDE DE BRAGELONE, tercera y última parte de los TRES MOSQUETEROS, por Alejandro Dumas.	6
LOS AMORES DE PARIS, por Pablo Feval.	2

FUERA DE SECCION.

LA SAGRADA BIBLIA, traducida al español de la Vulgata latina, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y Expositores católicos; por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de san Miguel. Revisada por el Ilmo. Sr. Dr. D. José Palau.—Con 70 láminas.	10
HISTORIA DE LOS SOBERANOS PONTÍFICES ROMANOS, por Artaud de Montor, ex-embajador de Francia en Roma.	9

NOTA. Todas estas obras están al amparo de nuestra legislación: las religiosas han sido censuradas por la autoridad eclesiástica, y las novelas por la civil.

SEGUNDA SÉRIE.

Cada tomo contiene de 300 á 450 páginas en 4.^o, con una lámina en acero.

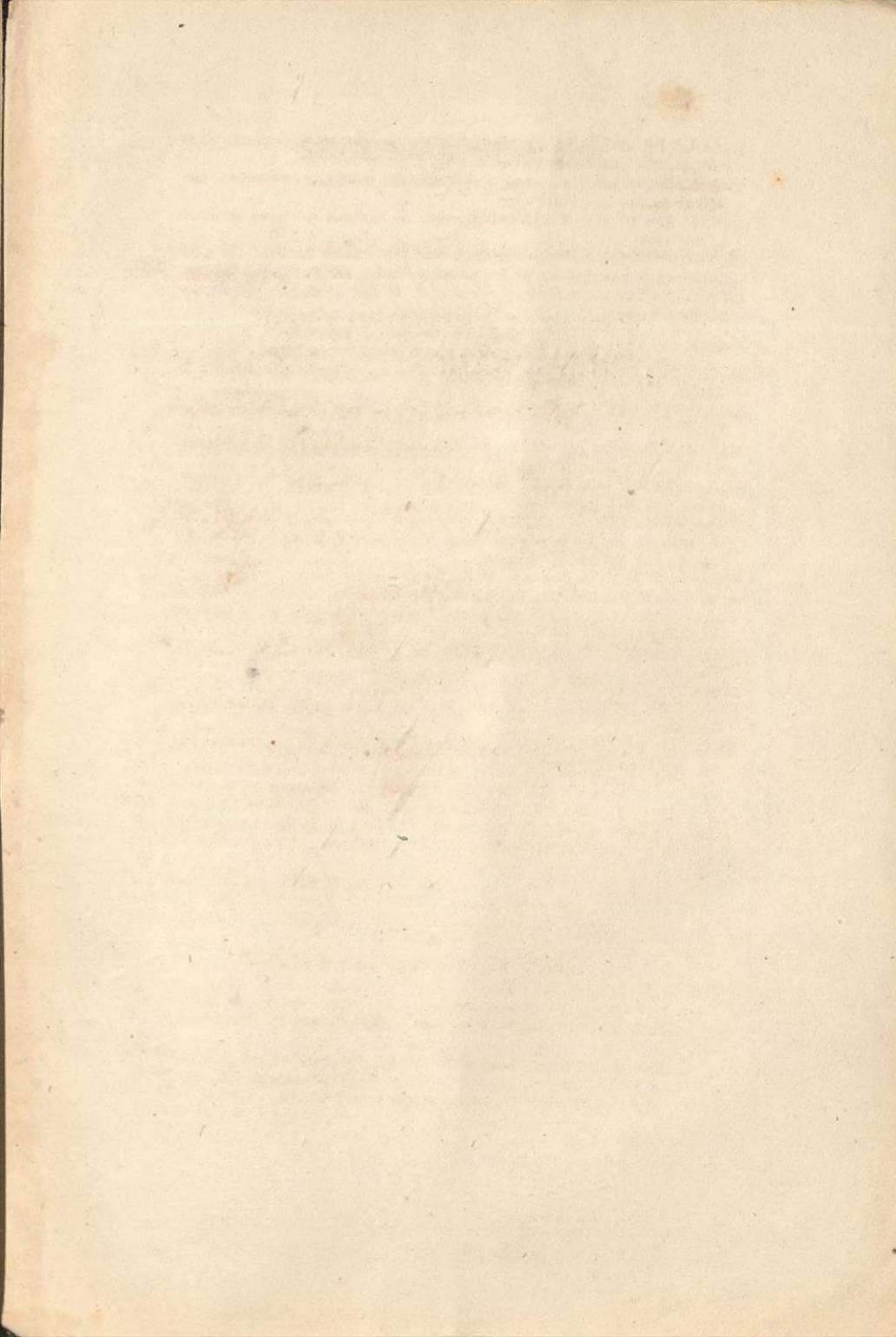
SECCION INSTRUCTIVA: 21 TOMOS.

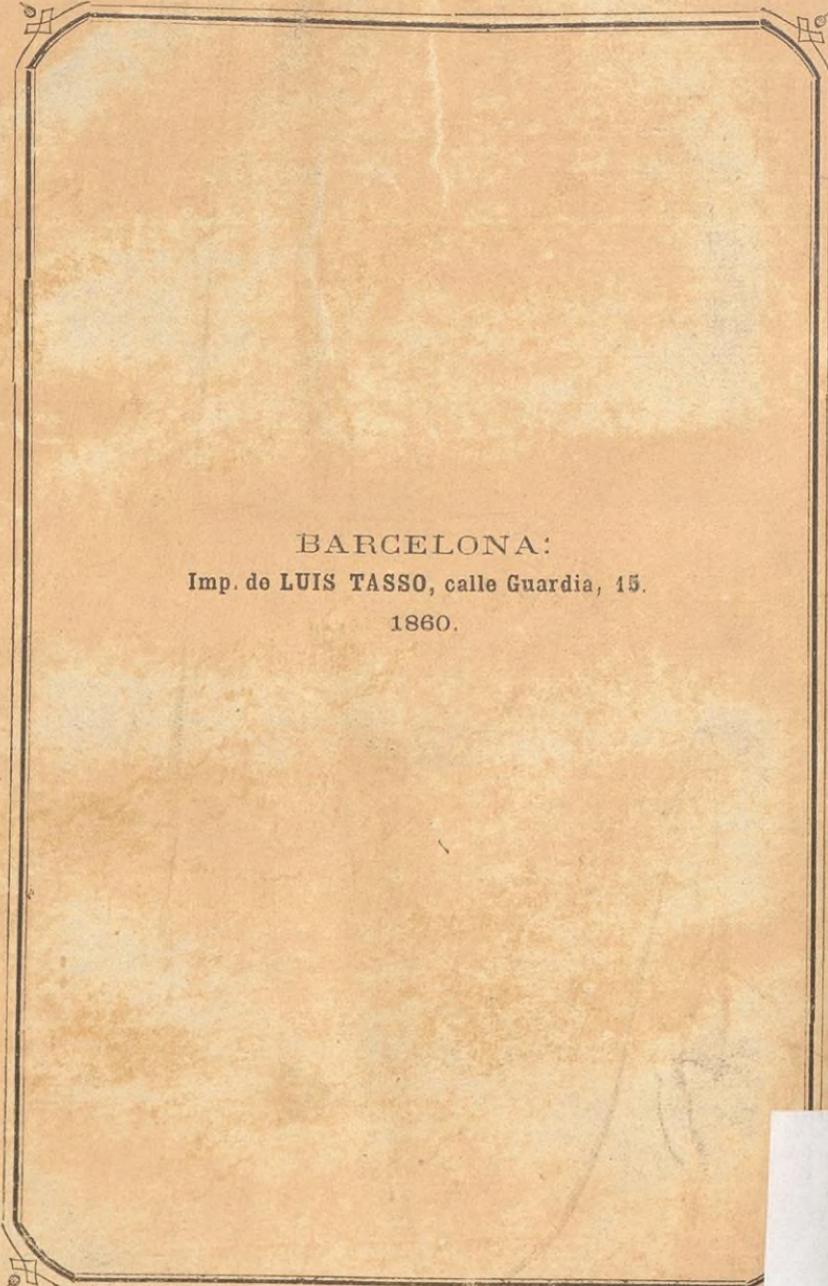
	Tomos.
HISTORIA DE LA MONARQUÍA EN EUROPA, por F. Lacombe. El autor trata de sentar con la historia en la mano que la monarquía hereditaria, armonizando el derecho divino con el humano, ha sido, es y será el mas enérgico medio de progreso, y que fuera de ella solo se encuentran la anarquía y la degradacion.	4
PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLITICA, por G. Roscher. A la luz de la historia y de la filosofía define el autor la economía política, sin dejarse arrastrar por la seducción de las ideas concebidas <i>à priori</i> , y segun las relaciones eternas que resultan de la naturaleza de las cosas. Obra que al traducirla del aleman al francés anotó M. Wolowski.	4
HISTORIA MORAL DE LAS MUJERES. El culto de la familia, el sentimiento profundo de las satisfacciones que esta proporciona, y la indagacion concienzuda de los deberes que impone, han inspirado esta obra á M. Legouvé.	1
EL AMOR, base de la familia y de la sociedad, en los límites de la mas estricta moralidad, ha impulsado á escribir esta interesante obra á M. I. Michelet.	1
INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN LA EDUCACION, Ó TEORIA DE LA EDUCACION PÚBLICA Y PRIVADA, por M. Teodoro Barrau. Interesantísima obra premiada por la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, para guia de los padres de familia.	1
LA TIERRA Y EL HOMBRE, ó compendio histórico de geología, geografía y etnografía generales para servir de introduccion á la historia universal, por Alfredo Maury.	2
HISTORIA GENERAL DE LAS RAZAS HUMANAS, Ó FILOSOFIA ETNOGRÁFICA, en la cual ha empleado toda su vida Eusebio de Salles.	1
DE LA VIDA Y DE LA INTELIGENCIA, por el célebre fisiologista P. Flourens.	1
EL LIBRO DE LOS ORADORES, por Timon.	2
HISTORIA DE LA LITERATURA GRIEGA, por M. Pierron.	2
HISTORIA DE LA LITERATURA ROMANA, por el mismo autor.	2

SECCION RECREATIVA: 29 TOMOS.

	Tomos.
GENOVEVA, relaciones y diálogos populares, por A. de Lamartine	1
EL PICAPEDRERO DE SAINT-POINT, relaciones populares por el mismo autor.	1
LOS COMPAÑEROS de Jehú, cuadro de las disensiones de la revolucion francesa, por Alejandro Dumas.	2
LOS PIRATAS DEL MISSISSIPI, descripcion de costumbres norteamericanas, por F. Gerstæcker.	1

ENRIQUE DE BRETAÑA EL EMPLAZADO, costumbres bretonas de la edad media, por Pablo Feval.	1
LA PAGANA, cuadro de costumbres francesas, norte-americanas y californicas, por Laurent-Pichat.	1
AVENTURAS DE UN MISÁNTROPO, una de las mas elevadas obras de J. Saintine.	1
LIONEL LINCOLN, brillante cuadro de los principales sucesos que produjeron la emancipacion de los Estados Unidos, por Fenimore Cooper.	2
LA ARAUCANA, por el <i>Homero hispano</i> D. Alonso de Ercilla, quien, como dice Espinel:en el heroico verso fué el primero que honró á su patria, y aun quizá el postrero.	2
EL REY DE LAS MONTAÑAS, descripcion de costumbres griegas, por E. About.	1
LA VIRGEN DEL LIBANO, interesante descripcion del Libano, por L. Enault.	1
MAGDALENA, obra premiada con una corona de oro por la Academia francesa, por Julio Sandeau.	1
EL FAROLERO, interesante descripcion de costumbres norte-americanas, por Miss Cummins.	2
DOÑA MERCEDES DE CASTILLA, interesantísima descripcion del sitio de Granada por los Reyes Católicos, y del descubrimiento del Nuevo mundo, por Fenimore Cooper.	1
SOLACES POÉTICOS, por doña María Mendoza de Vives.	1
DEBE Y HABER. Con este modesto titulo ha escrito Gustavo Freytag un completo cuadro de costumbres alemanas y polacas, y una de las mas brillantes páginas dedicadas á la virtud.	3
RECUERDOS DE UN MÉDICO, cuadro de costumbres inglesas por S. Warren.	1
LOS DOS CONVICTOS, por F. Gerstaecker.	2
FRUTOS DE OTOÑO, poesias escogidas de doña Josefa Massanés de Gonzalez.	1
MEMORIAS DE UN CAZADOR, completa descripcion de costumbres rusas, por Ivan Tourghenief.	2





BARCELONA:
Imp. de **LUIS TASSO**, calle Guardia, 15.
1860.